MANOS CÁLIDAS

LIDIA GAVARA



Manos cálidas

TEMPLANZA
LIBRO DOS

LIDIA GAVARA

Todos los personajes de esta historia son ficticios y cualquier parecido con personas reales es mera coincidencia. Este libro contiene escenas de sexo explícito.

Copyright © Lidia Gavara, 2026
Título: Manos cálidas

Todos los derechos reservados. No se permite la distribución, comercialización, reproducción ni el uso en obras derivadas sin permiso expreso de la autora.

© Ilustración de la cubierta: Easy Ramos
© Ilustraciones interiores: Adela Aragón

ISBN: 9798246899359

Cero



La brisa de otoño se colaba por los resquicios de las ventanas de la habitación de Lilian, haciendo bailar las cortinas como si de fantasmas en la penumbra se tratara. Acurrucada en su cama, con la sábana cubriendo hasta la punta de su nariz, la pequeña miraba al techo con ojos abiertos y mente inquieta, buscando entre las formas que se conformaban contra este una historia que la ayudara a poder dormir.

Aunque hacía rato que su tía la había enviado a la cama, a sus doce años la hora de irse al lecho seguía siendo férrea, por mucho que hubiera intentando caer rendida a la espera del día siguiente, algo lo había hecho totalmente imposible.

Ruidos provenientes de la planta de abajo.

Ecos de risas y murmullos que resonaban con mucha más fuerza de la apropiada.

No le costó reconocer que la risa musical era de su tía Lou, esa misma que brotaba de entre sus labios cuando intentaba ser coqueta, acompañada de una voz masculina y grave.

No entendía qué se estaban diciendo, sus palabras no eran más que murmullos, pero la cadencia de la conversación la intrigaba. Demasiado familiar. Demasiado cercana. Dulce como la miel, melosa diría incluso. La hacía pensar en los bailes. Las frases eran como

movimientos acompasados y medidos para hacer que el acompañante se acerque más.

Incapaz de resistir su curiosidad, Lilian salió de la cama, sintiendo el suelo frío contra sus pies desnudos, haciéndola estremecer. Avanzó en silencio, abriendo con cuidado la puerta para que no rechinara, buscando asemejarse lo más posible a una sombra.

El pasillo estaba sumido en la penumbra salvo por la tenue luz anaranjada que se filtraba desde la planta baja. No tuvo que andar mucho hasta llegar a las escaleras, tomando asiento en el último escalón visible desde el salón, donde la penumbra la envolvía como su manto, aferrándose sus menudas manos a los barrotes de madera, observando entre estos.

Su tía Lou, de pie junto a la puerta principal, lucía un hermoso vestido de terciopelo burdeos que brillaba bajo la luz del candelabro, con el cabello recogido en un moño alto y unos hermosos pendientes que caían como lágrimas de sus orejas. Frente a ella, un hombre alto y apuesto se encontraba dándole la espalda. De postura relajada, un sombrero de copa colgando descuidadamente de una de sus manos.

Lilian lo reconoció de inmediato. Era el duque de Bibury. Se habían encontrado con él aquella misma mañana mientras daban una vuelta por el mercado.

El duque era un hombre de lo más amable, todo un galán de modales refinados, con una sonrisa de hoyuelos marcados, cabello plateado y ojos en los que una podría ahogarse con gusto. Antes de despedirse en aquel fortuito encuentro, se había hecho con una rosa blanca, una que le había regalado a la muchacha tras una leve reverencia.

—Una flor para otra flor —dijo.

Lilian, tras intercambiar una mirada con su tía y recibir permiso, la aceptó.

—¿Y qué hay de mi tía? ¿No hay rosa para ella?

El duque rio.

—No hay flor que pueda darle a tu tía que compita con su belleza.

Sus palabras ahora tenían mucho más sentido que aquella mañana.

El duque se acercó un poco más a su tía, colocándose frente a ella en la puerta.

—Prométeme que lo pensaras, Louane —dijo el duque, inclinándose ligeramente hacia delante, buscando una de sus manos para dejar un beso lento sobre los nudillos.

—No tengo por qué prometer nada, Bernard —replicó ella, con una sonrisa traviesa que encendió sus ojos como brasas. Se balanceó un poco, apoyándose en el marco de la puerta, una risita coqueta se escapó nuevamente—. Pero quizás... quizás…

—Ah, tú y tus malditos quizás —dijo, con diversión y rendición a partes iguales.

El duque dio un paso más hacia ella, el olor del licor flotaba en el aire.

—Mis quizás siempre han sido capaces de complacerte, ¿desde cuándo ya no lo hacen? —preguntó tía Lou, enredando un dedo en uno de los botones de la levita del duque.

El duque tomó la mano ajena con suavidad, atrapándola entre las propias. Toda distancia entre ambos desapareció, los labios del hombre quedaron tan cerca del oído de su tía que Lilian creyó por un momento que iba a morderla. No lo hizo, solo murmuró algo contra este que la distancia le impidió oír.

Tía Lou bajó la vista por un instante pero, cuando volvió a levantarla, la sonrisa en sus labios era aún más radiante y el brillo en su mirada más intenso.

—Deberías marcharte ya. Un duque como tú, casado, en el hogar de una mujer soltera… Tu presencia aquí es de lo más inapropiada, ¿es que pretendes convertirte en el centro de un escándalo? —preguntó, aunque su tono sugería que no estaba especialmente preocupada por la hora y lo apropiado o no de tal encuentro.

—Bien sabes que los escándalos, cuando son a tu lado, me resultan de lo más atrayentes. Pero, de acuerdo, me marcho como deseas —respondió el duque, mientras se inclinaba una vez más para besar el dorso de su mano con deliberada lentitud.

Cuando finalmente el duque abandonó el hogar, tía Lou se quedó en el umbral, observando cómo se perdía entre la niebla de la calle. Solo entonces cerró la puerta, apoyando la espalda contra esta, dejando que un pesado suspiro brotara de sus labios.

Con su curiosidad saciada y la escena terminada, Lilian se levantó con cuidado, dispuesta a regresar a su cuarto sin ser descubierta. Sin embargo, al ponerse en pie y dar el primer de sus pequeños pasos, el crujido repentino de la madera bajo el pie rompió el silencio de la noche como si de un trueno se tratara.

Tía Lou giró la cabeza hacia las escaleras, sus ojos entrecerrándose en la penumbra.

—¿Lilian? —preguntó, evidentemente sorprendida.

Sin pensar si tenía sentido hacer tal cosa, Lilian salió corriendo, cruzando el pasillo en una exhalación para volver hasta su habitación. Cerró la puerta con rapidez, yendo hasta la cama, deslizándose bajo las mantas con el corazón martillando en el pecho. Uno que se aceleró todavía más al escuchar los pasos de su tía, lentos y deliberados, acercándose.

La puerta se abrió acompañada de un leve chirrido, la silueta ajena se dibujó bajo el marco de madera, iluminada por la luz de la lámpara que llevaba en la mano.

—De todos los defectos que podías sacar de tu madre, ser una cotilla no era el que me esperaba —dijo Louane con una sonrisa divertida.

—Yo... no estaba cotilleando —respondió Lilian, enterrándose más bajo las mantas.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿por qué pareces un ratoncito atrapado en la despensa? —bromeó, avanzando hacia la cama, sentándose

suavemente en el borde. Con cuidado cogió la sábana, tirando de ella, sin encontrar oposición que le impidiera retirarla. Suspiró, extendió el brazo para peinar el cabello de su sobrina—. Mírate, ahora parece que tengas un pequeño nido de pájaros en la cabeza.

Y rio, dejando la lámpara sobre la mesita de noche.

Tía Louane hizo un gesto con la mano, indicando a Lilian que debía incorporarse. En cuanto abrió el cajón de la mesita, supo perfectamente sus intenciones, girando para poder así darle la espalda. Del interior del cajón, la mujer sacó un peine de plata con una esmeralda verde reluciente en su parte posterior.

—Tienes que cuidar tu cabello, ¿me oyes? Pronto vas a querer que los chicos se fijen en ti, si es que no lo haces ya, y un pelo bonito es necesario para ello. ¿Por qué crees que paso tanto tiempo enseñándote a recogerlo? Una señorita debe tener el pelo largo y sedoso.

Tras coger varios mechones revueltos, empezó a peinarlos con cuidado.

—No podía dormir —confesó Lilian finalmente, en un susurro.

—¿Y mi conversación con el duque te pareció lo suficientemente entretenida como para abandonar la cama? —preguntó bromista, arqueando una ceja, sin dejar de peinar.

Lilian se ruborizó de la cabeza a los pies.

—No he oído nada... bueno, un poco.

—¿Solo un poco? —Louane dejó el peine sobre la cama, acercándose a su sobrina, rodeando con el brazo la parte superior de su cuerpo para atraerla un poco—. ¿Y qué «poco» has escuchado exactamente?

—Nada importante. Solo risas... y algunas palabras.

Tía Lou soltó una risa melodiosa, esa que Lilian había escuchado desde las escaleras.

—Oh, pajarito, hay ciertas cosas en la vida que una no entiende hasta que crece.

Lilian frunció el ceño.

—No soy tan pequeña como a veces pareces creer. Sé que el duque y tú… —bamboleó la cabeza, ladeando el rostro para mirar a su tía en una muestra de que no quería pronunciar aquella palabra en voz alta, que quería que sencillamente la entendiera.

Louane parpadeó.

—Oh… —susurró, dejándola ir poco a poco, recuperando el cepillo para volver a lidiar con los indómitos nudos en su cabello—. El duque y yo somos amigos desde hace muchos años. Amigos especiales. No me importa que lo sepas, pero espero comprendas que no es algo que deseemos que el mundo conozca…

—Lo sé. El duque está casado…

Tía Lou asintió.

Lilian dudó un momento, se mordió el labio inferior pero, tras unos segundos, terminó por moverse, girando para quedar mirando cara a cara a su tía.

—¿Por qué sois… amigos especiales? Si él está casado, en fin, no creo que deje a su mujer para estar contigo…

—¿Y quién te ha dicho que yo quiero que deje a su mujer? —preguntó Lou, divertida.

Su sobrina frunció el ceño.

—Supongo que nunca es mala hora para enseñarte algo —dijo, dejando caer el cepillo hasta el regazo—. Sé que cuando tus padres te mandaron aquí lo hicieron con la intención de que te instruyera en música, arte, literatura… Que te enseñara modales y te preparara para ser toda una dama. Y aunque pienso enseñarte todas esas cosas, también quiero enseñarte cómo es el mundo de verdad, hacer que seas capaz de navegarlo sin que te hunda —suspiró—. Las mujeres como nosotras vivimos en una situación complicada dentro de la escala social. Estamos en una buena posición, pero no es lo suficientemente buena como para aspirar a hombres como el duque, ni lo suficientemente mala como para tener que conformarnos con

nada por debajo de nosotros. Las aguas en las que podemos buscar a nuestros pretendientes son turbulentas, porque están llenas de hombres como el duque que solo nos ven como divertimento, y de hombres como lord Ainsworth que quiere casarse con nosotras para aprovecharse de nuestro patrimonio y subir socialmente.

—¿Crees entonces que no… me será posible casarme cuando debute?

Tía Lou sacudió la cabeza.

—No, por supuesto que no. Eres preciosa, y cuando te enseñe todo lo que necesitas saber serás todo lo que un esposo pueda desear. Lo que te digo, es que las mujeres como nosotras no nos podemos permitir ser estúpidas. No podemos dejar que aquellos que están por debajo de nosotras se aprovechen, ni enamorarnos tontamente de los que se encuentran por encima. Tienes que grabarte algo en tu interior ahora mismo y llevarlo siempre contigo tanto en el corazón como en la cabeza. Nunca aceptes menos de lo que mereces, ni aspires a más de lo que puedes. Si haces cualquiera de esas dos cosas… pajarito, acabarás en desgracia.

Lilian dobló las piernas, las rodeó con los brazos.

—Pero… padre y madre…

—¿Qué le ha pasado a tu madre cuando se ha casado con tu padre? ¿Qué ha hecho el abuelo?

—La ha echado de la familia.

—¿Crees que tu madre te mandaría aquí conmigo para que me haga cargo de tu educación si ella pudiera costearla?

Dudó un momento, pero terminó por negar.

—Son felices, se aman, y eso es precioso, pero… No quiero que te la juegues de ese modo, la mayoría de las veces no sale bien, ¿entiendes?

Lilian asintió.

—¡Venga! Dilo conmigo. Nunca aceptes menos de lo que mereces, ni aspires a más de lo que puedes… ¡Vamos!

—Nunca aceptes menos de lo que mereces, ni aspires a más de lo que puedes.

—¡Así es! Chica lista —su tía se acercó de nuevo, abrazándola con fuerza.

Lilian se movió, se acurrucó contra el pecho de su tía, notando de inmediato los labios de esta dejando varios besos sobre su cabeza.

—Entonces… ¿Tú no amas al duque? ¿Lo que he visto antes…?

Tía Lou rio.

—No. Como te he dicho antes, los hombres como el duque solo buscan en mujeres como nosotras un divertimento. Pero eso no significa que nosotras no podamos divertirnos también con ellos… ¿Entiendes?

Lilian frunció el ceño. No estaba segura de entenderlo del todo pero, por miedo a parecer boba ante los ojos de su tía, asintió de todo modos.

—Pajarito, voy a darte otra lección que nunca debes olvidar. Nunca, nunca, nunca, ¡jamás! Por nada del mundo, te enamores de un duque. Esos hombres sólo viven para seducir y complacer los caprichos de su entrepierna —rio—. Creo que voy a hacerte repetir eso también, necesito quedarme segura de que lo has entendido.

Lilian puso los ojos en blanco.

—Nunca jamás te enamores de un duque.

—No, no. Dilo tú, prometemelo.

Suspiró, levantando la cabeza para mirar a su tía.

—Nunca jamás me enamoraré de un duque.

Un beso en la frente fue todo lo necesario para sellar aquella promesa.

Uno



Prométeme, querida hermana, que considerarás mi invitación. El camino hasta aquí no es largo, y te prometo que no te arrepentirás. Hay una silla reservada para ti frente a nuestra chimenea y un rincón de este jardín que espera tu presencia.

Con todo mi afecto y añoranza, Arthur.

P.D. Apresúrate a escribirme. Si al final aceptas que lady Carrington te presente a esos jóvenes casaderos, debo ser el primero en enterarme.

Lilian dobló la carta con cuidado tras leerla, deslizando los dedos sobre el papel con una ternura inconsciente, digna del amor que le tenía a Arthur.

Como con toda la correspondencia de su hermano, la guardó en el pequeño cajón del tocador, un mueble de madera de nogal oscurecida por los años y el barniz, que desprendía un aroma tenue a lavanda fruto de las bolsitas de tela que su madre le había enseñado a colocar en él desde que se mudaran años atrás a la casa.

Aunque todavía era temprano, la mañana había llegado, así que no hubo motivo alguno por el que quedarse encerrada en su

estancia. La verdad es que siempre había sido madrugadora, lo de quedarse entre las sábanas viendo el tiempo pasar era algo que un polvorín como ella no podía soportar, mucho menos cuando el verano había llegado trayendo consigo tanto buenas como malas noticias.

Buenas. Los días eran más largos y cálidos. Podía al fin salir a pasear con *Muffin* y perder el tiempo recorriendo los campos o la orilla del lago sin más preocupaciones que no quemarse en demasía la piel de su pálido rostro.

Malas. La carta de lady Carrington había llegado a principios de semana anunciando su próxima llegada. Esto suponía el inequívoco pistoletazo de salida que señalaba que la alta sociedad ya estaba lista para dejar Londres unos meses y disfrutar de sus residencias de verano y las fiestas que estas pudieran alojar.

Pero ese momento no había llegado todavía.

Así que no pensaba permitir que le fastidiara sus planes.

Para empezar, como cada mañana desde que el tiempo así lo permitía, decidió que iba a dar una vuelta con su querida *Muffin* cerca del lago, quizás incluso hasta bañarse los pies en la fría agua de la mañana. Ataviada con un vestido azul oscuro de algodón, ideal para la monta, y unas botas altas con una función a la par, bajó por las escaleras mientras sujetaba un lazo de seda blanco entre los dientes, recogiéndose el cabello en un moño sencillo que ató con este mismo, apartando cualquier mechón de los ojos.

—Buenos días, querida —saludó su padre con voz afectuosa, dejando el periódico a un lado en cuanto escuchó a su hija entrar en el salón.

—Buenos días, padre —Lilian sonrió, pero no se detuvo, avanzando hacia él con paso ligero. Extendió el brazo, haciéndose con una manzana roja del centro de la mesa.

—¿No te quedas a desayunar? —preguntó, inclinando ligeramente la cabeza, como si supiera ya la respuesta.

Lilian negó, inclinándose ahora para besar la mejilla de este.

—No. Hace un día precioso, me gustaría aprovecharlo para montar a *Muffin* antes de que los londinenses lleguen.

Su padre la miró con algo de resignación, tras un breve suspiro, volvió a levantar el periódico y se centró en su lectura.

—Ten cuidado. Ya sabes que una mujer no debería pasear sola por…

—Lo sé, no me alejaré demasiado —aseguró, ya caminando hacia la puerta.

Cruzó el vestíbulo, tomando de detrás de la puerta su capa corta de lana gris, echándosela sobre los hombros antes de abrir la puerta principal. De haber tenido algo de sueño, este se habría marchado corriendo al sentir el golpe del aire fresco de la mañana contra el rostro. Pero no la detuvo. El sol brillaba en lo alto y eso era todo lo importante.

Cruzó los adoquines de piedra que conectaban la casa con el establo, unos todavía húmedos fruto del rocío. Al llegar, *Muffin* relinchó suavemente, como si anticipara la salida. La verdad es que era preciosa. Su piel color caramelo y su cabello blanco habían hecho que se enamorara de ella desde el momento en el que Daniel se había empeñado en regalársela antes de su marcha. No podían llevarse tantos animales a la nueva casa, no había espacio.

—Buenos días, preciosa —Lilian acarició el cuello del animal con mimo, sintiendo el calor del animal bajo los dedos, dándole la manzana que no tardó en comerse con gusto—. ¿Vamos a dar una vuelta?

Un nuevo relinche fue toda la respuesta necesaria.

La morena ensilló a *Muffin*, montando en esta con la destreza adquirida con los años, olvidando cualquier petición de su padre de que tuviera cuidado al golpear los costados del animal, sonriendo de inmediato cuando este salió del establo cortando el viento.

A medida que el animal avanzaba, Lilian inhaló profundamente, saboreando el aroma de la tierra mojada y el frescor del campo, sintiendo cómo el peso de las preocupaciones se desvanecía con cada zancada del caballo.

El mundo, bañado por la luz dorada de la mañana, le pertenecía por completo.

Recorrían todas las mañanas el mismo camino, una ruta serpenteante entre colinas ondulantes y setos altos que antaño había hecho miles de veces con sus hermanos y que demostraba ser de lo más tranquila. Un camino sencillo, al alcance incluso de las habilidades de aquellos que se inician en la monta. Lilian conocía cada curva, cada recoveco, convencida de que podría recorrerlo con los ojos cerrados una y mil veces. Siempre tranquilo…

O eso creía. Un sonido inesperado rompió la quietud.

El crujir de unas ruedas . El trote rítmico de caballos acercándose a toda prisa.

Antes de que pudiera reaccionar, un carruaje apareció de la nada, avanzando desde un recodo estrecho donde los setos eran más altos y el camino más angosto. Negro, con adornos dorados en la parte superior, tirado por dos caballos grises cuyos cascos resonaban con fuerza sobre el suelo duro. El cochero, un hombre corpulento con una chaqueta oscura y sombrero de ala ancha, chasqueaba las riendas con urgencia, como si llevara en su interior a la más distinguida de las familias de Inglaterra.

Muffin se encabritó. Lilian tiró de las riendas, luchando por mantener el control.

—¡Cuidado! —gritó, tirando a la vez de *Muffin* hacia el borde del camino, donde los arbustos rasparon tanto las patas de la yegua como sus propias botas.

El carruaje pasó por su lado aún acelerado, percatándose el cochero de su presencia sólo entonces, tirando de las riendas de sus

caballos y haciendo una finta exagerada que lo obligó a detenerse bruscamente a no mucha distancia.

Muffin pateaba el suelo, inquieta. Lilian se inclinó para acariciar su cuello.

—Tranquila, tranquila… —susurró.

Levantó la mirada, a no mucha distancia el carruaje seguía detenido. Presionó los labios, aunque su primer instinto fue dirigir a *Muffin* de vuelta por el sendero y seguir con su paseo de una forma más tranquila, una punzada en su estómago le hizo golpear los costados de la yegua para hacerla así poner rumbo hacia el cochero.

—¿Se encuentran bien? —preguntó.

El hombre la observó, titubeando algo. No estaba hablando con ella, sino con quién fuera que se encontrara en el interior del carruaje. Lilian se acercó un poco más, tomó aire por la nariz y repitió de nuevo su pregunta.

—¿Se encuentran bien?

El cochero la miró por vez primera, asintió aún visiblemente nervioso.

—Lo lamento, milady, yo no…

—No se preocupe, si todos están bien…

La puerta del carruaje se abrió, del interior, airada y nerviosa, una voz salió. Una voz que la morena reconoció de inmediato.

—¿¡Qué ha pasado!? ¿¡Por qué hemos…!? —del interior del carruaje, lady Carrington asomó la cabeza. Cuando sus miradas se encontraron, la mujer suavizó el gesto de golpe. Aun con la sorpresa evidente no tardó en sonreír—. ¡Lilian! ¡Mi querida niña! —exclamó, apresando el bajo de su opulento vestido, bajando para saludarla.

La joven Stratford sonrió también. Con soltura bajó de su montura, tomando las riendas de *Muffin* para poder acercarse a la mujer y darle un sentido abrazo. Aun con lo convulsas que habían terminado las cosas el verano anterior, las cartas que se habían

mandado durante el año parecían denotar que la relación entre ambas era buena.

—Hemos tenido un pequeño susto. Pero todos estamos bien, eso es lo importante —respondió Lilian, dejando ir a lady Carrington poco a poco.

—¡Jeffrey! ¿Es eso cierto? ¿Casi haces daño a una buena amiga?

El cochero titubeó.

—Oh no, lady Carrington. Ha sido todo culpa mía. Estaba dando un paseo con mi yegua, me perdí y acabé en este camino, saliendo de la nada… Bastante que vuestro cochero ha sido capaz de esquivarme y nadie ha resultado herido —mintió, intercambiando una mirada fugaz con el hombre con la que buscaba comprendiera que pensaba cubrirlo—. ¿Qué hacéis aquí? En vuestra misiva deciais que no llegabais hasta la próxima semana…

—¡Y así era, querida! Pero emocionantes novedades han sucedido en estos días y he tenido que adelantar mi viaje —lady Carrington se acercó, bajando la voz como si de una confidencia quisiera hablar ahora—. La duquesa ha decidido en el último momento que ni ella ni nadie de su familia van a venir este año a pasar el verano.

Lilian sintió un pinchazo en el estómago. No supo si bueno o malo.

—Será un verano más tranquilo entonces.

—¡No pienso permitirlo! —respondió lady Carrington, negando con presteza—. Sin ella por aquí, ¿quién va a organizar las mejores fiestas de la zona? —la mujer se señaló a sí misma con el índice—. Creo que si me esfuerzo lo suficiente, voy a poder robarle su título de anfitriona. Cuando quiera volver el año que viene, se va a quedar sin palabras —rio, visiblemente emocionada—. ¡Por eso tenía que venir antes! No puedo pretender tal cosa sin hacerle unos arreglillos urgentes a mi humilde morada.

Humilde morada.

Lilian tuvo que contener poner los ojos en blanco.

—Por cierto, hablando de cosas que he escuchado por Londres. Se dice que tu hermano ha dejado la casa familiar… ¿Alguna dama ha tenido la culpa de ello como yo he apostado o es otra cosa? Tienes que darme todos los detalles.

El cuerpo de la joven Stratford se tensó ligeramente.

—No, nada de eso. Ha encontrado trabajo como médico y le resultaba mucho más cómodo irse a una residencia para él que estar en la casa familiar. Además, ahora que mis hermanas están con mi tía Lou y… bueno, en Alemania, tampoco es que tuviera muchos motivos para seguir atado aquí —levantó los hombros. Mentalmente, agradeció la cantidad de veces que habían practicado la historia que ahora vendían como su verdad.

—¿No estará presente para ninguna de mis fiestas?

—No lo sé. No lo creo. Pero tengo que escribirle de nuevo esta noche, así que me voy a asegurar de preguntarle al respecto.

Lady Carrington sonrió satisfecha.

—¿Y tú? Cuento contigo para todas mis fiestas, ¿verdad?

Lilian no supo demasiado bien qué responder.

Después del incidente de Londres con Albert, la joven Stratford se había prometido a sí misma que nunca más estaría ni respirando el mismo aire que el hijo de la duquesa. Por esa razón, también había tomado la decisión de no ir a ninguna de las fiestas que tuvieran lugar el siguiente verano, de hecho, hasta se había planteado ir a pasar el verano ella también con tía Lou y estar en paz en Bath con sus hermanas.

Si Arthur no se hubiera marchado, seguramente así habría sido.

Sin embargo, si de verdad la duquesa y su familia no pensaban pasar el verano por allí, las cosas eran muy diferentes. Lady Carrington era la reina de los cotilleos, si decía que la duquesa había asegurado tal cosa es que así había sido, no había razón para dudarlo. Y aún así, todo su ser temblaba y se rompía ante la idea de verle otra vez.

No estaba lista para ello. No sabría siquiera qué decirle, como actuar…

¡No! ¿Qué diablos estaba diciendo? ¿Decirle? ¡No tenía nada que decirle!

Desde que su hermano y Daniel se habían marchado, los días eran de lo más solitarios, sin nadie más con quién pasar las horas que su padre. Y su padre estaba más animado, hablaba algo más, a veces compartían un rato juntos… Pero no era la compañía que una mujer ociosa de su edad ansiaba.

Quería ir a las fiestas. Quería volver a bailar, hablar con otras ladies de tonterías…

—¡Vamos! Habrá lords casaderos en todas y cada una de ellas —aseguró la mujer.

Eso, precisamente, era lo que menos le interesaba.

Su corazón, para su desgracia, tenía dueño. Un dueño que no lo había cuidado.

—Iré encantada.

Lady Carrington dio un pequeño brinco acompañado de un gritito emocionado, acercándose con paso acelerado para abrazar a Lilian una vez más.

—¡Qué feliz me haces, querida! —aseguró—. En un par de días haré un pequeño encuentro para amigos cercanos, algo sencillo. Busca un traje bonito, te espero la primera.

Lilian rio.

—Me muero de ganas.

Dos



Tras dejar atrás la conversación con lady Carrington, no sin antes ser puesta al día sobre cotilleos cuyos protagonistas ni siquiera estaba segura de conocer, Lilian siguió con su paseo a pie, tirando de las riendas de *Muffin* para poder caminar ambas tranquilas por la hierba.

Pronto tendría que volver a casa pero, tras el susto, la idea de sentarse un poco en la orilla del lago y que la yegua pudiera beber y terminar de calmarse no sonaba del todo mal.

Le gustaba aquella zona, era tranquila, aunque teniendo en cuenta lo sucedido hacía un momento, confiar en su tranquilidad no resultaba lo más adecuado. Sin embargo, era perfecto para beber y bañarse, las aguas le recordaban a un espejo de plata de lo claras que eran, los álamos y sauces inclinaban sus ramas hacia la superficie, creando ondulaciones delicadas allí donde las hojas la rozaban… Era precioso, era… acogedor.

Al llegar, Lilian se acercó a la orilla, guiando a su yegua a bajar la cabeza y beber en paz, dejándola ir por vez primera para tomar asiento sobre la hierba. Suspiró, su mirada se perdió en aquella tranquila estampa. A lo lejos, una familia de cisnes se deslizaba dejando tras de sí un rastro de ondas que se desvanecía lentamente.

Todo parecía inmóvil allí. Como si el tiempo hubiera decidido ralentizarse, dejando atrás el bullicio de las mansiones y los caminos de grava.

La joven Stratford acomodó las manos contra el suelo y echó el cuerpo hacia atrás, movió la cabeza, observando de un lado a otro, asegurándose de que de verdad estaba sola. Tras calmar la pequeña duda de sus adentros, volvió a ponerse de pie de un brinco, quitándose las botas con los mismos pies, deshaciéndose después de su vestido y capa, colocando las prendas con cuidado sobre la silla de *Muffin*.

Ella se encargaría de guardarlas hasta terminar su improvisado baño.

El agua estaba fría, sin embargo, Lilian sabía que, de pensarlo demasiado, terminaría por volver a vestirse, así que se adentró en esta dando un brinco, metiéndose de cabeza a pies en las aguas sin dejar que nada pudiera fastidiar sus ganas de un baño matutino.

Un poco de buceo. Un ligero chapoteo. Cuando la joven Stratford sacó la cabeza del agua, el sentir los rayos cálidos del sol contra la piel le hizo dibujar una sonrisa. Arthur podía decir cuanto le viniera en gana, pero el verano siempre sería mejor que el invierno.

Un crujido, el rápido relinchar de *Muffin*, hicieron que Lilian abriera los ojos, girando en el agua para quedar de nuevo encarando la orilla. Lo que sus ojos encontraron, le pareció fruto de una alucinación. Quizás el carruaje de lady Carrington sí la había golpeado y ahora se encontraba inconsciente, con la mente divagando en cualquier parte. Aquello tenía mucho más sentido que creer la realidad que se dibujaba ante su mirada.

Albert estaba allí.

Apoyado contra un tronco, sujetando en una de sus manos su habitual bastón, con una expresión de ligera sorpresa y esa sonrisa arrebatadora pintada en el rostro.

Habían pasado meses desde la última vez que lo había visto, pero el tiempo parecía no haber hecho mella en él. Su cabello oscuro, perfectamente peinado. Sus ojos, de un marrón que recordaba al café. Vestía un traje de lino gris claro, ligeramente desabotonado en el cuello, dejando entrever la piel bronceada de su garganta y el vello de su pecho. Había obviado chaqueta alguna en su conjunto, y sus botas, cubiertas de polvo del camino, sugerían que había viajado un largo trecho para llegar hasta allí.

Albert estaba más apuesto que nunca.

Con esa mezcla inusual de elegancia y descuido que siempre la había fascinado.

—No pretendía asustarte, Lilian —dijo, mostrando ambas palmas.

La joven Stratford quiso responder algo, sin embargo, al ser consciente de la escena y de su desnudez, sus mejillas se sonrojaron y giró de nuevo para darle la espalda. Aún estando estos debajo del agua, no dudó en cubrirse los pechos con los brazos.

¿Por qué había regresado? ¿Por qué ahora?

—¡Pues lo ha hecho, milord! —respondió finalmente.

Albert rio.

—Me alegra escuchar tu voz. Temí que tus últimas palabras fueran honestas y de verdad no pensaras dirigirme la palabra nunca más.

Oh, diablos. Tenía razón. ¿No se suponía que nunca más iba a hablarle?

Al menos la formalidad entre ambos no pensaba perderla.

—No esperaba encontrarte en mitad de la naturaleza, mucho menos… así.

—Sé que está acostumbrado a dejar a damas destrozadas llorando por vos por las calles de Londres, pero… —chasqueó la lengua—. Siento ser una decepción, milord. No he malgastado mi tiempo encerrada suspirando por vos.

Albert se llevó una mano al pecho, fingiendo haber sido herido por tal comentario.

—Ah, mi querida Lilian, tu lengua sigue tan afilada como siempre.

La joven Stratford ladeó el rostro, su mirada se encontró con la de Albert.

—¿Qué hace aquí?

—Tengo una respuesta para eso. Pero te suplico salgas del agua, te vistas y podamos tener una conversación normal antes de que me ahogues con esa mirada.

Lilian dudó un momento, terminó por asentir.

—Dese la vuelta, milord.

Albert rio. Al ver como abría la boca dispuesto a decir algo, Lilian se adelantó.

—¡Date la vuelta, Albert! —exclamó, sin dejar lugar alguno a réplica.

El hijo de la duquesa asintió, girando hasta darle la espalda de una vez por todas.

La joven Stratford abandonó el agua, acercándose de nuevo hasta *Muffin*, cogiendo sus prendas de encima de la silla.

—¿Cómo conocía este sitio?

—Mi hermana lo adoraba de pequeña. Hasta que un día se me ocurrió coger una de sus muñecas favoritas y tirarla al agua. Creí que podría recuperarla, pero…

—Lord Albert haciendo llorar a una dama, que novedad… —puso los ojos en blanco.

—Bueno, supongo que confío en mi capacidad de hacerme perdonar. Ahí dónde la ves, mi hermana también dijo que nunca me perdonaría haber tirado su muñeca al agua y al final terminó por hacerlo.

Lilian lo fulminó con la mirada.

—Esto no es un juego de niños, milord. Las promesas rotas no tienen el mismo peso ni son la misma ofensa que una muñeca perdida.

El hijo de la duquesa asintió.

—Tienes toda la razón. Lo lamento. ¿Has acabado de vestirte? ¿Puedo mirarte ya?

Lilian, que se estaba acabando de poner las botas, entonó un escueto:

—No.

Como toda respuesta.

—Sé que mientes. Pero aún así no te miraré si es lo que deseas.

—¿Qué sabrá usted de lo que yo deseo? —farfulló, cogiendo las riendas de *Muffin*.

—Me gusta creer que tus deseos no han cambiado tanto en estos meses. También que me sigo encontrando entre ellos.

La joven Stratford frunció el ceño, se acercó a Albert, llevando la mano a su hombro, haciéndole girar para quedar de nuevo cara a cara.

—Es tan propio de los hombres como usted esa respuesta. Creen que por su estatus, por cómo han tratado al resto del mundo sin consecuencias durante toda su vida, pueden hacer cuanto les venga en gana, volver con una sonrisa encantadora y un comentario ingenioso y todo estará bien. Pues está equivocado, lord Albert —suspiró—. Mi tía me habló sobre los hombres como usted, me enseñó a evitarlos. Y yo fui tan estúpida que no la escuché. Me dejé enamorar por usted… Supongo que ahora debo pagar las consecuencias. Si desea una vida así, de libertinaje, de no pensar en nada más que en satisfacer los deseos de su entrepierna, ¡adelante! Pero a mí déjeme en paz.

—Sigo manteniendo que no sé que he hecho para herirte de ese modo.

—¿Vas a volver a decirme que tus cartas se extraviaron? ¿De verdad?

—Así es. Te respondí a cada una de tus palabras, te seguí escribiendo aún cuando tú ya no lo hacías.

—¿Y vas a volver a decirme que lo que vi entre tú y lady Hartnett no era nada?

—Así es. Lady Hartnett nunca ha sido una amenaza para ti.

Lilian rio sarcástica, frotándose la cara con la mano libre.

—Sigues siendo testaruda como una mula.

—¿Testaruda? No, solo soy una mujer herida. Pero una que ha decidido usar ese dolor para plantar batalla en lugar de marchitarse.

Albert dio un paso hacia Lilian, su expresión endurecida por la frustración.

—¿Y cómo esperas que me defienda si no me das una oportunidad? —espetó, su voz más grave—. ¿Es esto lo que quieres, Lilian? ¿Colgarme una etiqueta, decidir que soy un libertino y acabar con lo que teníamos sin escucharme?

La joven Stratford clavó su mirada en la ajena, alzando el mentón como si con ello pudiera hacerle más pequeño.

—¿Qué teníamos? ¡Dígamelo usted! Porque, para mí, no era eso. No era una historia de mentiras, de secretos y de ver cómo otra mujer te toma el brazo con una sonrisa de suficiencia mientras yo soy la idiota que espera una carta que nunca llega.

—¡Te las envié! —exclamó el lord, su voz quebrándose momentáneamente antes de recobrar fuerza—. Cada palabra que escribí era para ti, Lilian. Cada pensamiento, cada latido de mi corazón era tuyo.

Lilian negó, enfadada, dio un paso hacia atrás intentando imponer distancia, pero el hijo de la duquesa volvió a acortar la distancia entre ambos sin dudar.

—¿¡Y qué quieres que haga con eso!? ¿Crees que puedo confiar en ti después de todo?

—Sí —su respuesta fue contundente, casi desafiante—. Porque si no, ¿qué nos queda? ¿Esto? ¿Dos personas que se gritan cuando lo único que realmente quieren es..?

Albert dejó sus palabras colgando en el aire.

Lilian entrecerró los ojos, sintiendo cómo el nudo en su pecho se tensaba más.

—¿Es qué? —le retó, su voz apenas un susurro.

Albert apretó la mandíbula.

—Lo único que quieren es estar cerca el uno del otro. Aunque eso les destroce.

El aire pareció volverse más denso de golpe. Lilian apretó las riendas de *Muffin* con tal fuerza que sus nudillos se volvieron blancos.

—No tienes derecho a decir eso. No después de todo lo que ha pasado.

—Y tú no tienes derecho a fingir que esto no significa nada —replicó Albert, dando un paso más, apenas unos centímetros separándolos ahora—. Porque puedo ver en tus ojos que aún te importa. Tanto como a mí.

Lilian tembló de pura indignación, pero no retrocedió.

—Eres un estúpido. Un egoísta. Un hombre que cree que con palabras bonitas puede arreglarlo todo.

Albert inclinó la cabeza, su voz reducida a un murmullo.

—Y tú eres una testaruda. Una mujer que cree que puede esconderse detrás de su orgullo para no sentir nada.

Ambos respiraban con fuerza, sus miradas enfrentadas como si lucharan por no ceder. La cercanía era insoportable, y a la vez, ninguno de los dos parecía dispuesto a dar un paso atrás. La joven Stratford alzó una mano, quería empujarlo, apartarlo e irse, pero su gesto quedó suspendido en el aire cuando notó cómo el lord bajaba la mirada a sus labios.

Sin poder evitarlo, Lilian hizo lo mismo, como hipnotizada.

Sus labios gruesos, brillantes, ligeramente húmedos…

Tan tentadores como la fruta madura.

El tiempo se ralentizó, cargado de un pesado silencio, de unas emociones que no podían ser contenidas. Y, aunque la rabia seguía latiendo en el interior del pecho de Lilian, el deseo comenzó a reclamar su lugar, ardiendo con una fuerza que no permitía ser ignorada.

La tensión era insoportable.

Uno de los dos tenía que romperla.

Pero ninguno parecía capaz de decidir si debía ser con un beso o con un reproche.

La tercera opción pareció la más sensata. Lilian tiró un poco de la rienda de *Muffin*, marcando así que se moviera, que huyeran de aquello como almas condenadas del infierno. Sin embargo, antes de que pudiera dar un paso, la voz de Albert la hizo detenerse.

—¿Puedo decir algo más antes de que te vayas?

La joven Stratford presionó los labios. Dudó un momento, pero asintió.

—Sigues siendo la mujer más preciosa de toda Inglaterra, Lilian Stratford.

Lilian tuvo que abrir los labios para tomar aire. El corazón le había dado un brinco tan intenso que hasta las piernas parecían temblar.

Sin ser capaz de decir nada, volvió a tirar de su yegua, rodeando al hijo de la duquesa para marcharse con paso acelerado.

Tres



Con un suave ademán con la mano, el criado de lady Carrington que la había acompañado desde que pusiera un pie a la mansión le indicó a Lilian que habían llegado a su destino.

El jardín. Cada recoveco de este estaba decorado con lámparas de papel que titilaban como luciérnagas, y una brisa ligera llevaba el aroma de las rosas y las glicinas creando una escena de ensueño ante los ojos de los presentes. El sonido de las voces entremezcladas y la música ya flotaban en el aire; la joven Stratford se adentró entre la gente, moviendo la cabeza de un lado a otro para intentar reconocer a todos los presentes.

Los Parrish estaban presentes. Pero no tenía mucha relación con ellos.

También los Rosendal. A ellos era Arthur quien les guardaba gran afecto.

A medida que se movía entre los presentes, no podía evitar preguntarse si no había subestimado aquella invitación, sintiendo que su vestido de muselina azul pálido quizás había sido una elección demasiado sencilla dado el aspecto del resto de damas.

Al parecer, ni una reunión íntima de amistades parecía un escenario menos propicio para pavonearse cuales aves con las mejores joyas y las mejores telas.

Lilian esbozó una sonrisa cuando su mirada se encontró con la de lady Carrington, una que se volvió más amplia al ser consciente de que, quien se encontraba a su lado, no era ni más ni menos que lady Elizabeth, la hermana de Albert y Daniel. Se acercó a ella, rompiendo ambas con la formalidad al darse un sentido abrazo.

—Creía que este año no vendríais a pasar el verano —dijo.

—Ese era el plan; de hecho, solo estaré unos días, hasta que Robert venga para irnos con sus padres de vuelta a Bath —respondió su amiga.

Lady Elizabeth y lord Robert se habían conocido en la primavera de ese mismo año, durante una de las visitas de la hija de la duquesa a Bath. Había sido amor a primera vista, desde que se conocieron en una cena de amistades, no pasaron ni un par de meses hasta que hubieron oficializado su relación y poco después estaban contrayendo nupcias en Londres.

A Lilian no le sorprendería nada descubrir que la duquesa había acelerado tal situación. Todos habían oído de la gran fortuna con la que el lord había vuelto de América tras varios de sus viajes, no era una presa que pudiera dejar escapar. Ahora, la radiante pareja se encontraba residiendo en Bath, en una casita preciosa con jardín a la que su amiga la había invitado en más de una ocasión a hacer una visita. Sin embargo, al igual que hizo con la invitación de boda, Lilian había estado declinando aquella visita con excusas varias que, por el momento, parecían estar funcionando.

—Estuve en casa de tu tía poco antes de partir —dijo lady Elizabeth, apartándose poco a poco para quedar cara a cara de nuevo—. Tus hermanas están preciosas y son de lo más encantadoras. Creo que hicisteis bien al dejarlas una temporada con lady Lou.

—No me cabe la menor duda, mi tía es una mujer increíble. Planeo visitarlas pronto, te diré entonces si estoy de acuerdo con tus observaciones.

Su amiga rio.

—¿Y nos congraciarás con tu visita a mi esposo y a mí al fin?

Lilian presionó los labios, dudó un momento, pero terminó por asentir.

Lady Elizabeth sonrió visiblemente ilusionada, uno de sus brazos se movió con presteza, aferrándose al de su amiga para tirar de ella con firmeza y emprender el paso.

—Demos una vuelta, seguro que necesitas una conversación de amigas después de tanto tiempo aquí sola. No sé cómo lo aguantas. Yo ya me habría muerto de aburrimiento a estas alturas —dijo, empezando su paseo la una agarrada de la otra.

Tras varias miradas sutiles a los presentes, asegurándose de que no había orejas curiosas puestas en ellas, lady Elizabeth habló de nuevo.

—¿Has recibido carta alguna de nuestros hermanos?

—Así es. Están muy bien, felices, su nuevo hogar es precioso. Me han invitado a ir a visitarlos cuando lo desee, no tardaré en hacerlo, me muero de ganas.

Su amiga sonrió, aunque un toque de tristeza podía verse en su mirada.

—Daniel nunca me escribe. No le culpo después de todo lo sucedido con mi madre. Supongo que teme que meta sus zarpas en alguna de sus misivas y… —suspiró—. Las noticias que he recibido de él vienen siempre de Albert… ¿Podrías decirle en tu próxima carta que les mando recuerdos? Y que también me gustaría ir de visita si les parece apropiado.

—Por supuesto. Estoy segura de que les encantará tenerte allí.

—Eso espero. Sería una lástima que mi pequeño no tuviera relación alguna con su tío.

Lilian se detuvo de golpe, miró a Elizabeth con los ojos bien abiertos, encontrando la diversión pintada en su rostro, en la forma que se cubrió los labios con los dedos antes de reír. No supo qué

decir, la reacción natural fue darle un nuevo abrazo, uno que sintió más que correspondido de inmediato.

—Dios bendito, pero eso es maravilloso.

—Así lo sentimos nosotros también. Aunque es un secreto todavía, solo tú y mi hermano Albert lo sabéis. Deseo que siga siendo así una temporada más, hasta que…

—Oh, por supuesto. No tienes que pedirlo, no saldrá palabra alguna de mis labios.

—Gracias. Es la razón por la que he venido aquí unos días. Quiero recoger de la mansión familiar algunas cosas que tenía de cuando era niña, una cuna especialmente. Le tengo mucho cariño y me haría ilusión que mi primer hijo, o hija, también duerma en ella.

—Si hay algo que pueda hacer por ti, o…

—Ven a verme a casa mientras esté por aquí. Disfrutemos de estos días. Y no te olvides de mí el resto del año, ven a Bath, conoce a mi bebé, se su tía… ¿Pido demasiado?

Lilian rio. Negó como respuesta.

Quizás no había sido una buena amiga después de todo. Quizás había dejado que su necesidad de imponer distancia entre Albert y ella tras el incidente en Londres la alejara de una de las pocas personas que todavía consideraba importantes en su vida.

Claro, que a ver cómo hacía eso y seguía manteniendo la distancia con…

—Mi hermano vendrá más tarde a la fiesta. Lo digo porque, tras ver lo decepcionado que se puso al saber que no vendrías a mi boda, pensé que tal vez sería una información que quisieras tener…

Elizabeth decía tales palabras en tono juguetón, del modo en el que una amiga le dice a otra que el chico de su agrado estará presente en el baile. Definitivamente, al igual que ella lo había hecho con el mundo, lord Albert había guardado todo lo sucedido entre ellos y sus planes de futuro como un preciado secreto.

—¿Por qué piensas tal cosa? Tu hermano y yo no hemos tenido relación alguna desde todo lo sucedido el verano pasado —dolió mentir, pero parecía la única respuesta.

—¿Intentas tomarme por estúpida? No sé qué habrá entre mi hermano y tú, no estás obligada a contarme nada, pero yo sí me siento con el deber de hacerte saber que, al descubrir que no ibas a estar en mi boda, mi hermano terminó por beber unas copas de más y dejar caer algún sollozo antes de dormirse por tu ausencia.

El estómago de Lilian se encogió.

¿Aquello era cierto? ¿De verdad el lord había llorado por su ausencia? Pero la boda había tenido lugar después de todo lo de Londres, después de verle con lady Whelan del brazo y… En fin, que las cosas sucedieran del modo en el que lo habían hecho.

¿Era un llanto de remordimiento? ¿Una forma de lidiar con su culpa? ¿Era…?

No. No podía permitir que aquella información le derritiera el corazón.

—Yo…

Quiso responder, buscar una treta con la que intentar enmascarar aquella situación, sin embargo, una voz a sus espaldas hizo que ambas mujeres se dieran la vuelta.

—Parece que todo Bath ha sido invitado a la fiesta de lady Carrington.

La joven Stratford no reconoció al hombre que se encontraba tras ella. Apuesto, alto, con una postura impecable y una elegancia natural que no necesitaba de ornamentos para imponerse. Su cabello rubio ceniza estaba perfectamente peinado hacia atrás, con ondas suaves, dejando al descubierto un rostro anguloso, con unos ojos de un azul profundo que parecía contener una compleja melancolía. Un fino bigote coronaba sus también finos labios, uno que se curvó a la par que estos cuando dibujó una sonrisa.

—Lord Ainsworth, ¿qué hace usted por aquí? —lady Elizabeth extendió el brazo, ofreciendo así su mano para que el lord pudiera depositar un beso sobre el dorso.

Tras besar la mano de su amiga, lord Ainsworth tomó también la de Lilian, dejando un beso galante sobre los nudillos.

—Desgraciadamente, no puedo decir que el placer me haya traído hasta aquí. Es más bien un viaje de negocios. Quiero hacerme con unas tierras que lady Carrington me ha ofrecido para construir una residencia de verano en la zona, así que he venido con el propósito de hacerle una jugosa oferta a… —el hombre rio, sacudió la cabeza —. Que descortés. Hablando de aburridos negocios ante dos preciosas damas, una de ellas a la que todavía no conozco.

—No se preocupe milord, soy Lilian Stratford, es un placer.

El lord pareció sorprenderse.

—Stratford… —repitió el lord, quedando pensativo unos segundos, terminando por chasquear los dedos—. ¿Eres familia de Louane Collier por un casual?

—En efecto, es mi tía.

—¡Ah! Entonces las encantadoras muchachitas que están con ella deben de ser tus hermanas. Mi padre es muy buen amigo de tu tía, antaño solían ser compañeros de fiestas, aunque no suele contarme muchas historias de esa época —bromeó.

La joven Stratford intentó hacer memoria.

Ainsworth.

Ainsworth.

Ainsworth.

Oh…

Durante su tiempo con su tía, Lilian había conocido al padre de lord Ainsworth, un hombre de un estatus menor pero lo suficientemente apuesto como para ocupar el lugar de entretenimiento ocasional de su tía. El hombre le había hecho varias

propuestas formales de matrimonio, pero su tía siempre las había rechazado.

Los hombres como él solo quieren casarse con nosotras para aprovecharse de nuestro patrimonio y subir socialmente le había contestado cuando, curiosa, había decidido preguntar por qué le había rechazado tantas veces.

Su hijo parecía más afortunado en aquel aspecto, quizás la fortuna en los negocios le había tratado bien. Tanto su ropa como su aspecto mostraban mucha más elegancia y estatus que algo que nunca le hubiera visto a su padre, cosa que resultaba llamativa y que no iba a dudar en preguntarle a su tía cuando al fin pudieran verse en persona.

—Conozco a vuestro padre, sí. Durante un tiempo yo también estuve viviendo con mi tía y, de vez en cuando, pude verle por allí. Siempre me regalaba unos caramelos de…

—Fresa y nata —completó la frase lord Ainsworth—. Aunque no confesaré ante unas damas tan preciosas que yo también llevo siempre conmigo esos dichosos caramelos. Según mi padre, son capaces de conquistar a cualquiera.

Los tres rieron.

—¿No os acompaña…?

Las palabras de lady Elizabeth se vieron cortadas por el sonido de la música. Esta había estado sonando de fondo durante toda la fiesta, como una compañera constante pero lejana, sin embargo, había decidido tomar protagonismo, convirtiéndose en el centro de atención, indicando con sus certeras notas que el baile estaba listo para empezar.

—Lady Stratford —lord Ainsworth llamó su atención—. Si a la duquesa no le parece una falta de respeto… —le tendió la mano—. ¿Sería posible que aceptara bailar conmigo?

Lilian dudó, miró a Elizabeth varias veces, recibiendo un suave cabeceo a modo de muestra de conformidad por parte de su amiga.

Terminó por asentir, acomodando su mano sobre la del lord, moviéndose juntos entre la gente para ir a la pista de baile.

El sonido del inicio de un vals flotaba en el aire, suave y envolvente, mientras las parejas se alineaban en el centro del salón. La joven Stratford se colocó frente a lord Ainsworth, junto a una de las hijas de los Parrish, encontrando los ojos azules del lord clavados en su persona, acompañados de nuevo de aquella galante sonrisa.

Todos empezaron a moverse al compás de la música, primero las damas, después los caballeros. Con las primeras notas, todos los bailarines se aproximaron. Lilian y lord Ainsworth quedaron frente a frente, unidos por el tenue contacto de sus manos.

La del lord sobre la parte superior de la espalda de la joven Stratford.

La de ella apoyada sobre el hombro ajeno.

Ambos avanzaron juntos, girando suavemente hacia la derecha.

Durante un instante sus miradas se cruzaron.

—Gracias por invitarme a bailar. Aunque debería haber sacado a lady Elizabeth, es una pareja de danza mucho más virtuosa y adecuada que yo —dijo Lilian.

—Quizás sea cierto, milady. Pero debo confesar que mi invitación se ve empañada por la certeza de que hay cosas que deben decirse lejos de los oídos curiosos.

Lilian frunció el ceño.

—¿Qué podría ser tan delicado que requiera una pista de baile para discutirse?

El vals los llevó a un giro más amplio, uno en el que sus manos se separaron mientras giraban en direcciones opuestas, solo para reunirse de nuevo. Cuando volvieron a unirse, su mirada estaba fija en ella de nuevo, pero la sonrisa había desaparecido del rostro de ambos.

—Si tiene algo que decir, le agradecería que fuera claro —insistió la joven Stratford—. Ni los misterios ni las sorpresas son de mi

agrado.

—No solo los negocios me han traído hasta aquí. Años atrás me hice una promesa, me marqué un cometido que no he dejado de cumplir desde entonces. Los rumores en la ciudad me han hecho saber que cierto duque puso los ojos en usted el verano pasado, uno con el que compartía una amistad que se rompió por culpa de este.

—¿Habla de lord Albert?

—Así es, milady. Hay cosas que no puedo decir tan abiertamente como me gustaría, pero sí puedo advertirla. Ese hombre que por su apariencia convence a las damas de ser un ángel, guarda en su interior un alma tan oscura como la del diablo. Como os he dicho, me marqué un cometido tiempo atrás, y este no es nada más ni nada menos que evitar que tal sucio bastardo dañe a otra hermosa dama como lo hizo con mi estimada Catherine.

—¿Lady Catherine? ¿La difunta esposa de lord Albert?

La música marcó un cambio en el ritmo, llevándolos a un punto más íntimo del vals, con movimientos laterales que hicieron que sus cuerpos se acercaran todavía más. Las voces del resto de bailarines se mezclaron con la música pero, para Lilian, no eran más que un susurro lejano en comparación con aquella conversación.

—Así es. Lady Catherine, lord Albert y yo fuimos amigos durante muchos años. Sé que mis palabras le harán pensar que no soy más que un hombre rencoroso y herido, pero estoy dispuesto a tomar ese riesgo si con él puedo protegerla. Yo estaba enamorado de lady Catherine, sin embargo, cuando lord Albert lo supo, no pudo reprimir sus caprichos y tuvo que seducirla y convertirla en su esposa solo para quedar por encima de mí.

—¿Qué está insinuando? No me gusta que hable de lord Albert de ese modo.

—No insinuo nada, milady, afirmo. Así es lord Albert. Caprichoso, competitivo, un hombre que solo ve a las damas con las que está como un trofeo. Hizo infeliz a lady Catherine todos y cada

uno de los días que duró su matrimonio, rompió su espíritu, su vitalidad, sus sueños… Hasta que la mató.

Hasta que la mató.

Hasta que la mató.

Hasta que la mató.

—Lady Catherine murió en un accidente. Esa historia la conozco.

—Lo sé. Pero una persona puede estar muerta mucho antes de que su cuerpo se convierta en tierra. Cuando la aprisionan, cuando matan su espíritu y la convierten en una sombra de lo que fue antaño, también eso supone la muerte —suspiró—. Sé que me estoy metiendo donde no me llaman lady Stratford, quizás soy demasiado osado, pero cuando supe que había un rumor sobre que lord Albert iba a desposarse con otra mujer… Supe que debía acercarme a ella para protegerla.

El vals los llevó a otro giro, alejándolos por un instante antes de que volvieran a mirarse. Cuando la música llegó a su fin, lord Ainsworth hizo una elegante reverencia, sosteniendo su mano un segundo más de lo necesario antes de soltarla.

—Gracias por el baile, señorita Stratford. Espero medite sobre mis palabras y que pronto podamos conversar sobre todo esto con más calma.

Lilian titubeó, terminando por asentir como toda respuesta.

Lord Ainsworth se acercó de nuevo, levantó la mano, cogiendo un mechón de cabello de la joven Stratford, colocándolo con delicadeza tras su oreja.

—Solo recuerde una cosa. El peligro no siempre es evidente. Y, a menudo, viene de quienes menos lo esperamos —tras aquellas palabras, el hombre dio media vuelta y se marchó entre la gente, dejando a Lilian plantada en la pista de baile.

Le costó unos segundos ser capaz de reaccionar. Para cuando sus pies fueron capaces de moverse, una sensación en la nuca le hizo

girar la cabeza de forma instintiva. Una mirada, unos ojos fijos en ella.

Y no eran unos ojos cualquiera.

Lord Albert acababa de llegar a la fiesta y la tensión en su rostro y cuerpo mostraba que no se había perdido aquella danza compartida.

Cuatro



Tras la conversación con lord Ainsworth, Lilian podía sentir el estómago revuelto.

Aunque había notado a lord Albert intentando deshacerse de sus quehaceres para poder acercarse a ella, la joven Stratford había hecho cuanto estaba en su mano para que esto no sucediera. Necesitaba pensar, necesitaba que las dudas en su cabeza dejaran de resonar con tanta fuerza y poder tomarse un segundo para meditar sobre todo lo sucedido.

Tras un rato deambulando de un lado a otro, tras conversar con lady Carrington y lady Rosendal sobre el ajetreado viaje en barco del año pasado, pidió que la disculparan, adentrándose en la casa, buscando un cuarto de baño en el que poder mojarse la cara y respirar unos segundos sin la constante sensación de ser observada.

No llegó a la pila.

En cuanto cerró la puerta de madera, apoyó la espalda contra esta y se deslizó hasta dejarse caer en el suelo, doblando las piernas para rodearlas con los brazos.

El peligro no siempre es evidente.

Y, a menudo, viene de quienes menos lo esperamos.

Una parte de sí misma se sentía estúpida y enfadada consigo misma por siquiera dar validez a tales palabras, a toda la

conversación realmente. Aun con todo lo que había pasado entre ellos, en la cabeza de Lilian no había forma alguna de concebir que lord Albert era una mala persona, un ser tan despreciable como el que lord Ainsworth había descrito. Sin embargo, una minúscula parte de su ser, la que seguía emponzoñada por el dolor de todo lo que había pasado, quería al menos darse la oportunidad de meditar sobre ello.

Mientras que la sensatez le decía que, tras todo el tiempo que habían pasado juntos, conocía lo suficiente a Albert como para saber que él no se había acercado a ella con tales propósitos, esa minúscula parte le recordaba que había dejado de mandarle cartas de repente y lo había visto paseando del brazo de otra dama en Londres con sus propios ojos.

A aquella minúscula parte se le sumaban las dudas, los secretos. Porque era cierto que no sabía nada sobre el pasado matrimonio del hijo de la duquesa, que nadie parecía querer hablar sobre lo sucedido con lady Catherine y que, tal vez, debía preguntarse el por qué de tal situación. Había asumido que se trataba del dolor, del luto y las secuelas del accidente. Pero, ¿y si había algo más? ¿Y si…?

Suspiró. No podía quedarse encerrada allí toda la noche. Lo mejor iba a ser inventar una excusa, despedirse de Elizabeth y volver a casa para poder tomar una tila y dormir hasta que llegara la mañana. Un sueño reparador le ayudaría a ver las cosas con perspectiva.

Lilian se puso en pie, tras mojarse el rostro y la nuca en la pila abandonó el cuarto de baño, recorriendo los oscuros pasillos de vuelta al jardín. El sonido de sus pisadas rasgaba el silencio que la rodeaba, un repiqueteo constante que se vio acompañado por altas voces.

Frente a la joven Stratford, apareció una puerta abierta, con cortinas ondeantes por el viento. Era la de una de las terrazas laterales, una por la que había pasado antes de camino al servicio y que estaba segura había visto cerrada. Se acercó, colocándose junto a

esta, observando la escena que tenía lugar en el exterior, oculta por el sigiloso manto de la noche.

Lord Ainsworth y lord Albert aparecieron ante sus ojos. Estaban el uno frente al otro, encarándose. Mientras que el primero mantenía un gesto tranquilo en el rostro, incluso cierto toque burlón en la sonrisa, el hijo de la duquesa tenía la mandíbula tensa y estaba evidentemente enfadado.

—No encaja con un hombre como tú, viejo amigo, el intentar defender el honor de nadie. Mucho menos de una dama. Siempre has sido más de los que las ven como un agujero en el que calmar sus pasiones —dijo lord Ainsworth.

—Mi pasado es mi pasado, con sus errores y sus aciertos, así lo acepto y he pagado por ellos con creces. Sin embargo, si alguien debe juzgarme por él, puedo asegurar que no eres tú —respondió lord Albert, apuntándole con el dedo.

Lord Ainsworth rio.

—Precisamente yo, que te conozco como nadie, soy quién mejor puede juzgarte.

—Ya te lo dije una vez y lo voy a volver a repetir. No te quiero cerca de mi hermana. Por el momento me he mantenido cortés y limitado mis advertencias a meras palabras, pero si he de ser más claro sabes que no dudaré en serlo.

—¿Vas a golpearme? —el lord extendió los brazos, balanceó suavemente el cuerpo—. Antaño quizás pudiste conmigo, pero ahora… —su mirada descendió, se posó en el bastón que el hijo de la duquesa sujetaba en una de sus manos—. No eres ni la mitad de hombre de lo que eras antes. Sería hasta descortés por mi parte pelear con alguien… en tu situación.

La espalda de lord Albert se tensó todavía más.

Los dedos que rodeaban la empuñadura del bastón apretaron tanto la madera que empezaron a tomar un color blanquecino.

—Una vez más. Aléjate de mi hermana —el dedo del hijo de la duquesa golpeó entre cada palabra el pecho de lord Ainsworth.

El lord levantó ambas manos.

—De acuerdo, viejo amigo, no volveré a molestar a tu hermana. No por ti, sino porque respeto lo suficiente a lord Robert como para andar rondando a su esposa —dijo—. Además, ya he encontrado otra dama cuyas atenciones me resultan más interesantes. Quizás la conozcas, estábamos bailando cuando has llegado. Es más hermosa de lo que su tía di…

No pudo terminar aquella frase.

El sonido del bastón cayendo al suelo resonó en todo el balcón, ambas manos de lord Albert se apresuraron en coger la camisa de lord Ainsworth con violencia, tirando de él, acercándolo todo lo posible en un claro gesto de amenaza.

Aun así, el lord mantuvo el mentón levantado, con evidente altanería.

—No quiero que ni el aire que respiras se atreva a rozar a lady Stratford, ¿¡te queda claro!? Si te veo cerca de ella, si te veo volver a tocarla como lo has hecho antes, creéme, voy a hacer que desees estar muerto.

—Vaya. Había escuchado rumores de que era tu debilidad, pero…

—¡No la nombres! —exclamó Albert, zarandeando con firmeza al lord.

Lord Ainsworth llevó sus manos también a la camisa de lord Albert, lo agarró con firmeza, poniendo a la par la amenaza entre ambos.

—Tú me arrebataste a Catherine. Así que yo te arrebataré a lady Stratford. Te haré sentir el dolor que tú me hiciste al quitarme a la persona que amaba de mi lado.

—Tú perdiste a Catherine solo. No me necesitaste para eso. Pero si quieres seguir viviendo en esa fantasía en la que soy un villano, adelante, hazlo, pero a ella déjala fuera.

—¡La mataste!

—Bien sabes cuando el espíritu de Catherine murió. Y yo no tuve la culpa de eso.

—Y una mierda.

Lord Ainsworth movió una de sus piernas, golpeando con el pie la rodilla del hijo de la duquesa, haciendo que este contrajera el rostro y cayera desplomado al suelo. No hubo más palabras, no hubo compasión alguna por parte de lord Ainsworth, en cuanto su viejo amigo estuvo en el suelo, rodeó su cuerpo y puso rumbo a la salida de la terraza.

Lilian se movió con presteza, se ocultó, observando al lord marcharse por el pasillo rumbo hacia la fiesta. Solo cuando estuvo lo suficientemente alejado, dejó atrás su escondite para salir al balcón en búsqueda de lord Albert.

El hijo de la duquesa estaba ahora sentado en el suelo, dándole la espalda.

Un sonoro gruñido de dolor brotó de sus labios en cuanto intentó ponerse en pie.

Lilian apresuró su paso, corrió hasta poder coger el bastón, acercándose a Albert, colocándose de rodillas a su lado para tenderle este. El hijo de la duquesa la observó con evidente sorpresa, pero pronto su rostro se vio empañado por la vergüenza.

A la joven Stratford poco le importó tal cosa.

—¿Estás bien?

—¿Qué haces aquí? —preguntó el lord, usando el bastón para, esta vez sí, conseguir ponerse en pie.

—Venía del baño y escuché la discusión…

Lord Albert suspiró, con la mano libre se arregló los ropajes.

—No deberías haber estado husmeando de ese modo…

Lilian presionó los labios.

Bueno, cuando la conversación trata sobre una creo que tiene el derecho a ello quiso responder, sin embargo, terminó por no pronunciar tales

palabras.

—Apenas he escuchado nada. Solo os he visto zarandearos como animales… —mintió, dudando por un momento sobre si posar sus manos sobre el cuerpo de Albert, terminando por controlar sus impulsos y cruzarse de brazos—. ¿Puedo saber a qué se debía la discusión?

Albert negó.

—Solo debes saber que, el hombre con el que estaba hablando, no merece siquiera el regalo que supone que tus ojos lo observen.

Lilian suspiró.

—Que curioso, eso mismo ha asegurado él de ti mientras bailábamos.

—¿Qué te ha dicho de mí?

—Que eres un mal hombre. Alguien de quién debo tener cuidado.

Lord Albert rio con un toque de amargura, sacudió la cabeza.

—El diablo cree al mirarse que no es su rostro el que ve en el espejo.

—¿Insinuas que es de él de quien debo tener cuidado?

—No insinuo. Afirmo. Es un hombre vil y cruel, rencoroso, alguien que ha marcado como su propósito hacerme daño por… cosas que sucedieron en nuestro pasado.

—¿Sabes cuán sencillo sería todo si de una vez por todas me hablaras de corazón sobre tu pasado? Sobre Catherine…

El hijo de la duquesa clavó sus ojos en los de Lilian.

—Dejad de pronunciar su nombre de una vez, de usarla como un arma que se puede arrojar para dañarme. Todos. Catherine murió hace años, dejad de una vez que descanse en paz como no pudo hacerlo en vida. ¿Es demasiado lo que pido?

Lilian presionó los labios, negando después, apartando la mirada.

Lord Albert suspiró, su mano viajó hasta el rostro de Lilian, acomodándose afectuosa sobre su mejilla. Sus miradas se encontraron de nuevo, el rubor en las mejillas de la joven Stratford

prendió como una llama. Había echado de menos su cercanía, sentirle, y aunque algo en sus adentros le decía que no debía aceptar tal mimo, no hubo forma alguna de que su cuerpo comprendiera que debía interponer distancia entre ambos.

—Sé que estás enfadada conmigo. Sé que nos hemos alejado y que he cometido errores que hacen que ya no me mires con los ojos de antaño. Sé que todavía me queda mucho por luchar para recuperarte, pero creo que he sido contigo lo suficientemente bueno como para merecer confianza. Te lo ruego, Lilian, aléjate de James Ainsworth.

—De acuerdo —respondió en un susurro.

Sentía sus adentros tan revueltos que ni la voz le salía con la suficiente fuerza.

Notar la caricia del pulgar ajeno sobre la mejilla hizo aun más daño en sus defensas, tanto que, por un momento, se planteó cuan correcto sería compartir un abrazo después de tanto tiempo. No lo hizo finalmente, aunque aquello se debió más a que la cordura de lord Albert parecía estar en su sitio y apartó la mano tras unos segundos de ansiado afecto.

—Voy a hablar con Elizabeth y nos marcharemos. De nuevo, permíteme ser osado y pedirte que hagas lo mismo.

—De acuerdo —respondió de nuevo.

El hijo de la duquesa asintió, extendiendo uno de sus brazos para señalar el camino de vuelta al interior de la casa.

Ambos regresaron en silencio hasta la fiesta.

Cinco



Después de todo lo sucedido la noche anterior, Lilian no se sentía ni con fuerzas como para salir a dar su habitual paseo matutino. Se había despertado más tarde de lo normal incluso, tomando largos minutos para quedarse perdida entre las sábanas, permitiendo a todos sus pensamientos hacerse con el control y conseguir confundirla todavía más.

No podía dejar de pensar en el baile con lord Ainsworth, toda la información sobre Albert que este le había dado había conseguido sacudir algo en sus adentros. Tampoco podía dejar de pensar en la pelea entre ambos hombres, en todos los secretos que sentía existían tan lejos de su alcance, pero también en la forma voraz en la que el hijo de la duquesa la había defendido. Aun después de todo, aun con el tiempo y el dolor que había supuesto todo lo que rompió la promesa de su matrimonio, el lord era capaz de romper el mundo con tan solo unas palabras, una caricia en la mejilla…

Decidió finalmente ponerse en pie. Tras recogerse el cabello de cualquier manera, se puso un vestido cómodo para poder bajar y compartir el desayuno con su padre. Su padre. La verdad es que todo lo sucedido el verano anterior también le había cambiado, había conseguido revivir una pequeña parte de su persona que todos sus hijos habían echado de menos. No era el mismo de antaño, ese

hombre no volvería nunca, pero al menos parecían haber pequeños atisbos en su mirada que la hacían creer seguía vivo en alguna parte.

Con su regalo de navidad, había medio sonreído.

Al despedirse de su hijo, una lágrima había recorrido su mejilla.

Lilian atesoraba esos recuerdos con gran calidez en su corazón.

Al llegar al salón, encontró éste vacío, aunque la mesa ya estaba puesta. Un austero desayuno se encontraba sobre esta, perfecto para dos. Un par de tazas de té vacías, con la tetera de flores azules colocada cerca, tostadas con mantequilla, unas finas lonchas de queso y unas piezas de fruta cortadas dispuestas en una bandeja de plata.

La joven Stratford tomó asiento, cogió su taza para poder servirse el té, haciéndose después con un pedazo de manzana para darle varios pequeños bocados. Mientras comía, se percató de que el libro de su padre se encontraba colocado perfectamente sobre su silla, cosa que era la señal inequívoca de que este estaba ya despierto.

—¿Padre? —preguntó, alzando la voz, escuchando de repente pasos por el pasillo.

Por el marco de la puerta, sujetando entre sus manos varias cartas, el patriarca de los Stratford apareció con una mueca de sorpresa pintada en el rostro.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que te encontrabas en mitad de tu paseo.

—No, estaba demasiado cansada. Ayer estuve en la fiesta que organizó la familia Carrington, ¿recuerdas? Al intentar levantarme esta mañana estaba destrozada…

El hombre asintió, se acercó a la mesa, tomando asiento en su sitio de siempre.

Sin embargo, a Lilian no le pasó desapercibida la forma en la que su padre colocó las cartas sobre la mesa. Lejos del alcance de su hija, con el remitente boca abajo para que no pudiera ser leído. Eso hizo que frunciera el ceño.

—¿Ha ido a buscar el correo? Normalmente soy yo quien se encarga de tal cosa…

—Bueno… —su padre tomó la taza de té, empezó a servirse—. Como ya te he dicho, asumía que habías salido a dar tu paseo matutino así que, al no ver la correspondencia de hoy sobre la mesa, he pensado… —se llevó la taza a los labios, dándole un largo sorbo.

Lilian asintió despacio.

—¿Cómo fue la fiesta?

—Bien. Como todas. Era algo para unos pocos amigos, aunque fue agradable volver a ver a lady Elizabeth. Quiere que vaya de visita, seguramente lo haga mañana.

—¿La duquesa…?

—Sigue en Londres, padre. No va a venir este año, solo están aquí sus hijos.

Su padre asintió, suspiró tranquilo. Aunque no era conocedor de todos los detalles que habían acontecido entre la duquesa y sus hijos, teniendo en cuenta todo lo sucedido, los meses que Daniel había estado viviendo con ellos y la relación que mantenía con Arthur, había sido imposible mantener al patriarca Stratford en la completa inopia.

Por ello, uno más de la familia odiaba a la duquesa con todo su ser.

Aunque su padre lanzó otra pregunta, la mente de Lilian no podía dejar de fijarse en aquellas cartas, de sentir su peso en la mesa… Tras terminarse el bocado de manzana, movió la cabeza de un lado a otro, mirando a su padre después.

—¿No ha traído ningún cuchillo?

El patriarca de los Stratford chasqueó la lengua.

—Diablos… —farfulló, poniéndose en pie, abandonado la sala para ir a la cocina.

Lilian no perdió ni un segundo. Como si de un animal se tratara, de un brinco se puso en pie, estirando el cuerpo para hacerse con las

cartas, girándolas para poder leer quién las había mandado. La primera no resultó nada importante, un viejo amigo de su padre que solía mandar misivas con noticias sobre sus plantas casi cada semana, sin embargo, la segunda despertó todas sus sospechas.

Era una carta de lady Carrington.

Una dirigida directamente a su padre.

Aquello no era normal. Aunque quizás no era lo más correcto y podía enfadarse por ello, la joven Stratford abrió el sobre para poder leer qué estaba hablando su padre con lady Carrington que fuera digno de ser ocultado de tal forma.

Estimado señor Stratford,

Confío en que estas líneas os encuentren disfrutando del maravilloso verano que el señor ha decidido concedernos. Nosotros nos morimos de ganas de dejar Londres atrás una temporada y poder al fin disfrutar de la vida tranquila que el campo nos ofrece.

Me complace haceros saber que he concluido con éxito mis gestiones en Londres y os alegrará saber que he encontrado a un par de caballeros interesados en adquirir vuestra propiedad. Ambos son personas de solvencia y disposición apropiadas, de encantadores modales y palabra, interesados en poder tener una residencia de verano encantadora. Si os parece adecuado, estaré encantada de proporcionarles vuestra dirección para que puedan visitarla cuanto antes y terminar este tedioso proceso con la mayor brevedad posible.

En otro orden de cosas, debo decir con cierto orgullo que he logrado asegurar una oferta sustancialmente ventajosa por vuestra propiedad, lo que, estoy segura, habrá de complaceros tanto como me ha complacido a mí. No puedo evitar sentir cierta satisfacción por ello y os confesaré que espero ansiosamente vuestra invitación para compartir un buen vino y una conversación agradable como pago por estas molestias.

Podría considerar esto, no solo como un brindis por nuestro éxito, sino también como una pausa bien merecida en nuestras respectivas ocupaciones.

Espero vuestra respuesta para coordinar los próximos pasos. Podéis confiar en que continuaré obrando en vuestro mejor interés y siguiendo las indicaciones que consideréis.

Quedo, como siempre, a vuestra entera disposición y afecto,

Lady Carrington.

Lilian leyó la carta varias veces.

Deseó haber entendido mal. Encontrar otro significado a aquellas palabras.

Pero no.

Al escuchar pasos de vuelta de la cocina levantó la mirada, esperando a que la figura de su padre apareciera una vez más, levantando la carta para que pudiera saber así que ya no había secreto alguno que debiera esconderse.

—¿Qué significa esto, padre?

La tez de por sí pálida de su padre, pareció palidecer todavía más al ver que su hija lo había descubierto. Tras unos segundos de

silencio, titubeó intentando encontrar algo que decir con un mínimo de sentido, terminando por suspirar pesadamente.

—Si la has leído, no creo que haya mucho más que pueda explicar —dijo finalmente.

—¿Y ya está? ¡No! —Lilian negó, poniéndose en pie, acercándose a él—. ¿Piensa vender la casa familiar? ¿Esta casa en la que ambos vivimos?

—Así es. Pero no es algo definiti…

—¿¡Y cuándo pensaba contarmelo!? ¿Cuando volviera una mañana de mi paseo y mis cosas estuvieran empaquetadas en la puerta?

La joven Stratford podía sentir el corazón acelerado en el pecho, ese nudo intenso conformado en el centro que hacía la respiración más costosa. Todo daba vueltas, nada tenía sentido. Cogió de la muñeca a su padre, tirando de él, guiándolo de vuelta a la mesa para tomar asiento una vez más el uno al lado del otro.

Lilian se frotó la cara varias veces antes de volver a hablar.

—Tiene que contarme todo. Y tiene que ser ahora.

El señor Stratford asintió.

—Llevo dando vueltas a esta decisión desde que tu hermano se marchó. Ya con la partida de tus hermanas pensé que sería una buena idea pero, en fin, estábamos aquí cuatro, la casa no parecía tan grande, ni tan… vacía. Sin embargo, desde que Arthur y Daniel se fueron, siento que nos estamos forzando a vivir aquí por… los recuerdos. Cuando solo supone un dolor de cabeza para ambos. Por lo alejados de todo que estamos, por lo solos que pasamos nuestros días, por la cantidad de habitaciones vacías que debemos limpiar y…

—¿Desde cuándo está listo para dejar ir los recuerdos?

—No lo estoy, no creo que lo esté nunca, Lilian. Pero, a veces, un padre debe hacer este tipo de sacrificios por sus hijos —la mano del hombre se acomodó sobre una de las de su hija—. Pasas tus días recluida en la campiña conmigo, sola la mayoría del año… Eres

joven, estás en un momento precioso de tu vida, no puedo… pretender que te quedes aquí conmigo, viendo tu vida pasar solo por no abandonarme. Cecile no volverá de Alemania. Tampoco lo hará tu hermano. Y tus hermanas… con cada una de sus misivas me queda más claro que aman Bath mucho más que esto. Tú también te mereces poder volar de aquí sin sentir que… me abandonas. Por eso me puse en contacto con lady Carrington, por eso me planteé la idea de vender la casa, lo poco que tenemos si… la oferta nos satisface.

La joven Stratford bajó la mirada.

Una parte de sí misma se sentía traicionada, dolida porque su padre hubiera tomado una decisión así sin ni siquiera pensar en qué supondría para ellos tal cosa. También sentía una punzada en sus adentros al pensar en perder aquella casa, en dejar atrás el último lugar en el que había vivido su madre, donde quedaban todavía ciertos retazos de momentos felices. Sin embargo, otra parte de su ser se sentía amada, halagada por la forma en la que su padre estaba dispuesto a dejar el lugar donde había vivido los últimos años con su gran amor para dejarla volar, para ayudarla a dar ese salto que no se atrevía a dar sola.

—Pero… ¿Tiene un plan? Porque… no podemos simplemente vender la casa, y…

—Estuve hablando con tu tía. Me dijo que no tendría ningún problema en acogerte del mismo modo que está haciendo con tus hermanas. Vivirías en Bath, con ella, con las niñas… Allí vive también tu amiga Elizabeth, ¿me equivoco? Además hay mucha más vida social, posibilidades de encontrar un nuevo marido…

—Yo no quiero un nuevo marido.

—Bueno, incluso en esas circunstancias, si decidieras vivir una vida de soltería como lo hace tu tía, sería más divertida en Bath que aquí sola, ¿no te parece?

La mano de su padre se movió de nuevo, acarició la mejilla de Lilian con mimo.

—¿Y qué va a pasar con usted? ¿Es que también va a mudarse a Bath con nosotras?

El señor Stratford rio, negando despacio.

—No, la ciudad ya se me hace demasiado angosta —dijo, deslizando la mano hasta poder colocar varios mechones tras la oreja de su hija—. ¿Recuerdas a John Markley?

—Sí. Tienes una carta suya, el de las plantas…

—Cuando le hablé de todo esto, me ofreció mudarme a Surrey con él. Su esposa falleció hace unos años, también está bastante solo y… Me resulta un lugar más de mi agrado. Y no estaría tan lejos de vosotras, podríamos visitarnos… Lilian, no es una certeza todavía, solo una posibilidad. Quizás las ofertas no nos interesen y…

La joven Stratford se puso en pie.

—Necesito salir a dar una vuelta. Que me dé el aire… —dijo, poniendo rumbo hacia la salida de la estancia, dispuesta a ir en búsqueda de su yegua.

—¿Estás enfadada conmigo?

La voz de su padre la detuvo.

Bajo el marco de la puerta, durante unos segundos, Lilian quedó en silencio para poder así meditar cual quería que fuera su respuesta. Finalmente, tras un pesado suspiro, negó, dedicándole una última mirada antes de abandonar la casa familiar.

La casa familiar.

Quizás no podría seguir llamándola así en poco tiempo.

Seis



—Cuando la llevemos a Bath, pediré que le den una capa de pintura, así quedará espléndida en la habitación que tenemos pensada para el bebé. Pero es preciosa, ¿a que sí?

Lilian asintió, rodeando con paso lento la cuna, deslizando despacio los dedos por la madera. Conservaba todavía su majestuosa belleza a pesar del paso del tiempo. Tallada en madera oscura y adornada con delicados detalles florales en relieve, su diseño era fruto no solo de la opulencia de los duques, sino también de su innegable elegancia. Los postes, finamente torneados, sostenían un dosel de encaje amarillento, cuyos bordes deshilachados sugerían décadas de cuidado y uso. El barniz de la madera, aunque desgastado en algunos rincones, brillaba tenuemente bajo la luz, hasta desprendía un tenue aroma de lavanda añeja completando con ello un aura de nostalgia a algo jamás conocido.

—Le encantará al bebé, ya lo verás. Aunque tendrás que cambiar el dosel, creo que es quién más ha sufrido el paso del tiempo —dijo, divertida, enredando los dedos en él—. Puede ser mi regalo de nacimiento si así me lo permites.

Elizabeth asintió, extendió los brazos, cogiendo los de su amiga con firmeza.

—Me encantaría. Era honesta al decir que me gustaría que formaras parte de su vida.

—Y honesto es que deseo formar parte de ella.

Los pulgares de la hija de la duquesa se deslizaron despacio, dejando una caricia tierna sobre la piel ajena. La dejó ir poco a poco, aunque no del todo, cogiendo su mano ahora para guiarla hasta una mesa cercana, esa en la que una de las doncellas se había encargado de servir el té y una bandeja de dulces de variopintos colores.

—Ponme al día… —dijo Elizabeth, cogiendo la tetera, empezando a servir sendas tazas—. ¿Cómo han estado las cosas por aquí en nuestra ausencia?

—Aburridas, como de costumbre. Bien sabes que la campiña, fuera del verano, pierde todo su encanto social. El otoño nos trató bien, el invierno fue duro y la primavera agradable, poco más —rio —. Me sorprendió que tu hermano fuera capaz de aguantar con tanto temple lo aburrido que este año ha sido. Nadie puede cuestionar ahora el amor que siente por el mio.

—Oh, bien sabes que mi madre lo sigue dudando. Sigue convencida de que Daniel volverá cualquier día, cansado de su capricho —puso los ojos en blanco—. No hace mucho preguntó qué sabíamos de ti. Sigues sin ser de su agrado.

—¡Qué contrariedad! —exclamó, llevándose la mano al pecho de forma exagerada—. Si deseas hacerla rabiar, puedes decirle que el sentimiento es mutuo.

Ambas muchachas rieron a la par.

—Pero, sé honesta conmigo, ¿de verdad no echas de menos vivir en la ciudad?

—A veces… —dio un sorbo—. Pero como echaría de menos esta paz si viviera allí.

Su amiga pareció dudar, pero terminó por tomar la decisión de llenar su boca con un pedazo de pastel antes de seguir preguntando. Lilian presionó los labios, de forma distraída, empezó a mover la

cuchara dentro de su taza de porcelana. Si con alguien podía hablar de lo que había acontecido el día anterior, definitivamente era con Elizabeth.

—Aunque… es posible que mi situación cambie próximamente.

—¿A qué te refieres?

—Por lo visto, mi padre está pensando en vender la casa familiar. Es muy grande solo para dos, el invierno de verdad ha sido duro y… En fin, cree que debería irme una temporada con mi tía Lou, volver a la vida social ahora que soy joven… —levantó los hombros.

La hija de la duquesa dio un suave brinco, una de sus manos viajó rauda hasta colocarse sobre el brazo de su amiga.

—¡Pero eso sería maravilloso! ¡Podríamos vernos siempre que quisiéramos!

La joven Stratford suspiró.

—No sé, Lizzie. Una parte de mí sabe que mi padre tiene razón, que volver a la ciudad me vendría bien y… cierto es que echo de menos relacionarme con alguien más que con él y con Muffin. Pero… esa es la casa en la que hemos vivido los últimos años de vida de mi madre. En ella existen tantos recuerdos, tantas cosas que no deseo perder…

—Lilian, los recuerdos no viven en un solo lugar, vienen con nosotros allá dónde vamos. No vas a perderlos solo por alejarte de aquí. Tu padre tiene razón, y no habla ahora esa parte de mí que desea vengas a Bath a toda costa, sino la que vela por tu bien. Eres joven, preciosa, tienes un futuro brillante que se está marchitando aquí en la nada… No puedes perder tus años en mitad de la nada, esperando que llegue el verano para volver a vivir.

—También… —la joven Stratford bajó la mirada con un toque de vergüenza—. Temo volver a la vida social y no ser capaz de encajar en ella como lo hacía antes. Las amigas que tenía, a parte de ti, las he perdido por la distancia. El ambiente habrá cambiado…

La hija de la duquesa rio, sacudió la cabeza.

—En Bath está parte de tu familia, la soledad no será un problema. Y, antes de que me crezca la tripa y no sea capaz de verme los pies, también estaré yo para ir de un lado a otro. Te presentaré gente, encontrarás tu lugar con el tiempo… ¡Debería ser yo la que se preocupe porque encajes demasiado bien y me des de lado cuando tenga al bebé! —bromeó.

Lilian levantó la mirada de nuevo, la ilusión en el rostro de su amiga fue suficiente para acallar sus dudas y hacer que la idea de volver a Bath, aunque solo fuera un poco, no sonara tan catastrófica como lo había hecho el día anterior.

—Todavía es solo una posibilidad. Mi padre le pidió a lady Carrington ayuda en el asunto y, por lo visto, esta ha conseguido un par de hombres interesados, pero…

—Si lady Carrington está metida, da esa casa por vendida. ¡Mira! Rima y todo.

Ambas volvieron a reír.

Lilian decidió hacerse al fin con uno de los dulces, una tartaleta de moras, con una crema pastelera que parecía estar hecha por las manos más habilidosas de toda Inglaterra, que la llamaba de una forma más evocadora que la luz a las polillas.

Rompió un pedazo, dispuesta a llevárselo a la boca. Sin embargo, cuando la puerta se abrió, su hambre quedó aplacada por la visión de lord Albert entrando en la estancia.

—Siento interrumpir, pero ha llegado una noticia importante que no podía esperar.

Elizabeth se puso en pie, acercándose a su hermano.

—¿Ha pasado algo? ¿Algo malo?

Albert rio, sacudió la cabeza.

—No, tu querido Robert llegará para la cena. Por lo visto, sus planes han cambiado y va a poder reunirse con nosotros unos días antes de lo esperado.

Lizzie abrazó a su hermano en un impulso de pura emoción.

—¡Qué noticia tan maravillosa! —exclamó. Sin soltar del todo a su hermano, ladeó el cuerpo para poder mirar a Lilian de nuevo—. Al fin voy a poder presentarte a mi Robert, ¡ya verás! Te va a encantar, es un amor y… ¡Tienes que quedarte a cenar! ¡A pasar la noche! Por favor, Lilian, tenemos que celebrar esta maravillosa noticia.

La joven Stratford titubeó, se puso en pie, sacudiendo la cabeza.

—No puedo demorarme tanto. Mi padre está solo, le dije que volvería antes de que se hiciera demasiado tarde, no puedo…

Además, la idea de pasar la noche bajo el mismo techo que lord Albert resultaba una de esas tentaciones que uno debe evitar para seguir en el camino de la regia cordura. Las circunstancias habían hecho imposible que hubieran disfrutado de una noche de cercanía en mucho tiempo, arropados en el mismo lecho, y la incertidumbre de cuán agradable sería vivir una de nuevo seguía atormentando a Lilian de una forma que ni las palabras podían hacerle justicia.

No necesitaba pensar que lo tenía en la habitación de al lado.

Que unos pasos podrían darle esa noche ansiada, arropada por sus fuertes brazos.

—Podemos hacer que uno de nuestros criados vaya a avisar a tu padre, no sería una molestia —propuso Albert, amable.

La joven Stratford titubeó, buscando una nueva excusa.

—¡Que no se hable más! Voy a decirle a uno de los mozos que vaya con una nota ahora mismo —respondió, saliendo de la estancia sin dar lugar a réplica.

—¡Elizabeth! —exclamó.

Pero ni el sonido de su nombre fue capaz de detenerla.

Un pesado suspiro abandonó los labios de Lilian. Cuando su mirada se encontró con la del hijo de la duquesa, una media sonrisa se encontraba en sus labios, una que se apresuró a borrar cuando la joven Stratford enarcó una ceja.

—Es cierto que no puedo dejar a mi padre solo sin más…

—Y también es cierto que no nos importa mandar a alguien para que le avise —Albert hizo el ademán de acercarse, sin embargo, terminó por no hacerlo—. Si mi presencia es la razón por la que tanto te niegas a quedarte, puedo decirle a mi hermana que estoy indispuesto llegada la cena. Mi hermana te echa de menos, se muere de ganas de que conozcas a su esposo, si soy yo la razón que le impide tal felicidad… me haré a un lado.

Lilian dudó un momento.

La dulzura de lord Albert para con su hermana la derretía como una vela ante la calidez de una llama cercana.

Terminó por negar ante sus palabras.

—No, solo es la preocupación por mi padre. Nada más.

El hijo de la duquesa asintió.

—Entonces voy a asegurarme personalmente de que el aviso le llegue —y tras una suave reverencia, salió de la estancia.

——— ❀❀❀ ———

—Aunque, en fin… —lord Robert acomodó la mano sobre el vientre de su esposa—. Ahora que nuestro bebé está en camino, creo que mis viajes a las américas han terminado.

Elizabeth no mentía al decir que su marido era un encanto, Lilian podía dar ahora fe de ello. De cabello castaño, mediana altura y mejillas gruesas, con un porte mucho más similar al de los hombres de campo que a los de la alta sociedad, se le notaba todavía su estatus de nuevo rico en sus prendas austeras y unas gafas redondas que habían visto tiempos mejores. Era un hombre sencillo, afable, que después de ver tanto mundo parecía feliz con la nueva aventura que suponía llevar una casa y crear una bonita familia junto a la mujer de la que estaba enamorado.

A la joven Stratford le resultaba digno de levantar envidias.

—¿Es que acaso estáis interesada en un viaje tan largo, lady Stratford?

—Oh, en absoluto. Mi hermana vive ahora con su marido en Alemania y la sola idea de un viaje hasta allí hace que me falte la respiración, así que no quiero imaginar navegar hasta… No, Inglaterra es de mi suficiente agrado —rio—. Y llámame Lilian, por favor, eres el esposo de mi mejor amiga, no hay necesidad alguna de tantas formalidades.

El hombre sonrió, asintiendo ante su petición.

—La cena está lista, milord —dijo una doncella, mirando a lord Albert al hablar.

Todos se pusieron en pie, dejando así el salón para poner rumbo al comedor. Lady Elizabeth y su amado entraron primero, haciéndose confidencias unos pasos por delante. En cambio, lord Albert, que caminaba un par de pasos frente a Lilian, se detuvo para dejarla pasar, haciendo un ademán galante con la mano al que ella no supo responder.

Al observar la mesa, no pudo evitar arrugar la nariz con desagrado. Como si de una niña pequeña se tratara, ver que habían servido sopa de guisantes verdes le despertó esa respuesta tan honesta desde el fondo de sus entrañas.

—Señorita Stratford… —llamó su atención la misma doncella de antes—. Usted tendrá que esperar un poco más para cenar. El señor nos hizo saber de su desagrado por la sopa de guisantes, así que la cocinera le ha preparado sopa de pollo con almendras en su lugar. Sin embargo, el tiempo se le ha echado encima y… Espero pueda perdonar nuestra torpeza…

La sorpresa se pintó en el rostro de Lilian.

Una mirada fugaz a Albert hizo que su estómago se encogiera.

Ni siquiera recordaba haberle contado de su desagrado a tal comida y él, en cambio, atesoraba aquel detalle de una forma que resultaba… No quería siquiera darle calificativo.

—Por supuesto, esperaré. Discúlpeme a mí con la cocinera por haber estropeado su menú para la noche.

La doncella asintió, abandonando su lado con paso ligero.

El matrimonio decidió sentarse juntos, así que a Lilian solo le quedó ocupar la silla libre junto a lord Albert. De nuevo, haciendo gala de los modales dignos de un hombre de su estatus, el hijo de la duquesa retiró la silla para que la joven Stratford pudiera encontrar acomodo. También ayudó a entrar la silla.

Lilian observó a Albert, cómo colocaba su bastón a un lado, la forma en la que llevó una de sus manos a su rodilla herida para presionarla con firmeza nada más sentarse…

—No tenías por qué… —llamó su atención, el lord no pareció entender—. Pedir a cocina que me preparara otra cosa. Es todo un detalle, pero no tenías por qué…

—Pero sé que no es de tu agrado. Jamás me habría perdonado permitir que tuvieras que comerla sabiendo que…

—No recuerdo haberte contado siquiera lo mucho que la odio.

—Lo hiciste, en Londres. Después de ir a ver la ópera, ¿recuerdas que nos quedamos jugando a las cartas hasta tarde?

Lilian rio, sacudió la cabeza.

—Recuerdo darte una paliza más bien.

—Minucias.

Sendas medias sonrisas se pintaron en sus labios.

—El caso es que esa noche, una vez mi madre se fue, hablamos por primera vez sin… la presión de sus ojos, sus expectativas… Me contaste lo de la sopa de guisantes. También lo de la vez que casi te rompes la nariz saltando en la cama de tus padres. Que no entiendes el encanto del brandy…

—¿Lo recuerdas todo?

—Por supuesto. Nunca me perdonaría olvidar algo sobre ti.

La mirada de Lilian quedó fija en la de Albert, su corazón latía con fuerza, las mariposas en su estómago aleteaban creando una sinfonía

de caos que agitaba cada rincón de su ser.

—Yo también lo recuerdo. Que siempre has deseado ir a hacer volar cometas. Que no comprendes por qué a todo el mundo le fascina el bridge. Y que jamás te casarías con una mujer que no comprende la delicia que es tomarse una copa de brandy.

Albert rio, bajó la mirada.

—Lamento decirte que te mentí en una de ellas.

Lilian entreabrió los labios, tomó aire despacio. Que Elizabeth llamara su atención para hacerle una pregunta rompió aquel extraño momento que se había formado entre ellos.

La cena empezó.

Siete



La cena, compuesta por platos dignos de paladares refinados, fue toda una delicia.

Acompañados de una copa de vino dulce, todos pasaron a acomodarse en un pequeño e íntimo salón a no mucha distancia, empezando así a conversar sobre la historia del hermoso matrimonio que Elizabeth y Robert conformaban, prometiendo recuperar el tiempo perdido con más ocasiones similares a aquella.

Había un aura de tristeza en todo aquello, al menos para Lilian. Cada vez que entre palabras intercambiaba una mirada con lord Albert, no podía evitar pensar como, en una vida idílica en el que las cosas hubieran sucedido como debían, aquella sería una cena entre matrimonios amigos, quizás con más de un retoño a la espera.

El vino fue el único capaz de suavizar la amargura de tal certeza.

Cansado del viaje y quizás también ansioso por tiempo en privacidad con su esposa, lord Robert se disculpó con los presentes tras un par de copas, alegando que necesitaba ir a la habitación y que sería más amable con su compañía llegada la mañana. Su esposa le siguió, dando un fuerte abrazo a su amiga antes de desaparecer del salón cogidos del brazo.

De pie frente a su silla, la joven Stratford observó a su acompañante que, con su copa todavía en la mano, también

observaba marchar al matrimonio.

—Quizás deberíamos hacer lo mismo… —dijo, llamando su atención.

El lord sacudió la cabeza.

—Tu copa sigue todavía llena. Quédate conmigo al menos hasta que la termines.

Aunque dudó un momento, terminó por asentir, tomando asiento de nuevo.

Al hacerse con su copa, le dio un pequeño sorbo, uno que no auguraba prisa alguna en terminar tal bebida. Aun cuando aquello era una traición a sus principios, a las miles de promesas que se había hecho de no regalarle sus atenciones si el destino volvía a ponerlos en el mismo camino, cuando se fustigara al día siguiente por ello, podría culpar al vino dulce y al verano de ser tan estúpida.

—Es un hombre de lo más agradable. Y se nota que está loco por tu hermana.

—Lo es. Aunque debo admitir que tuve mis reticencias en un principio. Todos esos viajes a tierras tan lejanas me parecían algo que solo traería pena a Elizabeth pero, en cuanto me contó sus intenciones de dejarlos de lado para quedarse en Bath junto a ella, no puedo mentir, tuvo mi aprobación.

—Y supongo que a tu madre, su nueva fortuna, no le desagradó en absoluto.

Albert rio.

—Pues se equivoca usted, señorita Stratford. A la duquesa, el pretendiente de su pequeña no le gustaba en absoluto. Debes saber que Robert llevaba tras Elizabeth mucho antes de hacer su fortuna así que, aunque para mi hermana siempre fue su favorito, las reticencias de mi madre dilataron su casamiento. Según nuestra querida madre, lord Robert no era ni cercano a lo apuesto que mi hermana merecía. Por un lado, necesitaba perder kilos, por otro, viendo a su padre, sus entradas iban a ser un problema en el futuro.

Lilian puso los ojos en blanco, bebió de nuevo de su vaso.

—Me morderé la lengua por respeto a Elizabeth y no diré lo que pienso ahora mismo.

—Ya que no me incluyes entre aquellos que merecen tu respeto, hazme al menos el regalo de escucharte decir lo que piensas.

—Pues… —oh sí, no era necesario tirar demasiado de la lengua de Lilian para que dejara fluir todas sus quejas sobre la duquesa—. Diré que es curioso cómo alguien como tu madre, con su extraordinaria capacidad para juzgar apariencias, jamás notó lo que realmente importa. Que, con tan solo haber hablado con él esta noche, ya me resulta evidente que lord Robert tiene más decencia y corazón en un solo dedo que lo que ella pudo demostrar en toda una vida. Y que, bueno, si tanto le preocupan las entradas en su cabello, quizás deba mirar las del hombre que tiene al lado en la cama también.

Y es que, el actual esposo de la duquesa, había ido perdiendo con los años su hermosa cabellera hasta quedar con una superficie digna de sacarle lustre.

Albert estalló en una sonora carcajada, dando un firme golpe sobre su rodilla sana para acompañar tal estallido de júbilo.

—Daniel te odiaría si dijeras eso ante él. Nada le preocupa más ahora mismo que seguir los pasos de su padre y quedarse sin un pelo en la cabeza.

Lilian rio, sacudió la cabeza, llevándose la copa a los labios.

—Resulta curioso —añadió lord Albert, llamando de nuevo su atención, haciendo que sus miradas se encontraran—. Nuestra madre se empeña en buscarnos las parejas ideales cuando, está comprobado, solo las encontramos cuando escogemos a aquellas personas que ella detesta. Elizabeth y Robert. Daniel y Arthur. Y, bueno…

Las palabras quedaron flotando en el aire.

No era necesario escucharlas para conocerlas.

Sus miradas ya hablaban lo suficiente. Tanto que Lilian tuvo que apartar la suya de la del hijo de la duquesa para poder seguir hablando.

—¿Tú no estás preocupado por perder el cabello? No he visto nunca un retrato de tu padre, quizás era hasta peor —buscó bromear, romper aquel momento.

—No le recuerdo. Murió cuando yo era muy niño y, en cuanto mi madre se desposó de nuevo, hizo quemar todos los retratos y recuerdos que teníamos de él. Supongo que buscaba con ello demostrar a su nuevo esposo que ya no había rastro alguno de amor por él —levantó los hombros.

—Lo lamento. No… voy a criticar a tu madre por casarse de nuevo ni mucho menos. Pero no había razón alguna para borrar los rastros de tu padre para ello. Eso es cruel.

—Así lo creo yo también —sentenció Albert, bebiendo de nuevo de su copa.

El fuego parecía ser una constante en la vida de la duquesa, su forma de borrar aquello que le resultaba inconveniente. Así lo había demostrado al quemar los recuerdos de su antiguo esposo años atrás y las cartas de la matriarca de los Stratford el verano pasado.

Lilian observó a lord Albert en silencio, uno de sus dedos repiqueteó contra la copa, dudando sobre si hacer la pregunta que revoloteaba en su cabeza o guardar silencio.

—Puedo… ¿saber qué le pasó? A tu padre —terminó por preguntar.

Guardar aquellas dudas en sus adentros nunca se le había dado bien.

—Prefiero no hablar de ello.

Sin ser capaz de contenerse, demasiado hastiada, la joven Stratford puso los ojos en blanco, dejando escapar un pesado suspiro. El lord enarcó una ceja, buscando saber la razón tras tal

gesto, sin embargo, Lilian no tardó en darse cuenta de que quizás había cruzado una línea que no debía.

—Nada, no…

—No parecía un gesto tras el que se escondiera nada.

—No, de verdad, Albert, no es nada.

El hijo de la duquesa suspiró, dejó la copa a un lado, echándose hacia delante para poder observar a su acompañante de más de cerca.

—Si hay algo que siempre he apreciado de ti por encima de todos los demás, es la forma en la que nunca te has mordido la lengua al hablarme. No me ves como el hijo de la duquesa de Bibury, no me guardas ese respeto molesto por el que parece que necesitan besarme los pies en todo momento. Y eso es algo que jamás me gustaría que perdieras. Te hace real para mí.

Lilian presionó los labios.

Dudó un momento, pero terminó por dejar la copa a un lado ella también.

—Es que nunca quieres hablar de nada, Albert. En todo el tiempo que te conozco, siempre tengo esa sensación de que me ocultas una parte importante de ti. No quieres hablar de tu padre, no quieres hablar de tu matrimonio, de tu accidente… No sé si es que crees que esas cosas resultan menos dolorosas por estar envueltas en silencio, por ser un secreto, pero no es así. Te hacen daño a ti y hacen que yo sienta que no confías en mí —suspiró—. No he querido decirlo porque, en parte, también siento que tienes derecho a tener tus secretos, que no soy nadie para exigir conocerlos… Es solo que son tantos que… al final siento que hay mucho más que desconozco de ti que lo que conozco. Y me molesta.

Ambos se observaron de nuevo en silencio.

Los segundos pesaron como losas, parecían eternos.

—¿Respuestas es lo que deseas?

La joven Stratford asintió.

Lord Albert lo hizo también después.

Se movió por el salón, yendo hasta un mueble bajo a no mucha distancia, abriendo uno de sus cajones para sacar una baraja de cartas con los bordes ligeramente avejentados y una bolsita de satén. Después recorrió el salón de nuevo, tomando asiento en una de las sillas de la mesa, dejando la baraja en el centro antes de acomodar los codos sobre esta.

—¿Quieres jugar a las cartas? No eres un rival para mí.

Aunque sus palabras denotaban desinterés, el cuerpo de Lilian mostraba todo lo contrario. Mientras sus labios iban diciendo tales cosas, sus pasos ya habían acortado toda las distancias con la mesa, tomando asiento frente al hijo de la duquesa, observando cómo este quitaba el lazo alrededor de la baraja para empezar a preparar el juego.

—Por tres razones. Uno, porque eres competitiva y un juego de cartas te tienta demasiado. Dos, porque te encanta hacerme perder. Y tres, porque si me ganas responderé a todas tus preguntas sin tapujos. Todo lo que quieras saber te lo contaré.

La joven Stratford frunció el ceño.

—¿Y si pierdo? ¿Qué pasa entonces?

El hijo de la duquesa rio, empezando a sacar las fichas de la bolsita y repartirlas.

—No vas a perder. Pero, si lo haces… Bueno, pensaré algo a la altura de mis secretos.

Lilian dudó. Sin embargo, la duda le duró más bien poco. Albert tenía razón en todas y cada una de sus aseveraciones. Era competitiva, adoraba hacerle perder y, sobre todas las cosas, quería todas esas respuestas que se le habían estado negando.

No iba a perder. Así que preocuparse por la penitencia era ridículo.

—De acuerdo, juguemos.

—Vamos a jugar a cinco cartas —dijo Albert, todavía barajando—. Se reparten cinco cartas y en cada ronda de apuestas puedes elegir cambiar las que quieras o quedarte con la mano que tienes. El valor de las cartas y las combinaciones son las mismas que en un juego tradicional, pero este es más rápido y sencillo. ¿Lo has jugado antes?

—No. Pero no le veo complicación alguna —respondió Lilian, levantando los hombros.

El lord sonrió, asintió despacio, parando en seco el movimiento de sus manos para pasar a repartir las cinco cartas que correspondían a cada uno. La joven Stratford cogió las suyas de encima de la mesa, dándoles la vuelta, pudiendo así observarlas.

Reina de corazones.

Reina de picas.

Siete de picas.

Cuatro de diamantes.

Rey de tréboles.

El par de reinas supuso una mano prometedora, aunque nada por lo que una pudiera emocionarse en demasía. Levantó la mirada, observó a lord Albert. Su semblante tranquilo, sus ojos saltando de una carta a otra, no ofrecieron ninguna pista con la que poder saber cuales serían sus siguientes pasos. La única pista fue el mísero segundo en el que se mordió el labio inferior, un gesto quizás de incertidumbre que le dio esperanzas a Lilian.

—Tienes que hacer una apuesta inicial —indicó el lord.

La joven Stratford asintió. Aunque sus dos reinas no eran un mal comienzo, toda su experiencia dictaba que la mejor forma de abrir en una circunstancia así, es de la forma más moderada posible. El hijo de la duquesa podía cometer ahora el error de enseñar sus intenciones demasiado pronto.

Una apuesta moderada desconcierta al rival. Si tiene una mano buena, le da alas para que apueste fuerte pensando que lo tiene todo

para ganar. Si tiene una mano mala, hace que siga la estela de la cautela y solo iguale para no perder demasiado.

Tras unos segundos en silencio, lord Albert decidió igualar la apuesta.

Tienes una mala mano pensó Lilian, pensamiento que se asentó con fuerza en su cabeza al ver cómo los ojos de su rival volvían a saltar entre las cartas, moviendo una de ellas para colocarla junto a otra en el extremo. Tienes una pareja como mucho pensó.

A Lilian no le quedaba otra que arriesgarse.

De su mano, cogió el siete de picas y el cuatro de diamantes, colocándolos boca abajo sobre la mesa, recibiendo dos nuevas cartas en su lugar.

Reina de picas.

Rey de diamantes.

Trío de reinas, tenía un trío de reinas. Levantó la mirada de nuevo buscando a su rival, observando como uno de sus dedos golpeaba rítmicamente la parte posterior de las cartas. Tras meditar un poco más, el lord negó.

—Me quedo con lo que tengo.

Diablos, entonces no puede tener una pareja.

¿Le había colado un farol?

No, no era eso. Seguramente tenía un trío también. ¿Cuántas posibilidades había de que tuviera un trío mejor que el propio? Una, que fuera un trío de ases. En el resto de casos, su trío de reinas estaría por encima de los que él pudiera hacer.

Fuera como fuese, las posibilidades seguían estando de su lado.

Ahora todo lo que debía hacer era seguir mostrando confianza.

Las dudas sobre la mano de Albert debían quedar a un lado, solo así volvería a tener un despiste como el de la ronda anterior. Tras hacer las cuentas en su cabeza, Lilian cogió las fichas necesarias de su montón para elevar la apuesta considerablemente.

—Puedes no ir, si quieres —dijo, elevando ligeramente el mentón, con altanería.

El hijo de la duquesa siguió en silencio, observando sus cartas. Se frotó la nuca, bajó la mirada hasta sus fichas y, sin decir nada, cogió el mismo número que Lilian había usado para igualar la alta apuesta sobre la mesa. Sin embargo, no se detuvo ahí, tras dejar caer las fichas en el montón conjunto, cogió una de más del propio para subir así la apuesta un poco.

Un farol. Está jugando conmigo, está de farol se repitió varias veces.

La joven Stratford tampoco dice nada. Se limita a igualar la apuesta.

—Veamos qué tienes —dijo él.

—Un trío con cartas altas. Difícil de superar —respondió ella.

Lord Albert chasqueó la lengua.

Una media sonrisa se dibujó en los labios de Lilian. Farol, ¿cómo no?

Las cartas de su rival empezaron a descubrirse.

Diez de corazones.

Jota de corazones.

Reina de corazones.

Rey de corazones.

As de corazones.

—Escalera real —la sonrisa apareció en sus labios, triunfal—. Bien jugado, señorita Stratford —añadió, poniéndose en pie—. Pero no lo suficiente.

—¿Cómo has…? ¿Tenías esa mano desde el principio?

Albert levantó los hombros.

—Has hecho trampas.

El lord rio, se llevó la mano al pecho con teatralidad.

—Señorita Stratford, eso no es de buena perdedora. He tenido suerte, eso es todo.

Lilian frunció el ceño. Observó las cartas y después a Albert varias veces.

—¿Me has estado dejando ganar todas las veces que hemos jugado hasta ahora? ¿Me dejaste ganar en nuestra noche de cartas en Londres?

El hijo de la duquesa levantó los hombros.

—Lo lamento, pero solo estaba obligado a responder honestamente si perdía. Ahora bien, tú me debes algo y creo que ya he decidido el qué. Además de recoger las cartas y las fichas, claro, esa es la tarea del perdedor.

La joven Stratford resopló. Era cierto, ella misma le había hecho recoger todo una y otra vez en cada ocasión que lo había derrotado en Londres. A regañadientes, Lilian empezó a hacerse con las fichas y las metió en la bolsita de nuevo.

—He retomado una de mis viejas pasiones. El dibujo. Desde hace un tiempo he vuelto a bocetar cosas comunes, de mi día a día, pero… no me motivan. Estoy buscando algo que quiera dibujar de verdad, algo que me apasione…

—¿Y qué pretendes? ¿Que sea yo quien te encuentre algo apasionante que dibujar?

Lord Albert rio, sacudió la cabeza.

—No. La cuestión es que dibujar naturalezas muertas no me inspira. Y aunque los nomeolvides me siguen recordando tu belleza… No es suficiente. A mí siempre me ha gustado más la vida. Y para ello… necesito una musa.

Lilian rio con incredulidad. Sin embargo, tras varios segundos de risa, comprendió por la expresión ajena que aquello poco tenía de broma.

—¿Lo dices en serio? ¿Y qué esperas que haga? ¿Que me quede quieta como un jarrón o me desangre dramáticamente como un venado para inspirarte?

El lord chasqueó la lengua.

—Todavía no sé cómo te voy a dibujar, solo sé que eres a quien quiero dibujar. Una mujer preciosa siempre será más estimulante que unos pedazos de fruta en una bandeja.

Sus halagos le hacían mella, su deseo de dibujarla le resultaba todo un cumplido descarado, por eso mismo, se apresuró a llevar la mano al pecho con teatralidad.

—¡Qué honor ser vista como algo más hermoso que unas piezas de fruta, milord! —dijo, usando el escarnio como única forma posible de ocultar el calor agradable en las entrañas que suponía aquella propuesta.

—Muy graciosa. Tengo un pequeño estudio en Bath para mis trabajos, te avisaré cuando esté listo para empezar a trabajar en mi colección. Buenas noches, Lilian.

Y sin dar lugar a réplica, lord Albert se marchó.

Ocho



El primer candidato que lady Carrington mandó a ver la residencia de los Stratford, era un lord alto y espigado, de cabello canoso y bigote enroscado apellidado Cromwell.

Resultó ser un hombre agradable, de carácter afable, quizás algo tímido, o demasiado obcecado en cumplir con los modales impuestos para cometer ninguna osadía. Al patriarca de los Stratford le cayó en gracia, especialmente cuando, mientras paseaban por la parte trasera de la residencia y admiraban la indómita naturaleza del bosque, el hombre mostró un interés y conocimiento sobre las plantas a la par del propio. Lilian no necesitaba más que apreciar ese buen trato hacia su padre para saber que le resultaba de su agrado.

A diferencia de la familia Stratford, lord y lady Cromwell habían sido bendecidos con tan solo hijos varones, unos apuestos trabajadores muchachos que no habían tardado en ir casándose uno tras otro. Ahora que ambos se habían visto solos y con algunos años más a la espalda, el ajetreo de la capital les resultaba angustioso y ansiaban esa nueva residencia campestre para poder tener una existencia más plácida.

Ese motivo también resultó de agrado a ambos.

—Ha sido un placer conocerle, señor Stratford —dijo el hombre, tendiendo su mano de forma cortés—. Seguiré su consejo y echaré

un vistazo a ese tratado de botánica que me ha recomendado.

—Lo mismo digo, lord Cromwell —respondió, estrechando su mano—. Le aseguro que, si finalmente es usted quién se queda con nuestro querido hogar, va a poder darle ese jardín con flores preciosas que su mujer desea.

Ambos hombres rieron.

—Estaremos en contacto. O eso espero —añadió el lord, tomando la mano de Lilian, dejando un beso educado en el dorso a modo de despedida.

Tras esto, el hombre se puso su sombrero de copa y volvió a su carruaje, montando en este para desaparecer por el camino principal que daba a la casa. De pie, en la entrada principal, ambos Stratford lo observaron marchar antes de volver al interior de la residencia.

—¿Y bien? —preguntó Lilian.

—Es un hombre encantador. Y me agrada que sea alguien que piensa en cuidar las tierras, arreglar la casa, no… deshacerse de todo y empezar de nuevo, ¿sabes?

La muchacha asintió. Sin embargo, tras unos segundos observando a su padre, no necesitó escuchar más para saber qué palabras saldrían de su boca después.

—¿Pero? —dijo.

El señor Stratford suspiró. Echó a andar hacia el interior de la casa, con su hija solo unos pasos por detrás. Aun sin mediar palabra, el hombre empezó a recoger las tazas que habían quedado sobre la mesa tras tomar el té con su invitado.

—¿Pero? —repitió Lilian, esta vez con un toque más demandante.

Su padre suspiró de nuevo, se frotó el rostro con la mano libre.

—Su oferta final es mucho menos de lo que habíamos hablado.

Lord Cromwell era un hombre encantador, de buenos modales y con todo a su favor. Sin embargo, cargaba con un pecado a sus espaldas que a la alta sociedad le costaba pasar por alto. Uno de sus hijos, en un estúpido intento por subir todavía más en la escala

social, había hecho unas inversiones que habían llevado a la familia a perder parte de su fortuna. Ahora estaban recuperados, o eso decían, algunos aseguraban que su deseo por marcharse al campo estaba realmente motivado por no poder mantener su residencia en la capital.

Mientras tomaban el té hacía tan solo unos momentos, en un alarde de sinceridad, el hombre les había confesado que había exagerado ante lady Carrington cuanto estaba dispuesto a pagar por la residencia. Les ofreció un pedazo de papel entonces, con una cifra escrita. Era más pequeña de lo esperado, pero a la joven Stratford no le parecía poco.

—Aunque usted será quien tenga la última palabra, padre, sé que mi opinión le resulta importante y por eso se la daré. Quizás perder un poco de dinero no sea tan malo si, a cambio, el hogar que amamos termina en manos de alguien dispuesto a cuidarlo. Pecaré de sentimental tal vez, pero es lo que siento —levantó los hombros, acercándose, tomando las tazas de manos de su padre para colocarlas sobre la bandeja de plata.

—Sé que tienes razón, Lili. Pero es mucho menos de lo esperado…

—¿Y qué? Hasta donde yo sé no estamos mal de dinero, ¿me equivoco? Sí, no somos como los Carrington, pero no nos falta de nada tampoco.

El señor Stratford se dejó caer en el sofá, su hija, tras aquella visión, dejó la tarea de recoger a un lado para tomar asiento en la mesa baja frente a él.

—¿O es que me oculta algo? —preguntó, sin poder ocultar cuanto miedo le causaba tal idea.

Por suerte, su padre negó.

—No, no tenemos problemas de dinero. Voy a hablarte de algo, y quiero que me dejes hablar hasta el final aun cuando sientas que tienes mucho que decir.

Lilian asintió.

—Cuando uno llega a la edad que yo tengo, se descubre a sí mismo pensando en el futuro. No en cuando sea más mayor, sino en cuando ya no esté. Pienso mucho en qué os va a quedar cuando yo haya partido, a todas vosotras, y en este momento… no sería mucho. Cuando yo falte, lo último que deseo es que Arthur o vuestra tía se vea con la responsabilidad de cuidar de todas. Que a vosotras os falte algo. Me gustaría marcharme de este mundo con la tranquilidad de que siempre vais a tener un techo bajo el que resguardaros y algo que llevaros a la boca. Sin depender de nadie. ¿Comprendes?

La joven Stratford bajó la mirada.

Era un deseo noble, cargado del amor que su padre sentía por ellos.

¿Cómo podía reprocharle tal cosa?

Extendió los brazos, tomó con mimo las manos de su padre entre las propias y las acarició con los pulgares, asintiendo cuando sus miradas se encontraron.

—Comprendo lo que dice, padre, y agradezco el sentimiento que impulsa sus actos, pero le pido que no descartemos la oferta que lord Cromwell. No por el momento. Podemos conocer al otro candidato y, según lo que sienta, tomar una decisión. Por favor.

Aunque no quería decirlo en voz alta, aquel hogar estaba cargado de recuerdos, seguía teniendo la esencia de su madre impregnada en cada recoveco. Pensar que podía acabar en las manos equivocadas solo por dinero, hacía que su estómago diera un vuelco, que la culpabilidad de su situación le despertara un sabor amargo en la garganta.

Y es que, aunque su padre estaba incluyendo a todas sus hijas en tal deseo, Lilian sabía que, en el fondo, era por ella por quién estaba sufriendo de más. Cecile ya se había desposado y con un hombre de fortuna superior a la propia. No había razón para pensar que Abigail y Jane no conseguirían casarse, mucho menos estando en Bath y con

los contactos que la tía Lou tenía. Era ella quién realmente le preocupaba.

Sola.

Viuda.

Sin perspectivas.

Ser consciente de aquello dolía como un puñal.

—Está bien. No tomaré una decisión precipitada —respondió el señor Stratford.

Lilian se echó hacia delante, con las manos ahora enmarcó el rostro de su padre, besando su frente despacio, trazando arcos con los pulgares sobre sus mejillas. Verle dibujar una media sonrisa cuando sus ojos se encontraron calmó un poco su desasosiego interno.

—Tómese un descanso. Yo recogeré todo esto en lo que esperamos la llegada de… ¿Cómo se llama el otro candidato de lady Carrington?

El hombre levantó los hombros.

—No pensé en preguntarle tal cosa. Ya se presentará cuando llegue…

Tras poner los ojos en blanco, la joven terminó de ponerse en pie, volviendo a la tarea de recoger al salón. Nunca comprendería cómo era posible que los hombres gozaran de tanto reconocimiento social cuando ni siquiera eran capaces de hacer las preguntas más básicas.

——— ❀❀❀ ———

Sentada junto a la ventana de su habitación, donde la luz tenue de la tarde iluminaba su labor con delicadeza, Lilian se encontraba inmersa en mitad de uno de sus bordados. Sostenía entre sus manos un pequeño bastidor cubierto con una fina tela de lino, sobre la que, con movimientos precisos, iba formando un encaje de aguja

donde rosas, lirios, margaritas y otras flores estilizadas se encontraban unidas por tallos curvados.

En ella había echado gran parte del resto de su día. Al percatarse de que el siguiente comprador no aparecería pronto por la residencia, su padre se encerró de nuevo en su despacho para perderse en cualquiera de sus lecturas, dejándola a ella sin nada más que hacer y con la soledad de nuevo como compañera.

Tras hacer algo para comer y pasar un rato en el establo cuidando de Muffin, poco más le quedó que encontrar una tarea silenciosa en la que perderse ella también.

Su aguja fina y curvada deslizaba el hilo marfil a través de diminutos lazos y puntadas enredadas, un trabajo minucioso que requería paciencia, en el que cada puntada debía reforzarse con cuidado para que la trama mantuviera su delicada firmeza sin perder la ligereza propia del encaje. Sus pensamientos se perdían en el ir y venir de la aguja, en la forma en que el hilo se tensaba entre sus dedos y en la imagen de la puntilla casi terminada que pronto adornaría algo que todavía no había decidido.

Tan solo el sonido del crujido de ruedas y el relinchar de un caballo la sacó de aquella burbuja. Lilian levantó la mirada con el ceño apenas fruncido, la aguja detenida a medio camino en el aire. Giró la cabeza hacia la ventana y apartó ligeramente las cortinas de encaje, pudiendo ver a un carruaje oscuro, elegante pero discreto, deteniéndose frente a la entrada principal.

El comprador había llegado.

Dejó caer la cortina, poniéndose en pie, dejando todos sus enseres de costura sobre la cama antes de salir con paso acelerado de la habitación. Avisó a su padre, sobresaltando a este también, emprendiendo de nuevo su correteo hasta encontrar un espejo en el que poder arreglarse tanto el cabello como el vestido antes de ir hasta la puerta.

Esperó la llegada de su padre, arreglando con mimo sus ropajes, colocándose junto a él y dejando que fuera quién abriera la puerta. Eso era, a fin de cuentas, lo que los hombre de alta sociedad esperaban de ella. Que quedara en un segundo plano, plantada como una bonita flor, como una acompañante muda de aquel negocio de caballeros.

Le daba igual fingir tal cosa.

Sabía bien el peso de su opinión en la decisión final.

Una profunda toma de aire, una sonrisa amable pintada en los labios y asintió, indicando a su padre que podía abrir, saliendo ambos de la residencia para encontrarse con el carruaje ya parado ante su puerta. Lilian quedó un paso por detrás de su padre, dejando que se acercara a la puerta entreabierta, tendiendo la mano a un hombre que…

Lilian sintió su corazón dar un brinco.

Cuando lord Ainsworth apareció ante sus ojos, la sonrisa desapareció.

Mientras que su padre veía a un hombre de sonrisa angelical y porte intachable, uno que le tendía la mano con educación y la estrechaba con entusiasmo, todo lo que la joven Stratford era capaz de ver era la patada que le había asestado a Albert en mitad de su discusión. También sus palabras. Tanto las viles como las de advertencia. Todo mezclado en un extraño cocktail que revolvía sus adentros como el más potente de los alcoholes.

Cuando sus miradas se encontraron, Lilian no le ofreció la mano aun cuando notó que su padre la urgía a hacer tal cosa con la cabeza. Por el contrario, tras unos segundos de duda, hizo una reverencia con la cabeza manteniendo las distancias.

—Lady Stratford —dijo lord Ainsworth, correspondiendo el gesto con la cabeza—. Es siempre un placer encontrarse de nuevo con usted.

—¿Conocía a mi hija?

—Nos presentaron hace unas noches en la fiesta de lady Carrington. La pobre debe guardarme rencor todavía por como pisé sus pies durante nuestro baile —respondió con tono bromista, consiguiendo arrancar una risa de labios de su padre—. James Ainsworth, es un placer estar en su hogar.

Pero no de los de Lilian.

Aquello no era una casualidad ni mucho menos.

Y no le gustaba ni un pelo.

—Pase por favor, ¿desea una taza de té? Hablaremos de todo dentro, puedo enseñarle la casa y… luego el resto. No es mucho, pero espero sea de su agrado.

—Estoy convencido de ello.

Ambos hombres entraron juntos al interior de la casa.

A Lilian no le quedó más remedio que seguir sus pasos.

Tras el breve descanso que supuso ir a la cocina para hacer el té, la joven Stratford volvió al salón, encontrando a su padre y lord Ainsworth sentados en el sofá, hablando de forma animada sobre caballos. Al parecer, el hombre guardaba una gran pasión hacia esos animales y conocía de la tarea formidable que su padre había hecho en el pasado con ellos.

Le regalaba cumplidos. Con una sonrisa amplia, resultaba adulador pero con las palabras acertadas, lo suficientemente agradables como para no resultar demasiado empalagosas, para no parecer una retorcida mentira.

Lilian tomó asiento tras servir las tres tazas, recibiendo un agradecimiento por parte del lord al que no respondió. Solo observaba. Escuchando cómo saltaban de un tema a otro, cómo el carácter del lord era capaz de camelar a su padre. Era un hombre astuto. Los caballos, el campo, la vida en Bath… Incluso encontraron un hilo en común entre la familia Ainsworth y los Stratford que dio para varias anécdotas de su padre.

La joven Stratford, que se había mantenido en silencio por el momento, decidió hablar entonces por vez primera.

—También hay alguien más que os une a ambos —dijo, llamando la atención de ambos hombres—. Lord Albert. Mi padre adora al hijo de la duquesa y, si no me equivoco, ustedes guardan también una sentida amistad.

Le había asestado una patada. Una patada en su pierna herida.

Quizás entre ellos ya nunca habría nada, el amor estaba extinto. Pero oh, bien sabía Dios que nada iba a impedir a Lilian defender a Albert como si de una leona se tratara.

—¿Conocéis a lord Albert? Es un hombre extraordinario, le guardo un aprecio y un afecto que por pocos otros siento. Cuando perdí a mi esposa, vino a verme muchas veces, cuidó de nosotros y se encargó de que tuviéramos todo lo necesario para seguir adelante.

—Su hija está en lo cierto, le conozco desde hace muchos años. Aunque debo admitir que hace tiempo que estamos distanciados, cosa que me apena. Tuve que marcharme de Londres por una situación personal de la que no deseo hablar, espero puedan respetar tal cosa. Y la distancia… bueno, rompió ese vínculo que teníamos —suspiró, con un toque exagerado que pareció pasar desapercibido a ojos del patriarca de los Stratford—. No hay nada que desee más que el que algún día podamos volver a ser los hermanos que éramos…

—Qué conmovedor, lord Ainsworth —respondió Lilian—. Es raro encontrar en estos tiempos amistades de una lealtad tan profunda. Tan resistentes a la adversidad.

—La vida para los hombres es complicada, lady Stratford, por eso apreciamos de forma especial a aquellos que son buenos amigos. Desde niños, hemos de aprender a vivir con una perfección y unas obligaciones que las damas como usted no pueden siquiera empezar a comprender. La vida no es fiestas, salones de té, bailes… como ustedes creen. Los hombres como nosotros nos encargamos de que las mujeres puedan seguir viviendo en esa burbuja. Nos movemos

en muchos ambientes, nos relacionamos con mucha gente… Requiere una disciplina compleja de explicar.

Lord Ainsworth había notado su tono, su actitud.

Estaba dejando caer que hablaba de lo que desconocía que debía callar.

Pero Lilian no se dejaba amedrentar con tanta facilidad.

—Tiene usted razón, lord Ainsworth. A veces, las damas como yo, olvidamos que el mundo exige a los hombres tener muchas facetas y lo complicado que es lidiar con todas ellas —dijo con una sonrisa medida—. Usted es una muestra clara de ello. Resulta fascinante ver cómo puede ser encantador en un momento y tan vehemente en otro.

El patriarca de los Stratford asintió con aprobación, sin captar la doble intención.

—El temple y la pasión son signos de carácter fuerte. No todos los hombres saben defender sus convicciones.

Lord Ainsworth sostuvo la mirada de Lilian. Luego sonrió con calculada calma.

—Cierto. Aunque, claro, siempre hay momentos en los que el autocontrol es esencial.

Lilian dejó la taza en su platillo con un sonido seco.

—Oh, sin duda. Tengo la teoría de que no hay nada más revelador que observar a un hombre cuando cree que nadie lo está mirando. Es ahí donde se muestra su verdadera naturaleza, ¿no cree, lord Ainsworth?

Por primera vez, el hombre pareció dudar.

Fue apenas un segundo, pero suficiente para que Lilian lo notara.

—Supongo que sí —dijo, tomando su té con calma estudiada—. Pero, si me permite, me gustaría recordarle que la percepción es un asunto curioso. Lo que uno cree ver a veces no es más que una sombra distorsionada de la realidad.

—Oh, no lo sé —respondió—. A veces las sombras son más nítidas que la luz.

El señor Stratford rió suavemente.

—Siempre tan poética, Lili. ¡Aunque es cierto! ¿Sabe, lord Ainsworth? Mi hija tiene una gran intuición. Cuando alguien no es lo que parece, lo descubre al instante.

Lilian sostuvo la mirada del lord y sonrió con dulzura.

—Así es, padre. Soy de la creencia de que no hace falta mucho para darse cuenta de la verdadera naturaleza de alguien. Solo un momento. Una palabra de más. Una expresión fugaz. Y todo queda claro.

El lord rio, bajó la mirada un momento.

—Con tal talento, debe ser buena con los juegos de cartas, lady Stratford.

—La mejor —sentenció ella.

El silencio llegó al salón. Sin apartar la mirada el uno del otro, ambos se retaron. Sabía que había mucho más allá de esa fachada que les estaba mostrando, que existía un reverso oscuro que no conseguía leer, uno lleno de tantos o más secretos de los que el hijo de la duquesa parecía tener. Y pensaba descubrirlos todos. No iba a detenerse.

—Bueno, volviendo al tema que nos ocupa… ¿Podría hacerle una proposición un tanto extraña, señor Stratford?

El hombre frunció el ceño. Sin embargo, terminó por asentir.

—Ha hablado usted de enseñarme el resto de la finca, además del interior de la que ya veo es una preciosa casa. Ya que tengo la oportunidad, y he visto que tiene un establo, supongo que seguirá conservando alguno de sus maravillosos ejemplares…

—Bueno, no son como los de antes, pero me enorgullezco de las yeguas que tengo, sí.

—¿Sería posible que me permita dar una vuelta en alguna de ellas para conocer el terreno? Además de enseñarme un poco el bosque, la

zona… Es mi primera vez aquí.

—Oh, me encantaría, milord. Pero mi cuerpo ya no está hecho para la monta.

—Bueno… podría acompañarme su hija.

A Lilian se le cortó la respiración.

Aquello suponía problemas.

—Ehm… no sé, mi hija… ¿Desearías acompañar a lord Ainsworth, Lili?

La muchacha dudó.

Sí, aquello suponía problemas. Pero también la mejor oportunidad que había tenido nunca de obtener respuesta. Dudó un momento, presionó los labios, ¿qué debía hacer? ¿Meterse en la boca del lobo solo por la posibilidad de saber que se escondían tras los secretos de ambos hombres? Suspiró. Terminó por asentir.

—Le acompañaré, lord Ainsworth.

—Prepararé a las yeguas entonces —respondió su padre.

Esperaba no arrepentirse de eso.

Nueve



Durante todo el trayecto a caballo, Lilian no intercambió palabra alguna con lord Ainsworth.

Tampoco es que el hombre buscara conversación. Ambos parecían comprender a la perfección que todo aquel paseo no era más que un pretexto para poder alejarse de la casa familiar y hablar sobre lo sucedido en la fiesta de lady Carrington.

Los pasos de sus yeguas, los sonidos procedentes de estas, fue todo lo que se escuchó durante un buen rato, mientras avanzaban entre la espesa hierba, acompañados del viento y del sol cada vez más tímido dadas las horas. La joven Stratford guiaba el paso, sin embargo, tras una mirada fugaz hacia atrás, tiró de la rienda de Muffin para hacer que girara, quedando encarando directamente a su acompañante.

—Desmonte, lord Ainsworth —ordenó, sin importar cuán adecuado podía ser aquello.

El lord no dijo nada, solo asintió y tiró de sus respectivas riendas para detener al animal, bajando del caballo a la par que ella lo hacía. Frente a frente, cerca, pero con la suficiente distancia impuesta entre ambos para sentirse segura, Lilian levantó el mentón a modo de mensaje. Iba a obtener las respuestas que demandaba, no iba a ser medrada por él.

—Me ha parecido descortés la forma en la que me habéis hablado durante el té —dijo el lord, haciendo que la joven Stratford riera con sarcasmo.

—Pues a mí me ha parecido descortés la forma en la que os habéis presentado en mi hogar mostrando una careta. Sé que no sois el hombre cortés y de modales refinados que estáis mostrando.

—Esa es una acusación bastante dura, señorita Stratford. Espero tengáis algo sólido que la respalde o me veré obligado a presentar mis quejas ante su padre.

—Le vi, lord Ainsworth. Con lord Albert, durante la fiesta de lady Carrington. Escuché como le hablaba, la forma violenta en la que se trataban… Le golpeó. En su pierna. ¿Cómo pudo hacer algo tan horrible? Es un hombre herido. Y usted usó su debilidad para zafarse de una discusión sobre la que empiezo a temer no tiene argumentos.

Lord Ainsworth pareció sorprendido. Sus ojos se abrieron más y más a medida que las palabras abandonaban los labios ajenos, su confianza pareció difuminarse poco a poco. Tras unos segundos, terminó por bajar la cabeza, se frotó los labios, titubeando ligeramente antes de volver a decir nada con sentido.

—Me gustaría decir que me arrepiento de cómo me comporté. Pero siento que, llegados a este punto y si de verdad deseo ganarme vuestro favor, contar una mentira no es la respuesta. Lord Albert es un hombre vil y retorcido. Quizás atacar su mayor debilidad de ese modo no fue apropiado, puedo disculparme por eso, pero me vi tan lleno de ira por sus palabras y actitud que… sacó la peor parte de mí —suspiró—. Lady Stratford, usted no es siquiera capaz de empezar a comprender la forma en la que lord Albert hace daño a las damas como usted. Las destruye. Yo solo quería…

—¿Protegerme? —rio, sacudió la cabeza—. Ha sido valiente admitiendo que no siente remordimiento por sus actos, sea valiente ahora también. Le escuché decir que la razón de su acercamiento a

mí fue para hacerle daño a él. Habló sobre… conquistarme. Quitarle a lord Albert algo amado como él hizo con usted en el pasado —su ceño se frunció fruto del enfado—. ¿¡Quién se cree usted que soy!? No soy un peón que pueda usar en sus planes de venganza. Mucho menos de ese modo tan rastrero, tan… ¿Qué pensaba hacer? ¿Dedicarme bonitas palabras, seducirme hasta tener mi afecto y poder lanzarlo a la cara de lord Albert? ¿Qué pasaría después? Supongo que ya no estaría tan interesado en protegerme… No soy una niña estúpida. No me trate como tal, lord Ainsworth.

El hombre presionó los labios, tragó duro.

Quiso decir algo, pero Lilian levantó un dedo instándole a callar.

—No quiero disculpas. Con ellas me limpio las botas.

—Lo comprendo… —el hombre se pasó una mano por el pelo—. Aun así, ¿puedo preguntarle si hay algo que pueda hacer para ganarme su perdón?

La joven Stratford dudó. Terminó por negar.

—No lo creo. Aunque podría concederle una pizca de este si me diera las respuestas que ando tanto tiempo buscando.

—Lo haré con gusto, milady.

—Quiero saberlo todo sobre lady Catherine. Estoy cansada de que su fantasma me atormente de ese modo. Quiero saber su historia, que le pasó, su muerte… No más secretos, no más medias verdades. Hable con honestidad y tal vez pueda empezar a pensar que no es usted un hombre tan horrible como lo veo ahora.

El lord bajó la cabeza.

—No es una historia bonita… —dijo.

—No es lo que pido —respondió Lilian tajante.

El hombre asintió.

—Antes de hablar sobre lady Catherine, necesito que entienda mi historia con lord Albert. Nos conocimos siendo apenas unos niños. Si algo siempre ha sido encomiable de mi viejo amigo, es que sus ojos no parecen ser capaces de ver esas diferencias sociales que nos

distancian a unos y a otros. Desde el día en que nuestros pasos se cruzaron, nunca le importó que procediéramos de mundos diferentes, siempre me trató como un igual y crecimos como tales. Venía a mi casa, se llevaba bien con mis hermanos, adoraba a mis padres… No éramos amigos. Éramos hermanos. A nuestro parecer compartíamos la misma sangre —suspiró—. Quizás por eso ambos cogimos el mismo vicio. Las mujeres. Las fiestas. Eso era lo que llenaba nuestros días. Fue en una de estas fiestas en la que ambos conocimos a lady Catherine. Ella era… un ángel. La mujer más hermosa que jamás haya pisado esta tierra. Pero no fue su belleza lo que la unió a nosotros. Era… deslenguada, astuta, llena de tanta vida que, cuando estabas junto a ella, el mundo era… diferente. Más hermoso —una media sonrisa triste se pintó en sus labios—. No tenía familia. Los había perdido siendo muy niña y había crecido saltando de un orfanato a otro sin nadie que le diera un hogar de verdad. Podrás imaginar que una historia así cautivó a lord Albert. Tras aquella noche la convirtió en una más de nuestro grupo, empezó a unirse a nuestras fiestas, a cada una de nuestras aventuras… —rio con amargura—. Al principio, me resultaba de lo más molesta. Pero pronto descubrí que, todo el desagrado que sentía hacia ella, nacía por los celos que verla con otros me despertaba. La amaba. Y así se lo hice saber. Y, para mi suerte, ella decidió amarme también —suspiró—. Fuimos felices durante unos años… Hasta que alguien empezó a envenenar sus oídos. Alguien que le decía una y otra vez que yo no era bueno para ella, que seguía estando con otras mujeres, que lo que teníamos no era bueno, que debía terminar… Podrás imaginar cómo se rompió mi corazón cuando descubrí que, aquel que creía era mi hermano, había estado intoxicando al amor de mi vida en mi contra.

—¿Por qué haría lord Albert tal cosa? No… comprendo.

—Celos. Rabia. Nunca ha admitido el motivo tras estos actos. Yo siempre he pensado que, en fin, cuando Catherine y yo nos

convertimos en una pareja, él empezó a sentirse desplazado y… supongo que con el tiempo dejó de poder soportarlo —levantó los hombros, sacudió la cabeza—. Albert y yo tuvimos una gran pelea al respecto, una pública para mi desgracia. Que todos nos vieran pelear de ese modo hizo mucho daño a mi reputación. Él es el hijo de la duquesa a fin de cuentas, así que todos asumieron que era la víctima y… Tuve que dejar Londres una temporada. Le pedí a Catherine que me esperara, que volvería siendo un mejor hombre. Mejoraría mi reputación, mi fortuna… Y entonces nos casaríamos. Lady Stratford, no puede empezar a imaginar siquiera el dolor que me supuso dejarla —el lord se frotó el rostro con la mano libre, tomó una profunda bocanada de aire—. Durante un tiempo nos mandamos cartas, pero… un día cesaron. Temí que algo hubiera pasado y, aunque sabía que no debía hacerlo, volví a Londres para verla y… Me enteré de que se había casado con lord Albert en mi ausencia.

Lilian titubeó ahora, confusa.

—Pero, si lady Catherine os amaba y había prometido esperaros, ¿por qué decidió casarse con lord Albert? No tiene sentido…

—Catherine se casó con Albert porque él le hizo algo. Algo que, de no haberse casado con él, la habría convertido en poco más que un despojo.

—¿Qué algo?

Lord Ainsworth no dijo nada, con paso firme recortó la distancia entre ambos. Su mano libre terminó acomodada sobre el vientre de Lilian.

—Ese algo.

Tras unos segundos de silencio, la joven Stratford comprendió.

—¿Lady Catherine estaba embarazada de lord Albert?

El hombre asintió.

—Sé que se aprovechó de su soledad, del dolor que sentía ante mi ausencia y… se acostó con ella. No sé si buscó o no dejarla embarazada, pero fue lo que pasó.

—Pero… si todas esas cosas las hizo por rencor, por venganza… ¿Por qué se casaría con ella? ¿Por qué no la dejaría ser vista como una paria social sin más?

—Porque, aun después de todo, Albert quería a Catherine a su manera. También porque, en fin, es evidente que me causaría mucho más dolor a mi regreso saber que estaban casados que… cualquier otra cosa —bajó la cabeza—. Fui estúpido. Me enfadé tanto con ella al saberlo… Siempre voy a tener esta culpa en mi interior por no haberme acercado a ella, por no decirle que viniera conmigo, que me daba igual que el bebé fuera de otro… Pero no lo hice. Y ese fue mi mayor error. Tiempo después volví a verla. Había perdido al bebé y su matrimonio con Albert era… horrible. Mientras que ella estaba sumida en la tristeza por todo lo sucedido, él se dedicaba a seguir saltando de mujer en mujer, dejándola sola y… Esa vez sí le pedí que se fuera conmigo. Y ella accedió. Pero Albert nos descubrió antes de marcharnos y se la llevó a rastras, la subió a un carruaje y… No me pidáis seguir, lady Stratford —dijo, cubriéndose el rostro, rompiendo en un llano que se apresuró en ocultar.

—Fue la noche de su muerte…

El lord asintió. De espaldas, compungido, con el rostro escondido entre las manos, necesitó unos largos segundos antes de ser capaz de volver a mirarla. De nuevo no pudo decir palabra, se limitó a asentir varias veces dejando aquel capítulo cerrado.

Lilian tomó aire.

—Lo lamento…

—No es culpa vuestra, milady. Y aunque así fuera, unas disculpas no podrían sanar el dolor que tengo en mis adentros. Quizás por eso… ¿Podéis comprender ahora por qué ansiaba tanto vengarme de él? He… sido estúpido, mi venganza era ruin, pero… —chasqueó la lengua—. Siento haber intentado usaros en mi plan… Pero no siento todo el odio y todo lo que le he hecho a lord Albert. Más merece sufrir si me pregunta.

La joven Stratford no supo qué decir.

La cabeza le daba vueltas. Un nudo en su pecho apretaba con fuerza.

—Tengo una última pregunta. Hay… algo de la conversación que escuché que… Usted le dijo a lord Albert, varias veces, que… había matado a lady Catherine. ¿Por qué?

Lord Ainsworth volvió a acercarse a Lilian.

—Lo que voy a contarle ahora es un secreto. Si alguien lo descubre… todo el tiempo que llevo guardándolo no habrá servido para nada. Cuando descubrí que el carruaje en el que Catherine viajaba se había accidentado, cuando supe de su muerte… nada tuvo sentido para mí. Al principio pensé que era mi dolor que no me dejaba aceptar que habían tenido un accidente, pero… había algo más. El cochero que los llevaba no murió en el acto. Fui a verle al hospital, estaba muy grave, pero pude hablar con él.

—¿Y qué os contó?

—Me dijo que el accidente sucedió porque… vio algo. Algo que lo distrajo y que hizo que perdiera las riendas de los caballos. Me contó que, desde el interior del carruaje, podía escuchar gritos. Catherine y Albert estaban discutiendo. Escuchó un golpe, giró la cabeza y vio como la puerta de este se abría, como Catherine salía despedida del interior con violencia. No… sé todavía lo que pasó aquella noche, lady Stratford. Pero bajo mi punto de vista solo hay dos posibilidades. Una, Albert lanzó a mi Catherine del interior de ese carruaje tras saber que pensaba fugarse conmigo. Dos, algo tan fuerte sucedió dentro de ese carruaje que mi Catherine vio como única opción de escapar saltar del carruaje en marcha.

Lilian estaba mareada.

Sentía el aire pesado. Le costaba pasar por sus pulmones.

Sacudió la cabeza, quiso decir que no era posible, pero antes de que pudiera decir nada, notó como lord Ainsworth la cogía con firmeza de los brazos.

—Sea lo que sea que pasó aquella noche, una cosa tengo clara y es que lord Albert mató a Catherine de forma directa o indirecta. Todavía no he descubierto la verdad, pero lo haré, y me encargaré de que lo pague —sus dedos apretaron con más fuerza los brazos de la muchacha—. Mi intención original con usted no era correcta pero, ahora que compartimos este secreto, sé que puede ver en mí que de verdad ansío protegerla de un demonio.

La joven Stratford bajó la cabeza, movió el cuerpo, los brazos, haciendo así que el lord la soltara de golpe.

—Necesito estar sola.

Lord Ainsworth quiso decir algo, pero Lilian solo tuvo que gritar un:

—¡Márchese!

Para convencerle de que montara en la yegua y pusiera rumbo de vuelta a la casa.

Le temblaban las piernas, podía sentir las fuerzas abandonar su cuerpo poco a poco, terminando por hacerla descender hasta quedar sentada sobre la hierba.

Lord Albert.

Lord Albert.

Lord Albert.

Amargas lágrimas empezaron a caer por sus mejillas.

Diez



Mi queridísima Lilian,

Espero que mi carta te encuentre disfrutando de estos dulces días de verano. ¿Cómo se encuentra tu padre? Dale muchos besos de mi parte y dile que me encantaría poder tomar un té cuando se sienta con ganas de tal. Te alegrará saber que tanto yo como el bebé estamos bien. Aunque llevo unos días con náuseas matutinas y empiezo a pensar que me estoy hinchando como un globo a velocidad pasmosa. Lo primero es cierto, sobre lo segundo, mi Robert me obliga a escribirte que no soy más que una exagerada.

Aún conservo el más grato recuerdo de tu última visita a nuestra residencia de verano. Qué alegría fue para mí compartir contigo tantas horas de risas y confidencias, como en los tiempos en que nuestra amistad florecía sin sombra ni distancia alguna. Te confieso que me ha llenado de

dicha comprobar que, pese al tiempo transcurrido, nada ha cambiado entre nosotras. Es por eso mismo que te escribo. Para anunciarte que permaneceremos aquí algunos días más antes de regresar a Bath. Mi hermano ha considerado apropiado prolongar nuestra estancia para aprovechar el buen tiempo, y yo, debo admitirlo, celebro su decisión, pues me brinda la oportunidad de invitarte nuevamente.

¿No sería maravilloso pasar otra jornada juntas?

Espero con ilusión tu respuesta y confío en que puedas venir pronto. Nada me haría más feliz que volver a verte y seguir reavivando los lazos de nuestra querida amistad.

Con todo mi afecto,

Lady Elizabeth de Bibury.

Mi queridísima Elizabeth,

¡Qué alegría recibir tu carta! aunque lamento no haber podido responderte antes.

Me llena de felicidad saber que tanto tú como el bebé os encontráis bien, aunque esas náuseas matutinas suenan de lo más molestas. No obstante, si Robert dice que exageras, estoy segura de que sigues tan radiante como

siempre. Dale un cariñoso saludo de mi parte y dile que, si insiste en contrariarte, podría muy bien convertirse en el destinatario de una de mis temibles cartas de regaño.

Me entusiasma saber que permanecerás unos días más en la residencia de verano y, créeme, nada desearía más que aceptar tu amable invitación. Sin embargo, me temo que debo rechazarla con gran pesar. Hace unos días, en un arranque de entusiasmo, decidí darme un baño en el lago cercano a casa (una idea que, en retrospectiva, no fue de las más prudentes) y ahora me encuentro algo indispuesta. No es nada grave, pero mi padre insiste en que repose y evite cualquier esfuerzo. Te puedes imaginar cuánto me frustra estar confinada en casa cuando podría estar disfrutando de tu compañía.

Prometo que, en cuanto me recupere, no habrá excusa que me impida verte. Nuestra última reunión fue demasiado preciosa para dejar pasar mucho tiempo antes de la próxima. Mientras tanto, escríbeme cuanto antes y cuéntame más sobre tu estancia, tus paseos y cualquier buena nueva sobre tu futuro retoño.

Con todo mi cariño,

Lilian Stratford.

Aunque había escrito aquellas palabras hacía unos días, Lilian se seguía sintiendo culpable por haber mentido de aquel modo a Elizabeth. Pero es que no podía hacer otra cosa. Saber que iban a pasar unos días más en la residencia de verano la habían hecho de lo más feliz, pero saber que Albert seguía allí también cambiaba la situación por completo.

Una, Albert lanzó a mi Catherine del interior de ese carruaje tras saber que pensaba fugarse conmigo. Dos, algo tan fuerte sucedió dentro de ese carruaje que mi Catherine vio como única opción de escapar saltar del carruaje en marcha.

Aquellas palabras seguían resonando en su cabeza sin descanso, impidiendo que su sueño fuera tranquilo o que sus pensamientos pudieran volar a otros lares.

La joven Stratford no podía evitar sentirse completamente apagada. Era como si tuviera una neblina espesa en la cabeza que hacía imposible pensar con la claridad necesaria. Todo en sus adentros estaba carcomido por una apatía extraña, por una tristeza que hacía mucho tiempo no había sentido, esa misma que era la causante de que, aun con las horas que eran, siguiera ataviada con su ropa de cama, recostada entre sus sábanas.

Una delicada camisa de dormir de muselina blanca.

Larga hasta los tobillos.

Con mangas holgadas que terminaban en puños adornados con bordados florales.

El escote cuadrado estaba rematado con un fino encaje, y unos diminutos botones de nácar cerraban la parte delantera. Sobre ella, se envolvía un batín de lana suave en un tono marfil, de corte elegante y mangas amplias, que se ceñía a la cintura con un lazo de raso.

A conjunto con aquel atuendo, su cabeza seguía reposada sobre la almohada y su cuerpo completamente aovillado, observando la nada, intentando mantener la cabeza lo más vacía posible. Pero no

podía. Había demasiado en sus adentros pugnando por salir. En un impulso, Lilian cogió parte de la almohada y la dobló, cubriéndose con esta el rostro para poder gritar contra ella intentando encontrar ahí algún tipo de sosiego.

Pero no fue así.

Al descubrirse la cara seguía tan agitada como antes.

¿Creía la historia que lord Ainsworth había contado? No lo sabía. La parte lógica de sus adentros le decía que era una historia demasiado perfecta para ser real, una en la que el hombre parecía salir demasiado indemne. Lord Albert había hablado muchas veces sobre su imperfecto pasado, era responsable de esos actos que se había negado a contarle, y aquello hacía que confiara en él de una forma especial. Sin embargo… ¿Cómo podía saber qué partes eran ciertas y cuáles no? ¿Y si de verdad había…?

No, no quería pensarlo.

No quería que esa idea se formara siquiera en su cabeza.

Albert no haría tal cosa.

Nunca.

Él no era ese tipo de persona.

…

…

…

¿Verdad?

Lilian volvió a sentirse abrumada. Cuando pensaba en aquellas cosas, hasta el aire parecía resultar esquivo. Se revolvió, terminando por incorporarse, quedando sentada en el centro de la cama, flexionando las piernas, rodeándolas con los brazos.

¿Por qué no había sido honesto Albert? ¿Por qué había preferido esconder todos sus secretos en lugar de confiar en ella? Su madre siempre le había dicho que las mentiras no protegen en realidad. Solo te dejan completamente indefenso ante la verdad. Y así se sentía

ahora. Si el lord hubiera sido honesto con ella… ¿Pero qué era la honestidad? ¿Cambiarían las cosas si el lord hubiera admitido…?

No.

No.

No.

Él no.

Él jamás.

Lilian intentó tomar una profunda bocanada de aire, pero este no pasó de la garganta, dejando una sensación extraña en su interior. Se atusó el cabello con ambas manos varias veces. Aunque ahora era más un revoltijo poco favorecedor de rizos enredados que algo digno de ser llamado cabello.

Nido de pájaros. Así lo había llamado muchas veces su tía Lou.

Salió de la cama, empezando a deambular por la habitación, sin saber demasiado bien el propósito tras aquellos pasos. Solo andaba, buscando despejar su cabeza, ansiando ser capaz de volver a sentirse ella misma, poder pensar en otras cosas… Pero no podía.

Necesitaba aire.

Aún descalza, Lilian abandonó la estancia con toda la intención de salir de la casa, de ir hasta el establo y abrazar a Muffin una vez más. La quería tanto que guardaba en su interior la esperanza de que su calor y afecto fueran suficientes para calmarse.

Recorrió el pasillo, rumbo a las escaleras, desabrochándose la bata con intención de quitársela cuando una voz la detuvo. El sobresalto hizo que el corazón le diera un brinco.

—Hola.

Lord Albert, de pie a medio subir por las escaleras, la observaba directamente.

Lilian titubeó. Sin ser siquiera consciente de ello, una de sus manos fue rauda hasta el cabello intentando darle un aspecto algo más ordenado.

—¿Qué haces aquí? —la formalidad no tenía lugar en su estado.

—He venido a verte. Mi hermana me dijo que estás enferma y… —el hombre levantó una de sus manos. Una botella pequeña se encontraba en esta—. Te he traído tónico de vinagre y especias. Si lo tomas con miel y agua caliente te aliviará mucho. Con mi hermano funcionaba, al menos —sonrió, encantador, subiendo un par de peldaños más.

Lilian retrocedió. Se encogió todavía más sobre sí misma, bajando la cabeza. El aire seguía resultando escaso, el corazón le latía nervioso dentro del pecho.

—No quiero que me veas así —atinó a decir finalmente. Era cierto, su aspecto no era el que ansiaba que el lord viera de ella, aunque no era el único motivo de sus reticencias.

Lord Albert rio.

—Yo te veo preciosa.

—Basta. Parece que tengo un nido de pájaros en la cabeza…

—Los pájaros deberían sentirse afortunados si los dejaras descansar entre tus rizos.

La Lilian de siempre habría reaccionado de inmediato ante tal comentario. Habría puesto los ojos en blanco, observando al hijo de la duquesa con burla pintada en el rostro, asegurando que sus palabras eran cursis cuanto menos. Sin embargo, la Lilian que se encontraba en la parte superior de la escalera se limitó a encogerse todavía más.

Abrió los labios.

Buscó más aire al escuchar un nuevo paso.

—Debes estar muy enferma si no eres siquiera capaz de reírte de mí por decir…

—Gracias por el tónico —lo interrumpió, extendiendo el brazo, moviendo los dedos, deteniéndole con tan sencillo gesto—. Lo tomaré. Puedes marcharte.

Albert suspiró.

—Lilian… Sé que todo lo que hay entre nosotros ahora mismo es complicado, pero… Sabes bien lo que por ti siento. Puedes imaginar el pesar que me provoca saber que estás enferma y no poder cuidarte. Déjame quedarme. Solo un poco. Hasta que esta horrible preocupación se vaya. Verte tomar el tónico, dormir un poco… No estaré aquí llegada la noche, te lo prometo. Por favor…

—No. No quiero contagiarte —sacudió la cabeza.

—He lidiado con cuidar de Daniel en situaciones peores. Estaré bien.

—No. Ahora estás con tu hermana y… está embarazada, y… —le temblaban las manos. Intentó controlarlo formando puños con ellas pero seguía notando su intenso temblor.

—Lilian. Te prometo que me separaré de mi hermana cuando vuelva. ¿De acuerdo? Hasta que esté completamente seguro de que no me lo has contagiado.

El temblor se contagió a su cuerpo.

Era como una frágil hoja golpeada por el viento.

—No, no…

Albert subió con más prisa, terminando de recortar la distancia entre ambos. Movió una de sus manos, intentó acariciar el cabello de Lilian con ella, pero la joven Stratford se apartó impidiendo que así fuera. El lord suspiró.

—De acuerdo. Me iré si es lo que deseas. Yo… lo siento, pensaba que hacía bien en…

—No, no… —la muchacha se cubrió el rostro—. No quiero que te vayas…

—Lilian… —intentó tocarla de nuevo, pero ella impuso distancia de nuevo.

La joven Stratford pudo sentir el deslizar de una lágrima por su mejilla. Volvió a abrir los labios, buscó aire, pero este volvió a escapar de sus pulmones.

—Es que no… no estoy enferma de… tónicos, plasmas de mostaza y… estoy… —se cubrió el rostro, varias lágrimas más cayeron—. Me retumba el corazón en la cabeza. Tengo… la sensación de que me ahogo y… todos mis pensamientos se retuercen y no puedo… no… no… Mi padre quiere vender la casa por mi culpa… no sé nada de mi hermana Cecile desde hace tanto que temo que me haya olvidado… Jane y Abigail tampoco me escriben y… me siento sola y y y… tú… tú… —un gritito frustrado brotó de sus labios.

Albert no dijo nada. Tras descender y dejar el tónico abandonado en el suelo, se acercó a Lilian, rodeando con un brazo su cintura, llevando el otro a la parte posterior de la cabeza, tirando de ella para poder abrazarla.

Lilian se revolvió. Lo empujó pobremente.

—Me ahogo. No me aprietes…

—Hey, no, no… ssssh —susurró, besando después la parte alta de su cabeza, dejando que el pulgar en su espalda se deslizara en una caricia lenta—. No te estás ahogando, es tu cabeza. Te lo prometo. Todo lo que tienes está en tu cabeza.

—No, yo… tú…

—Ssssh… —Albert hizo a Lilian acomodar la cabeza ladeada contra su pecho—. Siente el ritmo de mi respiración, la que marca mi pecho, y síguela, ¿de acuerdo?

La joven Stratford asintió.

Cerró los ojos. Todos sus sentidos se concentraron en aquello.

Cuando sintió el pecho del lord hincharse, tomó aire por la nariz, soltándolo por la boca al sentir cómo el pecho ajeno se iba deshinchando. Necesitó hacerlo varias veces pero, poco a poco, el aire volvió a fluir, su cuerpo empezó a dejar de temblar… En cuanto fue capaz de controlar de nuevo su cuerpo, sus brazos se deslizaron por los costados de Albert hasta su espalda, rodeando su torso, aferrándose a su ropa para no dejarle ir.

Había soñado con aquel momento tantas veces.

El día en el que él volvería.

En su soledad, soñaba con que un día, sin más, él regresaría de Londres tal y como le había prometido. Llegaría a casa, volverían a abrazarse y todo estaría bien de nuevo. La soledad habría terminado, los caminos de los amantes habían vuelto a juntarse después de aquella horrible batalla.

Quizás aquel no era ese momento.

Quizás las cosas eran demasiado difíciles y diferentes ahora.

Pero Lilian decidió permitirse a sí misma creer que sí lo era, que ambos seguían siendo las personas que habían decidido prometerse hacía ya un verano. El resto de sucesos y pensamientos quedaron relegados a un rincón silenciado de su memoria.

Levantó la cabeza.

Seguía llorando, pero necesitaba mirarle.

El lord sonrió, sus manos viajaron hasta el rostro de Lilian y lo enmarcaron con mimo, llevando los labios hasta su frente para darle varios besos lentos.

¿Por qué no volviste cuando debías hacerlo, Albert?

No fue capaz de decir nada. Lilian volvió a acomodar la cabeza contra el pecho ajeno y cerró los ojos, soltando un pesado suspiro, aferrándose a su ropa con más fuerza. No tardó en notar las manos del lord moverse, rodearla y cogerla hasta poder levantarla a pulso, cargando con ella por el pasillo rumbo hacia la habitación.

La puerta de esta se cerró una vez estuvieron dentro.

Once



Al despertar, Lilian pudo sentir con total claridad que el nudo en su pecho se había ido deshaciendo con el sueño poco a poco. Tras deslizar una mano por el rostro para intentar espabilar del todo, su primera reacción fue tomar una profunda inspiración, dejando que una media sonrisa se pintara en sus labios al ser consciente de que el ahogo ya no estaba.

Tras unos segundos con la mirada perdida en la nada, intentando recordar lo vivido hacía tan solo un rato, su cuerpo giró lentamente hasta quedar tumbada de lado, dando con la figura de Albert tumbada a su lado. Ojos cerrados, respiración tranquila… El hijo de la duquesa seguía sumido en un sueño profundo que le dotaba de una paz de lo más tierna.

Lo observó.

Se perdió en sus hermosas facciones.

Nunca habían llegado a dormir juntos, nunca le había tenido cerca de ese modo. Y, aunque al principio aquella idea le dio un mordisco de vértigo en las entrañas, percatarse de que el lord dormía fuera de las mantas creando así una barrera de respeto entre sus cuerpos, no pudo impedir que la sonrisa en su rostro se volviera más amplia.

Todavía era temprano. Podía seguir empujando hasta lo más hondo de su ser todas sus dudas sobre él un poco más. Seguir

creyendo que ambos eran esas personas que, el verano anterior, habían decidido unir sus vidas para siempre.

Con un brazo acomodado bajo la cabeza, Lilian extendió el otro, llevando su mano con cuidado hasta el rostro de Albert, deslizando el dedo con mimo, dibujando así sus facciones. Su mandíbula marcada, la curvatura de sus mejillas… La caricia de su piel suave contra la yema de los dedos le despertaba un cosquilleo de lo más agradable. Dibujó también el puente de su nariz, sus suaves cejas… Para cuando su mano fue cayendo poco a poco, todo su ser se sentía tentada a nunca dejar de tocarle de ese modo.

Por eso observó sus labios. Carnosos y tentadores como eran, le recordaban a fruta madura, de esa que estaría prohibida en el paraíso. No podía evitar preguntarse si…

El hilo de sus pensamientos quedó cortado al ver estos mismos labios moverse, al escuchar la voz del hijo de la duquesa llenar la habitación.

—Si hubiera sabido antes que tus ojos me cuidan de este modo, me habría hecho el dormido más a menudo —dijo, con un toque de picardía.

Lilian puso los ojos en blanco. Giró hasta quedar de nuevo boca arriba.

Escuchar su risa melodiosa le resultó de lo más placentero. Casi tanto como notar una de sus manos acomodarse sobre la propia.

—Me alegra ver que te encuentras mejor. Me quedé preocupado antes, cuando no fuiste capaz de meterte conmigo tras una de mis cursilerías.

—Me encuentro mejor. Gracias —respondió, ladeando el rostro para poder mirarle—. No recuerdo exactamente qué me dijiste pero, si deseas repetirlo para que pueda meterme contigo, lo haré encantada.

Lord Albert chasqueó la lengua.

—No recuerdo qué era. Vas a tener que vivir con la incertidumbre.

Lilian sacó la otra mano de debajo de su cabeza para poder llevarla con teatralidad hasta el pecho. Se negaba a mover la mano que se encontraba en contacto con la ajena.

—Pero milord, ¿cómo podré vivir con tal cosa en mi conciencia?

Ambos rieron.

Reír de nuevo con él llenaba a la joven Stratford de una dicha incalculable.

Sin embargo, su risa quedó cortada al sentir como los dedos del hijo de la duquesa empezaban a moverse, dejando caricias lentas, distraídas, sobre sus dedos. De nuevo ese calor, ese mordisco en las entrañas que se había prohibido sentir.

—Ahora en serio, ¿de verdad estás mejor? Antes me has dejado preocupado. Estabas pálida, temblorosa y… —suspiró—. Bueno, no parecías tú. Y eso no me agrada.

Lilian bajó la mirada.

—Ha sido un año estresante, Albert. Supongo que… he estado soportando demasiado peso sobre mis hombros durante demasiado tiempo y…

La mano del lord tomó la de Lilian, presionándola con firmeza. Sus ojos se buscaron.

—No quiero volver a verte así nunca —dijo, con una honestidad tan pura que hacía imposible no desarmarse ante ella.

La joven Stratford presionó los labios, asintió despacio después.

—Díme qué puedo hacer para aliviar tu carga. Lo que sea. Y lo haré.

—No es tu responsabilidad, Albert. Nada nos ata ya como para que así sea…

La mano del lord dejó ir la propia, moviéndose rauda hasta la cintura, instando al cuerpo de Lilian a girar hasta quedar de nuevo de lado. Cuando sus cuerpos quedaron el uno frente al otro, la mano ascendió hasta poder encontrar acomodo contra su mejilla,

deslizando el pulgar en unos arcos lentos que le pusieron todos los vellos del mundo.

—Sentiré cuidarte y hacerte feliz como la mayor de mis responsabilidades hasta el día en el que abandone esta vida, mi querida Lilian. Y voy a estar atado a ti incluso mucho después de eso. Ni siquiera la muerte va a tener ese poder sobre mí.

De nuevo esa honestidad. Esa certeza.

¿Era de verdad el hombre que tenía ante sus ojos tan diferente como las historias de otros le hacían creer? ¿Por qué esos ojos que la observaban con tanta claridad, esas palabras que parecían ser transparentes como el cristal, estaban envueltas en secretos? Quería olvidar, quería… tantas cosas con él. Y, a la vez, esa nota discordante que chirriaba en el fondo de su cabeza la hacía sentirse estúpida por ansiar estar unida a él hasta en la otra vida.

No dijo nada. No pudo decir nada. El brazo de Lilian se movió hasta poder llevar la mano sobre el ajeno, acariciándolo con mimo de forma ascendente y descendente. Él se acercó, dejando un primer beso contra su frente y el otro sobre la nariz.

Él nunca me haría daño.

No a mí. Jamás a mí.

Pero, ¿y a otros?

—¿De verdad tu padre desea vender la casa?

—Así es.

—Si es por problemas de dinero, yo podría…

—No. No es por problemas de dinero. Y aunque lo fuera… —negó con ahínco—. Si hay algo que siempre he tenido claro, es que no deseo darle a tu madre más motivos para acusarme de que todo lo que busco estando cerca de ti es tu dinero.

Albert resopló, deteniendo sus atenciones en el rostro de Lilian. La caricia en su mejilla se detuvo pero, aun así, la joven pudo notar rápidamente el peso de los dedos ajenos contra el brazo, sin dejar de tocarla del todo, sin romper ese vínculo entre ambos.

—Mi padre cree que esta casa es demasiado grande para ambos. Y quizás… no sé, tenga algo de razón. Mi hermano vive con el tuyo ahora, Cecile está en Alemania, a las mellizas les gusta Bath mucho más que esto… Y, por mucho que el campo sea de mi agrado, cierto es que es… solitario durante el año. Demasiado —levantó los hombros—. Ha sido un otoño largo, un invierno duro… —Te lo contaba en mis cartas. Esas que nunca respondiste—. Y aunque la primavera ha sido más clemente… En fin, la obviedad cae por su propio peso.

El hijo de la duquesa quiso decir algo, pero la joven Stratford se adelantó.

—También teme al futuro. A… bueno, a que cuando llegue el día en el que no deseo pensar no tenga nada que pueda dejarnos. Por mucho que no tengamos una mala vida… en fin, somos tres mujeres solteras en un mundo que no va a ser dulce con nosotras. Y, al igual que él, no deseo que volvamos a convertirnos en una carga para Arthur ahora que al fin es… feliz, libre —suspiró—. Me duele dejar esto, pero empiezo a comprender que es un pesar de niña asustada más que un lamento honesto.

De nuevo silencio.

Lilian casi podía escuchar los engranajes en la cabeza del lord intentando encajar toda aquella información como si de los de un viejo reloj se tratara.

—¿Tienes un plan por si finalmente vendéis la casa? —preguntó finalmente.

La joven Stratford bamboleó la cabeza.

—Quizás mi tía Lou podría acogerme en Bath una temporada…

—Mi hermana te acogería encantada también si estás dispuesta a mudarte a Bath —respondió Albert, con un toque de ilusión impregnando su voz.

—Elizabeth va a tener un bebé, lo último que necesita es más personas en casa.

—Al contrario, tu ayuda le iría bien. Además… —levantó los hombros—. Si tu soltería es algo que te preocupa, bien sabes que yo…

—Albert…

Lilian se incorporó, se apartó del hijo de la duquesa imponiendo esa distancia que la cordura había gritado desde un primer momento que era la apropiada. Suspiró, quedando sentada dándole la espalda, atusándose el cabello con una de las manos. No quería hablar de esas cosas, no quería volver a darle vueltas al asunto de su fallido matrimonio. Era un dolor con el que se había resignado a vivir para siempre.

Pero el lord no parecía tener los mismos planes. El calor de su cuerpo volvió a deslizarse por su piel. Lilian notó el pecho ajeno contra la propia espalda, como uno de sus brazos la rodeaba por la cintura haciendo que quedaran fundidos en un nuevo abrazo. Sintió sus labios, un beso lento sobre el hombro, una especie de disculpa muda capaz de derretir cualquiera de sus barreras autoimpuestas.

Cerró los ojos.

Su cuerpo clamó de nuevo por fundirse con el otro.

Albert apartó despacio el cabello de Lilian, echándolo todo a un lado, dejando un primer beso contra el lateral de su cuello y otro en su nuca.

—Las cosas son mucho más complejas que eso, Albert. Bien lo sabes.

—Las cosas solo son tan complejas como nosotros permitimos que lo sean.

La joven ladeó el rostro, miró al lord directamente.

—Es sencillo decir eso cuando no eres tú quién se ha quedado esperando unas cartas que nunca llegaron. Cuando no has sido el estúpido que ha viajado solo hasta Londres para buscar una respuesta y te has encontrado a la otra persona con otra dama del brazo.

El hijo de la duquesa resopló.

—Te he dicho mil veces que esas cartas fueron enviadas. Cada una de ellas las escribí de mi puño y letra y se las entregué a lord Henry para que te las hiciera llegar tal y como decidimos. Con una flor de nomeolvides dentro, como un ruego para estar siempre en tu memoria. ¿Qué gano mintiendo sobre tal cosa, Lilian?

—No lo sé. El caso es que yo nunca las recibí.

—Está bien… ¿Y si las encuentro? Hablaré con lord Henry, seguiré el camino que debieron tomar y… en fin, averiguaré por qué nunca llegaron.

Lilian rio con toque sarcástico.

—Buena suerte encontrando unas cartas que no existen, Albert.

—Dios bendito, no sabes cuán dulce me será hacerte comer tus propias palabras.

La joven Stratford sacudió la cabeza, su mirada volvió al frente, lejos de la del lord.

—Digamos que encuentras las cartas. Las escribiste pero, por alguna razón que ahora mismo escapa a mi comprensión, se extraviaron. ¿Qué pasa entonces con la muchacha con la que te vi?

Lord Albert volvió a besar el hombro de Lilian, terminando por acomodar el mentón contra este, ciñendo un poco más su abrazo.

—Lady Hartnett es la hija del doctor que lleva a mi lado desde que… bueno, me pasó lo de la pierna. Para mí son como de la familia, los visito a menudo, incluso cuando no tengo revisiones ni nada relacionado con mis dolencias. Sí, es muy probable que nos vieras juntos, paseando del brazo o conversando de lo que fuera, pero eso no significa que haya nada entre nosotros, Lilian. Si lo que deseas es hablar con ella para sentirte en paz, no tengo problema alguno en propiciar que así sea. De verdad.

Y quería creerle, de verdad que sí. Ansiaba que todas sus respuestas tuvieran sentido, que acallaran las notas discordantes en el fondo de su cabeza. Porque sí, confiaba mucho más en la palabra

de lord Albert que en la de lord Ainsworth, pero resultaba imposible dejar de darle peso a todo lo que el hombre le había contado cuando el hijo de la duquesa parecía esforzarse día tras día en tener más y más secretos.

La joven Stratford suspiró. No hubo respuesta, simplemente bajó la mirada.

—¿Tanto he roto tu confianza en mí con mis estupideces?

—No lo sé, Albert. Todo sería más sencillo si sintiera que te conozco más de lo que lo hago. Cada vez que descubro algo de ti, nuevas preguntas aparecen y… —sacudió la cabeza, ladeó el rostro para mirarle—. Quiero confiar en ti. Pero, ¿eres consciente de lo complicado que es hacerlo a veces? ¿No podrías, simplemente, abrirte a mí y contarme…?

—Debo convertir el recobrar tu confianza en mi propósito entonces.

—Mi confianza se recuperaría un poco si decidieras contarme…

El lord interrumpió sus palabras antes de que pudiera terminarlas.

—Todos tenemos cosas de las que no queremos hablar, Lilian.

—¿Incluso con la persona a la que…?

Amamos quiso decir.

Pero la palabra quedó atascada en la garganta.

—Tú tampoco me has hablado nunca de tu esposo. Y nunca te he presionado a ello…

—No es lo mismo. Él murió en combate, bien lo sabes. No hay nada detrás que…

—La fama que el capitán tenía en Londres…

Y aunque el lord no pudo acabar sus palabras, Lilian lo sintió como un ataque tan punzante que la impulsó a ponerse en pie y abandonar la cama. Ya no quería aquel abrazo, ahora le resultaba asfixiante. Quiso pedirle que se marchara, pero no fue capaz.

Porque no quería alejarle.

Pero su difunto esposo tampoco era un tema del que deseara hablar con él.

Quizás estaba siendo hipócrita. Quizás…

—Hey… —Albert llamó su atención, poniéndose también en pie, llevando sus manos hasta los brazos de Lilian, acariciándolos despacio—. Lo lamento, he sido brusco, además he hecho un comentario tan… Discúlpame. Acabas de decir cuan estresada estás y… Deberías hacer caso a tu padre. Ir unos días a Bath, visitar a tus hermanas, a tu tía… Te sentará bien. Y la vida social allí en verano es de lo más entretenida.

Lilian negó.

—No puedo dejar solo a mi padre.

—No lo harás —el lord arrugó la nariz—. No del todo. Es decir, lo que te dijo mi hermana es cierto. Nosotros volveremos unos días más tarde a casa, así que yo puedo quedarme ese tiempo cuidando de él. Le haré compañía, me aseguraré de que esté bien… ¿Cuánto estará solo? ¿Un par de días? Eso no es nada y, Lilian, te sentará bien estar lejos de esto, ver a Jane, a Abigail…

—Será un incordio para ti, no…

—Adoro a tu padre. Pasar tiempo con él me es grato.

La joven Stratford dudó un momento, presionó los labios, pero terminó por asentir.

Albert tenía razón, necesitaba un respiro lejos de todo, olvidar todos aquellos dolores de cabeza… Asintió, notando de inmediato las manos del lord enmarcando su rostro, acercándose para dejar un nuevo beso mimoso en su frente.

—Voy a anunciar a tu padre mi llegada. Os haré algo de comer a ambos, hablaremos de todo… Puedes escribir ya la carta para tu tía —dijo, ilusionado, deslizando los pulgares sobre sus mejillas antes de dejarla ir y salir de la habitación.

No quiso decirlo, mucho menos al ver esa sonrisa tan dulce en sus labios, pero, en parte, aquel viaje parecía también tan buena idea

pues supondría imponer cierta distancia entre ambos. Y lo necesitaba. No sería capaz de juzgar toda la información sobre lady Catherine con sensatez estando cerca de lord Albert.

Lo amaba demasiado.

Doce



Aunque la noche había llegado, el sueño seguía resultando esquivo para Lilian.

Partir al día siguiente rumbo hacia Bath la tenía inquieta, también lo agradable que había resultado compartir la tarde en compañía de lord Albert y su padre. Y es que el hijo de la duquesa no se había limitado a hacerles la comida sin más, además de cocinar, les había acompañado durante la conversación sobre la marcha de Lilian, explicado a su padre que él se quedaría por allí para hacerle compañía durante unos días y después había estado paseando con él por el jardín y escuchando sus interminables batallitas del pasado con una sonrisa y una palabra amable en los labios.

Albert se marchó en cuanto el sol empezó a esconderse, no sin antes fumarse una pipa junto al señor Stratford y despedirse de Lilian asegurándose de que su desasosiego de la mañana se había marchado por completo.

—Te veré antes de tu marcha —dijo, tomando ambas manos de la joven entre las suyas para dejar varios besos sobre sus nudillos a modo de despedida.

La caricia cálida de sus labios tampoco la había abandonado. De hecho, abrazada por la penumbra de su estancia, la joven lady

acariciaba de forma distraída esos mismos nudillos, como si tuviera en sus adentros la esperanza de sentir nuevamente al lord en ellos.

Tras un pesado suspiro, Lilian abandonó la cama y poco después su estancia, bajando al piso inferior con intención de hacerse un vaso de leche caliente con miel. Sin embargo, al ver la puerta trasera de la casa abierta, sus pasos la dirigieron hacia esta, encontrando a su padre sentado en uno de los peldaños bajo la luz de la luna.

—¿No puede dormir? —preguntó buscando llamar su atención.

Aun así el hombre se sobresaltó, ladeando el rostro con presteza, quitando la pipa de entre sus labios. En cuanto su cabeza pareció capaz de comprender qué estaba sucediendo, una media sonrisa se pintó en sus labios, haciéndose a un lado para que su hija pudiera tomar asiento también con él.

—¿Qué haces despierta a estas horas, querida? ¿La emoción del viaje te mantiene en vela? —preguntó.

Lilian asintió, su cuerpo se colocó pegado al de su padre, acomodando la cabeza sobre su hombro, buscando una de sus manos para entrelazar los dedos.

—¿Está seguro de que estará bien sin mí, padre? Podría…

—Estaré bien, lo prometo. Además, ya has escuchado a lord Albert, vendrá a verme todos los días hasta que se vea obligado a volver a la ciudad.

—Lo sé, es solo que… dejarle solo no… me agrada. No quiero que esté solo.

—A veces estar solo no está tan mal. Me ayuda a pensar en lo importante.

—Aun así…

El señor Stratford suspiró, con mimo besó la parte superior de la cabeza de su hija.

—¿Recuerdas cuando te mandamos con tu tía Lou hace años? Fue tu primer viaje sola. Eras muy niña entonces, pero tanto tu madre como yo consideramos que era lo mejor para tu futuro. Estabas muy

ilusionada con todo, nos ayudaste a hacer la maleta, no parabas de repetir una y otra vez que no podías esperar a que llegara el día de irte, de molestar a Arthur con que tú te ibas y él no… —ambos rieron —. Sin embargo, la noche antes del viaje, de madrugada, entraste corriendo a nuestro cuarto llorando, diciendo una y otra vez *¡no quiero irme padre, quiero quedarme aquí contigo!* Mi pequeña. Verte así hizo que se me rompiera el corazón y tuve que levantarme corriendo con la intención de escribir una carta para anunciar a tu tía que no ibas a ir… —suspiró—. Fue tu madre la que tuvo que hacernos entrar en razón a los dos. Recordarte por qué era tan importante ese viaje para ti, recordarme lo mucho que necesitabas ese tiempo con tu tía… Te convenció de que todo iba a estar bien y que podías irte con tu tía tranquila —se llevó la pipa a los labios, tomó una profunda calada, dejando salir el humo despacio después—. Tu madre habría sabido qué decir exactamente para alejar nuestros miedos de tu cabecita y poder volver a dormir.

Lilian bajó la mirada, durante unos segundos, en silencio, observó sus manos, como sus dedos se entrelazaban sobre la rodilla flexionada de su padre.

—¿Qué hizo madre para convencerme de que todo iba a estar bien? La verdad es que no recuerdo esa historia… —dijo, levantando la cabeza para volver a mirarse directamente.

El señor Stratford rio.

—Dijo que íbamos a crear un vínculo entre tú y nosotros. Salió de la habitación, cuando volvió traía consigo dos velas, te dijo que íbamos a poner una de ellas en tu habitación y la íbamos a decorar con tu colgante favorito y que la otra te la llevarías a Bath, la pondrías en tu mesita de noche y la decorarías con el suyo. Todas las noches, después de la cena, nosotros encenderíamos la vela aquí y tú en Bath, la tendríamos prendida durante cinco minutos y después la apagaríamos. Mientras este vínculo se mantuviera intacto, la vela seguiría prendiendo y tú sabrías que todo estaba bien en casa y no

había razón alguna para preocuparse. Te regaló uno de sus colgantes y tú le diste…

—El colgante con la flor… es cierto —Lilian sonrió con un toque de nostalgia.

Ambos se miraron.

—¿Todavía conservas el colgante con la flor?

La joven Stratford asintió.

—¿Todavía conserva usted las joyas de madre?

Su padre asintió.

No hubo nada más que decir. Ambos se pusieron en pie, entrando de nuevo en la casa. Mientras que su padre iba a buscar velas en la cocina, Lilian subió hasta su habitación, rebuscando entre sus joyas hasta encontrar el colgante en cuestión. Al volver a la cocina, su padre ya traía consigo las dos velas en una mano y en otra una caja de madera con detalles en dorado que la joven nunca había visto. La apoyó sobre la mesa y la abrió con todo el cuidado del mundo, mostrando en el interior una colección de joyas que, aunque sencillas, a ojos de Lilian eran las más hermosas del mundo.

Le resultó sencillo reconocerlas todas. Un óvalo de concha tallada con la silueta de una mujer, enmarcado en una montura de oro con filigrana delicada que solía ponerse en ocasiones especiales. Dos amatistas en forma de gota engarzadas en oro, el obsequio más lujoso que su amado esposo le había regalado tras el nacimiento de su primer hijo. Una peineta tallada a mano, adornada con pequeñas perlas y detalles en esmalte verde, esa que había usado en su primer baile de sociedad…

Y, entre todas, la joya buscada. Un colgante ovalado de oro amarillo con grabados de hojas de laurel y un pequeño diamante central. Cuando su padre lo sacó del joyero y lo colocó en su mano, Lilian tuvo que tomar una profunda bocanada de aire para no romperse.

Ella hizo lo mismo, colocando en la mano de su padre su colgante de la flor.

Algo de su madre se iba con ella a Bath.

Algo propio se quedaba en la campiña con él.

No hubo más palabras, ambos se buscaron en un sentido abrazo que los dejó sumidos en silencio y la penumbra de la estancia.

—No detengas tu andar por mí, mi querida Lilian. Y mientras yo también intentaré volver a emprender el mío.

Los dedos de la joven se aferraron con fuerza a la camisa de su padre, presionando su cuerpo contra el de él, escondiendo el rostro contra su hombro.

En aquel instante, volvía a ser la niña pequeña que no quería dejarle ir.

Trece



—¡Pajarito! —exclamó tía Lou, acercándose con brazos abiertos a Lilian, rodeándola en un fuerte y sentido abrazo que no tardó en ser correspondido.

Aunque los años habían pasado, estos habían sido de lo más gentiles con la belleza de la que Louane Collier era dueña. Su rostro, aún luminoso, guardaba en las comisuras de los labios unas arrugas suaves, como huellas de sonrisas antiguas que se negaban a desaparecer. En el contorno de sus ojos, el tiempo había dibujado finos hilos de plata, no como castigo, sino como premio a todas las miradas vivaces y llenas de espíritu que había compartido a lo largo del tiempo. Finalmente, en su cabello, danzaba el gris como niebla temprana, sin apagar el fulgor de su esencia. Ese tono, que muchas damas preferían disimular bajo tintes oscuros, era para su tía un emblema de distinción que bien sabía no pasaba desapercibido.

Al abrazo no tardaron en unirse tanto Jane como Abigail, dando ambas varios gritos ilusionados ante la presencia de su hermana en Bath. En cuanto la joven Stratford pudo verlas bien, una oleada de sentimientos complejos se desataron en sus adentros. Por un lado, la ilusión y la felicidad de volver a estar reunidas; por otro, un toque amargo de tristeza al ver cómo habían cambiado en tan poco tiempo. No sabía si era su mente jugando una mala pasada o la realidad,

pero Lilian veía a ambas mucho más altas, más maduras, menos… niñas.

Era triste estar perdiéndose parte de su florecer como damas.

Lilian tomó el rostro de sus hermanas y dejó varios besos encadenados sobre sus mejillas, recibiendo de inmediato una mueca de desagrado por parte de Jane, digno de la adolescente en la que se había convertido.

—¡Basta! ¡No me besuquees como a una niña pequeña! —dijo Jane, deslizando la mano sobre la mejilla con fuerza, como si así pudiera borrar cualquier rastro de estos.

—A mis ojos siempre vais a ser niñas pequeñas, lo siento —respondió ella.

Abigail, en cambio, mucho más risueña y afectuosa, seguía rodeando con fuerza la cintura de Lilian con los brazos, sin intención alguna de dejarla ir.

—Me alegra tanto que estés aquí —dijo, con voz dulce como la miel.

La casa de tía Lou seguía tal y como la recordaba. Al cruzar la entrada y poder pasear la mirada por esta, los recuerdos volvieron a la cabeza de lady Stratford con la fuerza de una oleada en mar revuelto. Era agradable, como volver a casa después de mucho tiempo.

—He alojado a las niñas en la estancia que tenías cuando eras más pequeña. Es la más espaciosa, dado que son dos… —dijo tía Lou, levantando los hombros, moviendo la cabeza después para indicarle que la acompañara a la planta de arriba—. Pero he acomodado el cuarto de invitados para que te sientas como en casa, espero que no te moleste.

Lilian asintió, subiendo tras ella por la escalinata.

Para cuando llegaron a la estancia, una doncella ya estaba deshaciendo su maleta, colocando con cuidado las prendas en un armario empotrado de buen tamaño. Las riquezas familiares, tras el

fallecimiento de sus abuelos, habían caído exclusivamente en manos de su tía y se notaba que esta sabía cómo administrarlas de forma adecuada. Con un gesto suave con la mano, Louane indicó a la muchacha que se fuera.

—Tenías mucho menos servicio antaño… —dijo Lilian, adentrándose en la habitación.

—Me hago más mayor, supongo —respondió Lou con tono divertido.

—Eso o antaño tenías muchos más secretos que esconder a ojos curiosos.

—¿Te preocupan las cosas que hayan podido ver tus hermanas en el tiempo que llevan aquí? No te preocupes, pajarito, no son peores de las que viste tú.

Lilian puso los ojos en blanco.

—Sigues siendo toda una libertina.

Tía Lou rio.

—No he encontrado motivo para dejar de serlo en todo este tiempo —respondió, acercándose a su sobrina. Enmarcó su rostro con ambas manos, la miró en silencio, deslizando los pulgares en una caricia mimosa—. No te veía desde el funeral de tu madre. Y apenas pudimos hablar entonces —suspiró—. Te pareces tanto a ella…

—Padre dice que me parezco mucho más a la abuela.

—Quizás un poco. Pero tus ojos, tu cabello… No. Eso es todo de tu madre.

Poco a poco, la dejó ir, llevando una mano hasta su cabello para poder peinarlo una pizca, acomodando varios bucles rebeldes tras la oreja de la joven Stratford. Aunque llevaba el cabello recogido en un lazo, era imposible de contener por completo.

—Me habría gustado darte el pésame por la muerte de tu esposo…

Lilian presionó los labios.

—Lo agradezco, pero ya ha pasado tanto tiempo que no es necesario.

—Bueno, teniendo en cuenta que fui yo quién te lo presentó, siento una pizca de culpabilidad por haber fallado como casamentera.

—Bernard murió en el campo de batalla. Eso no es culpa de nadie —se apresuró en asegurar, intentando zanjar aquel tema con la mayor presteza posible.

—Cierto, es… pero podría buscarte otro si lo desearas. Sería igual de apuesto…

Lilian negó de inmediato.

—No estoy interesada en otro matrimonio.

Tía Lou rio sonoramente.

—¿Quién habla de matrimonio? Ya has cumplido con esa estupidez, pajarito. Yo hablo de encontrarte a un hombre con una buena espalda a la que agarrarte mientras lo dejas estar entre tus piernas toda la noche.

—¡Tía Lou! —exclamó Lilian, llevándose un dedo a los labios—. Las niñas.

De nuevo, su tía rio como si nada.

—Aunque tú las sigas viendo como niñas, cada día están más cerca de ser como nosotras. Además, ansían ser tratadas como adultas…

—Pero no lo son, no todavía. Y aunque lo fueran… —bajó un poco la voz, acercándose a ella—. No deseo que mis hermanas sepan de mis idas y venidas. No de ese modo.

De nuevo, su tía sacudió la cabeza como si de una estupidez se tratara.

—No deseo que me busques nada. Ni un marido, ni una compañía fugaz. Gracias.

—¿Y por qué no? ¿Es que acaso ya tienes quien te caliente las noches?

Lilian pensó en Albert de inmediato.

Diablos, ¿por qué pensaba en él? El hijo de la duquesa ni le calentaba las noches ni ningún otro momento del día, mucho menos estaba cerca de desposarla.

—No, no tengo a nadie.

Tía Lou enarcó una ceja.

—¿No irás a decirme que te has dado al celibato? Lilian Stratford, te echaré de esta misma casa si me dices que, a tu edad, has decidido renunciar al placer por…

—¡No, no, basta! No, yo… —suspiró—. Es complicado.

—¿Complicado? —repitió la mujer, con evidente diversión en la voz. Tomó asiento en el borde de la cama, cruzándose de brazos—. Empieza a hablar, pajarito.

La joven Stratford puso los ojos en blanco, gruñó, sin saber demasiado bien cómo explicar toda aquella historia de una forma en la que se sintiera cómoda.

—Yo…

La puerta de la estancia se abrió de golpe. Jane y Abigail, que habían desaparecido durante un buen rato, decidieron volver con una caja entre las manos. Un regalo. El precioso lazo de seda rojo que rodeaba la caja era un claro indicador de tal cosa.

—¿Qué traéis ahí? —preguntó Lilian, sonriente, acercándose a sus hermanas, que ya le tendían el regalo con ilusión infantil pintada en la mirada.

—¡Ábrelo! —apremió Abigail.

La joven Stratford asintió, cogió la caja y la llevó consigo a la cama, tomando asiento, acomodándola sobre las piernas para poder deshacer el lazo y abrir su tapa. En el interior se encontraban dos preciosos presentes. Por un lado, un camafeo ovalado, con la silueta de una dama tallada en nácar, enmarcado en oro rosa. Por otro, un abanico, una pequeña obra de arte con escenas pastorales pintadas

con delicadeza sobre seda azul pálida. Las varillas, de marfil tallado, crujieron levemente al abrirse.

—Son preciosos —aseguró, honesta, dejando los presentes a un lado para poder abrazar a sus hermanas de nuevo—. No teníais por qué. Yo no os he traído nada, lo lamento…

Abigail se apresuró a negar.

—¡En cuanto supimos que ibas a venir, estábamos tan ilusionadas que le pedimos a tía Lou que nos ayudara a buscarte un presente!

Lilian acarició la mejilla de su hermana con mimo. Iba a darle las gracias de nuevo, pero sus palabras se vieron interrumpidas por las de Jane.

—¡Podrás estrenarlos pronto! Mañana tenemos la fiesta del té de inicio de verano, en un par de días el baile de las flores y luego…

—Chicas esperad, esperad. Yo… no he venido hasta aquí buscando una vida social tan ajetreada. Ni siquiera me he traído tantos vestidos como para…

—¡No importa! —exclamó Abigail, cogiéndola de las manos.

—¡La tía Lou te conseguirá alguno! ¿Verdad, tía?

Las tres hermanas ladearon el rostro, buscando la mirada de la mayor. La mujer sonrió, de inmediato asintió, poniéndose en pie, caminando hacia la salida de la estancia.

—Lo haré, te encontraré los vestidos perfectos, pajarito. Pero eso será mañana. Hoy es noche de chicas y nos vamos a divertir —les guiñó el ojo antes de desaparecer.

——— ❀❀❀ ———

Acompañada de palmadas, siguiendo el compás y del sonido de una guitarra afinada de cuestionable manera, la voz de una de las amigas de tía Lou resonaba en el salón, entonando una melodía que Lilian no había escuchado antes. Bajo una lámpara de cristal que

tintineaba levemente con cada brinco, un pequeño grupo de mujeres bailaba con esa libertad que rara vez se permitían.

Dicen que el vizconde bebe más que un tonel,
y aún así me guiñó un ojo tras el pastel.
Con su levita y su bastón de nogal,
me dijo al oído: «¿Bailamos o algo más?»

Las doncellas suspiran, soñando con bodas,
yo sueño con bailes y algunas otras cosas.
Un brindis por todas las que saben jugar,
con labios cerrados y ganas de pecar.

Sir Henry me ofreció un paseo en su landó,
«Verás los jardines», murmuró con ardor.
Pero yo, tan modesta (¡oh, no faltaba más!),
subí y pedí ir lenta, para alargar el compás.

Las doncellas suspiran, soñando con bodas,
yo sueño con bailes y algunas otras cosas.
Un brindis por todas las que saben jugar,
con labios cerrados y ganas de pecar.

Los muebles habían sido empujados hacia los lados ante la llegada de las invitadas, dejando espacio para los pasos sueltos, las vueltas improvisadas y el roce juguetón de faldas amplias girando como torbellinos. Algunas bebían de copas de cristal llenas de vino

dulce, otras agitaban pañuelos de encaje como si fueran abanicos mientras compartían esa risa franca y cálida que solo aparece en la intimidad de las amigas, ante un buen cotilleo.

Una de ellas, que intentaba imitar los pasos de un vals vienés mientras sostenía su falda con una mano y un vaso de cristal grueso con la otra, cayó sobre el sofá entre risas, lanzando un comentario ácido al grupo.

—Yo tan solo digo que, la próxima vez que el nuevo reverendo diga que debemos arrodillarnos, no sé si mi lengua será capaz de contenerse —aseguró, cosa que hizo estallar al resto del grupo en una sonora carcajada.

Cuando la tía Lou organizaba una noche de chicas, nunca era una velada normal. Su tía siempre decía que, si los hombres tienen derecho a pasar su tiempo en esos locales sólo para ellos, entonces ellas tenían todo el derecho a hacer lo mismo. Ya cuando Lilian era solo una cría, en ese mismo salón por el que ahora paseaba, había visto fiestas similares a esas, con mujeres bailando sin cuidado alguno, cotilleando, riendo y bebiendo hasta llegado el amanecer, disfrutando de la libertad de no ser vigiladas por nadie.

La joven Stratford se encontraba en un rincón, sentada en el banco bajo la ventana, siguiendo con la mirada los pasos de sus hermanas menores, que ahora también brincaban con el resto de mujeres siguiendo la canción. La letra descarada las hacía reír una y otra vez, compartiendo miradas, felices de formar parte de algo que las hacía sentirse menos niñas.

Su tía tenía razón: Jane y Abigail ansiaban ser vistas ya como mujeres.

Ese pensamiento hizo que bebiera de nuevo de su copa de vino.

—¿No quieres bailar, pajarito? —preguntó tía Lou, sacando a Lilian de su burbuja, tomando asiento a su lado en el banco—. Siempre te ha encantado. Cuando antaño venías a mis fiestas de chicas me resultaba imposible convencerte de que te fueras a la cama

con un baile empezado. *Tía Lou, por favor, solo hasta que acabe la canción* —rio.

La joven Stratford rio también. Ambas bebieron de sus copas a la vez.

—Y bien, querida, ¿vas a hablarme al fin de esa situación complicada que te tiene con el corazón y las piernas bien cerradas?

Lilian suspiró, bajó la mirada, dejando que esta se perdiera en las pequeñas ondas que se formaban en el contenido de su copa.

—No. Porque vas a enfadarte conmigo, me vas a llamar estúpida y… no lo necesito.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa? —preguntó Lou, apartando el cabello de la cara de su sobrina, haciendo así que la mirara de nuevo.

—Porque he roto las normas que me diste cuando estuve aquí. Me… enseñaste tantas cosas para protegerme y yo… he sido tan estúpida que no te he hecho caso. Y mira cómo he acabado. Como una estúpida con el corazón roto…

—Tu situación complicada es un duque, ¿me equivoco?

Lilian negó.

—¿Uno que yo conozco?

Lilian asintió.

—Déjame adivinar. Su nombre empieza por A, es apuesto, moreno y el verano pasado estuvisteis todo el tiempo pegados como lapas por una posible unión.

A la joven Stratford no le quedó más remedio que asentir una vez más. Louane suspiró, llevó la mano hasta la espalda de su sobrina para dejar una caricia lenta sobre esta.

—Eres boba. Y has hecho muy mal desobedeciendo todo lo que te enseñé. Pero, pajarito, también eres humana. Y hasta las mejores caemos a veces en redes equivocadas —sonrió, acercándose para besar su sien despacio—. No puedo enfadarme contigo por eso —aseguró, dedicándole una sonrisa—. Aunque quiero saber más sobre toda esa historia.

—Todo lo que te he contado en mis cartas sobre el verano pasado es cierto. Arthur aceptó la oferta de matrimonio de la duquesa, empezamos a pasar tiempo con ellos, mi hermano… Ya sabes… —no quería decirlo en voz alta, no cuando estaban rodeadas de oídos curiosos—. Al principio, yo no tenía ningún tipo de interés en lord Albert. Es decir, sí, siempre me pareció atractivo, pero recordaba todo lo que habíamos hablado y sabía que no podía… El caso es que teníamos que pasar tanto tiempo juntos que me dije, bueno, al menos le daré la oportunidad de una amistad. Mejor eso que estar pasando todo mi verano con un hombre al que no soporto, ¿no? Pero…

—No tardó en conquistarte su persona.

Lilian asintió.

—Con cada conversación, con cada momento… Albert fue haciéndose un hueco en mi interior. Uno que, cuando quise darme cuenta, era demasiado grande para ser ignorado. Y empezó a gustarme, empecé a… No quiero decirlo en voz alta, hace que me sienta estúpida.

—¿Y cómo acabó la cosa? ¿Qué idiotez hizo que te rompiera el corazón?

—A finales de verano, lord Albert me pidió matrimonio —los ojos de su tía se abrieron como platos—. Y yo acepté. Nunca había sido tan feliz como entonces. Sin embargo, Albert tuvo que marcharse a Londres para arreglar unos asuntos y estuvimos separados durante un tiempo. Al principio, nos mandábamos cartas, sin falta, pero de un día para otro sus cartas dejaron de llegar y… Yo me preocupé. Pensé que le había pasado algo. Así que hablé con mi hermano y me fui a Londres al día siguiente. Cuál fue mi sorpresa cuando, a mi llegada, lo encontré paseando del brazo de lady Hartnett, de lo más cómplice. Sonrisas, gestos cercanos… cuando los vi entrar juntos en una residencia supe que… en fin, se había cansado de mí y había buscado una nueva conquista con la que entretenerse.

Tía Lou suspiró, besó con mimo la parte superior de la cabeza de Lilian.

—Lo lamento. Me gustaría decirte que quizás estás exagerando, que tal vez lo que viste tiene una explicación más sencilla que todo eso pero… Lo lamento, yo también creo que un hombre como lord Albert, o cualquiera de los suyos, haría una cosa así.

No consolaba escuchar tal cosa; de hecho, dolía.

Pero la verdad es que no habría esperado nunca otras palabras en boca de su tía.

—Lord Albert intentó contactar conmigo tras eso. Le confronté sobre lo que había visto y… no supo darme explicaciones. Solo dijo que no era lo que parecía, que confiara en su palabra, pero no quiso decirme qué era lo que pasaba entre ellos, así que… decidí que lo nuestro había muerto. Me agotan las mentiras, los secretos… no quiero más en mi vida.

Louane asintió. Ambas quedaron en silencio, volvieron a beber a la vez. Frente a ellas, Jane le decía a Abigail algo al oído, algo que hizo que ambas salieran corriendo de la pista de baile y se perdieran en la penumbra de una de las salas contiguas.

—¿Sabes la mayor pena de toda tu situación con el duque?

—¿Cuál?

—Que ahora nunca podrás confirmarme si es tan bueno en la cama, como dicen los rumores. También tengo que decir que me apena no hayas podido disfrutarle, es evidente que el hijo de la duquesa ha sido bendecido por los mismísimos griegos…

Lilian rio, bajó la mirada, frotándose el rostro con una de las manos. Tomó aire despacio, una bocanada profunda antes de volver a mirar a su tía.

—¿Quién te ha dicho que no lo he hecho? —preguntó, con una sonrisa burlona.

Louane cogió a su sobrina del brazo de golpe, se acercó a ella para poder así bajar la voz y preguntar la siguiente confidencia:

—¿Tú y lord Albert…?

Lilian asintió.

—Tienes que contarme todos los detalles.

—No puedo. Sería como contarselos a mi madre…

—¡Oh, no, Lillian Stratford! Ahora no puedes dejarme con la duda. No puedes hacerle esto a tu amada tía, que tanto ha hecho por ti.

Ambas rieron, unas risas empapadas en alcohol.

—Solo diré que fue tan increíble que, al día siguiente, lord Albert tuvo que usar bastón para andar. Fuimos de visita a la residencia de su abuela y se pasó todo el día diciéndome que sus dolencias eran por mi culpa, pero que estaba dispuesto a tenerlas eternamente a cambio de más.

Tía Lou se cubrió los labios con la mano, riendo cual niña que acaba de escuchar algo totalmente inapropiado.

—¡Menudo sátiro está hecho lord Albert! —exclamó, bebiendo de nuevo—. Ahora tienes que contarme todo. Y no me digas que no puedes. Sé escueta con algunos de los detalles si lo necesitas, pero has de relatarme lo que pasó aquella noche.

Lilian suspiró. Dudó un momento, pero terminó por decidir hablar.

—La duquesa nos invitó a ir a la ópera. Fue un poco aburrido, volvimos pronto a su residencia porque había discutido con Daniel y… —resopló—. El caso es que, como era temprano, la duquesa nos invitó a Albert y a mí a jugar a las cartas con ella. No tuve más remedio que aceptar como podrás imaginar. El caso es que, después de varias partidas, la duquesa se fue a la cama y su hijo y yo nos quedamos solos.

Louane sonrió con picardía.

—¿Y…?

—Pues verás…

Catorce



Verano, un año atrás.
Londres.

—Empiezo a pensar que os inventáis normas sobre la marcha, señorita Stratford —respondió lord Albert ante el recordatorio de que, como perdedor de la partida, debía encargarse de recoger tanto las cartas como las piezas y barajar.

Lilian levantó los hombros, una sonrisa inocente estaba pintada en sus labios.

—No es culpa mía que no sepáis siquiera las normas mínimas de los juegos de cartas, milord. No me sorprende que no seáis capaz ni de ganar una partida —respondió, elevando ligeramente el mentón al pronunciar aquella última parte, orgullosa.

El hijo de la duquesa levantó ambas manos como muestra de rendición, empezando a recoger todas las piezas y las cartas esparcidas sobre la mesa. La joven Stratford, mientras tanto, recuperó su copa de vino para darle un pequeño sorbo, encontrando en aquella parte mucha más satisfacción que hasta en la propia victoria.

No todos los días una tiene a uno de los lord más cotizados de todo Reino Unido siendo derrotado una y otra vez por su astucia.

Era, por así decirlo, una pequeña muesca en su lista de batallas personales contra el supuesto género fuerte.

—¿Otra? —preguntó Albert, ya barajando las cartas.

—No, es tarde, debería irme a la cama ya… —respondió, empezando a ponerse en pie.

Sin embargo, la risa sarcástica del lord la hizo detenerse.

—¿Es que tenéis miedo de que vuestra suerte haya acabado, señorita Stratford?

Lilian enarcó una ceja, se cruzó de brazos de inmediato.

—Hemos jugado dos partidas con vuestra madre y tres solos. En todas ellas me he llevado la victoria sin problemas. Más que miedo ante una posible derrota, temo que volváis a castigarme con el tedio de una victoria demasiado sencilla.

El lord sacudió la cabeza, una sonrisa pícara se encontraba pintada en sus labios, una tan encantadora que a la joven Stratford no le costaba imaginar por qué tantas damas habían perdido la cabeza por él. A ella poco le importaba. Por razones obvias, le resultaba atractivo; sería estúpido decir lo contrario, pero a los casanova como él ya se los conocía lo suficiente como para no caer en sus redes como una boba.

Cuando los hombres como lord Albert iban, Lilian ya había ido y vuelto tres veces.

—¿Os acabaréis al menos la copa antes de dormir? Sería descortés no hacerlo; es uno de los mejores vinos de nuestra colección.

La muchacha puso los ojos en blanco.

—¿Eso tan burdo de verdad os sirve para convencer a las damas de que se queden?

—¿Eso es lo que pensáis de mí? ¿Que soy todo trucos para encandilar a las damas?

—Tal vez. En fin, vuestra fama os precede.

El lord levantó los hombros, suspiró después.

—Quizás tengáis razón. Quizás todo lo que tengo es palabrería barata y trucos para conquistar a las damas de mi agrado, como… decirte que eres tan bella que me recuerdas a la flor de nomeolvides.

Lilian enarcó una ceja.

—¿Nomeolvides?

El lord asintió.

—Todo en ti es tan preciado que resulta imposible borrarte de mi mente.

Lilian puso los ojos en blanco, sacudió la cabeza.

—Qué cliché…

—Así es, como os he dicho, quizás tengáis razón y solo soy eso. O… —chasqueó la lengua—. O quizás haya algo más tras lo que habéis escuchado de mí y, si os marcháis, perderéis la oportunidad de descubrirlo.

El mayor defecto de Lilian, sin duda, era su insaciable curiosidad.

No importaba cuán discretamente alguien intentara ocultar algo: si ella sospechaba que había una historia detrás, un secreto velado o una explicación que se le escapaba, no descansaba hasta desentrañarlo. Era casi una debilidad, una rendija por la que cualquiera con un poco de astucia podía colarse. Había algo en lo oculto, en lo velado, que la llamaba como un imán. Y todo aquel que deseara algo de ella solo tenía que saberlo despertar.

El hijo de la duquesa no necesitó más para convencerla de que volviera a sentarse.

—¿Quién os ha enseñado a jugar de ese modo?

—Mi tía Louane. Hace unos años, mis padres me mandaron con ella a Bath. Es una mujer muy inteligente, cultivada y hábil socialmente, así que pensaron que un tiempo con ella me vendría bien para formarme y aprender a adaptarme a todo lo que la sociedad iba a demandar de mí al crecer. Ella me enseñó todo lo evidente, pero también este tipo de cosas.

—¿De qué forma las cartas son útiles a una dama? Si puedo preguntar.

—Le sorprendería la cantidad de hombres que están dispuestos a invitar a una dama a la mesa de cartas. Algunos se sienten fascinados ante una habilidad que no todas poseen; otros son tan estúpidos que creen que van a poder echarse unas risas con sus amigotes a tu costa. Con los primeros, saber jugar a las cartas como sé, me otorga el poder acercarme a ellos, llamar su atención y asegurarme de que se fijen en mí antes que en otras. Con los segundos, bueno, me otorga el poder de humillarles, que es algo incalculable.

Ambos rieron; el lord asintió, dando un sorbo a su copa de vino después.

—¿Y no teméis que algún lord de vuestro agrado deje de estar interesado en vos cuando le derrotéis de la forma tan aplastante que habéis hecho conmigo?

—Si su orgullo y ego son tan frágiles, soy yo la que no está interesada en él. Las cartas me han protegido de tener que lidiar con un auténtico estúpido.

Albert asintió, levantó la copa como muestra de respeto a sus palabras.

Lilian hizo lo mismo, brindando ambos contra el aire de forma simbólica.

—Aunque mi tía me enseñó a hacer algo más con las cartas, que también funciona a las mil maravillas a la hora de conseguir la atención de alguien de mi interés.

El lord frunció ligeramente el ceño.

—¿A qué se refiere?

—A que soy capaz de ver su futuro echándole las cartas.

Albert rio, bajó la mirada un momento.

—¿Esas tonterías funcionan de verdad?

Lilian levantó los hombros.

—No lo sé, milord, ¿desea comprobarlo? —La joven Stratford estiró el brazo, cogió las cartas de encima de la mesa y empezó a barajarlas—. Para ello, voy a necesitar que la habitación esté en penumbra, una vela, que estemos completamente solos y que os sentéis frente a mí, pero cerca, lo suficiente como para que vuestra energía se una a la de las cartas.

El hijo de la duquesa quedó en silencio, su mirada fija en la contraria. Tras unos segundos, lo que le costó procesar lo que la joven lady acababa de pedirle, el gesto en su rostro cambió, mostrando una genuina sorpresa que a Lilian le resultó encantadora.

—Eso es… brillante. Es un truco… increíble. Vaya… —aplaudió, Lilian hizo una suave reverencia con la cabeza—. ¿Puedo robarlo?

La joven rio, sacudió la cabeza.

—No sin aprender antes a echar las cartas, milord. Sin esa parte, solo conseguiréis soledad con quien os interesa, pero no seréis capaz de ejecutar todo lo necesario para conseguir que el otro caiga en vuestras redes.

—Está bien, ahora tenéis que echarme las cartas —dijo Albert, poniéndose en pie, empezando así a disponer el ambiente de la habitación tal y como la joven Stratford lo había especificado.

Todas las luces a excepción de la vela sobre la mesa se apagaron.

La pequeña rendija en la puerta del salón fue cerrada del todo.

El hijo de la duquesa tomó asiento junto a Lilian, mirándose frente a frente, cerca.

Mientras, la joven Stratford barajó las cartas, dejándolas en un montón perfecto sobre la mesa, al alcance de la mano ajena.

—Tenéis que pensar una pregunta para ellas —dijo.

—Uhm… —Los dedos de Albert tamborilearon sobre la mesa—. ¿Cree usted que las cartas pueden revelar deseos que aún no se han pronunciado en voz alta?

—Depende —respondió con calma—. ¿Está dispuesto a escuchar lo que no quiere oír?

Albert soltó una pequeña risa, apenas un suspiro divertido.

—Oh, créame, lo que deseo oír rara vez coincide con lo que es prudente —dijo, bajando la voz, como si cada palabra contuviera un secreto envuelto en terciopelo—. Pero aun así… pregunto: ¿hay en mi horizonte una historia ardiente, inconveniente quizás, que me despiste del buen juicio?

Ambos se miraron en silencio unos segundos.

Fue como si algo pesado se hubiera asentado en el ambiente entre ambos.

Lilian fue quien terminó por apartar la mirada, volviendo a centrarse en las cartas sobre la mesa. Cogió tres, colocándolas boca abajo frente al lord.

—Pasado, presente y futuro —dijo, señalando una a una de izquierda a derecha. Giró la primera de las cartas, el pasado—. Interesante... —dijo, sin levantar la vista—. Diez de corazones. Esta carta habla de un deseo consumado. Podría haber sido un flirteo, una pasión callada, algo que le trajo alegría… aunque también cierta nostalgia. Muchos creen que los corazones, por su naturaleza, solo hablan de cosas buenas, pero no siempre. En esta carta veo una pizca de tristeza, una añoranza de algo que se tuvo en el pasado.

Lilian miró a Albert, este asintió.

Giró la segunda de las cartas, el presente.

—Reina de Picas. Es una figura inteligente, reservada, incluso intimidantemente perceptiva. En la posición presente, indica que ahora mismo hay una mujer, o una energía femenina muy poderosa, que lo observa con ojos que ven más de lo que usted cree. Una mujer que no se deja llevar por halagos ni apariencias.

Albert bajó un poco la mirada, como si sonriera para sí.

Lilian giró la última de las cartas, el futuro.

—El As de Tréboles. Esta carta augura el inicio de algo intenso, impulsivo, físico. No habla de promesas eternas, sino de llamas que se encienden rápido. A veces queman, a veces iluminan… —levantó

la mirada, miró al lord directamente a los ojos—. Sea lo que sea que desea, llegará, milord. Pero solo si está dispuesto a actuar sin garantías.

De nuevo, el silencio se instauró entre ambos.

—¿Es esa la lectura que hacéis siempre? ¿La habéis aprendido para impresionar?

La joven Stratford negó.

—No, solo os he contado la respuesta de las cartas a vuestra pregunta —levantó los hombros. Presionó los labios, tragó duro—. Pero si no estáis convencido… —Lilian tendió una de sus manos boca arriba sobre la mesa—. Os puedo leer la mano, también. Tiéndame la derecha, coloque esta sobre la mía.

Lord Alber rio.

—¿La derecha? ¿Por qué? —preguntó. Aun así, obedeció.

—La derecha es más complaciente, le protege a usted de ojos como los míos, capaces de verle el alma. La izquierda es más traicionera. Revela lo que uno es en el fondo. Quizás, si algún día me tiene la suficiente confianza, puede dejar que lea la izquierda, pero ahora…

Lilian bajó la mirada, observó las líneas sobre la mano ajena, deslizando uno de sus dedos sobre la línea del corazón.

—Esta línea es profunda. Intensa. Muestra que sois alguien que no se conforma con medias emociones. Ama… o no ama. Y cuando lo hace, lo sabe desde el principio.

Siguió por la línea de la cabeza.

—Aquí hay claridad… pero también contradicción. Sois alguien que piensa demasiado en lo que debería hacer, pero que prefiere actuar según lo que siente. Una mezcla peligrosa.

Finalmente, la línea de la vida, más curva y larga de lo que Lilian solía ver.

—No será una vida aburrida la vuestra, milord —murmuró, permitiéndose por fin una leve sonrisa—. Aunque quizá no tan larga

si no aprende a controlar ciertos impulsos…

—¿Y eso lo dice la línea, o usted, señorita Stratford?

La joven Stratford levantó la vista, sus ojos se encontraron con los de él. Estaban más cerca que antes, hasta el roce de sus manos ahora parecía mucho más intenso. De nuevo, Lilian apretó los labios, tragó, buscando mostrar esa serenidad que su tía se había encargado de enseñarle era la apropiada para con los hombres.

—Las líneas hablan solas, milord. Yo solo traduzco lo que dicen.

El lord rio.

—Y dígame, señorita Stratford…

El lord giró lentamente la mano, con una delicadeza que traicionaba su intención, hasta poder acomodar sus dedos sobre la palma ajena, acariciando tentativamente su piel.

Lilian sintió cómo el aire a su alrededor se detenía.

Un escalofrío suave le recorrió el brazo y la espalda; su respiración se detuvo un instante, sorprendida por la intimidad de un gesto tan sencillo. Su piel, normalmente tan pálida, se tiñó de un rubor apenas perceptible, primero en las mejillas, luego en el cuello, como si la sangre se hubiera despertado súbitamente.

La calidez de su tacto le quemaba dulcemente.

—¿Cree usted en el destino? —añadió Albert, con las miradas todavía fijas la una en la otra, como si de una batalla se tratara.

No retiró la mano.

Sintió un leve temblor en la boca del estómago. Su respiración se volvió más alta, más breve. Quiso hablar, llenar el espacio con cualquier palabra trivial, pero ninguna acudió. La única respuesta que fue capaz de dar, como si su cuerpo se hubiera adelantado a su conciencia, fue doblar la mano hasta que sus dedos quedaron sobre los del lord, haciendo así que no pudiera romper el contacto físico entre ambos.

Su corazón, normalmente ordenado y silencioso, comenzó a latir más rápido, y con cada latido, crecía dentro de ella una mezcla

inquieta de vulnerabilidad y curiosidad.

De nuevo esa maldita curiosidad.

Tragó saliva.

—Creo que hay cosas que no han de ser dichas para saberse —respondió sin apartar la mirada—. Y otras que basta con una sola acción para cambiarlo todo.

Lord Albert no necesitó escuchar nada más.

Su mano libre viajó rauda hasta la nuca de Lilian, tirando de ella hasta que sus labios se encontraron en un beso intenso, que nació apasionado desde sus primeros compases. Sus cuerpos clamaban cercanía. Se pusieron en pie de golpe. La mano del lord viajó hasta la baja espalda ajena y frunció los dedos contra esta; las manos de Lilian se aferraron a la camisa del hijo de la duquesa para tirar de él y hacer que sus pechos quedaran completamente pegados.

El regusto del vino en sus labios no calmaba la sed del otro.

Entre besos cortos encadenados, se movieron, giraron, hasta que el cuerpo de la joven Stratford quedó arrinconado contra la mesa. Las manos de Albert descendieron, apresando las piernas de Lilian, haciendo gala de su fuerza varonil para levantarla y hacerla quedar sentada sobre la madera.

Los besos se desplazaron, abandonaron su boca para empezar a propagarse por su rostro y su cuello, hasta finalmente llegar al escote. En un impulso descarado, los dientes del lord dejaron un mordisco juguetón sobre uno de los pechos de Lilian, lo que la impulsó a ella a cruzar los pies bajo los glúteos ajenos, tirando de él con firmeza para quedar más cerca, si es que eso era siquiera posible.

Un movimiento de cadera pausado, marcado.

El roce de sus zonas más sensibles le despertó un escalofrío que la sacudió entera.

Notó el nuevo andar caótico de las manos del hijo de la duquesa sobre su cuerpo, cómo buscaban su escote para poder hacerlo descender y desnudar su busto para disfrutar de él. Sin embargo, en

un movimiento rápido, la joven Stratford enredó los dedos en el cabello ajeno y tiró de este para hacer que sus miradas se encontraran de nuevo.

En los ojos de Albert había sorpresa.

Pero también una lujuria impulsada por aquella dominancia.

Lilian negó, el lord sonrió con picardía.

—Mi hermano me contó cómo te encontró la primera vez —sin rastro alguno de trato formal en sus palabras, uno de los pies de Lilian ascendió hasta acomodarse contra el pecho de Albert, empujándolo con suavidad hacia atrás. Una de las manos del hijo de la duquesa no tardó en acariciar esta misma de arriba a abajo—. Borracho. Con la cabeza metida entre las piernas de una doncella — se mordió el labio inferior, acomodando las manos contra la mesa, echando el cuerpo hacia atrás.

—Lo recuerdo, los gemidos de placer de aquella joven podían escucharse por todo el lugar. Es uno de mis dones, señorita Stratford —respondió él, altanero.

El pie de Lilian ascendió un poco más, hasta colocarse sobre el hombro de Albert.

—Demuéstralo —ordenó.

El lord quedó perplejo, mas su sonrisa mostraba su agrado ante aquella actitud.

—Usa tu lengua para algo más útil que hablar, Albert.

No tuvo que pedirlo dos veces.

Las manos del lord se introdujeron bajo su falda, subiendo la prenda hasta poder retirar la ropa interior, apresando su cintura para hacerla sentarse lo más cerca posible del borde de la mesa. Lilian echó el cuerpo más hacia atrás, hincando los codos sobre la madera, disfrutando de la visión erótica de Albert hundiendo el rostro en su intimidad. Su lengua empezó cálida, suave, tanteando un terreno desconocido del que no tardó en buscar descubrir cada uno de sus recovecos. Un contacto húmedo, caliente, que hacía

maravillas con cada atención. No hubo duda, la maestría no tardó en mostrarse, consiguiendo que la respiración de Lilian se acelerara a la par que su corazón.

Calor. Sentía calor, mucho calor.

Desde las entrañas hasta deslizarse por cada palmo de su cuerpo.

¿Estaba en llamas? Se sentía en llamas.

No era la primera vez que un hombre le hacía sexo oral, a fin de cuentas había estado casada durante los suficientes años para haber disfrutado de ello. Sin embargo, no con aquel atino, no con aquella habilidad. Y es que, aunque las otras veces había sido placentero, nada se comparó al momento en el que la lengua del lord encontró su clítoris, centrando sus atenciones en este, succionando.

Lilian cerró los ojos, echó el cuerpo hacia atrás, abadonandose al placer, decidiendo que merecía perderse por completo en él. Sus jadeos se convirtieron en una serie de gemidos amortiguados contra el brazo, unos que intentó contener con mucho menos tino del esperado.

Que uno de los dedos del lord se uniera al saber hacer de su lengua hizo, que la joven Stratford abriera los ojos de golpe, arqueando la espalda, revolviéndose sobre una mesa que ahora no podría volver a ver del mismo modo. Tanteó su entrada, encontrando en la humedad que ya cubría esta un fiel aliado para poder deslizarse hasta su interior. Con un movimiento lento en su inicio, la pasionalidad que el goce ajeno le transmitía a su orgullo, hizo que lord Albert acelerara sus movimientos introduciendo y retirando este de los adentros de Lilian con un ritmo tan preciso como el de un virtuoso siguiendo una sonata.

Un segundo terminó por unirse, haciendo que el placer creciera, que el calor aumentara hasta volverse parejo a un estado febril. El movimiento de estos cambió, de circular y penetrante pasó a uno quieto pero más marcado, como si con ambos dedos le indicara al clímax, de forma muda, *ven a mí.*

La llegada del orgasmo no fue más que la culminación de este talento.

Lilian sentía que flotaba. Sudor cálido se deslizaba sobre su piel, en las entrañas le burbujeaba algo que no sabía demasiado bien cómo explicar, mayor a lo que nunca antes había sentido. No hubo tiempo para poder recomponerse. Una de las manos de Albert viajó hasta su baja espalda para hacer que se incorporase de golpe, buscando que sus ojos se encontraran de nuevo y que el hambre renaciera, como si no acabase de ser satisfecho.

El lord perdió la camisa con presteza.

Con los dedos extendidos, Lilian acarició aquel torso apolíneo con lujuria.

Los pechos de la joven Stratford quedaron al descubierto para deleite de este, que no tardó en colmarlos de nuevas atenciones, tanto con la lengua como con sus labios.

De nuevo, Lilian tiró del pelo de Albert, haciendo que sus ojos se buscaran, que sus bocas se fundiesen en un beso apasionado. Aún unidos en este ósculo, bajó de la mesa de un brinco, volviendo a moverse al compás, mientras se encargaba de abrirle los pantalones, bajando la prenda lo suficiente para liberar su erección marcada, más que lista para lo que ambos ansiaban que sucediera.

No hubo más juego, no existía necesidad alguna de seguir postergando aquello. Lilian hizo a Albert sentarse en la silla más cercana, colocándose sobre él, levantándose solo lo justo para poder guiar la erección del lord hacia su intimidad. De nuevo, la excitación hizo que esto resultara pasmosamente sencillo.

Sentirle dentro fue como acariciar una nube con la punta de los dedos, sensación que creció y se multiplicó al escucharle intentar contener pobremente un gemido ronco.

Una nueva mirada. La joven Stratford movió la cadera de forma lenta, marcada.

—Lilian… —los dedos de Albert apretaron sus caderas con firmeza, un ruego mudo de lo que ansiaba más que nada en aquel momento.

Lilian sonrió.

Ella también era capaz de hacer que sus gemidos se escucharan por todo el lugar.

Quince



La fiesta del té de inicio de verano era, para las damas de Bath, toda una institución.

Aunque, según tía Lou, la celebración, tal y como la conocían ahora, había empezado a tener lugar durante el final de su adolescencia. Esta tenía muchos más años a sus espaldas de los que era capaz de recordar. En apariencia un evento sencillo, suponía un momento clave para las mujeres de la ciudad que necesitaban sacar a relucir sus mejores vestidos y joyas si no deseaban ser juzgadas duramente.

Lilian había descubierto todo el entramado de la fiesta siendo solo una niña, durante el tiempo que había pasado junto a su tía en Bath. Recordaba perfectamente estar dentro del carruaje de su tía, camino a la fiesta, y descubrir, en boca de esta, todas las luces y sombras tras lo que, a simple vista, parecía una sencilla fiesta del té en la que cotillear.

—No debes tomarte esta fiesta como una más, pajarito —le dijo—. Es el momento ideal para conocer a las que pueden ser tus mayores aliadas y rivales este verano. La ausencia de hombres hace que movernos por ella nos resulte mucho más sencillo, que los cuchillos vuelen y que ninguna se muerda la lengua como suele hacerlo.

—¿A qué te refieres, tía?

—Te lo contaré, escúchame con atención. La fiesta del té de inicio de verano se celebra siempre el mismo día, pero pocas veces en el mismo lugar. Cada año, la encargada de organizarla es una dama distinta que ha sido elegida por la anfitriona anterior, como si de pasarse una corona se tratara. Todas las que desean encargarse de la fiesta se pasan el año pisándose la una a la otra sin piedad, luchando por ser la última en pie. ¿Sabes quién organiza la fiesta este año?

Lilian asintió.

—Lady York, lo ponía en la invitación que me enseñaste.

—Ajá. El caso es que lady York no iba a encargarse este año, sino lady Calloway, pero algo sucedió que lo cambió todo —Louane se echó ligeramente hacia delante, acercándose a su sobrina para hablar en un tono más bajo, como si de una confidencia se tratara—. Un rumor empezó a circular. La hija menor de lady Calloway, que acaba de ser presentada en sociedad, ha estado… en fin, divirtiéndose de más con un apuesto caballero de la zona. Uno que le ha dejado un regalo poco deseado en el vientre… ¿Comprendes?

La muchacha asintió.

—Pues este rumor hizo que la anterior anfitriona decantara su balanza hacia lady York, incluso después de que lady Calloway haya ido casa por casa tachando la historia de nada más que envidias y habladurías de personas aburridas —tía Lou volvió a erguirse—. ¿Sabes cómo se extendió el rumor?

Silencio.

Ambas se miraron en silencio hasta que algo hizo «click» en la cabeza de Lilian.

—¿Insinuas que lady York lo hizo?

Su tía rio.

—No lo insinuo, lo afirmo. Hace unos meses, lady York vino a casa a tomar el té y me lo contó. Por supuesto, me hizo prometer que no se lo contaría a nadie y, aunque yo no lo hice, ¿te cuesta imaginarla haciendo lo mismo en casa del resto de damas de la zona? Además, si mis palabras no te

convencen, quizás lo haga el hecho de que el supuesto caballero con el que la hija de lady Calloway tuvo sus escarceos, era el mismo al que lady York tuvo acogido una temporada bajo su techo y desapareció sin dejar rastro.

Lilian frunció el ceño, sacudió la cabeza.

—Pero, no entiendo, ¿de verdad alguien haría todo eso por ser la anfitriona de una dichosa fiesta? A mí solo me parece un dolor de cabeza. Además de un gasto terrible…

—Es un dolor de cabeza y un gasto que muchas no pueden siquiera soñar permitirse. Sin embargo, ser la anfitriona supone también algo muy importante. Como te he dicho, la anfitriona del año anterior es la encargada de elegir a la del siguiente. ¿Cómo crees que se consigue que una dama te elija? Con regalos caros. Con lujos que no puedes siquiera imaginar. Desde el momento en el que acaba la fiesta hasta el de tu elección final, eres básicamente la reina de Bath, la mujer a la que todas las damas van a besar las nalgas hasta dejar de sentir los labios. Muchas matarían por ello —levantó los hombros.

Era estatus.

Apariencia.

A Lilian le costaba todavía comprender la importancia de ambos.

Con el sonido de los caballos de fondo, mientras el carruaje se iba acercando a su destino, la muchacha quedó en silencio, intentando que toda la información encajara en sus esquemas y tomara sentido. Finalmente, volvió a mirar a su tía.

—¿Y era cierto? Que la hija de lady Calloway…

Tía Lou rio.

—¿Importa eso acaso, pajarito?

Lilian no había mentido la tarde anterior al decir que no había traído tantos vestidos consigo para aquel viaje. Sin embargo, sí había metido en su maleta uno especialmente pensado para tal celebración. Su tía no iba a permitir que no acudiera a tan señalado evento y ella no pensaba hacer el ridículo en la fiesta que sabía podía

marcar el rumbo del resto del verano. No por sí misma, poco le podía importar a ella lo que las damas de Bath pudieran pensar, pero sí por sus hermanas, por cómo pudieran ser vistas por su culpa. Su tía Lou estaba haciendo un trabajo impecable para labrar un futuro y unas posibilidades tanto para Abigail como para Jane, uno que la morena no pensaba fastidiar con tonterías de tal calibre.

Ataviada con un vestido de tarde encantador, de algodón color marfil con delicadas flores bordadas en hilo azul pálido, la joven Stratford bajó la última del carruaje, sorprendiéndose ante la imponente mansión que se dibujó ante sus ojos. Habían tenido que dejar atrás la ciudad para poder llegar a la residencia de los Calloway, una que, aunque preciosa, palidecía en interés cuando una se fijaba en los preciosos jardines llenos de flores de colores que la rodeaban.

No, flores no.

Rosas.

Tantas y tan diversas que dejó a las tres hermanas sin palabras.

—¡Qué preciosidad! —exclamó Abigail, cogiendo a Jane del brazo para acercarse con paso acelerado.

—¿Os lo parecen? —una voz desconocida llamó la atención de todas las mujeres.

Se trataba de lady Calloway.

Con una sonrisa pintada en los labios, la anfitriona descendió varios escalones para poder acercarse a ellas, envuelta en un delicado vestido que resultaba evidente había sido escogido con mucho esmero. La tela, una muselina color lavanda pálido, parecía capturar la luz tenue de la tarde como si respirara en suaves destellos. El corpiño, finamente ajustado a su figura, se ceñía con gracia, acompañado de una fila de pequeños botones nacarados que brillaban con un fulgor completamente alejado de la modestia.

—Violet, querida —dijo Louane, acercándose a la mujer para darle un abrazo—. Estoy convencida de que más de una dama va a

morirse de celos en cuanto te vea con ese vestido. Eso si no lo hacen antes con las flores, claro.

Ambas rieron.

—Eso espero, lo suyo me ha costado conseguirlas. Mi marido ha tenido que echar mano de varios contactos, pero hemos conseguido que un amigo botánico nos haga llegar rosas tanto de China como de India. También tenemos varias francesas, esas que estáis observando, por ejemplo, nos las han traído desde París.

Lilian asintió, abriendo los ojos un poco más de lo normal, intentando mostrar una fascinación que no sentía. ¿De verdad había invertido la anfitriona tanto tiempo y dinero en algo tan nimio como unas rosas? Sí, eran hermosas, pero los rosales que su padre había cuidado durante años, como regalo hacia su madre, poco tenían que envidiarles.

Su madre siempre había sido una mujer de gustos sencillos. Quizás por eso mismo, al escoger una flor por la que sentir devoción, las rosas rojas habían sido las ganadoras. Su tía Lou solía bromear con cuán cliché era tal elección; sin embargo, la única respuesta que su padre había dado a tal afecto, fue encargarse de que su esposa tuviera rosas rojas en su jardín hasta el último de sus días.

Después de este, las rosas fenecieron y nunca volvieron a casa de los Stratford.

—¿Estas son tus sobrinas? —preguntó lady Calloway.

—Así es. Las pequeñas, Abigail y Jane, y la mayor, Lilian —las presentó su tía, haciendo un gesto con la mano para que se acercaran y saludaran a la anfitriona.

—Es un placer, queridas —dijo a sus hermanas; sin embargo, cuando su mirada la alcanzó a ella, la joven Stratford sintió una presión extraña sobre sus hombros—. A ti tenía ganas de conocerte especialmente.

—¿A mí? —preguntó con evidente confusión.

—Ajá. Me moría de ganas de conocer a la mujer que los rumores decían la duquesa había escogido para lord Albert. Aunque creo que eso ha terminado por no suceder… ¿Cierto?

Lilian presionó los labios, tragó duro. En su cabeza no paraba de repetirse una y otra vez que debía mantener la sonrisa y aguantar la compostura.

—Creo que los rumores exageraron toda la situación. Mi madre era muy amiga de la duquesa años atrás, así que, cuando nos reencontramos el verano pasado, decidimos pasar tiempo ambas familias juntas para recuperar los años perdidos. Todo lo que siempre me ha unido a lord Albert ha sido una sincera amistad, nada más.

Lady Calloway asintió despacio, como si necesitara tomarse un tiempo para terminar de decidir si aquellas palabras le sonaban lo suficientemente honestas. Tras unos segundos, la sonrisa amplia volvió a sus labios, mostrando que estaba satisfecha con la respuesta.

—No sabes la alegría que me das. Una vieja amiga y yo tenemos una pequeña apuesta por resolver. Ella decía que la historia de vuestro noviazgo era cierta. Yo, en cambio, estaba convencida de que no, ¡me resultaba imposible imaginar a la duquesa permitiendo a su hijo casarse con alguien de una familia tan modesta! —rio, aunque el resto de presentes no pareció encontrarle la gracia al chiste—. Acabas de hacerme ganar una interesante suma, querida —añadió, haciéndose a un lado, señalando con el brazo la escalinata—. En fin, pasado por favor. Disfrutad de la fiesta. Y probad el pastel de fresas, es esponjoso como una nube.

Tan solo unos pasos por detrás de sus hermanas, Lilian empezó a ascender por la escalinata rumbo a la fiesta. Aunque ambas seguían hablando sobre las rosas sin parar, ella se mantuvo en silencio, asentando en su cabeza el comentario que acababa de escuchar.

No le gustaba formar parte de una apuesta.

No le había gustado el tono jocoso en el que se había hablado de su familia.

¿De verdad su relación con Albert era digna de tal escrutinio?

Sentir una caricia en la espalda la sacó de sus pensamientos, percatándose de que su tía se encontraba ahora a su lado, deslizando el pulgar con mimo contra su piel.

—No dejes que una tontería como esa te perturbe, pajarito.

Lilian se esforzó en sonreír.

—No me importa —mintió—. Pero no me gusta ser el centro de habladurías…

Tía Lou rio.

—Has tenido a uno de los solteros más cotizados pegado a tus faldas durante todo un verano. Claro que iban a hablar de ti —dijo con tono bromista, buscando sacarle una sonrisa.

La joven Stratford se esforzó en dársela.

—Recuérdame una vez más por qué he tenido que venir con vosotras a la fiesta.

—Oh, pues por diversos motivos. Uno, para cuidar la imagen de tus hermanas. Dos, para conocer a tus rivales y aliadas este verano…

—No voy a competir con ninguna de ellas por nada, así que no me va a ser necesario nada de eso. Tía, no ansío tener que moverme entre los líos de…

Su tía le dio un toquecito con el dedo en la punta de la nariz para hacerla callar.

—Y tres, porque necesitas relacionarte, hablar con gente de tu edad y saber qué se cuece. Cielo, estás apolillada en la campiña; si te encontrara una telaraña entre los rizos no me sorprendería. Adoro a tu padre, pero cuando tus conversaciones más interesantes son con él o con tu yegua, es momento de dejar que te dé el aire y conocer a otros.

Lilian puso los ojos en blanco.

Para su desgracia, tía Lou tenía mucha razón.

La fiesta del té se celebraba al aire libre, bajo un dosel de lino blanco decorado con guirnaldas de rosas trepadoras y lazos de seda color marfil. Las mesas, dispuestas en semicírculo, estaban cubiertas con manteles de encaje, y sobre ellas reposaban juegos de porcelana fina que seguramente habían sido importados de algún lugar lejano. Había también fuentes de dulces: scones recién horneados, pasteles de frutas y, como si de la invitada de honor se tratara, el precioso pastel de fresa tenía una mesa solo para él.

Varias damas, elegantemente vestidas con tonos pastel, charlaban animadamente mientras sostenían sus tazas con una delicadeza pasmosa. La ausencia de caballeros era notoria, especialmente en la forma cercana y poco protocolaria que todas las invitadas parecían tomar en sus acercamientos. Una risa estridente sonó de fondo. Un abrazo demasiado efusivo para ser visto como correcto se produjo ante los ojos de Lilian. Sí, aquella era una fiesta solo para damas, y había algo liberador en ello.

A medida que las mujeres avanzaban y se adentraban entre las invitadas, más evidente resultaba que el entorno parecía sacado de un sueño: los pájaros trinaban suavemente en los setos, una brisa ligera agitaba los encajes de los vestidos, y el tintineo delicado del azúcar cayendo en el té era casi musical… Quizás había llegado el momento de admitir que acudir a la fiesta había sido una buena idea.

Lilian decidió apartarse del grupo. La tarta de fresas de verdad tenía tan buena pinta como la anfitriona les había anunciado, así que deseaba probarla antes de que fuera demasiado tarde. Se acercó a esta, haciéndose con uno de los pequeños platos con detalles en dorado pintados, buscando sobre el mantel con la mirada la pala de plata con la que poder servirse un pedazo. Sin embargo, esta no se encontraba ahí. Unas manos enguantadas la sujetaban, también dispuestas a servirse un poco de dulce.

El rostro que encontró ante sus ojos hizo a la joven Stratford enmudecer.

Lady Hartnett.

Oh, demonios.

Fue encontrarse con su cabello negro, sus ojos verdes y sus pómulos marcados, y la mente de Lilian viajó a aquella fatídica tarde en Londres. Incluso el vestido que lucía en aquella ocasión era similar al que vestía en aquel momento. Aun cuando lo común en las fiestas del té de tarde eran los colores pastel, lady Hartnett había preferido un burdeos intenso con encaje negro que la hacía destacar por encima de todas.

El recuerdo volvió a su mente poblando cada recoveco de esta. De pie, en mitad de Londres, con el viento fresco golpeando su piel sin clemencia, observando en la distancia a la hermosa dama caminando del brazo de lord Albert, compartiendo una confidencia cerca del oído. El mordisco de los celos fue tan intenso en sus adentros que Lilian sintió sus piernas temblar. La complicidad, la cercanía, las miradas y sonrisas que intercambiaban… entre ellos había algo demasiado intenso como para no agitar todo cuanto la muchacha creía cierto.

Verlos entrar juntos, todavía agarrados, a una residencia que le era desconocida, fue lo último necesario para romper en Lilian su ya maltrecha confianza.

Fue aquella visión la que la convenció de que Albert ya no la amaba.

Fue aquella visión la que la convenció de dejar de creer en un estúpido matrimonio.

Fue aquella visión la que la convenció de que, para el lord, solo era un divertimento.

—¿Os sirvo un poco de dulce, lady Stratford?

La voz de lady Hartnett sacó a Lilian de sus pensamientos. Carraspeó, presionó los labios para esbozar una media sonrisa, y

asintió, tendiendo el pequeño plato para recibir una porción triangular de aquel maravilloso dulce.

—El destino es de lo más curioso. La verdad es que tenía ganas de conoceros.

—Vaya, ese es un sentimiento común en esta fiesta, por lo visto —la joven Stratford bamboleó la cabeza—. ¿Y por qué exactamente?

—Pues…

Lady Hartnett no tuvo posibilidad de empezar siquiera aquella explicación.

A sus espaldas, a no mucha distancia, la anfitriona se encontraba subida a una pequeña tarima, sujetando en lo alto una de las copas, que golpeaba una y otra vez con una cucharilla, buscando así llamar la atención de todas las presentes.

—Estimadas amigas, si me concedéis un momento vuestra total atención… —dijo, esperando a que todas las miradas se encontraran sobre ella para seguir hablando—. He preparado para esta tarde una pequeña distracción que, espero, os resulte tan estimulante como grata.

—¿Un juego? —preguntó una de las invitadas.

—No un juego cualquiera. Una búsqueda de ingenio. He ocultado entre los rosales de nuestro jardín un pequeño obsequio, uno que será hallado por la dama que posea no solo vista aguda, sino también mente despierta.

—¡Una búsqueda del tesoro! Qué encantador... aunque un tanto infantil… —respondió otra de las invitadas, intercambiando una mirada cómplice con varias de sus amistades.

—Oh, querida, nada de eso. Este juego es un tributo al arte de la deducción. Cada pista que hallaréis ha sido escrita en forma de acertijo, y cada solución os llevará al siguiente rincón del jardín, donde os espera la próxima prueba. Todo ello os conducirá a un lugar muy especial entre los rosales... donde se esconde el premio final.

—¿Puede darnos un ejemplo de esos acertijos de los que habla? —preguntó Jane.

—Por supuesto. La primera pista, que se halla bajo esta mismísima mesa de té, dice lo siguiente:

De día abro el alma al sol.
De noche cierro el suspiro.
No soy dama, ni doncella,
más visto de terciopelo fino.

Murmullos empezaron a resonar por toda la fiesta.

—Una rosa —dijo Lilian en voz baja, más para sí misma que para las demás.

Sin embargo, lady Hartnett sí escuchó tales palabras, acercándose a ella para tomar su mano y hacer que la alzara.

—Señorita Stratford —dijo la anfitriona—. ¿Creéis tener la respuesta a mi acertijo?

La muchacha titubeó, pero terminó por asentir.

—Creo que es una rosa, lady Calloway.

La mujer sonrió, asintió despacio.

—Muy perspicaz. Esa respuesta os llevará al siguiente arbusto. Mas no os confiéis. Cada enigma guarda un giro, y no todas las rosas son lo que parecen…

Murmullos de nuevo, esta vez cargados de risas y emoción ante tal juego.

—¿Y cuál es el premio que nos espera al final? —preguntó Abigail.

—Oh, querida, ¿quién soy yo para arruinar la sorpresa? Solo puedo prometer que es algo que os va a tener a todas hablando durante mucho tiempo. Os podéis agrupar en parejas o pequeños equipos si lo deseáis, el premio puede ser disfrutado entre varias.

Las invitadas empezaron a moverse, creando pequeños grupos.

Lilian movió la cabeza, paseando la mirada entre los presentes para tratar de encontrar a su tía y hacer equipo con ella. Sin

embargo, cuando pudo verla, esta se encontraba en mitad de una conversación con lady York, decidiendo hacer equipo con ella. La joven Stratford suspiró; era un fastidio, aunque también le sorprendía que lady York hubiera sido invitada a la fiesta dada la rivalidad de esta con la anfitriona.

Quizás podía hacer equipo con sus hermanas.

Solo tenía que encontrarlas.

—¿Haréis equipo conmigo, lady Stratford?

Lady Hartnett, todavía a su lado, la observaba con una sonrisa pintada en los labios.

¿Quería formar equipo con ella? ¿Con la que creía era la mujer que la había sustituido en el corazón de su amado? No, la verdad es que no. Pero, si de verdad deseaba saber qué había pasado entre ambos y descubrir de una vez si estaba o no en lo cierto, Lilian necesitaba aquella alianza y aprovecharse de ella lo máximo posible.

Así que asintió. Sonrió, incluso.

—Por supuesto, será un placer.

Poco a poco, todas las invitadas empezaron a buscar la siguiente pista.

Dieciséis



Con paso más acelerado que el de su acompañante, la joven Stratford se acercó al árbol frente a ambas, moviéndose, buscando la pista del siguiente acertijo. Por suerte, esta no estaba tan escondida como la anterior. Atada en una rama, a no mucha distancia del suelo, tan solo colgaba con gracia y se dejaba mecer por los golpes de brisa.

—Siempre viene, pero nunca llega —leyó Lilian, mientras sujetaba la pequeña tarjeta con dos de sus dedos.

Tras buscar entre los rosales, el siguiente acertijo las había llevado a buscar un árbol, uno al que el sol acariciaba con mimo pero con el que la lluvia no era clemente. La verdad es que no le habían parecido unas pistas demasiado buenas; siguiendo tales indicaciones bien podría ser cualquiera de los que se encontraban en aquel jardín.

—Siempre viene, pero nunca llega… Siempre viene, pero nunca llega… —repitió varias veces lady Hartnett, pensativa, mientras golpeaba el mentón rítmicamente con uno de los dedos—. ¿El destino?

—No, no creo que sea eso. Aunque sea incierto o misterioso, el destino sí se cumple, llega a alcanzarse en algún momento. No es algo que quede eternamente pendiente, ¿sabes?

La morena se llevó uno de los dedos a los labios, lo mordisqueó suavemente mientras leía varias veces más aquel acertijo. ¿Qué siempre viene? ¿Por qué no llega nunca?

Siempre viene, pero nunca llega.

Siempre viene, pero nunca llega.

Siempre viene…

—El mañana —dijo, dejando ir la tarjeta, observando a lady Hartnett—. Siempre viene, porque el tiempo no se detiene y está avanzando constantemente, pero nunca llega, porque cada vez que el tiempo pasa, deja de ser mañana para convertirse en hoy.

La sonrisa de su compañera le confirmó que estaba en lo cierto.

—¡De acuerdo! El mañana… —lady Hartnett giró, llevó una mano a la altura de sus cejas para cubrirse los ojos del sol y empezó a mirar de un lado a otro—. ¿Qué usarías para esconder una pista relacionada con el mañana? Mañana, mañana… eso es tiempo… —tras unos segundos de silencio, de golpe, señaló hacia la residencia con la mano libre—. ¿Lo ves? Tras el cristal… ¿No es eso un reloj?

Lilian observó también.

Un reloj de caja alta se desdibujaba tras el cristal de la ventana.

—Eso tiene sentido —dijo finalmente, echando a andar, seguida tan solo un par de pasos por detrás por lady Hartnett.

Aunque todavía no estaba segura de querer aquel misterioso premio, la curiosidad por saber lo que podía ser era demasiado grande como para ignorarla. Así que ahí estaban, corriendo de un lado a otro como gallinas sin cabeza, a la par con el resto de invitadas ante la atenta mirada de superioridad de su anfitriona. Que estuviera riéndose de ellas en su cabeza incomodaba sobremanera a Lilian, así que prefería acallar ese pensamiento para no envenenarse la lengua en vano.

Tras cruzar la puerta de cristal que se encontraba entreabierta, tal vez una señal más de que era apropiado buscar ahí dentro, las dos muchachas entraron en la residencia, dando de inmediato con el

reloj que podía verse tras la ventana. Era bonito, incluso un poco imponente; en la madera que lo componía tenía tallados dos caballos cuyas proporciones poco se acercaban a la realidad pero parecían de lo más amenazantes.

La joven Stratford no perdió mucho tiempo observando aquellos detalles; tenían que encontrar la pista. Tras observar cada palmo del exterior, abrió la pequeña puerta que se encontraba en la parte frontal para observar el interior de este con más detenimiento.

Pero nada, ahí no había pista alguna.

Tras cerrar la puertecita, un sonoro resoplido brotó de sus labios.

—¿Crees que estaba equivocada? Quizás la respuesta no era el mañana…

—No. Creo más bien que nos hemos equivocado de reloj y no de respuesta —ambas se miraron de nuevo—. En esta casa debe haber más relojes. Busquemos un poco más. Incluso si estamos equivocadas, dudo que nos metamos en un lío por seguir una pista ambigua.

Un asentimiento, y ambas volvieron a ponerse en marcha, adentrándose un poco más en la casa, buscando otro reloj que poder inspeccionar. Su segundo hallazgo fue uno mucho más pequeño, redondo, dispuesto sobre una mesa de caoba. Lilian lo cogió, lo giró entre sus manos, pero, tras observarlo con detenimiento, de nuevo, no encontró pista alguna.

Tras intercambiar una mirada, ambas mujeres salieron de la sala y se perdieron por uno de tantos pasillos de aquel enorme lugar. De perdidas al río, pensó la joven Stratford; ya habían entrado en la residencia sin permiso, seguir por allí dando vueltas no iba a suponer un problema mayor del que ya era.

—Antes hemos sido interrumpidas en mitad de nuestra conversación… —dijo lady Hartnett, rompiendo el silencio instaurado entre ambas.

—Cierto, tú me decías que tenías ganas de conocerme. Y yo me pregunta la razón.

La mujer asintió.

—He escuchado hablar tanto de ti durante este tiempo, que me moría por saber si las palabras te hacían justicia.

Lilian rio con tono sarcástico y puso los ojos en blanco.

—Déjame adivinar. Los rumores sobre que la duquesa pensaba casarme con su hijo te han llegado a ti también, y te preguntabas por qué una chica humilde como yo había sido escogida para casarse con un hombre como lord Albert. Si eres con quien lady Calloway ha apostado sobre nuestro noviazgo, siento decirte que has perdido —dijo con visible molestia.

Sin embargo, al ladear el rostro para observar a su acompañante, su ceño fruncido y la expresión de confusión en su semblante le dejó bien claro que estaba equivocada.

—No, no es eso en absoluto —dijo sacudiendo la cabeza—. Es decir, sí, me llegaron los rumores de tu futuro matrimonio con lord Albert. Pero no me llegaron en boca de la duquesa ni de ninguna de sus alcahuetas. Fue el propio Albert quien me lo hizo saber.

El andar de Lilian se detuvo de golpe. Lady Hartnett se detuvo también, unos pasos por delante, girando para quedar ambas mirándose directamente.

—¿Lord Albert te habló de mí?

La mujer asintió.

—Mucho. Cuando regresó de la campiña, nos reunimos como hacemos de costumbre. Le vi tan radiante, que bromeé sobre la cantidad de mujeres con las que debía haber estado durante el verano para estar tan contento. Pero él me dijo, «no, esto es solo gracias a una» —levantó los hombros—. Conozco a Albert desde hace años, más desde que tuvo su horrible accidente. Mi padre ha sido su compañía más constante desde entonces y le he visto en sus momentos más oscuros. Así que, al encontrar todo lo contrario en él,

por supuesto sentí mucha curiosidad por quién era tan maravillosa dama. El muy idiota no me lo quiso contar —rio—. Dijo que debía ser paciente, que la situación era complicada, especialmente con su madre. Pero que pensaba casarse con ella el próximo verano y que toda mi familia estaba más que invitada.

La joven Stratford bajó la mirada, podía sentir las mejillas sonrojadas, el corazón latiendo rápido en el interior de su pecho, como sus adentros se encogían, haciendo que fuera complicado no sentirse completamente abrumada… ¿Era aquello cierto? ¿Tenía lady Hartnett motivo alguno para mentir?

Pero entonces, ¿por qué los había visto tan acaramelados en Londres? ¿Es que los celos le habían jugado una mala pasada? ¿Decía Albert la verdad?

Lilian deslizó una de sus manos por su nuca, la frotó varias veces con fuerza.

—Bueno… si sabes todas esas cosas supongo que también sabes que ya no estamos juntos. Lord Albert y yo no vamos a casarnos, ni… —suspiró, apartó la mirada de nuevo.

—Lo sé. Eso solo hizo que mi curiosidad creciera más. «Lilian es como el sol para mí». Eso me dijo la última vez que hablamos, cuando me visitó en Londres y al fin me dijo tu nombre. «Su risa, su mirada, su forma de ver el mundo... todo en ella irradia una luz que me envuelve y me transforma», dijo —lady Hartnett dio un paso al frente, haciendo que ambas quedaran más cerca—. Le pregunté si le hacías feliz. Y Albert me dijo que era mucho más que eso. Dijo que le dabas vida. Que cuando estaba contigo, sentía que todo era posible y que tu amor le inspiraba a ser mejor, a vivir con más intensidad.

Las miradas de ambas se encontraron de nuevo.

—«Ella es mi luz, mi sol. Y haría cualquier cosa por seguir brillando a su lado»… ¿Cómo alguien dice algo así de una mujer y poco después su amor termina? No lo entiendo. Pero Albert se niega a darme una respuesta, así que supongo que solo tú puedes

hacerlo… ¿Es que has dejado de amarle? ¿Qué podría haber pasado para… romper algo así?

Lady Hartnett se cruzó de brazos, expectante, dejando claro en su postura que en aquella conversación no había lugar a medias tintas.

Era curioso, Lilian había aceptado ser la pareja de aquella mujer para conseguir respuestas sobre su relación con Albert, quizás esperando confirmar todas sus sospechas para ayudarse a convencerse de que sus caminos estaban bien separados. Sin embargo, ahora que había dado con todo lo contrario, las palabras se le habían quedado atascadas en la garganta y no sabía cuán preparada estaba para escuchar lo que tuviera que decirle.

—Cuando Albert volvió de la campiña el verano pasado, lo hizo con la intención de deshacerse de algunas de sus propiedades y arreglar todos sus asuntos para poder hacerse con una residencia en el campo y mudarnos juntos. Yo no deseaba volver a la ciudad, mi padre está solo y… él lo comprendió, lo aceptó y era nuestro plan, pero… —Lilian presionó los labios, dudó un momento—. Dijimos que nos escribiríamos. Sin falta. Y durante un tiempo así fue, respondió a todas mis cartas, me contaba lo que hacía aquí, me… mandaba palabras tan bonitas que mi añoranza crecía de forma desmedida…

—¿Y entonces que…?

—Pues que dejó de hacerlo. Eso pasó. De un día para otro, pasó de mandarme las palabras más bonitas del mundo a… nada, silencio. Nunca pensé que me hubiera dejado de amar, no, yo lo que temía era que le hubiera pasado algo. Así que viajé hasta Londres sola, para… Quería asegurarme de que todo estuviera bien y… entonces le vi… contigo, del brazo, y… ¡El silencio, mezclado con los celos, me hicieron pensar que me estaba…! —suspiró—. ¿He sido estúpida?

—Mucho —respondió la mujer de inmediato.

—Pero, ¿por qué dejó de escribirme entonces?

—¿Le has preguntado a él al respecto?

—¡Por supuesto! Pero asegura que sí me escribió, que fui yo quien dejó de hacerlo… ¡Y eso no es cierto! Su hermano y mi hermano bien saben cuánto le escribí…

—Tal vez sí las escribió…

Lilian rio con un toque sarcástico.

—¿Y dónde están entonces?

—Tal vez las cartas se extraviaron…

—¡Qué conveniente! —exclamó, levantando ambos brazos.

De nuevo, el silencio se impuso entre ambas, uno que hizo que la espalda de Lilian se tensara todavía más. En la mirada ajena podía sentir cómo la estaba analizando, cómo lady Hartnett parecía buscar algo en ella, algo que no sabía anticipar. Finalmente, la mujer habló.

—¿Por qué estás saboteando tu relación con Albert, Lilian? Unas cartas que no llegaron, pero él asegura que te mandó. Un momento fugaz que malinterpretaste, pero que te niegas a creer que así fue… Nada de eso son pruebas reales contra el amor que Albert te profesa. Y, sin embargo, has decidido considerarlas más que suficientes para romper lo que teníais… ¿Por qué? No te comprendo… ¿Es que nunca le amaste tanto como él a ti?

La joven Stratford titubeó, se pasó la mano por el pelo varias veces, intentando dar con las palabras adecuadas para rebatir aquella acusación. Pero no las había. La sensación angosta se aferró a su pecho, el nudo intenso que evitaba que pudiera respirar se manifestó una vez más haciendo que el mundo a su alrededor se volviera más violento. Lilian se movió, buscó una de las paredes para poder apoyar la espalda, deslizándose por esta hasta quedar sentada con las piernas flexionadas.

Cerró los ojos.

Tomó aire por la nariz despacio.

No tardó en abrirlos de nuevo al sentir una caricia sobre una de sus rodillas. Lady Hartnett, sentada frente a ella, le regalaba un gesto

afectuoso y compasivo, capaz de calmar la sensación amarga que se deslizaba por su garganta.

—Responder a tu pregunta supondría hablar de una parte de mí que nadie más sabe.

—Si me estás pidiendo que sea un secreto, juro que lo será.

Lilian bajó la mirada, se frotó el rostro con la mano antes de empezar a hablar.

—Tienes razón, cuando dices que saboteo mi relación con Albert, con cualquiera que haya buscado acercarse a mí. Tienes razón, lo hago —suspiró, se frotó la cara con la mano—. Estuve casada, hace años. Él era capitán del ejército, murió en el campo de batalla…

Lady Hartnett suspiró.

—¿No has sido capaz de superar su muerte todavía? Lilian…

La joven Stratford rio amargamente, sacudió la cabeza.

—Ojalá. Eso sería mucho más sencillo. No suelo hablar de él. Con nadie, ni siquiera mi hermano. Pero a veces, el pasado pesa tanto que es como si hablara por sí solo. Y no, no es lo que crees. No fue un matrimonio infeliz al principio, me costó enamorarme, pero el tiempo y su carácter hicieron que terminara por sentir… bueno, algo que consideraba cercano al amor. Fuimos felices. No del modo en el que lo fueron mis padres, pero… felices a nuestra manera. Pero todo se rompió cuando… —Lilian buscó aire de nuevo, se frotó el rostro —. Me quedé embarazada. Muy poco tiempo, apenas unas semanas. Pero para ambos fue suficiente para soñar. Suficiente para elegir nombres. Unos que nunca usaríamos… Se fue. Así, sin más. Un día desperté y… —sacudió la cabeza, no quería decirlo—. El doctor dijo que no había nada que pudiera haber hecho, que estas cosas pasan… Pero él no lo creyó. No me lo dijo con palabras, pero lo vi en sus ojos. En cómo dejó de tocarme, en cómo se callaba cuando intentaba hablarle de mi dolor. Como si ya no fuera capaz de mirar mi cuerpo sin recordar lo que perdimos. Después de eso... la intimidad murió. No de golpe. Se fue apagando, como una vela a la que nadie protege

del viento. Y él empezó a buscar calor en otras partes. Mujeres que no le recordaran lo que yo representaba o lo que ya no podía darle —bajó la mirada—. No sé si me odiaba, o si se odiaba a sí mismo, pero cada día entre nosotros fue volviéndose más y más frío…

La joven Stratford sintió entonces algo.

La mano de lady Hartnett sobre la propia, como sus dedos se entrelazaban.

La visión de sus manos unidas hizo que una sonrisa triste se pintara en sus labios.

—La noche antes de que se marchara al frente… discutimos. No fue la primera vez, pero sí fue… diferente. Él no solía ser cruel con sus palabras, su arma siempre había sido el silencio, esa forma de mirarme como si fuera un fantasma… Sin embargo, esa noche, había bebido un poco y… supongo que el alcohol le engrasó la lengua. Cuando intenté quitarle la copa me cogió del brazo, me empujó hasta arrinconarme y me dijo que, si lo amaba de verdad, no amaría a nadie más. Que si moría en el frente, yo debía quedarme sola. Que después de perder a nuestro hijo se lo debía —Lilian levantó la mirada, buscó los ojos ajenos en un intento por encontrar apoyo. Dar con calidez en su mirada hizo que siguiera hablando—. Y yo… yo se lo prometí. Porque tenía miedo. Miedo de que si no lo decía, me… —no pudo decirlo—. Al día siguiente se fue, sin despedirse, y murió. Yo me quedé aquí, con esa promesa pegada a los huesos. No he sabido querer a nadie desde entonces. No porque no quiera, sino porque cada vez que alguien se acerca… es como si escuchara su voz otra vez. Como si aún me vigilara desde donde esté. Por eso… busco lo más pequeño, lo más… nimio que me permita… excusarme escapar… —En cuanto sintió una lágrima caer por su mejilla, la joven Stratford se apresuró en limpiarla; sin embargo, lady Hartnett fue más rápida, limpiando aquella lágrima con sus dedos.

—No sé qué me duele más... si imaginar todo lo que has cargado sola durante tanto tiempo, o saber que nadie antes te dijo que ese

juramento no era justo; que él no tenía derecho a pedirte algo así. Lilian, no es traición vivir otra vez. No es deslealtad amar de nuevo. Mucho menos cuando ese amor te negó consuelo, cuerpo y alma —lady Hartnett se acercó un poco más—. Y no fue culpa tuya. Lo que pasó, el bebé, no lo fue. Nunca lo fue.

Las lágrimas volvieron a brotar. Sin consuelo, sin poder detenerse.

Ninguna de las dos hizo nada por frenarlas.

—¿Y si vuelve a pasar? ¿Y si Albert…? —farfulló, ahogada su voz en llanto.

—No lo hará.

—Pero…

—No lo hará, Lilian.

No pudo seguir hablando, lloraba tanto que el nudo en la garganta así lo impidió. Todo lo que la joven Stratford pudo hacer fue moverse, acercarse hasta lady Hartnett para buscar un abrazo, uno que le calentara un poco el alma.

Fuera de aquellos muros, donde las risas y los juegos seguían como si nada estuviera sucediendo, Abigail y Jane acababan de encontrar el premio.

Una caja de latón. En el interior, las cartas que lady York había mandado a su amante durante los últimos meses.

Oh, aquella fiesta del té no iba a ser olvidada fácilmente.

Diecisiete



—Os quiero de regreso aquí en una hora —dijo tía Lou, mirando a cada una de sus sobrinas, asegurándose de que todas comprendían que aquello no era negociable—. Para entonces ya habré terminado con mis quehaceres y podremos volver a casa —añadió, rebuscando entre sus cosas, sacando un saquito blanco y dorado que colocó sobre las manos de Lilian—. Con esto tendrás suficiente. Necesitas una fina gasa de seda marfil para mañana. Y echa un vistazo por si has de hacerte con algo para los vestidos de tus hermanas.

Lilian asintió. Tras guardar el saquito en uno de sus bolsillos, se acercó a su tía y le besó la mejilla afectuosamente.

—No te preocupes, tía Lou. Estaremos de vuelta a tiempo y no haremos nada que pueda avergonzarte. Tienes mi palabra.

La mujer rio.

—Anda, no perdáis el tiempo.

Acompañando sus palabras con un gesto con la mano que las invitaba a partir, tía Lou entró en la residencia a sus espaldas, no sin antes echar un último vistazo a sus sobrinas, que ya se perdían entre la gente. La verdad es que el tiempo les pisaba los talones; Lilian seguía sin un vestido para el baile y eso necesitaba una solución que solo una buena amiga podía darle. Era por eso que estaba allí;

esperaba haber tirado del hilo correcto para poder hacerse con una prenda que estuviera a la altura de las circunstancias.

Mientras seguía los pasos de sus hermanas de cerca, Lilian observaba los carteles de la calle principal, buscando la tienda que su tía les había recomendado. La verdad es que la ciudad de Bath había cambiado mucho desde la última vez que había residido en ella. Sentía que aquellas calles ya no eran las de antaño, que podría perderse en ellas y no encontrarse; quizás por ello temía que así fuera.

—No os distanciéis de mí, ¿de acuerdo? Y si veis la tienda de *Madame Soie*, avisadme.

Jane rio, ladeó el rostro para observar a su hermana.

—No te preocupes, Lilian. Sabemos hacia dónde vamos —dijo—. Eres tú quien debes seguir nuestros pasos y confiar en nuestro sentido de la orientación.

Abigail asintió.

—Cierto. ¿Sabes? Tía Lou nos ha mandado a recoger sus encargos allí tantas veces que la dueña nos hace regalos cada vez que vamos, por lo bien que le caemos —explicó, cogiendo ilusionada del brazo a su hermana tras decir aquellas palabras—. ¡Ojalá vuelva a invitarnos a caramelos de crema y caramelo como la última vez!

Lilian suspiró, sacudió la cabeza. Ambas eran todo un caso.

Juntas avanzaron con paso decidido; tras abandonar la calle central, se perdieron en una intersección mucho menos bulliciosa. Al final de esa misma calle, la joven Stratford pudo ver la tienda, señalada de forma inequívoca por los dedos de ambas hermanas a la vez.

La tienda de Madame Soie era mucho más discreta por fuera de lo que Lilian había imaginado; sin embargo, enamoraba en cuanto una cruzaba su umbral. El interior olía a algodón y sedas perfumadas, a lavanda intensa también.

Tras escuchar el tintineo de una campanilla, las tres chicas Stratford se adentraron por los diversos estantes, llenos de bobinas de hilo en tonos suaves, telas importadas y sedas que parecían brillar bajo la luz cálida del exterior. Lilian detuvo su paso ante uno de los maniquíes, el mismo que lucía una muestra de un vestido a medio hacer, de un tono verdoso que le recordaba a los verdes pastos de la campiña.

No pudo evitar ser invadida por una sensación acogedora, cálida, como si aquel lugar no fuera solo una tienda sino también el hogar de su dueña.

—Vamos a dar una vuelta para ver si hay algo nuevo —anunció Abigail.

—De acuerdo, pero ni se os ocurra salir de la tienda sin mí.

Ambas asintieron.

Lilian se acercó al mostrador, encontrando este vacío a su llegada. Suspiró, acomodando las manos sobre la madera, echándose ligeramente hacia delante para tratar de buscar a quien fuera que pudiera atenderla.

—¿Hola? —alzó ligeramente la voz—. ¿Hay alguien?

El sonido de pasos no tardó en escucharse. Tras una puerta entreabierta, una mujer de edad avanzada y sonrisa dulce apareció, arreglándose un poco el cabello antes de acercarse lo suficiente para poder atenderla.

—Disculpa, querida, no había escuchado la campana. Creo que cada día me despierto un poco más sorda —dijo con tono bromista.

Lilian sacudió la cabeza.

—No se preocupe. Mi nombre es Lilian Stratford, soy la sobrina de Lou…

—¡De Louane Collier! Te recuerdo —se acercó un poco más, tomando sus manos con cuidado—. Oh querida, cuánto has crecido desde la última vez que estuviste por Bath… Te hice unos arreglos para un traje rosa con volantes… ¿Te acuerdas?

La joven Stratford arrugó la nariz.

—Lo lamento, no. Pero mis hermanas hablan de usted con mucho afecto.

—Oh… —la mujer movió la cabeza, observando a Jane y Abigail moverse por la tienda—. Son unas niñas encantadoras, no es para menos.

—Agradezco sus palabras. Bueno, como decía, necesito una…

De nuevo, el sonido de pasos alcanzó los oídos de Lilian, haciendo que levantara la vista, encontrando tras las espaldas de la mujer una figura conocida. Lord Ainsworth. Con su siempre intachable aspecto y sonrisa encantadora, se acercó a la escena desde la parte de atrás de la tienda sin reparo alguno por lo que pudiera estar interrumpiendo.

—Lady Stratford. Ha sido escuchar su voz y he tenido que acercarme a saludar.

—Lord Ainsworth… ¿Qué hace usted aquí?

El hombre rio.

—¿En Bath o en la tienda? —preguntó con tono juguetón.

—Ambas respuestas me valen —respondió ella.

—A Bath, negocios. Tenía que hablar unos asuntos con mi padre y cobrar un trabajo que me quedaba pendiente, así que he pasado un par de días por aquí —levantó los hombros—. A la tienda, un chaleco nuevo, lo suficientemente cómodo para bailar —añadió, girando despacio sobre sus pies para mostrar la prenda que llevaba puesta—. ¿Os gusta?

Era un chaleco oscuro, con botones pequeños y nacarados, uno que revelaba destellos plateados cuando la luz lo rozaba con gracia. El tejido se ajustaba perfectamente al torso del lord, resaltando su porte sin resultar presuntuoso.

—Estáis muy apuesto —respondió.

La verdad es que Lilian se sentía en arenas movedizas. Por un lado, las palabras que el lord le había regalado sobre su antigua

amistad con Albert parecían sinceras, como si de verdad quisiera avisar sobre lo que consideraba un peligro para ella. Pero no confiaba en él, no del todo; algo chirriaba cuando todas las piezas de su puzle estaban juntas. Por otro, tras volver a pasar tiempo con Albert y la conversación con lady Hartnett sobre sus sentimientos, no podía evitar sentir que todo aquello no era más que un error, una disputa en la que se había visto metida sin quererlo. Pero Albert tenía secretos, demasiados, y también era complicado confiar ciegamente en él cuando parecía no querer… en fin, ser honesto.

¿Quién tenía razón en todo aquello? ¿La tenía alguien siquiera?

—Milord, no deberíais haber salido de la trastienda. El chaleco todavía necesita unos arreglos y…

El lord acomodó con mimo una mano sobre el brazo de la mujer.

—Atended a la señorita Stratford antes de acabar cualquier tarea conmigo. Estoy seguro de que tiene quehaceres mucho más importantes que los míos.

La mujer suspiró.

—De acuerdo… ¿Qué querías encanto?

—Una fina gasa de seda marfil, por favor.

La mujer asintió y partió rumbo a la trastienda para buscar su comanda. Lilian quedó de nuevo sola con lord Ainsworth, cosa que hizo su espalda se tensara ligeramente.

—Sois de lo más halagador. Y eso me incomoda un poco, no os voy a mentir.

El lord bajó la mirada, rio después, sacudiendo despacio la cabeza.

—Sí, sois del tipo de dama a la que le pega que no le gusten los halagos.

—Me gustan los halagos, pero no cuando siento que tienen dobles intenciones.

Ambos se miraron de nuevo. Ainsworth suspiró, se acercó a ella, saliendo del otro lado del mostrador para poder quedar ambos cara

a cara.

—¿Qué dobles intenciones ve en mí, señorita Stratford?

¿Ansía por convencerla de dar la espalda a Albert? ¿Querer usarla como pieza para dañar al lord en aquella contienda que ambos tenían? ¿Un intento velado de manipulación? Tantas cosas podría decir; tantas dudas enturbiaban sus pensamientos y formaban un nubarrón que hacía imposible mantener los pensamientos ordenados… Pero no dijo ninguna. Solo sonrió y entonó un sencillo:

—¿Conseguir mi favor en la venta de cierta casa?

Que hizo a lord Ainsworth sonreír con confianza renovada.

No quería revelarle que dudaba de su historia. No quería que supiera que había pasado momentos con Albert, que estaba allí para intentar comprender todo lo sucedido con Catherine bajo sus propios términos. Si no confiaba al cien por cien en ninguno, entonces el tiempo para argumentar en su favor había terminado. Solo quedaba dar el veredicto.

—Sigo esperando noticias de vuestro padre…

—Lo lamento, pero todavía no hemos tomado una decisión sobre la casa.

El lord chasqueó la lengua con un toque teatral.

—Si queréis retirar vuestra oferta…

—No, milady. Nada que un Stratford pueda ofrecer carece de interés para mí.

Lilian no terminó de entender aquellas palabras, notando en la voz de Ainsworth una coquetería que hizo que su espalda se tensara. ¿Buscaba un acercamiento de ese modo? De nuevo, ante las contradicciones que el lord le despertaba, no pudo evitar levantar la guardia.

—¿Es el baile de mañana el que os tiene necesitado de un chaleco nuevo?

—Oh, no, hoy mismo vuelvo a la campiña. Mis quehaceres aquí han terminado. Aunque me apena no poder volver a bailar con vos.

¿Creéis que tendremos otra oportunidad como la última, milady?

Y lo sintió entonces, el suave roce de los dedos ajenos contra el costado, una caricia sutil pero que le puso los vellos de la nuca de punta. Lilian frunció el ceño; sin saber cómo encajar del todo aquel acercamiento, se apartó un poco imponiendo distancia.

—Oh, ehm…

—¡Señorita Stratford! —de nuevo, tras el mostrador, la mujer apareció, portando en una de sus manos una fina gasa de seda marfil —. Creo que esta será perfecta para usted.

La joven asintió, acercándose, observando la gasa primero, acariciándola con los dedos después, solo por el placer que siempre le producía el contacto de la seda contra la piel. Levantó la mirada, sonrió y asintió a la mujer.

—Es perfecta, gracias —dijo, buscando el dinero que su tía le había dado para poder pagar y marcharse de vuelta cuanto antes.

Pero no estaba.

Por mucho que buscó en el bolsillo, el dinero había desaparecido.

—No… ehm… —titubeó.

—Yo pagaré lo que la señorita Stratford desea comprar —dijo el lord, acercándose hasta el mostrador para dejar el dinero sobre este.

Ambos intercambiaron una mirada.

Lilian presionó los labios, dudó un momento pero se esforzó en sonreír.

—Gracias. Os lo devolveré —dijo.

Pero el lord negó de inmediato.

—No acepto vuestro dinero. Pagadme con un baile la próxima vez que nos veamos.

Y, por alguna razón, sonaban a palabras que una no puede rechazar. Así que asintió, sintiendo un nudo en el estómago que no supo demasiado bien cómo digerir, como si acabara de firmar una promesa en papel mucho más seria de lo que parecía.

Dieciocho



La imagen que mostraba el espejo era del agrado de Lilian. Aunque el vestido era de segunda mano —de una de las hijas de las amistades de su tía—, el gusto de esta había hecho que eligiera una prenda digna de ser expuesta como una obra de arte que apreciar.

Confeccionado con fina gasa de seda marfil, con mangas abullonadas y un fajín de terciopelo suave como una caricia, contaba con un corpiño digno de despertar envidias entre las damas. Bordado a mano, con motivos florales en hilos de seda rosa empolvado, lavanda y verde salvia, imitaba un jardín en flor tal y como la invitación que sus hermanas le habían mostrado requería. Decía con una caligrafía exquisita:

Las flores hablan un lenguaje más dulce que las palabras.

Así que vistamos con ellas nuestro cuerpo y dejemos que hablen en la pista de baile.

Aun así, para terminar de cumplir con todos los requisitos, tía Lou recogía el cabello de la joven Stratford en un moño bajo, sujeto por una guirnalda de flores de tela y perlas brillantes.

—Listo, estás preciosa —dijo, acariciando la parte superior de uno de sus brazos.

Lilian suspiró y se acercó un poco más al espejo para observarse de cerca. La verdad era que le gustaba el conjunto, también el peinado, pero una pequeña parte de sí misma temía que el resto de damas pudiera juzgarla a ella y a sus hermanas por la procedencia de las prendas. Después del incidente en la fiesta del té, la certeza de que aquellas aguas en las que se movía estaban infestadas de pirañas era cada vez más evidente.

—Aunque deberías ponerte algún colgante o… ¿No tienes ninguno con flores?

La joven Stratford negó aunque, a mitad del gesto, arrugó la nariz.

—Tengo uno, pero se ha quedado en la campiña con mi padre —uno con flores de nomeolvides, razón de más para no llevarlo puesto.

De hecho, debía encontrarse en aquel momento sobre su mesita, rodeando la vela que su padre había prendido hacía un rato. Eso le hizo caer en la cuenta de que ella no había encendido la suya, moviéndose por la habitación para poder encargarse de ello cuanto antes.

—¿Qué es eso? —preguntó Lou.

—Oh, ehm… una especie de superstición de mi padre. Le prometí que la encendería todas las noches y él… Bueno, encendería otra en casa —levantó los hombros, buscando quitar importancia a algo que sentía la haría parecer una niña tonta—. Es una bobada…

Pero tía Lou no la juzgaba.

De hecho, sonrió con una nostalgia extraña en el gesto.

—Tu madre también solía hacer esas cosas cuando nos separábamos —dijo.

—Tía… ¿Puedo hacerte una pregunta?

Louane asintió de inmediato.

—Tú sabes mucho de la vida social de la zona… ¿Llegaste a conocer a lady Catherine?

—¿La difunta esposa de lord Albert? —preguntó, frunciendo ligeramente el ceño.

Lilian asintió.

—Un poco. Esa joven fue una pequeña tragedia si me preguntas. Antes de que esos hombres la rompieran por completo, estaba tan llena de vida, era tan… salvaje… —suspiró—.

—Hablas de Ainsworth y Albert… ¿Qué le…?

—¿Por qué tanto interés en lady Catherine, pájarito? ¿Es que lord Albert ha…?

—¡No, no! Pero… En uno de los bailes de lady Carrington, conocí a lord Ainsworth. Me pareció un hombre encantador, pero… luego lo vi discutiendo con Albert y… ya no supe qué pensar. Se ha postulado para comprar la casa de padre, dice hablarme con la verdad y querer cuidarme, pero… Veo en él unas sombras que no me agradan y, a la vez…

—No sabes si esas sombras están motivadas por los buenos recuerdos que guardas con lord Albert, ¿me equivoco?

Lilian presionó los labios, con un toque de vergüenza, asintió.

—Pájarito, bien sabes que mi opinión hacia lord Albert es la que es. No creo que te convenga y, no estar con él, es la mejor decisión que el destino haya podido tomar por ti. Pero no es un mal hombre, o al menos sus actos no me lo han hecho ver así —levantó los hombros—. Los Ainsworth en cambio… tienen demasiada hambre de poder como para ser de fiar. Su padre lo intentó en su juventud y su hijo ahora. Los rumores que tiene pegados a las botas de corazones rotos y bolsillos vacíos son.. preocupantes… Mi mejor consejo, ese que le habría dado a Catherine de poder hacerlo: Aléjate de esos dos hombres, ninguno te conviene.

No hubo más palabras. Tras hacer que la añoranza llenara el ambiente de la estancia, Lou se marchó, cerrando la puerta tras de sí para dar a Lilian un momento de paz.

La joven Stratford se acercó a la mesita, cogió el colgante con cuidado y lo acercó a los labios, dándole un beso antes de devolverlo a su sitio. Prendió entonces la vela, observando en silencio aquel haz de luz danzar, mecido por la suave brisa. Sonrió, una media sonrisa empañada por un ligero toque de tristeza. Esperaba que su padre estuviera bien en casa y que su madre, allá dónde estuviera, también.

——— ❀❀❀ ———

Aunque la noche ya envolvía Bath en su inmensa oscuridad, el gran salón por el que Lilian paseaba resplandecía con la calidez de cientos de luces de gas, que titilaban como luciérnagas atrapadas en globos de cristal. Bajo aquella luz dorada y efímera, cada instante parecía suspendido en el tiempo, como un pétalo detenido en el aire justo antes de tocar el suelo. Todo era música, perfume y danza; lejos quedaba el murmullo del viento nocturno.

Aun así, la atención de la joven Stratford no podía apartarse de las paredes cubiertas de guirnaldas florales, dispuestas con exquisita delicadeza. Rosas, lirios y camelias colgaban de los balcones interiores y enmarcaban las columnas blancas con volutas doradas, como si el mismísimo jardín del Edén hubiera florecido para rendir homenaje a los anfitriones.

En cuanto perdió a sus hermanas de vista, Lilian abandonó cualquier esperanza de dar con ellas. Demasiada gente, demasiado ambiente. Era una de las cosas que odiaba de esos bailes en comparación a los de la campiña, el ambiente podía volverse de lo más asfixiante con facilidad pasmosa. No detuvo su paso de todos modos. Aunque su tía se había quedado hablando pasos atrás con lady Hartley, otra de sus tantas amistades, poco le había costado darse cuenta de que no era bien recibida en aquella conversación.

¿Sería bien recibida en alguna? Lo dudaba.

Lo más cerca que había estado de dar con una cara conocida había sido al ver a lord Ashcombe, uno de los amigos de la universidad de su hermano, a solo unos pasos de distancia. Pero no se acercó. No por vergüenza, más bien porque, mientras los caballeros —rígidos y elegantes con sus chaquetas de frac negro y guantes blancos— giraban con gracia junto a damas vestidas como flores vivientes, lord Ashcombe hablaba con una joven de cabello oscuro que parecía más interesada en su abanico que en sus palabras.

Oh, pobre, pensó.

La joven Stratford se dirigió hacia una de las mesas, donde una cuidada selección de aperitivos se disponía en gamas de colores y formas sugerentes. Sin embargo, lo que realmente captó su atención fue la elegante estructura de copas de cristal alineadas en forma de pirámide. Si tenía que sobrellevar la velada en soledad, al menos lo haría con una copa de champán en la mano.

Se hizo con una de ellas, pero no pudo siquiera degustar el dorado contenido de esta antes de ser interrumpida. Notar de golpe una mano en el hombro hizo que Lilian diera un suave respingo. Giró la cabeza, encontrando a sus espaldas a lady Elizabeth, engalanada con un precioso vestido con rosas bordadas y una sonrisa a juego.

Le costó unos segundos comprender que aquella imagen era real, que su amiga estaba en Bath, en aquel baile… No tenía sentido, se suponía que su estancia en la campiña se iba a prolongar casi tanto como su viaje a la ciudad. Sin embargo, en cuanto todos los pensamientos se ordenaron en su cabeza, dejó la copa sobre la mesa y giró hasta poder compartir un abrazo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, dejándola ir poco a poco.

—Hemos adelantado nuestro regreso. A mi hermano le surgió un asunto que no podía esperar y nosotros… bueno, la verdad es que no quería quedarme allí sola. Desde que te fuiste, se había vuelto bastante aburrido —Elizabeth rio.

—¿T-tú hermano también está en Bath?

La joven asintió.

Pero eso no era posible.

Albert le había prometido que se quedaría cuidando de su padre en su ausencia.

—Ajá. De hecho, hemos llegado juntos, con mi Robert, a quien… —Lizzie movió la cabeza de un lado a otro—. También he perdido de vista… —resopló—. Hombres, seguro que se ha quedado hablando con alguno de sus amigos y ni se ha dado cuenta de que me iba… —puso los ojos en blanco, sacudió la cabeza quitándole importancia antes de agarrar a su amiga del brazo—. ¡Bueno! Tienes que ponerme al día. Dicen que la fiesta del té estuvo…

Lilian sacudió la cabeza, sus manos se acomodaron sobre las de su amiga, haciendo que la soltara poco a poco.

—Lo haré, pero en un momento —ante el ceño fruncido de su amiga, Lilian se acercó un poco a ella para hablar en voz baja—. Me has pillado buscando desesperadamente el baño —añadió con tono bromista—. No dejes que nadie más se entere.

Elizabeth, bromista, se dibujó una cruz sobre los labios prometiendo así silencio.

—Búscame en cuanto hayas terminado.

Tras un asentimiento, la joven Stratford abandonó el lado de su amiga para volver a moverse entre la gente. Una amarga sensación de desasosiego se deslizaba ahora por sus adentros, impregnando cada recoveco de su ser. Lord Albert le había prometido que podía marchar tranquila porque, en su ausencia, él se encargaría de cuidar de su padre. Si había tenido que viajar a Bath, ¿quién estaba junto a su padre? ¿Le había dejado completamente solo? O peor, ¿había pasado algo? No, quería pensar que el lord no tendría la desfachatez de comunicar malas noticias en un ambiente tan frívolo como aquel.

Demonios, ¿cómo era posible que un hombre como él fuera tan escurridizo? Albert era alto, apuesto, elegante en su forma de vestir,

¿cómo era tan complicado dar con él entre aquella multitud de gente?

Tras moverse de un lado a otro, como un pez atrapado en su pecera, finalmente sus ojos pudieron dar con aquella figura que reconocería en cualquier parte. Albert. Aun estando de espaldas al otro lado del salón, a la joven Stratford le resulta imposible pasar por alto su presencia. De inmediato se acercó a él, percatándose, a medida que avanzaba, de la tensión en su espalda, acelerando el paso al verle lanzar un gesto airado impropio.

La sorpresa de Lilian creció al percatarse de con quién estaba hablando.

Tía Lou lo enfrentaba con una frialdad capaz de cortar el aire entre ambos.

—No puedo creer que hayas hecho algo así —dijo Albert.

—Y yo no puedo creer que cometas la desfachatez de hablarme así —respondió ella.

El gesto de su tía cambió al verla, de hecho, con la cabeza, hizo un gesto al lord para que ladeara el rostro y pudiera percatarse de que ya no están solos. La tensión en la espalda de lord Albert desapareció, su gesto se suavizó e incluso una media sonrisa apareció en sus labios. El lord no tardó en olvidarse de su compañía, centrando toda su atención en Lilian.

—En cuanto supe que las flores eran el tema principal del baile supe que estarías de lo más hermosa, pero… nada podía prepararme para esto —dijo.

Pero la joven Stratford no estaba interesada en recibir cumplidos.

—¿Qué sucede? —preguntó, intercambiando una mirada con ambos.

—Nada importante —se limitó a responder tía Lou.

Lilian rio con toque sarcástico.

—¿Nada importante? Parece que os estéis lanzando cuchillos con la mirada, pero se supone que debo de creer que es por… ¿nada? —

se cruzó de brazos.

—Es una conversación privada entre lord Albert y yo. Una dama debe saber cuál es su lugar, pajarito. Y este no es el tuyo. Te agradecería que te marcharas.

—Una dama también sabe cuándo debe alzar la voz, tía. Eso bien me lo enseñaste. Y cuando la conversación incluye a alguien a quien aprecia, no se marcha volando como un pajarito al que nada le importa. Se queda. Y pregunta.

Su tía suspiró.

—Lilian, retírate. Ahora. Es una conversación privada.

La joven Stratford sostuvo la mirada de su tía durante unos segundos, sin embargo, no tardó en hacer que sus ojos saltaran hasta encontrarse de nuevo con los del lord.

—¿Tú también piensas eso? —le preguntó.

Albert dudó y terminó por negar despacio.

—No, Lilian —respondió al fin, con la voz baja pero firme.

El hijo de la duquesa dio un paso hacia ella.

Su mano se movió, rozando los dedos de la dama despacio.

—Mereces respuestas. Y vas a tenerlas, te lo prometo. Pero no aquí, no ahora, no de este modo. Dame solo un momento, confía en mí una vez más y…

Lord Albert no pudo acabar aquella frase.

Una voz a espaldas de Lilian cortó cualquier palabra de golpe.

—¡Lord Albert! —exclamó Abigail, acercándose al lord para compartir un abrazo—. ¡Habéis venido! ¡Mi hermana no me había contado que estabais en Bath! —añadió con ilusión, recibiendo una caricia afectuosa en la mejilla por parte del lord.

Ya no había decisión alguna que tomar; con su hermana pequeña allí, no podía demandar nada, no podía quejarse por verse golpeada por una nueva conversación a medias, por un evidente secreto. Tenía que ser la hermana mayor, alejarla de aquella situación. Lilian cerró los ojos un momento, tomó aire por la nariz y se esforzó en dibujar

una sonrisa amable antes de llevar la mano a la espalda de Abigail, llamando así su atención

—Abby —dijo, alzando una mano para acomodar uno de sus mechones tras la oreja—. ¿Y Jane? Ella también estará encantada de ver a lord Albert, vamos a buscarla.

Su hermana asintió.

—¡Oh, sí! ¡Tenemos tanto que contarle, lord Albert!

El hijo de la duquesa se esforzó también en sonreír, asintiendo.

—Me muero de ganas de escucharlo todo.

Las manos de Lilian guiaron a su hermana a girar para poder marcharse de aquella conversación. Sin embargo, antes de hacerlo, se acercó por última vez al lord. Con sus ojos fijos en él, no dejó que la añoranza le nublara el juicio.

—¿Cómo está mi padre? —preguntó.

Albert titubeó, confuso.

—Bien. Lo juro, le informé de mi marcha y de que volvería pronto.

—Prometiste cuidarle en mi ausencia.

—Y así lo he hecho. Me marcharé mañana mismo, a primera hora, para volver a su lado, si con eso te convenzo de que no he roto mi palabra.

Lilian presionó los labios y asintió varias veces.

—Vuelve mañana con él.

El hijo de la duquesa asintió.

—Nos veremos luego —añadió Lilian, mirando por última vez a su tía antes de irse.

La joven Stratford volvió a moverse entre la gente, buscando alcanzar los pasos de su hermana menor cuanto antes.

No pudo evitarlo. No tardó en echar un último vistazo atrás por encima del hombro.

De nuevo, su tía Lou le recriminaba algo a lord Albert con cara de pocos amigos.

Diecinueve



En cuanto el cuarteto de cuerda empezó a tocar la siguiente pieza, el salón estalló en un mar de cuchicheos y risas nerviosas. Las miradas de los presentes saltaron de un lado a otro de la estancia: Los hombres intentando encontrar una pareja de su agrado con la que bailar, las damas buscando cerciorarse de si era apropiado de verdad saltar a la pista.

Un vals. Ese había sido el causante de tal reacción.

El vals era un escándalo disfrazado de elegancia. Aunque se había ganado un lugar en los salones más refinados de Inglaterra, seguía siendo un baile polémico. Permitía que los cuerpos se rozaran con una osadía apenas velada, que las manos encontraran pretextos para posarse donde la decencia apenas alcanzaba.

Para muchos, no era más que una provocación envuelta en seda.

Una excusa para una intimidad peligrosa bajo el amparo de la música.

Lilian movió la cabeza, buscando la mirada de sus hermanas, que observaban con una emoción evidente aquella escena. Para ellas era como ser partícipes de algo prohibido y, al igual que unas noches atrás cuando tía Lou decidió invitar a sus amigas a casa, el espejismo de madurez que aquello les daba era evidente que las hacía felices.

—Ni se os ocurra —les dijo de todos modos—. No es un baile para vosotras.

Ambas asintieron.

No, no pensaban bailar. Pero tampoco querían perder un mísero detalle de aquello.

La joven Stratford suspiró.

—Busquemos un lugar en el que poder ver…

Sus palabras quedaron cortadas de golpe cuando, de la nada, una mano enguantada apareció ante sus ojos. Extendida, ofreciendo una invitación clara a danzar juntos. Intentó no resultar evidente pero, en cuanto se percató de que era Albert quien la estaba invitando a ser su pareja de baile, las mejillas de Lilian se vieron cubiertas por un suave rubor.

—¿Baila, señorita Stratford?

El suave gritito emocionado que brotó de los labios de sus hermanas solo consiguió que el rubor se intensificara un poco más. No supo qué decir. Tras una mirada fugaz a Jane y Abigail, presionó los labios y terminó por asentir, tomando la mano del lord para ir juntos hasta la pista de baile con el resto de parejas.

Frente a frente, se colocaron en la posición cerrada del vals. La mano izquierda de Albert se acomodó suavemente sobre la derecha de Lilian, mientras la otra descendía con una naturalidad ensayada hasta posarse en el centro exacto de su espalda, donde el corsé apenas disimulaba el temblor que le cruzó la columna. A la vez, la joven Stratford apoyó la mano izquierda sobre el hombro del lord, apenas rozando el tejido de su chaqueta.

Las miradas debían desviarse, perderse en algún punto respetable a la izquierda.

Eso dictaban las normas.

Pero no lo hicieron.

Se observaban directamente, sin ser capaces de apartar la mirada.

Con aquel contacto silente y prolongado, a ambos les quedó claro que aquel baile no iba a ser uno más.

La música empezó a sonar y Lilian dejó que Albert guiara aquella danza. Sus cuerpos se movían como imágenes en un espejo: si él daba un paso hacia delante, ella lo hacía hacia atrás. Si él daba un paso lateral con el pie izquierdo, ella lo hacía con el derecho. Las vueltas eran lentas, envolventes, como si el tiempo se arremolinara a su alrededor, como si sus cuerpos tejieran una conversación con pasos suaves.

Sus cuerpos se encontraron cerca, de una forma peligrosa.

A un suspiro del escándalo.

—He echado de menos estar tan cerca de ti —susurró Albert, cerca del oído ajeno—. ¿Y tú? ¿Has echado de menos tenerme tan cerca?

De nuevo, sus ojos se buscaron. Lilian, que en rara ocasión se encontraba desprovista de una respuesta, en aquel momento se veía aturullada por el calor intenso en las entrañas y el latir acelerado de su corazón. La cercanía, lo prohibido, las miradas intensas de quienes solo observaban la danza… No la dejaban pensar.

No pudo responder. No con palabras al menos. Sus dedos se curvaron, presionando con fuerza el hombro del lord, haciendo que una sonrisa pícara se dibujara en sus labios.

—Tomaré eso como un sí —respondió.

Los dedos del hijo de la duquesa presionaron también su espalda: Se echó hacia delante, empujando a su vez el cuerpo de Lilian a echarse hacia atrás, sosteniendo su figura unos segundos a pulso antes de volver a alzarla.

Giraron una vez más.

A veces, sus rostros se acercaban tanto que podían sentir el temblor del otro.

Sobre el hombro del lord, entre la gente, la joven Stratford pudo ver a tía Lou. Con un gesto de desaprobación pintado en el rostro,

observaba aquella escena. Fue aquella visión la que pareció devolver las palabras a la garganta de Lilian.

—Tú cercanía me es grata, bien lo sabes. Pero no es eso de lo que quiero hablar. No busques confundirme… ¿Por qué discutías con mi tía? —susurró mientras giraban, sin ser capaz de apartar la mirada de su tía todavía, sintiendo el peso de su juicio.

—No es tan sencillo.

—Entonces deberías dejar de prometer explicaciones que no estás dispuesto a dar.

Albert se tensó.

Prueba de ello fue el siguiente giro. Más brusco, más marcado.

—No quería que lo supieras así. No aquí. No ahora. Cuando acabemos de bailar…

—No —sus miradas volvieron a fijarse la una en la otra—. Cuando acabemos de bailar, se convertirá en mañana. Y mañana, en pasado. Y así hasta la eternidad —suspiró—. Si de verdad quieres estar conmigo, si de verdad buscas recuperar mi confianza, te he dicho una y mil veces lo que necesito. La verdad. Que seas honesto conmigo y dejes de tratarme como a una estúpida —sacudió la cabeza—. He dado con más respuestas sobre ti de labios de lady Hartnett que de los tuyos. ¿Sabes lo patética que eso me hace sentir?

El lord frunció el ceño.

—¿Has estado hablando con lady Hartnett sobre mí? ¿Qué te ha contado?

Lilian esbozó una media sonrisa sarcástica.

—Te lo diré después de bailar —respondió.

¿Quería saber cuánto molestaba aquello? Pues ahí lo tenía.

El compás seguía sonando, imperturbable, pero sus cuerpos ya no se movían con la armonía de antes. Albert avanzaba con una firmeza que rozaba la obstinación. Lilian retrocedía con una tensión apenas disimulada en los hombros. Los deslizamientos laterales, antes suaves, se volvieron marcados, casi secos, como si la danza se

hubiera convertido en un campo de batalla. Cuando la joven Stratford avanzó y el lord dio un paso atrás, fue más el inicio de un duelo que un giro.

Bailaban, sí, pero ya no danzaban el uno con el otro, sino el uno contra el otro.

—No tenías derecho a indagar sobre mis secretos, Lilian. Lo que lady Hartnett y yo hemos tratado es privado y no…

—¿Te das cuenta una vez más de cuál es nuestro problema? Tus malditos secretos. Una misera conversación honesta conmigo, ¡una! En la que al fin te quitaras esa coraza y me contaras toda la verdad, sería suficiente para sanar mis heridas. ¿No te das cuenta de lo ridículo que es que nuestro amor esté dormido por tu incapacidad de hablar conmigo?

—¡No todos los secretos te atañen! —exclamó, unas palabras altas que, por suerte, la música acalló—. No tienes por qué saberlo todo, ¿qué ganas sabiendo que lord Hartnett me ha puesto en contacto con sus amigos para operarme? No es tu decisión, es mía, solo mía. Y si decidió jugarme la vida, ¡lo haré y punto!

Lilian tropezó en el siguiente paso.

Por un instante, creyó que el suelo se le abría bajo los pies.

Con fuerza se aferró al hombro de Albert, no por seguir bailando, sino para no desplomarse allí mismo, necesitando de su presencia para no derrumbarse. La confesión le había atravesado el pecho como una daga. ¿Una operación? ¿Ahora? ¿A escondidas? ¿Con riesgo de morir? Sintió cómo la rabia le subía por la garganta. Ardiente, sofocante, mezclada con un nudo de dolor que amenazaba con quebrarla.

Quiso gritarle.

Golpearle el pecho con ambas manos.

Preguntarle cómo podía ser tan necio, tan cruel, tan ciego.

¿Acaso creía que su pierna le importaba? ¿Que lo amaba menos por eso?

Las lágrimas llenaron los ojos de la joven Stratford sin permiso, empañando su visión mientras aún giraban. Y, sin embargo, ni una cayó. No podía permitírselo. No allí, no mientras la música seguía sonando, con tantos ojos puestos en su persona.

—Lady Hartnett no me había dicho tal cosa… —susurró, con la cabeza agachada, sin ser capaz de mirarle—. Me había contado todas las cosas bonitas que le habías dicho de mí, la forma en la que me amas… no… —los dedos de Lilian presionaron con más fuerza el hombro de Albert—. ¿Cómo puedes pensar siquiera en ponerte en peligro por…?

—Porque quiero ser capaz de poder levantarte en volandas. Quiero poder llevar en brazos a nuestros hijos. Quiero… poder bailar el día de nuestra boda sin sentir el dolor que ahora me está destrozando.

Lilian levantó la cabeza.

Sus ojos, todavía con lágrimas contenidas en ellos, miraron al lord de nuevo.

—¿Te duele la pierna ahora mismo?

Albert no respondió. Pero Lilian ya sabía lo que aquello significaba. Detuvo su danzar de golpe, sin importarle que la canción no hubiera terminado, que aquello se convirtiera en la comidilla del resto de presentes durante unos días. Si el hijo de la duquesa estaba sintiendo dolor, entonces el baile había terminado, por mucho que él intentó evitarlo.

—Suéltame —ordenó.

Y aunque Albert dudó un momento, no tardó en dejarla ir.

—No… —su voz temblaba, pero no fue capaz de terminar aquellas palabras.

Lilian sacudió la cabeza, tomó aire y tras hacer un gesto con la mano giró para poder salir de la pista de baile y perderse entre la gente. Albert quiso decir algo, pedirle que no se marchara, pero no encontró palabras. Al lord solo le quedó la imagen de ver a su amada

alejarse, temblando, conteniendo ese dolor que aquella confesión acababa de producirle.

Lilian atravesó el salón como una ráfaga de invierno, ignorando los murmullos, las miradas. La música seguía sonando para otras parejas, pero muchos ojos ya no estaban interesados en la hermosa danza de antes. Solo cuando encontró a su tía Lou cerca de las columnas del vestíbulo, se permitió detenerse.

—Quiero irme. Ahora —pidió.

Su tía asintió.

—Espera fuera, iré a buscar a tus hermanas.

Lilian asintió también. Sin mirar atrás, se alejó del salón, sabiendo que, si no se marchaba en ese instante, las lágrimas terminarían cayendo frente a todos.

Y eso sí que no estaba dispuesta a permitirlo.

Veinte



El cielo en Bath llevaba completamente gris desde primera hora de la mañana.

Si bien las tormentas veraniegas eran algo a esperar dadas las fechas, lo repentino y la crudeza de esta había pillado por sorpresa a la mayoría de las mujeres Stratford y chafado sus planes para el día. Jane, Abigail y tía Lou contaban con poder salir de casa e ir hasta el centro para hacerse con hilos nuevos y un sombrero que a la última le resultaba imperioso tener antes de la siguiente fiesta. Su tía albergaba la esperanza de poder ir a tomar el té con alguna de sus amistades de confianza y comprobar, así si, lo sucedido la noche anterior entre su sobrina y lord Albert había llamado tanto la atención como temía.

Sin embargo, aun con el rostro casi pegado al cristal para ser las primeras en enterarse cuando la lluvia decidiera marcharse, las más pequeñas de la familia permanecían recluidas en el salón con el único entretenimiento de un libro. Su tía, en cambio, prefería el bordado y una copa de vino dulce.

A Lilian poco podía importarle si el cielo decidía romper en llanto.

Sus planes para aquel día distaban de los deseos de socializar de las demás; de hecho, ansiaba todo lo contrario. Que la dejaran en paz, estar recluida en su estancia y que lo confesado en el baile la

consumiera lentamente. Si bien ser la fuerte de la familia había sido su papel durante años, estando de vacaciones sentía que merecía el privilegio de envolverse en su tristeza y ahogarse en ella si bien le venía en gana.

No había dejado de pensar en Albert ni un solo instante; de hecho, incluso había estado presente en sus sueños. De una forma extraña, su mente había decidido hacerle vivir en sus carnes una falsa escena en la que un hombre desconocido le daba la noticia del fallecimiento del lord durante su operación. Ese miedo que nunca antes había planeado siquiera en sus pensamientos, ahora era todo lo que podía ocuparlos.

¿Cómo era tan idiota?

¿Cómo podía pensar el maldito Albert que arriesgarse de ese modo era correcto?

Una pequeña parte de sí misma sabía que todo aquello era fruto de la culpa. Quizás la lógica gritaba que nada de aquello lo era, pero la joven Stratford no podía evitar preguntarse si había hecho algo para motivar a su amado a pensar que necesitaba hacer aquello para que su amor tuviera sentido. No se lo perdonaría si fuera así.

Aunque había pasado la primera parte del día encerrada en su estancia, tras la insistencia de sus hermanas, había decidido aceptar una taza de té de media tarde en el salón. Ellas hacía ya un buen rato que habían terminado sus bebidas, Lilian, en cambio, seguía distraída dando vueltas al contenido de la taza con su pequeña cucharilla de plata.

—¿Es que no va a pasar de llover nunca? —se quejó Abigail.

—¿Es que acabas de llegar a Inglaterra? Aquí siempre llueve —respondió Jane.

—Especialmente cuando una tiene planes —añadió tía Lou, bromista, levantando un segundo la vista de su bordado, un patrón de flores para un pañuelo.

Lilian no dijo nada; atrapada en su propia burbuja; su mirada se encontraba perdida en las gotas de lluvia deslizándose por el cristal. ¿Qué estaría haciendo Albert? ¿Habría emprendido viaje de vuelta a la campiña como le había prometido o la lluvia también había chafado sus planes? ¿Y si le hacía una visita a Elizabeth? Quizás ahora, con la calma de las horas, podían hablar de verdad y…

Un golpe sobre las piernas hizo que la joven Stratford volviera a la realidad dando un ligero respingo. Bajó la mirada, sobre su regazo se encontraba ahora acomodada la cabeza de Abigail que, con toque dramático, se había dejado caer a sus pies.

—¿Tú no estás aburrida? —preguntó la pequeña.

Lilian se esforzó en dibujar una media sonrisa, llevando a la vez una de sus manos hasta el cabello de su hermana para poder acariciar este despacio.

—La verdad es que estoy un poco cansada. No tardaré en irme a descansar…

Su tía le lanzó una mirada, pero la joven no respondió a esta con gesto alguno.

—Quizás te hayas resfriado —dijo Jane con un toque de preocupación.

—Oh, no, es que el baile de ayer me ha consumido las fuerzas —se apresuró a decir.

Aunque su hermana no solía hablar de su madre, en algunas cosas todos podían notar la herida que lo sucedido había dejado en ella y que seguía presente. Jane se asustaba con pasmosa facilidad ante cualquier enfermedad ajena. Un simple estornudo podía ser suficiente para que su terror a que alguien amado cayera enfermo estallara. Por eso mismo, una vez más, se esforzó en sostener la sonrisa en los labios y parecer más animada de lo que se sentía en sus adentros.

—Podemos jugar a las cartas si tenéis ganas —propuso.

—¡No! ¡A las cartas no! ¡Siempre perdemos! —se quejó Abigail.

—¿Jugamos a las damas? —dijo Jane, arrugando pronto la nariz —. No, somos tres…

—Si vuestra hermana tiene a bien ir a buscarlo… —interrumpió tía Lou, llamando la atención de las tres—. En el armario de mi habitación tengo un dominó que os puedo prestar si me permitís unirme al juego.

Tras un gesto afirmativo por parte de ambas, Lilian asintió también, poniéndose en pie para abandonar el salón rumbo hacia las escaleras.

La verdad era que se trataba de una tontería pero, aun en aquel momento y con los años pasados, entrar sola en la estancia de su tía le resultaba intimidante. Se seguía sintiendo como esa niña pequeña que, años atrás, había habitado allí; esa que había recibido la orden de no entrar en el cuarto cuando estaba vacío bajo ninguna circunstancia.

La habitación de tía Lou era una mezcla perfecta de buen gusto y descaro. Nada más poner un pie en ella, el aroma dulzón de flores secas (lavanda, peonías y un toque de jazmín) recibieron a Lilian; flotando en el ambiente como un perfume que no necesitaba anunciarse.

Papel pintado atrevidamente floral.

Un espejo ovalado con marco de nácar.

Una colección de frascos de perfume alineados como soldados elegantes.

Una chaise longue tapizada en damasco color vino.

Una pila de libros (algunos de moda, otros de filosofía) sobre la mesilla.

Cualquiera que conociese a tía Lou sabía perfectamente que aquel era su refugio.

Al moverse por esta, la joven Stratford lo hacía con paso medido, teniendo cuidado de no tocar nada, de no perturbar la perfecta sinfonía que todas aquellas piezas componían. Se acercó al armario,

abriendo así la doble puerta, dando con una serie de vestidos y abrigos preciosos que tuvo que ignorar en pos de encontrar el dichoso dominó.

Bajo los vestidos se apilaban cajas de distintos tamaños y materiales que componían una serie de torres perfectas. Lilian descendió, se sentó frente a estas y empezó a sacarlas con cuidado para poder así seguir en su búsqueda. La mayoría eran zapatos, cosa curiosa dado el zapatero con brillantes incrustados que se encontraba al otro lado de la estancia. Otras tenían algunas joyas, broches olvidados… Pero ninguna el dominó.

Sacó la última torre de cajas. La primera de ella tenía en su interior una serie de recortes a los que no prestó importancia. La segunda, una caja de latón con unos conejos blancos pintados en la parte superior, contenía la correspondencia de su tía que tuvo a bien no mirar. La tercera, otra caja de latón, esta vez sin estampados y muy desgastada, guardaba en su interior también más correspondencia.

Lilian rio.

Aspiraba a ser, un día, tan popular como para tener tantas cartas que conservar.

Sin embargo, cuando se disponía a cerrar la tapa de nuevo, leer un nombre en el papel la detuvo de golpe.

Lord Albert de Bibury podía leerse en caligrafía perfecta.

Una caligrafía que, de hecho, podría distinguir de cualquier otra. Aquel nombre estaba escrito en puño y letra del lord.

La joven dudó un momento pero, sin dejar que las dudas sobre lo indebido de aquello la detuvieran, sacó todas las cartas de la caja y empezó a mirarlas una a una.

Todas y cada una de ellas eran de Albert.

Lord Albert de Bibury.

Lord Albert de Bibury.

Lord Albert de Bibury.

Lord Albert de Bibury.

Todas estaban cerradas. No habían sido siquiera leídas.

¿Por qué tía Lou mantendría correspondencia con él? Lilian hizo girar una de las cartas entre sus dedos, encontrando en aquello todas las respuestas que necesitaba. Tía Lou no era la destinataria de aquella correspondencia. De nuevo, en esa preciosa caligrafía que sabía le pertenecía al hijo de la duquesa, un nombre podía leerse.

Lilian Stratford.

Lilian Stratford.

Lilian Stratford.

Lilian Stratford.

Todas y cada una de aquellas cartas eran para ella.

Le temblaban las manos.

Podía sentir un nudo intenso en la garganta, el aire volverse más denso.

Como pudo, Lilian rasgó el sobre que se encontraba en sus manos, sacando del interior aquella carta, leyendo aquellas palabras.

Mi Lilian,

No sé cuántas veces he mirado por la ventana buscando el sol. Ya no porque ilumine la estancia, sino porque me recuerda a ti. ¿Te parece absurdo? Quizá lo sea, pero no puedo evitarlo. Hay algo en cómo la luz toca las cosas, cómo las hace más bellas, más reales, que me habla de ti.

Es como tu amor.

Me ha devuelto la forma. Me ha devuelto el color. Me ha devuelto a mí mismo.

No he sabido nada de ti en días. Días, amor mío. ¿Sabes cuánto puede pesar un solo día sin tus palabras? Mucho más que cualquier herida que arrastro en el cuerpo. No quiero pensar que has decidido alejarte, pero la duda es un huésped ruidoso en el corazón y no me deja dormir. ¿He dicho o hecho algo que te haya herido? Si es así, dímelo, y lo desharé mil veces, con labios, con manos, con todo lo que soy.

No soy un hombre impaciente, pero contigo me descubro como un muchacho sin disciplina. Te echo de menos de una forma que me da vergüenza en público y me llena de fuego cuando estoy solo. Me faltan tus ojos. Me falta el modo en que inclinas la cabeza antes de decir algo que sabes que me va a desarmar. Me falta la seguridad con la que me pisas el alma cuando sonríes como si ya supieras que es tuya.

Si pudiera, me plantaría frente a tu puerta ahora mismo, pero como soy cobarde, o quizá solo un caballero enamorado con algo de juicio todavía, te escribo y te ruego que me respondas.

Aunque solo sea una línea.

Aunque solo sea para decirme que no me odias.

Volver a tu lado no es un deseo, Lilian. Es una necesidad.

Tuyo en cada pensamiento, en cada atardecer sin ti, en cada rincón de esta espera.

Albert.

Eran sus cartas.

Esas cartas que el lord había jurado una y otra vez haber escrito, esas que Lilian había considerado una patraña. Cada una de ellas se marchitaba en silencio en un rincón olvidado del armario de su tía, conteniendo en su interior unas palabras que llenaron los ojos de la joven de unas lágrimas que mezclaban la rabia de no haberlas tenido en sus manos cuando debían, la culpa por no haber creído al lord y el amor intenso que por él sentía.

Una a una las fue abriendo, encontrando en el interior de todas y cada una de ellas una flor marchita de nomeolvides.

A veces cierro los ojos y me atrevo a imaginar lo que el decoro no me permite.

Tu boca sobre la mía, sin prisa, sin nadie mirando, sin el mundo entero juzgando. Lo que más añoro no es el beso en sí. Aunque sueño con él, pienso todavía más en el instante justo antes, ese en el que te acercas y todo mi cuerpo se convierte en silencio expectante. He besado tu nombre tantas veces en mi mente que me pregunto si, cuando lo haga de verdad, no acabaré rompiéndome de tanto contenerme.

Esta mañana, en el jardín, vi a una señora luchar con su sombrilla bajo una ráfaga de viento. La escena no tendría importancia para nadie más, pero me reí solo, porque tú habrías hecho lo mismo. Maldecir al viento con toda la elegancia del mundo, con ese ceño fruncido tuyo que no logra nunca

intimidar. Fue una tontería, lo sé, pero te sentí ahí, entre las hojas agitadas, como si el aire quisiera traerme una versión tuya inventada.

Me quedé quieto por unos minutos. Por si acaso.

La pierna ha vuelto a doler.

Como en los peores inviernos.

Como cuando no tenía aún tu voz para aliviarme.

He pasado la noche en vela, intentando convencerme de que no es más que un mal día. Pero lo que más me pesa no es el dolor, sino tu ausencia. ¿Sabes qué me daría valor ahora mismo? Tu mano. Tu manera de mirarme como si no hubiera nada roto en mí. Si estuvieras aquí, creo que no tendría miedo. O, al menos, el miedo sería más pequeño.

Extrañarte es una tristeza constante, pero educada. No hace ruido, no grita, no exige. Simplemente se sienta en mi mesa, duerme en mi cama, pasea conmigo por los pasillos de la casa y se calla cuando escribo, como ahora.

Pero está siempre. Y a veces me canso de fingir que puedo con ella.

No puedo. Te necesito, Lilian. Te necesito como se necesita un refugio cuando todo dentro de uno amenaza con derrumbarse.

—¿Es que no encuentras el dominó, pajarito? —la voz de tía Lou resonó en el cuarto.

Lilian salió de su burbuja, tomó aire profundamente y deslizó la mano por su rostro, limpiando así cualquier rastro de lágrimas que pudiera quedar en este. No dijo nada; cuando escuchó que el andar ajeno se acercaba, levantó la mano en la que sostenía una de las cartas, mostrando así lo que acababa de encontrar.

Los pasos de su tía se apresuraron; le arrancó el papel de las manos, percatándose pronto de que era ya demasiado tarde. Había abierto todas las cartas, las había leído y se encontraban sobre el suelo dispuestas como un mapa de recuerdos. Cuando sus miradas se cruzaron, el visible enfado en la joven Stratford fue suficiente para hacerla tensarse.

—No deberías haber leído esas cartas —dijo—. No deberías…

—¿Por qué tienes las cartas que Albert me escribió, tía Lou?

—Eso no importa, no…

—¿¡No importa!? ¡Llevo meses pensando que Albert se había olvidado de mí! ¡Mi corazón empezó a romperse por culpa de ese silencio! ¿Y ahora descubro que han estado en tu armario durante todo este tiempo? —interrumpió, enfadada, poniéndose en pie para poder encararla—. ¿Por qué tienes las cartas que Albert me escribió?

Tía Lou suspiró, se frotó el rostro con ambas manos.

—Sé que estás enfadada, pero lo hice por tu bien.

—¿¡Por mi bien!? ¿Pero qué estás diciendo?

—Pajarito, yo solo quería protegerte. Lo siento… Dios, lo siento tanto… No quería que te enteraras de todo esto de este modo…

—No tenías derecho… ¡No tenías ningún derecho!

Tía Lou intentó acercarse, pero Lilian no tardó en imponer distancia entre ambas. Con un gesto rápido, aun con el temblor de

sus manos, golpeó el brazo de su tía para que no pudiera tocarla. En aquel momento, ese contacto le resultaba repulsivo.

—Déjame explicarme, te lo suplico… Yo sé lo que puede hacerte un hombre como él. Cuando supe que lord Albert y tú estabais juntos, que teniais planes de boda, yo… supe que tenía que intervenir y hacer algo para evitarlo —suspiró—. Moví unos hilos y… supe que te mandaba las cartas gracias a una de sus amistades, que así evitaba que las interceptara su madre. No tuve que hacer mucho para romper esa cadena y que me las hicieran llegar a mí. Las fui escondiendo hasta que… dejó de escribir. Pajarito, yo también creí estar enamorada a tu edad. Me prometió que nos casaríamos, que seríamos felices, igual que a ti, y luego me abandonó. No iba a permitir que a ti te pasara lo mismo. Te quiero demasiado…

—¿¡Y quién te crees que eres para decidir por mí!? —estalló Lilian, con la voz rota, cargada de furia—. ¡Es mi vida, mi corazón, mis decisiones! ¡No tienes derecho a robarme eso! ¡Ni tú ni nadie!

Se acercó un paso, temblando de rabia.

—¡Me trataste como a una niña! ¿Tenías miedo a que me equivocara? ¡Pues habría sido mi error! ¡Mi responsabilidad! Pero al menos habría sido libre de vivirlo… —la señaló con el dedo—. ¡Tú me arrebataste la posibilidad de elegir!

Su respiración se agitó.

Las lágrimas ya no eran de tristeza; ahora en sus entrañas solo habitaba el enfado.

—Has hecho que crea que Albert me había olvidado. Me has hecho dudar de él, me has hecho hacerle daño, has… ¿Qué clase de amor hace eso, tía? —el brazo de Lilian cayó de golpe; volvió a

frotarse el rostro, limpiándose las lágrimas—. Oh, dios mío… ¿Era eso de lo que estabas hablando ayer con él? Él sabe que tú…

Tía Lou asintió.

—Yo… Intenté explicarle mis motivos, pero nos interrumpiste y…

—¡Basta! ¡Basta! No… no puedo seguir aquí contigo…

Aunque tía Lou llamó el nombre de Lilian una y otra vez mientras esta descendía por las escaleras, no recibió respuesta alguna.

Sin importar la lluvia, la joven Stratford salió de la casa dando un sonoro portazo.

Veintiuno



Sentado en el suelo, sobre papeles ajados, rodeado de pequeños botes de pintura y pinceles de tamaños varios, Albert se encontraba enfrascado en una tarea que sentía que había estado posponiendo durante demasiado tiempo.

Tras conocer la noticia de que su hermana estaba embarazada, el lord había recibido, por parte de esta, una petición concreta que no dudó en aceptar. Elizabeth siempre había tenido predilección por una cuna que, antaño, le había pertenecido, una a la que le pidió que intentara darle una segunda vida con una hermosa capa de pintura. Aunque su hermana la veía con un algo especial que las palabras no podían explicar, para él era un trasto inservible que no merecía un destino diferente al de ser desechada. Sin embargo, aunque sus maldades de tiempos pasados pudieran indicar lo contrario, Albert siempre había sentido una gran debilidad por los ojos de sus hermanos pequeños, y no necesitaban más que una de sus miradas cargadas de brillo inocente para convencerle de lo que fuera.

Puesto que todavía no sabían si el bebé sería un niño o una niña, durante un tiempo el tema más popular de conversación entre el lord, su hermana y su cuñado era cuál debía ser el apaño necesario para hacer que la cuna brillara de nuevo. Robert se negaba a que fueran flores; por mucho que su esposa insistía en que las flores

también podían ser apropiadas para un niño, este no paraba de repetir lo mucho que el abuelo del infante se enfadaría ante una imagen así. La idea de que fuera un cielo estrellado tampoco pareció convencer a Elizabeth: nunca le habían gustado, le resultaban demasiado… irreales.

Con tales inconvenientes entre sus manos, Albert había pedido espacio y tiempo para poder diseñar aquel proyecto de la mejor forma posible. Eso, y confianza, los futuros padres ya verían el resultado una vez terminado. Costó convencerlos, pero la labia del hijo de la duquesa de Bibury no era legendaria por mera rumorología.

Aunque la noche anterior había anunciado sus intenciones de volver a la campiña la mañana siguiente a primera hora, la intensa lluvia había hecho que sus planes se truncaran. Una parte de sí mismo se sentía culpable. En el fondo de su cabeza podía seguir escuchando la voz de Lilian, podía seguir sintiendo ese regusto amargo en la garganta que, en el baile, había sentido al verla decepcionada por haber abandonado el lado de su padre.

¿Lo sentiría como una traición?

¿Estaba su amada dolida por haber fallado, al menos en parte, a su palabra?

Necesitado de algo que ocupara su mente, tras un abundante desayuno Albert se hizo con sus cosas, se encerró en la habitación con la cuna y se preparó para un día de trabajo que esperaba fuera suficiente para terminar aquel encargo.

Tras darle muchas vueltas, el lord había terminado por escoger unas sencillas, pero preciosas, enredaderas para decorar la cuna. Con el tono de verde adecuado y un pincel de punta fina, llevaba más horas de las que sus ojos deseaban pintando ramas y hojas por cada palmo de madera, rogando al cielo que los padres de la criatura las vieran apropiadas.

A él le gustaban.

Si la cuna fuera para su futuro retoño, estaría feliz con ella.

El movimiento del pincel se detuvo al escuchar que alguien llamaba a la puerta.

—¿Sí? —preguntó Albert, ladeando el rostro, como si observar la madera de aquel modo pudiera darle pista alguna sobre quién se encontraba al otro lado.

—¿Cómo vas? ¿Puedo entrar a echarle una ojeada? —la voz de Elizabeth volvió a sonar en la estancia, haciendo que su hermano pusiera los ojos en blanco.

No era la primera vez, desde que se encerrara por la mañana, que su hermana intentaba ver cómo estaba quedando su trabajo. Por supuesto, el lord había dicho que no a cada uno de sus acercamientos. Había pedido confianza, tiempo y espacio, así que esas tres cosas eran innegociables. De hecho, estaba dispuesto a decirle que se marchara cuando dos nuevas palabras brotaron de los labios de esta:

—Por favor —dicho con el tono más lastimero del mundo.

¿Quién podría resistirse a tal cosa?

Albert resopló, dejó el pincel en un bote de cristal con agua ya enturbiada por las mezclas de colores y buscó un pañuelo con el que limpiarse las manos antes de abrir.

—¡De acuerdo! Pero un vistazo rápido y me dejas seguir trabajando.

—¡Lo juro!

El lord se dispuso a ponerse en pie, echando un vistazo a la pierna que mantenía estirada. *¿Vas a darme problemas, vieja amiga?* Se preguntó mentalmente antes de hacer fuerza con las manos para incorporarse. Por supuesto que sí. Un pinchazo intenso subió desde la rodilla hasta deslizarse por todo su cuerpo, haciendo que Albert arrugara la nariz con fuerza, cerrara los ojos y que una de sus manos buscara rápido apoyo sobre la cuna.

—Mierda —farfulló.

Había puesto la mano sobre pintura aún fresca, haciendo que un par de preciosas hojas fueran ahora un manchurrón verde sin sentido. Tendría que corregirlo. Esperaba que no fuera uno de esos daños que convierten una pieza en algo irreparable.

El hijo de la duquesa presionó los labios, tomó aire profundamente por la nariz y se esforzó en sonreír de nuevo, usando el pañuelo para volver a limpiar sus manos manchadas de la forma más efectiva posible.

—Pasa, anda —dijo, de nuevo esforzándose por sonar de la mejor forma posible.

Elizabeth no tardó en entrar. En sus manos portaba una pequeña bandeja con un vaso de agua fresca y un bol con fruta cortada en pedazos, seguramente una excusa para invitarse a entrar si Albert no se lo permitía en su primer intento. La dejó sobre la mesa, olvidándose de inmediato de ella y se acercó a la cuna, llevando ambas manos al rostro para cubrirse los labios y contener un gritito ilusionado que su mirada mostraba que tenía muchas ganas de dar. Le gustaba. Al final, eso era lo único importante.

Tras varios vistazos más y un pasear circular alrededor de la pieza, la rubia correteó de vuelta hasta su hermano para darle un fuerte abrazo.

—¡Es preciosa! ¡Muchas gracias, Albert! —exclamó con evidente ilusión en su voz.

—No tienes por qué darlas, todo por mi futuro sobrino o sobrina.

Lizzie dejó ir a Albert, volviendo a mirar la cuna, frunciendo el ceño de golpe.

—¿Y eso? —preguntó, señalando con el dedo el manchurrón verde.

El hijo de la duquesa levantó los hombros.

—Nada que no pueda solucionar con un poco de tiempo, tranquila —respondió, llevando una mano hasta el hombro de su

hermana para dejar un suave apretoncito antes de disponerse a disfrutar de aquella fruta.

Elizabeth, en cambio, tomó asiento en el suelo para poder seguir contemplando aquella cuna todo el tiempo que le fuera posible.

—¿Tú qué crees que será? —ladeó el rostro para mirarle—. El bebé.

—¿Qué importa? Mientras esté sano… —respondió, comiendo después.

Su hermana suspiró.

—Quizás tengas razón. Aunque una pequeña parte de mí desea que sea un niño. Todo le será mucho más fácil si es un hombre…

Ambos se observaron en silencio. Aunque Albert no tardó en buscar una forma en la que apartar aquel pensamiento de su cabeza, Elizabeth tenía razón, y guardar silencio pareció la opción con más sentido. Su hermana volvió a observar la cuna; uno de sus dedos se paseó con cuidado sobre la madera, evitando tocar cualquier dibujo.

—Madre ha mandado una carta. Dice que quiere verme pronto, que no es justo cómo la estoy apartando de su primer nieto… —suspiró.

—Madre puede decir lo que quiera, Lizzie, pero eres una mujer casada y lo que puede exigirte ya no es tanto como antaño. Además, el bebé ni siquiera ha nacido. Si va a tener que soportarla, dejemos que lo haga cuanto más tarde mejor —respondió, intercambiando una mirada y una sonrisa cómplice con su hermana.

Ambos parecían estar de acuerdo en ello.

Aunque Albert siempre se había mantenido en un terreno neutral con respecto a todo lo que tuviera que ver con su madre, lo sucedido el verano anterior y las malas palabras hacia Daniel habían sido más que suficientes para hacerle cambiar de parecer. Si su madre de verdad estaba empeñada en crear bandos, de acuerdo, que así fuera; él sabía bien que pertenecía al de su hermano con lealtad inquebrantable.

—Dice que se siente sola. Que ya hace mucho que no…

—Elizabeth, basta. Ambos la conocemos, ambos sabemos de sus artimañas. Madre empezó esta guerra con Daniel, le dedicó palabras que ni a mi peor enemigo sería capaz de decirle, y ahora paga las consecuencias. Lo que le pasa es que creía que en su bando habría mucha más gente de la que realmente se ha encontrado. Y ahora se arrepiente —Albert chasqueó la lengua—. Discúlpame por no sentir lástima. De todos modos, la última vez que hablamos con Daniel fue claro: no iba a culparnos si decidíamos ser neutrales en esto. No…

—No quiero ser neutral, estoy del lado de Daniel ahora y siempre. Es solo que… —Lizzie bajó la cabeza—. No sé, quizás sean las hormonas, quizás estoy sentimental, pero cuando la leo hablar de soledad y de ser madre, algo dentro de mí tiembla.

El lord lo tenía claro: aquellas palabras no eran más que otra de las manipulaciones de su madre. Sin embargo, ¿podía culpar a su hermana por caer en ellas? ¿De verdad iba a reprocharle tener un corazón y una sensibilidad tan abrumadora? No, por supuesto que no.

Comió de nuevo.

Al parecer, su labia no era tan especial como creía.

—Madre también habló en su carta de… lady Catherine.

Albert tomó aire; tan solo escuchar aquel nombre rompía algo en sus adentros que estaba convencido nunca sanaría del todo.

—Yo no recuerdo mucho de lo que pasó, pero ella dice que recuerda su embarazo con mucho afecto. Se ilusionó al pensar que tú…

El lord levantó la mano, pidiendo así a su hermana callar.

—Basta, no —dijo, sacudiendo la cabeza después.

—Pero dice…

—¿Y desde cuando lo que dice madre es verdad? ¿Desde cuándo no retuerce cada historia hasta convertirla en algo que la haga parecer su mejor versión? —dijo, seco, con visible molestia en el

rostro—. Te recuerdo que fue madre quien puso en manos de Catherine todos los medios necesarios para poder abortar cuando así quiso hacerlo. Así que sus historias sobre el bebé, su embarazo y… Por favor, no las leas y mucho menos me hagas saber nada de ellas —el lord cogió un nuevo pedazo de fruta, masticándolo con rabia.

Elizabeth se puso en pie, se acercó a su hermano, deslizando la mano por su hombro en una caricia lenta que terminó en su cuello, este mismo que apretó con firmeza.

—Lo lamento.

—No es culpa tuya. Todos somos vulnerables a su palabrería barata.

—Aunque… nunca hemos hablado de si tú querías…

Ambos se miraron en silencio.

Elizabeth hizo un gesto ambiguo con la mano, sin querer terminar sus palabras.

—¿Si quería ser padre?

La joven asintió.

—Sí, por supuesto. No me habría casado con Catherine de no ser así.

—Incluso… ¿No siendo tuyo?

Albert suspiró.

—Para no acordarte mucho de lo que pasó, tienes muchas preguntas al respecto…

El lord se puso en pie y se acercó a la cuna con intención de volver a trabajar.

—¿No vas a responderme?

Albert gruñó y miró de nuevo a su hermana.

—De acuerdo. Incluso sin ser mío, sí, quería ser su padre. Lizzie… bien sabes que Catherine era como una hermana para mí. Cuando me dijo que se había quedado embarazada, cuando supimos que el padre no pensaba hacerse cargo… en fin, casarme con ella y dejar que el mundo creyera que era mío nos pareció una buena idea. La

protegía a ella y me daba a mí esa familia que deseaba —levantó los hombros—. Pero los planes cambiaron. Y lo respeté. Era su decisión, no mía.

El hijo de la duquesa echó a andar de nuevo, se inclinó y cogió el pincel, dispuesto a pedirle a su compañía que le dejara solo de nuevo para trabajar. Pero esta parecía no haber dado la conversación por terminada. Con paso decidido, volvió a acercarse.

—Habrías sido un buen padre —dijo.

Cuatro palabras nunca habían tenido tanto poder para desarmar a alguien.

Albert bajó la mirada y esbozó una sonrisa triste.

—No, para nada. Lizzie…

—Habrías sido un buen padre —repitió, sus miradas se encontraron—. Y serás un buen padre cuando al fin el destino te lo conceda.

El lord rio, una carcajada cargada de nuevo de esa evidente tristeza.

—¿Y qué mujer se supone que estará tan loca como para tener un hijo con un lord al que solo se puede mirar con ojos de pena?

Elizabeth sonrió.

—Bien lo sabes.

Albert levantó ambas manos, giró, sacudiendo la cabeza, decidiendo que quisiera su hermana o no la conversación había terminado.

—Basta, no quiero hablar de Lilian ahora.

—¡No quieres hablar de Lilian nunca!

—Efectivamente —la apuntó con el pincel—. Veo que lo vas comprendiendo.

—No puedes comportarte como un niño, Albert. Los problemas no desaparecen solo porque dejemos de hablar de ellos. ¿Sabes? Ese siempre ha sido tu defecto: siempre vas contando historias a medias, sin comunicarte de verdad con nadie… Así no puedes mantener a

aquellos que quieres a tu lado. La gente se acaba cansando de no conocerte de verdad.

Albert rio con toque sarcástico, negó con el dedo.

—Esa no es la razón por la que mi relación con Lilian…

—¿Y cuál es entonces el motivo? Vamos, habla —Elizabeth se cruzó de brazos.

—Que no confía en mí —levantó los hombros—. Eso es todo.

—¿Y cómo iba a confiar si tú no le dabas nada a lo que aferrarse? ¿Cómo esperas que alguien confíe cuando tiene la sensación de que le estás escondiendo algo todo el tiempo?

Tras un ligero titubeó, frunció el ceño.

—No era mi intención esconderme de ella. Yo… solo no le he contado las cosas que pensaba podían hacerle daño; lo hice por su bien. Y… bueno… supongo que… quería que ella solo viera la mejor versión de mí. Pensaba que así no…

—¿No la espantarías? Pues adivina. Te ha dejado de todos modos. Y no por ver cosas en ti que no eran de su agrado, sino por no poder ver nada. Albert, no puedes tener una relación real con alguien si te pasas la vida detrás de una máscara. Mostrarte es confiar. Y si no confías tú primero, no puedes exigir que lo hagan los demás.

Albert dudó un momento.

Entreabrió los labios, pero ninguna palabra salió de estos.

¿Qué podía decir ante tal cosa? Era como una bofetada sin manos, una de esas cosas que uno no espera que venga dada por un hermano menor. Observó a Elizabeth, la mujer que tenía frente a él no era esa niña a la que le gustaba molestar, a la que le robaba las muñecas y a la que hacía correr tras él para recuperarlas. Quizás se había equivocado. Quizás no la había tomado tan en serio como debería.

—¿Y qué se supone que debo hacer ahora? A veces siento que… todavía podría arreglar todo lo que he roto. Pero otras veces… creo que ya no hay nada que pueda hacer.

—Habla con ella, Albert. Pero de verdad, no con rodeos ni medias tintas. Con el corazón en las manos, con la verdad. Y si duele… pues que duela. Pero al menos será honesto, al menos Lilian sabrá quién eres de verdad. Si existe una posibilidad de que lo vuestro vuelva a funcionar, eso es lo más importante.

Albert se quedó quieto un instante, como si todos sus pensamientos se hubieran desvanecido, dejándole espacio a una sola idea: necesitaba ver a Lilian. Sin mediar palabra alguna, lanzó el pincel que todavía sujetaba entre sus dedos al suelo y salió con la mayor velocidad que su maltrecha pierna le permitía rumbo a la salida de la casa.

—¡Albert! —escuchó a Elizabeth llamar su nombre, pero no hizo caso.

Fuera, el cielo de Bath se había deshecho en agua; la lluvia golpeaba los tejados con furia. Pero no importaba. Se echó encima el primer abrigo que encontró y bajó los escalones de su casa de dos en dos, sin preocuparse por el barro, la distancia o el escándalo que podría causar alguien de su posición corriendo por las calles mojadas a esas horas.

Lilian.

Lilian.

Abrió la puerta, más que listo, pero su paso se detuvo ahí.

Estaba allí.

Al final de la escalera.

Lilian. Empapada, temblorosa, con el cabello suelto pegado al rostro y la respiración entrecortada por el frío. Con una de sus manos sostenía el bajo de su falda. ¿Había corrido hasta allí? ¿Sentía ella también esa necesidad por verle?

Albert necesitó un segundo, solo uno, antes de decidir correr hasta ella, usando de forma más que torpe sus manos para intentar protegerla de una lluvia que ahora los empapaba a ambos. Al ser

consciente de lo inútil de su gesto, una de sus manos bajó hasta poder acomodarse contra su mejilla. Estaba congelada.

—Estás loca… ¡Estás loca! ¡Vas a caer enferma! —exclamó.

Pero la joven Stratford no parecía interesada en sus palabras.

—Me escribiste —dijo.

Albert fue consciente entonces de algo. En una de sus manos, Lilian sostenía un puñado de cartas completamente empapadas, seguramente ya ilegibles, pero que no le costó reconocer. Volvió a mirarla, sintió un nudo formarse de inmediato en su garganta.

—Me escribiste —repitió ella.

El pulgar del lord trazó arcos sobre la mejilla de su amada.

—Te escribí. Claro que te escribí. Incluso cuando dejaste de hacerlo, yo… te seguí escribiendo… —respondió.

Albert apenas se apartó unos centímetros de ella, lo justo para poder mirarla. El agua le corría por el rostro, pero no hizo ademán de secarla. Era preciosa, la mujer más hermosa que jamás había existido, que jamás existiría. Nunca habría otra como ella, nunca habría nadie con esos ojos capaces de hacerle sentir que todo Bath desaparecía para ellos.

—Me escribiste… —repitió, con voz ligeramente rota, con la mirada empañada.

No hubo prisa, pero tampoco pausa. Un gesto tan natural como respirar se abrió paso entre ellos, haciendo que sus labios se buscaran en un beso urgente, torpe por la lluvia y por el frío, pero capaz de hacer que, una vez más, nada importara más allá de ella.

Todo en Lilian gritaba te he echado de menos. Sus labios, la forma en la que sus manos se aferraron de inmediato a la ropa de Albert… Sin embargo, la certeza y la claridad que le llegó al lord era otra muy distinta.

Los labios de su amada le recordaban a la caricia de la luz del sol tras una larga tormenta, cuando sentado sobre el húmedo césped,

rodeado por el olor intenso de la hierba mojada, podía cerrar los ojos y dejar que el calor de este le devolviera la vida.

Lilian era el sol.

Lilian era un amanecer.

Lilian lo era todo.

Veintidós



Cuando Lilian despertó, por la gran ventana de la estancia podía verse la luna brillando en lo alto. La lluvia se había marchado, aunque el viento seguía presente y mecía de un lado a otro las hojas de los árboles; la llegada de la noche parecía haber calmado el llanto que había azotado desde los cielos todo Bath.

Con la mano se frotó el rostro. Tras su llegada a la residencia de lord Albert, el efecto de la lluvia fría calando cada palmo de su cuerpo y la mezcla de emociones había hecho que, tras poder secarse y ponerse una de las tantas ropas de cama de las que Elizabeth era dueña, cayera rendida de inmediato. Ahora, mientras despertaba, todo en su cabeza parecía ponerse en marcha de nuevo, recordando dónde estaba y la situación que la acompañaba.

La joven Stratford se incorporó, quedó sentada sobre la cama, paseando la mirada por la habitación hasta dar con un sillón de orejas a no mucha distancia, junto a un bello tocador. Tapizado en color azul, con bordados azules brillantes, lo más destacable de aquella pieza era que el hijo de la duquesa dormía encogido en este con un libro sobre el regazo.

—Albert… —llamó su atención de forma inútil, moviéndose por la cama y deslizándose hasta poder colocarse en el borde inferior de esta—. ¡Albert!

Elevar la voz fue suficiente para que el lord diera un brinco en el sitio, haciendo que el libro cayera. Movió la cabeza con presteza de un lado a otro completamente desorientado. Al igual que a Lilian, le costó unos segundos volver a la realidad, frotándose la cara con ambas manos antes de que sus miradas pudieran encontrarse. Sonrió de inmediato.

—Has despertado. ¿Cómo te encuentras?

—Bien… —respondió, intentando arreglarse el cabello con los dedos—. ¿Qué haces en ese sillón? Estoy segura de que eso no es bueno para tu espalda…

Albert rio.

—Bueno… no hemos tenido oportunidad de hablar tras tu llegada. Por mucho que nos hayamos besado, yo… temía que consideraras poco apropiado que durmiera a tu lado.

Ambos se miraron; el silencio se adueñó del ambiente.

Aunque Lilian sentía ahora cómo cada poro de su piel gritaba, rogando a Albert que estuviera lo más cerca posible, no podía engañarse a sí misma ni fingir que no encontraba en aquello un detalle de lo más dulce. Le gustaba su consideración. Le gustaba que, aun después de todo, respetara esos límites que siempre le había marcado. Habían sido una prueba de fuego, una forma de demostrarse a sí misma que el lord no buscaba en ella el calor de unas piernas abiertas, y nunca podría decirle que no se había esforzado en ello.

La joven Stratford extendió el brazo y, con la mano abierta, movió los dedos ante los ojos del lord.

—No es necesario. Deseo compartir la cama contigo —dijo.

Lord Albert asintió; sin tardar un mísero instante se puso en pie y se acercó para entrelazar sus dedos con los de su amada, recortando cualquier distancia hasta poder tomar él también asiento en el borde de la cama. Lilian se acomodó de medio lado, con la mano libre acarició la mejilla del lord, dejando que sus dedos dibujaran

despacio las hermosas facciones de las que era dueño, esas que la luz de la luna besaba con infinito mimo.

—Te he echado de menos —susurró, en una confesión solo para sus oídos.

—Y yo a ti —correspondió él, sin duda alguna en su voz.

Sus labios se buscaron en un nuevo beso, uno mucho más lento y tranquilo que el que habían compartido bajo la lluvia. Había calma en aquel beso, mientras que los resquicios del miedo a que fuera el último seguían presentes como un suave matiz en el anterior, ahora se habían marchado. No hubo miedo, esa sensación amarga había desaparecido. De hecho, un confort cálido se propagó por cada recoveco del ser de Lilian, asegurando con dulzura que no hay razón para seguir temiendo la eterna ausencia de Albert en su vida.

Suspiró al distanciarse, notando pronto cómo la frente ajena se pegaba a la propia, como el pulgar del lord trazaba arcos sobre su mejilla. Aun así, todo lo que resonaba en su cabeza no lo hacía con la paz y el amor que un momento así ameritaba.

—Sigo teniendo preguntas. Sigo…

—Y yo estoy dispuesto a responderlas todas —interrumpió el hijo de la duquesa.

Volvieron a mirarse.

De forma inconsciente, la joven Stratford se aferró a la ropa del lord.

—¿Por qué ahora? ¿Qué ha cambiado? Has evadido tanto mis cuestiones…

—Supongo que, hasta que te vi de nuevo en la campiña, no fui realmente consciente de que mi silencio nos estaba matando. Siempre pensé que… sí, algo nos había distanciado, pero que bastaría con vernos para que todo se solucionara sin complicación alguna. Ahora soy consciente de que no. No hablarte con toda la honestidad que te mereces te ha alejado de mí y… nada me produce

mayor agonía que eso —respondió, honesto, mesando el cabello de Lilian, apartando varios mechones rebeldes de su rostro.

—Odio que tengas que verme así. Con un nido de pájaros en la cabeza…

—Los pájaros deberían sentirse afortunados si los dejaras descansar entre tus rizos.

La joven Stratford rio, poniendo los ojos en blanco después y dando un suave golpe en el pecho de Albert, que jugaba a ser una falsa reprimenda.

—Idiota… —farfulló.

Una de las manos del hijo de la duquesa se deslizó por el costado de Lilian hasta dar con el acomodo perfecto sobre su baja espalda. Tiró de ella, acercándola más y pudo así dejar varios besos díscolos en su rostro y cuello. Lilian se estremeció; todo su cuerpo reaccionó de inmediato, despertando en sus entrañas ese calor que solo él le prendía.

Pero no podía. No ahora, no así.

—Albert… —llamó su atención—. Primero hablamos, luego veremos.

Lord Albert tomó aire y, sin mostrar resistencia alguna, apartó las manos del cuerpo ajeno y se las mostró en signo de rendición.

—Primero hablamos, luego veremos —repitió.

Aunque no era ese el deseo que clamaba en sus adentros, la joven Stratford impuso distancia entre ambos, acomodándose mejor en la cama. Con las piernas flexionadas y la espalda apoyada en uno de los doseles de la cama, se tomó unos segundos de silencio para poder ordenar todos sus pensamientos, todas esas dudas que revoloteaban ansiosas de respuestas.

—Así que… ¿has venido a Bath por nuestras cartas? ¿Cómo supiste que mi tía…?

—Hace unos días Henry se puso en contacto conmigo, ¿le recuerdas? Te dije que cada vez que me mandaras una carta lo

hicieras a su residencia y que él me las haría llegar. Era un sistema sencillo: mis cartas llegaban a él, y él se las hacía llegar a una de sus primas, que las mandaba en una dirección u otra. Mi madre no prestaría atención a ellas.

Lilian asintió.

—Cuando tus cartas dejaron de llegar, fue con el primero con el que hablé. Fui a verle; fuimos a hablar con su prima, no había un fallo en el sistema, mi madre no… Acepté que habías dejado de escribir. Sin embargo, hace unos días, como te digo, vino a hablar conmigo y, para mi sorpresa, lo hizo acompañado de su prima. Ella se puso a llorar nada más verme, me pidió disculpas y… en fin, el caso es que me contó que tu tía le había prometido presentarle a un muchacho casadero de buena posición si… le entregaba nuestras cartas. Y aceptó —el lord levantó los hombros—. Nada más saberlo, vine a hablar con tu tía. No quería que tú lo supieras hasta no saber por qué hizo tal cosa. La quieres mucho…

Lilian bajó la mirada.

—¿Y por qué no fuiste a buscarme? Cuando te diste cuenta de que ya no había más cartas, ¿por qué no me buscaste y…? Yo vine, Albert. Y sí, fui estúpida al dejar que mi imaginación me jugara una mala pasada, al no confrontarte y quedarme solo con… en fin, las fantasías que mis celos decidieron crear… Pero vine. Por ti.

Albert suspiró y se frotó la nuca despacio.

—Desearía darte una respuesta mejor que esta, pero la verdad es que tuve miedo. No de verte… sino de que me confirmaras que ya no me querías. Cuando dejé de recibir tus cartas, sentí que todos mis temores se volvían reales; que había llegado ese momento en el que te dabas cuenta de que no… podías conformarte conmigo. Empecé a inventar razones, a repetirme que no podía presentarme en tu casa sin invitación, que debía esperar. Me aferré a la operación, a la venta de las propiedades, a mis obligaciones laborales… diciéndome que, cuando todo estuviera resuelto, iría a verte convertido en un hombre

que pudiera mirarte de otro modo, con más mérito ante tus ojos. Pero no era verdad. Solo estaba asustado. Y cada excusa me servía para no enfrentarme a ti y… confirmar que te había perdido —soltó una breve risa amarga—. Y, al final, por cobarde, por esa absurda huida, te perdí de verdad. Lamento cómo me he comportado todo este tiempo, Lilian. De verdad.

Era estúpido. Era un maldito idiota al que quería gritar en aquel instante.

Pero era honesto; todo en él se lo gritaba. Y Lilian se sentía conmovida por ello.

—La operación… ¿qué…? —decidió preguntar.

—Lord Hartnett fue amigo de mi padre durante prácticamente toda su vida y siempre me he esforzado por no romper ese vínculo, incluso después de su fallecimiento. Fue él quien me habló de la operación. Él también… estuvo como yo, por un accidente de caza hace unos años. Y… ¡deberías verle ahora, Lilian! No, no corre como antaño, pero ya no sufre dolores y… Hemos hablado de los riesgos, de lo que me harían, y sé que en tu corazón quizá esto no pese tanto, pero en el mío sí. ¿Recuerdas aquellos deseos de los que te hablé mientras bailábamos? Eran verdaderos. Poder danzar contigo sin sentir este dolor, poder levantar a nuestros hijos cuando lleguen… No quiero que con el tiempo te conviertas en mi bastón. No quiero que mi debilidad acabe por desgastarte, que termines por resentirme…

—¿Mi bastón? Albert, por favor… —Lilian suspiró, llamando su atención con aquellas palabras, clavando su mirada en él—. No quiero compartir mi vida contigo por lo que tu cuerpo pueda hacer, sino por quien eres. Si el día de mañana no puedes caminar, seré tu bastón, y lo seré con orgullo. Y si eso alguna vez me pesa, será solo por la pena de verte sufrir, no por tener que sostenerte. Si el dolor es demasiado, si crees de verdad que la única opción para vivir bien es esa operación, yo no puedo detenerte, pero, ¿por mí? No, Albert, por

mí no hagas algo que podría alejarte para siempre de mi lado. No lo necesito.

—No es por orgullo, Lilian… es porque, cuando te imagino en el futuro, no me veo sentado mirando cómo corres sola. Me veo a tu lado, siempre.

—¿Y si te pierdo, Albert? —Lilian apenas susurró la pregunta, con el miedo en la sangre de que, al pronunciarla, se volviera más real—. ¿Y si no vuelves? No podría soportarlo. Prefiero verte cojear toda la vida que imaginarte bajo tierra.

El lord suspiró.

—No creo que hallemos una respuesta a esto hoy, Lilian. Es un tema demasiado complejo como para pretender que así sea.

Lilian bajó la mirada. Albert tenía razón: aquel tema tenía demasiadas aristas como para ser resuelto con un sencillo intercambio de palabras. ¿Podría convencerle alguna vez de que no lo hiciera? Tal vez, pero dudaba que insistir de ese modo pudiera cambiar algo. Aun así, tras morderse el labio inferior, volvió a mirarle.

—Al menos promete que no tomarás esa decisión sin mí.

El hijo de la duquesa asintió.

—Te lo prometo.

De forma inconsciente, los dedos de la joven Stratford jugaban a enredarse en la tela que conformaba aquel conjunto que Elizabeth le había prestado. Si bien hasta el momento la honestidad de Albert la había complacido de cierta manera, había un tema flotando en el ambiente que no sabía todavía cómo formular.

No se atrevió a mirarle al hablar.

No podía hacerlo.

—¿Qué hay de lady Catherine?

El ambiente en la estancia se volvió pesado de golpe.

Las palabras de Lilian flotaban entre ellos, densas y punzantes; alargando cada segundo de silencio, parecía hasta volverse

insoportable. Albert bajó la mirada, apretando los dedos sobre las sábanas de la cama como si necesitara aferrarse a algo para mantener su templanza. Lilian, por su parte, sintió un escalofrío recorrerle la espalda: nunca antes había hablado de aquello con él, y ahora la tensión que emanaba de cada gesto del hijo de la duquesa la hacía sentir expuesta y vulnerable. Ninguno se atrevía a romper el silencio, conscientes de que, al hacerlo, podrían abrir una herida que tal vez ninguno de los dos estaba listo para afrontar.

Pero había que hacerlo.

Lady Catherine no podía vagar en sus vidas como un fantasma eterno.

—Sé que lo que voy a contarte no va a ser de tu agrado, así que te pido que me dejes hablar hasta el final y luego respondas —tomó aire—. Mi padre quiere vender la casa de la campiña, así que hemos estado entrevistando a varios candidatos que lady Carrington nos ha hecho llegar. Uno de ellos fue lord Ainsworth. Estuvimos hablando de vuestra amistad, de vuestra relación con Catherine, de… muchas cosas que… Albert, sus palabras me dejaron con un gran desasosiego. Una gran parte de mí no las cree, porque te conoce y no es capaz de concebir que seas capaz de esas cosas. Pero no puedo negar que una diminuta parte de mí teme que algo sea cierto y… —sacudió la cabeza—. De lo que lord Ainsworth me habló es mucho más grave que un error de juventud; es algo que no sé si sería capaz de comprender.

El lord suspiró y se frotó los labios con los dedos.

—¿Puedo saber cuáles fueron sus palabras?

Lilian asintió.

—Lord Ainsworth me habló de que estaba enamorado de lady Catherine desde el momento en el que la conoció y que, durante mucho tiempo, fueron pareja, hasta que tú lo estropeaste. Me habló de que tuvo que separarse de ella, pero que le pidió que lo esperara… Pero tú te casaste con Catherine antes de que él regresara.

Me dijo que Catherine no tuvo otra opción, que tú… te aprovechaste de su dolor y su soledad, que incluso la dejaste embarazada para retenerla a tu lado…

Albert quedó en silencio, con el rostro rígido, mientras Lilian continuaba.

—Me habló sobre lo mucho que sufrió en vuestro matrimonio, que fue infeliz. Dice que lady Catherine no fue la misma tras perder a su bebé y… que tú, en lugar de estar a su lado, te dedicabas a saltar de mujer en mujer y… También me contó que intentó llevársela consigo la noche de su muerte, pero tú la diste por tuya antes de que pudiera hacerlo. Y entonces pasó todo y… —presionó los labios—. Eso fue todo.

Las manos del lord formaban ahora dos puños perfectos. Su espalda estaba tensa, al igual que su mandíbula, y su mirada estaba perdida en la oscuridad, como si buscara dar en ella con algo que ordenara sus pensamientos y le ayudara a controlar el caos interno que lo estaba asolando. Pero no lo hizo. De golpe, se puso en pie, moviéndose por la estancia, teniendo que detenerse tras varios pasos, apoyando las manos contra una de las paredes para tomar una profunda inspiración.

—Albert… —Lilian se puso en pie, pero no se acercó.

—¡Maldito sea él y toda su existencia! ¡Maldito yo por no haber acabado con esa patética excusa de hombre que es! —exclamó, sin mirarla, con los ojos cerrados, golpeando con firmeza con uno de los puños contra la pared—. ¿Cómo se atreve? ¿Cómo, después de tanto tiempo, sigue destilando su veneno de esa forma? ¿No puede dejar la memoria de Catherine en paz de una maldita vez? —añadió, temblando de puro enfado.

El hijo de la duquesa volvió a incorporarse y miró a Lilian de nuevo.

—¿Quieres saber la verdad? Porque no es una historia bonita.

Lilian dudó un momento, pero terminó por asentir.

—Quizá la única verdad que esa despreciable rata haya contado sea nuestra historia hasta el momento en el que conocimos a Catherine. Sí, se fijó en ella. Sí, estuvieron juntos. Pero que ni por un segundo te haga creer que la amaba de forma alguna. James solo veía a Catherine como un trofeo; solo quería sentir que podía doblegar a quien consideraba una fiera salvaje. Catherine era libre, no necesitaba a nadie, era una más de nosotros que… disfrutaba de la noche, de la vida, de… y a él eso le resultaba algo fascinante. No porque amara esa libertad, sino porque sentía que romperla era un reto. Cuando empezó a salir con ella, se encargó de pisotear todo lo que había sido hasta convertirla en poco más que una sombra. La hizo sentir fea, estúpida, como si no mereciera nuestra compañía, como si no sirviera para nada… la convirtió en un ser completamente dependiente de él, de ese… ¡amor! Que aseguraba sentía por ella —el lord se frotó el rostro con la mano—. Sí, hice todo lo que estaba en mi mano para romper su relación. Y lo haría mil veces más. La única forma que conseguí de que la dejara en paz fue con dinero. Déjame adivinar: te dijo que tuvo que marcharse para convertirse en un hombre mejor.

Lilian asintió.

Albert rio con incredulidad.

—Yo le pagué para que se fuera. Le compré una casa lejos y le estuve cubriendo sus gastos durante mucho tiempo… Pero él me estaba engañando. Seguía mandando cartas a Catherine, había venido a verla varias veces a mis espaldas y… —el lord se llevó una mano al pecho—. ¿Yo la dejé embarazada? No, él la dejó embarazada y cuando supo que iba a ser padre cogió todo lo que había en la casa, lo vendió y, con eso, desapareció. Sí, me casé con Catherine porque estaba embarazada. Pero no de mí. Esa escoria que ahora se atreve a hablar mal de mi persona fue el culpable de tal cosa. Yo solo buscaba… bueno, que nadie pudiera repudiarla o hacerla sufrir por ello. No sé si fue la respuesta correcta, no sé si podría haber hecho

otra cosa, pero así fue como actué entonces, y ahora no puedo remediarlo.

Lilian presionó los labios.

—¿Qué pasó después de vuestra boda? —preguntó.

—Mi madre odiaba a Catherine, así que puedes imaginar lo poco feliz que la hizo saber, no solo que nos casábamos, sino que esperaba un bebé. Sabes cómo es, sabes… Se encargó de manipularla, de hablar con ella hasta convencerla de que, si quería que Ainsworth volviera, lo mejor que podía hacer era deshacerse de ese bebé. Y Catherine lo hizo —Albert suspiró—. Pero no volvió. Y eso la destrozó por completo. Después de aquello, decir que era una sombra de sí misma sería hasta generoso. No sonreía, no disfrutaba de las fiestas, de la compañía de nadie, no… —bajó la mirada—. Y yo no fui de gran ayuda. En lugar de mantenerme a su lado, de cuidarla, yo… me sentía abrumado y… volví a mis andadas. A las fiestas, a las mujeres, a… La dejé sola… la dejé sola…

Aquellas últimas palabras estaban cargadas de dolor. El hijo de la duquesa las repetía mientras volvía a moverse por la habitación, buscando en ella, una vez más, algo capaz de paliar la que era una herida profunda. Pero no lo había.

—Catherine estaba sumida en una horrible tristeza cuando Ainsworth volvió a la ciudad. Cuando lo vi con ella, hablando con ella, volviendo a decirle todas sus sucias mentiras, yo… ¡Estallé! Sí, le golpeé. Sí, me la llevé a la fuerza conmigo. ¿Qué iba a hacer? ¿Dejar que volviera a venderle sus sucias mentiras? ¿Que la hiciera creer de nuevo que estarían juntos para abandonarla una vez más? No podía, yo no… —los ojos del lord brillaban; lágrimas contenidas se agolpaban en ellos—. ¿Te ha hablado de…?

Sus miradas se encontraron. Lilian no necesitó más para comprender.

—Cree que tú la empujaste del carruaje aquella noche.

Toda la contención que Albert había sido capaz de mostrar durante la conversación murió de golpe al escuchar aquello. Sin pensarlo, con los ojos llenos de lágrimas de rabia, movió uno de los brazos y estampó su puño contra el tocador, con tan mala suerte de golpear también un espejo que, seguramente, Elizabeth había dejado olvidado.

El cristal se partió.

Pedazos de este se clavaron en la mano del lord, haciéndole gritar de dolor.

El corazón de Lilian subió hasta su garganta. Salió corriendo hacia él, cogiéndolo del brazo con firmeza, observando el tinte rojizo de la sangre que ahora perlaba el lateral de una de sus manos. No parecía una herida profunda, pero no por ello era menos dolorosa.

—Por Dios, Albert… —farfulló, observando la herida con atención —. Siéntate, voy a echarle un vistazo a eso —añadió, guiándole de vuelta al sillón de orejas azul.

El corazón de Lilian latía desbocado mientras veía la sangre deslizarse entre los dedos de Albert. Sin pensarlo dos veces, se arrodilló frente a él, aferrando con firmeza la mano herida y levantando con torpeza parte de su falda para poder rasgar así un pedazo de tela de sus enaguas. El desgarrón resonó en la estancia: brutal, impropio de una dama, pero necesario. Lo dobló deprisa y lo presionó contra la palma ensangrentada del lord.

—Esto detendrá la sangre —alzó la mirada, buscándole los ojos, sintiendo cómo su corazón se encogía ante las lágrimas que todavía brotaban de ellos.

Le dolía la herida. Le dolía el alma.

Albert estaba sufriendo y Lilian solo ansiaba encontrar el modo de que parara.

La joven Stratford se incorporó apenas, sin dejar ir del todo a Albert y encontró pronto el aparador donde una botella de brandy esperaba a ser usada. Con un gesto rápido, empapó el improvisado

vendaje y volvió a apretar sobre la herida, sin avisar, sabiendo bien que aquello no sería agradable como una caricia.

Albert se estremeció con un grito ahogado.

—Lo sé, lo sé, arde como el demonio. Pero prefiero escucharte maldecir que verte perder esta mano —intentó sonar bromista, quitar hierro a un asunto que la alteraba.

Cuando la sangre empezó a menguar, Lilian envolvió la mano del lord con otra tira de tela arrancada de su ropa interior, ajustándola con un nudo firme y asegurándose varias veces de su fuerza. Se quedó un momento así, sujetando su mano entre las suyas, el ceño fruncido y el corazón latiendo demasiado rápido. ¿Estaría bien? ¿Sería suficiente?

—Mañana deberá examinarte un médico, ¿de acuerdo? —suspiró, llevando una de sus manos hasta el rostro de Albert y acariciando su mejilla con mimo—. Bobo… —susurró, dotando aquella palabra de un tono dulce como la miel—. ¿Estás bien?

Albert bajó la mirada.

—Yo no la empujé, yo jamás… —sus palabras sonaban temblorosas, estaban envueltas en el llanto más honesto que Lilian jamás hubiera escuchado—. Saltó, Lilian. Yo… estaba discutiendo con ella, intentando que comprendiera que no podía volver con él y… saltó… —sus miradas se encontraron una vez más—. La sigo viendo saltar cada noche antes de dormir. Su cuerpo contra la piedra, la sangre… su muerte siempre estará conmigo. No la salvé… yo no pude… yo… ¿Me crees verdad? Dime que me crees, te lo suplico.

Lilian se incorporó y se puso a la altura de Albert acariciando todavía su mejilla.

—Ciegamente —respondió.



Veintitrés



—Cuidado con lo que tocas, algunas piezas todavía están frescas — dijo Albert, abriendo la puerta después, dando paso a una hermosa sala.

El estudio de pintura de Albert emanaba la esencia de un santuario secreto, apartado del bullicio doméstico, colmado con el aroma penetrante de aceites, pintura y madera envejecida. Sobre varios caballetes de roble descansaban esos lienzos a medio terminar sobre los que le había avisado. Algunos mostraban escenas campestres, otros retratos personales; sin embargo, no eran las únicas piezas del lugar, ya que las obras ya acabadas, engalanadas con marcos dorados, decoraban cada palmo de las paredes con elegancia.

A no mucha distancia de la puerta, una mesa alargada se encontraba abarrotada de pinceles de mangos largos, paletas manchadas de pintura y pequeños frascos de vidrio, contra los que se reflejaban los haces de luz que se colaban por los enormes ventanales. Un caballete principal, colocado junto a la única ventana y cubierto por una sábana, reinaba sobre el resto en la sala, con el lienzo aún fresco de la última obsesión del lord.

Lilian se detuvo en el umbral, fascinada.

El estudio parecía respirar con vida propia. Resultaba incluso intimidante adentrarse en él; sentía que se trataba de un espacio tan íntimo, un espejo secreto del alma de su dueño. Aun así, cuando Albert hizo un gesto suave con la cabeza para invitarla a pasar, lo tomó como tal y entró, dejando que sus ojos saltaran por cada lugar, cruzando los brazos con intención de contener sus dedos curiosos de tocar cualquier cosa indebida.

—¿Aquí es dónde pasas tu tiempo cuando estás en Bath? —preguntó.

—¿Te sorprende que no sea en un bar?

Ambos intercambiaron una mirada rápida.

Albert sonreía, Lilian lo miraba con un toque de reproche.

—Así es —respondió finalmente el hijo de la duquesa a su pregunta—. Tengo otro estudio similar en Londres, pero este es más de mi agrado. Mi madre suele invitar al otro a sus amistades para poder fanfarronear de mi talento; este… en fin, bien sabes que mi madre no pisa Bath si no es que la vida le vaya en ello —levantó los hombros—. Lo siento más mío.

La joven Stratford se adentró un poco más, capturando su atención un cuadro en el que podía verse a dos niños de cabellos dorados posando juntos. Era una imagen campestre: ambos pequeños jugaban con una pelota en mitad de una verde explanada, coronados por nubes algodonosas. Era verano. Todo en aquella imagen lo gritaba.

—¿Son tus hermanos? —preguntó.

Albert asintió; sin embargo, terminó arrugando la nariz.

—Bueno, como los recuerdo. Hice esta pintura hace poco, tengo… un recuerdo lejano de que hicimos algo similar años atrás y… quise plasmarlo de alguna manera.

Lilian sonrió.

—Es preciosa —respondió, honesta.

El hijo de la duquesa bajó la mirada. Aunque seguro estaba acostumbrado a recibir muchos cumplidos, en aquel momento la expresión en su rostro parecía la de un niño al que acababan de dedicarle palabras bonitas por primera vez en su vida.

Tras un carraspeo y un nuevo movimiento con la cabeza, el lord la invitó a andar.

—No era este cuadro el que quería mostrarte —dijo.

Tras hablar la noche anterior, Lilian y Albert durmieron hasta bien entrada la mañana. Las emociones, además de la dulzura que suponía poder volver a sentirle dormir sobre el pecho después de demasiado tiempo, fueron suficientes para conseguir que su sueño fuera largo y de lo más placentero. La joven Stratford despertó ligeramente perdida, usando los largos minutos que le costó conseguir fuerzas para ponerse en pie en perderse en una nueva serie de mimos y besos con el lord, de esos que le calentaban el alma. No hubo más; un rugido de tripa fue suficiente para hacerlos a ambos buscar el desayuno.

Desayuno.

Sanar la herida de Albert.

Sentados en la mesa, ambos hablaron de cómo las cosas iban a ir a partir de ahora. El hijo de la duquesa abandonaría Bath para volver a la residencia Stratford y seguir cuidando del patriarca, tal y como había prometido. Lilian… bueno, todavía no lo tenía claro. Aunque deseaba pasar más tiempo con sus hermanas tras tanta lejanía, ¿estaba dispuesta a volver a compartir techo con su tía? ¿Deseaba una conversación con ella sobre lo sucedido?

El lord le pidió que no le diera más vueltas y, tras prometerse compartir aquel día a modo de despedida temporal, la invitó a conocer el estudio que ocultaba en la buhardilla, entre las hermosas paredes de la mansión.

Avanzaron juntos, guiando Albert sus pasos hasta la pieza que se encontraba junto a la ventana y que ya había captado la atención de

Lilian antes. No tardó en retirar la sábana que la cubría, lanzándola a un lado para mostrar sobre el lienzo el boceto de un retrato a carboncillo. Una mujer de perfil, dibujado su cuerpo solo hasta los hombros, aunque con el suficiente espacio en la tela para poder dibujar mucho más de su anatomía. Alrededor de lo que ya había dibujado, pétalos de flores de nomeolvides flotaban con gracia.

Lilian observó al lord de inmediato.

—¿Soy yo? —preguntó, con un toque nervioso.

Albert rio, asintiendo después.

—Bueno, lo eres si es de tu agrado —respondió bromista, aunque la forma en la que movía sus manos, cómo sus ojos saltaban del lienzo a su acompañante, hablaban de sus propios nervios de forma muda.

La joven Stratford rio; su mirada se encontró de nuevo con la ajena.

—¿Y si no es de mi agrado, entonces, qué? ¿Me muestras a la mujer de tus fantasías?

Albert puso los ojos en blanco.

—Eres tú, Lilian Stratford. Por supuesto que eres tú… ¿Te gusta?

Lilian no tardó en asentir.

Era precioso; el talento del lord resultaba innegable y la similitud entre la realidad y lo plasmado en el lienzo era digno de ser halagado. Los ojos, la nariz, el cabello… Cada pequeño detalle era tal y como debía ser y resultaba imposible creer que los había plasmado de memoria. Pero así era. Y Lilian estaba completamente embelesada.

—Empecé a hacerlo hace unos meses, pero no he tenido el tiempo que desearía para terminarlo. Me hubiera gustado poder regalártelo antes de que acabara el verano, pero…

—Y… ¿me has dibujado más veces? ¿Me has… dedicado más obras?

Albert arrugó la nariz, sacudió la cabeza y levantó el dedo para pedirle un instante antes de emprender el paso de nuevo. Se acercó a la mesa, buscó algo entre los botes de cristal y los cepillos abandonados, y volvió junto a la joven Stratford con un cuaderno.

—No en lienzo. Pero sí he hecho muchos bocetos inspirados en ti —confesó, abriendo este, extendiendo el brazo para poder mostrarle los dibujos que se encontraban en las hojas.

Aunque había muchos bocetos entre las hojas de aquel cuaderno, que la mayoría fueran de ella hizo que Lilian no pudiera contener ni la sonrisa ni el sonrojo. No eran dibujos completos; muchos eran pequeñas partes de su persona, detalles de su anatomía, pero eso no hizo que el calor en sus entrañas fuera menos intenso. Lo cerró con cuidado, devolviéndolo a su dueño aun cuando deseaba admirarlo mucho más.

—Estoy segura de que existen cosas mucho mejores que pintar, Albert.

—No para mí. Eres eso que convierte incluso lo más cotidiano en arte.

La joven Stratford sintió un escalofrío;, su cuerpo ansió lanzarse a los brazos del lord, perderse en sus labios y sentir sus manos recorrer cada palmo de su cuerpo. Los dibujos y la añoranza que mostraban, cómo había estado pensando en ella, cómo hablaba de ella… ¿Era ese el afrodisiaco más potente que había probado en toda su vida? Estaba segura de ello.

Sin embargo, que Albert decidiera hablar de nuevo la detuvo incluso antes de que fuera capaz de dar el primer paso.

—¿Recuerdas cuando jugamos a las cartas la última vez?

Lilian frunció el ceño.

—Perdiste. Y me prometiste algo por ello.

Todavía no sé cómo te voy a dibujar, solo sé que eres a quien quiero dibujar.

Oh.

—¿Tengo que hacerlo? —preguntó, arrancando una carcajada de labios del lord.

—Por supuesto —dijo, haciéndola resoplar como toda respuesta.

Lord Albert extendió el brazo, ofreciendo una mano a Lilian, que no dudó en tomarla. Caminó junto a él, acercándose al lienzo, esperando a que colocara un taburete frente a este para poder sentarse. El lord se hizo con un carboncillo, observando a su musa desde detrás del lienzo, comparando varias veces la pintura con quien tenía delante.

—Date la vuelta —dijo—. En el dibujo estás de espaldas, con el rostro ladeado.

Cierto era.

Lilian asintió, giró con cuidado, tomando la postura que más se asemejaba al boceto para poder complacer así los deseos de Albert. Dándole la espalda, no fue hasta que escuchó cómo se acercaba que ladeó el rostro para poder observarle. El hijo de la duquesa sonrió; con cuidado y todo el mimo que poseían sus manos, deslizó la zurda por la espalda ajena, haciendo que tomara una postura más erguida, llegando hasta su pelo, apartando sus rizos hasta hacer que cayeran juntos sobre uno de sus hombros.

—¿Es esta una de tus técnicas? —preguntó, haciendo a Albert fruncir el ceño—. Sé a lo que juegas; esta es una de esas cosas que uno hace para conseguir la atención deseada. Como yo con las cartas o la lectura de manos. Un estudio precioso, lejos de la familia. Oh, querida, déjame pintarte, eres como una musa —aquella última parte la dijo buscando sonar con una voz más a la par de la del lord.

Lord Albert rio y sacudió la cabeza de inmediato.

—No negaré jamás que saber dibujar y contar con un estudio con tus obras es una buena herramienta para cautivar a las mujeres de mi agrado. Pero no, esto no es una técnica. A ninguna antes la había elevado a ser mi musa como a ti, ni mucho menos las había traído

hasta aquí. He sido honesto al decir que este lugar lo siento más yo; es una parte de mí, y no todo el mundo puede acceder a ella.

Lilian se mordió el labio inferior.

—¿Esas tonterías funcionan de verdad? —dijo, en una reminiscencia de lo hablado el año anterior, bajo la luz de una vela, en el salón de la residencia de los duques.

Albert pareció dudar pero, tras unos segundos de silencio, comprendió.

—No lo sé, milady, ¿desea comprobarlo?

Lilian asintió.

El lord se inclinó, despacio, dejó un beso húmedo en la nuca de Lilian, haciendo que esta cerrara los ojos y se dejara embriagar por las sensaciones. Rozó el primer botón. El sonido casi inaudible de la presilla cediendo pareció llenar la habitación, cortando la respiración de la joven Stratford. Albert continuó, uno a uno, liberando cada uno de estos, deslizando la mano por la espalda desnuda de Lilian en cuanto la tela lo permitió.

Los vellos se le pusieron de punta.

Lilian suspiró pesadamente.

La mano del lord siguió ascendiendo hasta llegar al cuello, acomodándose en este y usando la punta de los dedos para guiar a la joven a levantar el mentón. Sus labios no tardaron en fundirse en un nuevo beso, uno pasional, intenso, de esos que buscan robar el aliento del otro y grabar el sabor ajeno para la posteridad. Aún perdidos en aquel ósculo, la otra mano de Albert se encargó de retirar la parte superior del vestido por completo, sintiendo pronto el roce placentero de sus dedos sobre uno de sus pechos, el calor ardiente de la presión firme de las yemas contra este.

Lilian suspiró de nuevo, esta vez contra los labios de Albert.

La sonrisa altanera que se pintó en estos le resultó arrebatadora.

No tardó en incorporarse; sin embargo el lord no la dejó girar, pegando su pecho contra la espalda de Lilian, llenando su cuello y

hombro de una nueva serie de besos húmedos que la hicieron estremecer. Rodeada por los fuertes brazos de Albert, Lilian se movió sin un rumbo marcado, siguiendo los pasos del lord, que parecían más decididos.

La mesa con material de pintura fue el destino escogido.

El cuerpo de la joven Stratford quedó arrinconado contra esta, terminó apoyando ambas manos sobre la madera, echando el cuerpo hacia delante al sentir cómo una de las manos del hijo de la duquesa peleaba ahora con el vuelo de su falda, ansiando colarse entre la tela. Mientras su boca seguía ocupada con una nueva serie de besos húmedos por la parte alta de la espalda, los dedos de Albert ya habían ascendido hasta alcanzar la intimidad de Lilian, empezando a complacerla con unas caricias lentas que, empujadas por los sonidos que escapaban de entre sus labios, no tardaron en volverse más intensas y aceleradas.

El calor crecía en ambos.

La humedad ya bañaba sus yemas.

Una de las manos de Lilian se movió de golpe, haciendo que varios de los pinceles y papeles cayeran contra el suelo creando una sinfonía desordenada.

Albert rio.

—Calma, señorita Stratford —susurró cerca de su oído.

Una palmadita en el brazo fue toda la respuesta que Albert obtuvo a tales palabras, con la sensación ardiente en las entrañas y el gimoteo aferrado a la garganta, las palabras resultaban esquivas.

El lord se vio complacido por ello, por la forma gustosa en la que la cadera ajena se revolvió ante una incursión más profunda de sus dedos, por los gemidos cada vez más audibles y encadenados… La visión de Lilian arqueando la espalda cuando el culmen la lleno de placer fue una de esas cosas que Albert desearía poder plasmar para siempre. Pero nada le haría justicia. No había cuadro capaz de plasmar tal belleza.

Unos segundos de calma. Lilian tomó aire profundamente varias veces, acomodando ahora los codos sobre la mesa, dejando que su frente encontrara reposo ahí también. Su corazón latía acelerado, la respiración danzaba a la par, pero el cosquilleo en las entrañas y el placer que la llenaba bien valían aquel desasosiego.

En cuanto sintió que volvía a la normalidad, ladeó el rostro, buscando la mirada del lord de nuevo, dando con la siempre sugerente imagen de este quitándose la camisa.

Su piel bronceada.

Sus músculos marcados.

Era todo un deleite para los sentidos.

Albert, al percatarse de la forma en la que lo estaba observando, volvió a sonreír de esa forma arrebatadora, y Lilian supo una vez más que estaba completamente perdida por él en todos los aspectos de su existencia. Cerró los ojos al notar cómo este besaba su baja espalda, cómo ascendía dejando una nueva serie de besos lentos, dibujando su columna con los labios. El pecho del lord quedó pegado a la espalda de la joven Stratford; el roce cálido de su aliento le acarició el oído revolucionando su interior como un tambor de batalla.

—¿Me has echado de menos? —preguntó.

Lilian asintió.

—Más que a nadie —respondió, buscando de nuevo su mirada.

Las palabras complacieron al lord tanto que, de inmediato, tuvo que terminar de deshacerse del vestido ajeno para poder tener para sí aquella hermosa desnudez en toda su plenitud. Al notar la prenda a la altura de los pies, Lilian la pateó a un lado como muestra de su aprobación ante tal gesto.

Quizás fue la imaginación.

Quizás fueron los sentidos agudizados por la situación.

Pero el sonido del botón del pantalón de Albert resonó en la estancia, haciendo que el bajo vientre de Lilian se encogiera en pura

anticipación.

Volver a tenerle de aquel modo, después de tanto tiempo, resultaba imperioso.

Estaba lista para él y la sencillez pasmosa con la que la erección de Albert pudo adentrarse en Lilian fue la prueba de ello. Ambos gimieron, un gemido acompasado que resonó en la estancia y llenó el ambiente ya cargado de una capa de sensualidad palpable, uno al que lo acompañaron sus respiraciones aceleradas y, pronto, el sonido del choque acompasado entre sus cuerpos.

Las manos de Albert guiaron a Lilian a incorporarse, quedando su espalda pegada contra su pecho. Sintió de nuevo su mano en el cuello, cómo hacía que levantara la cabeza para poder besarla antes de que los sonidos placenteros y la necesidad de aire lo hicieran imposible. Una de ellas encontró acomodó en su cadera, presionando con firmeza la piel pálida de la joven Stratford, dejando círculos pálidos sobre esta. La otra descendió hasta uno de sus pechos. Lilian, en cambio, echó el brazo hacia atrás, llevando su mano hasta la nuca del lord para poder clavar las uñas contra su piel caliente, húmeda por el sudor, dejando surcos rojizos en forma de medialuna sobre esta.

Un recuerdo.

Una marca palpable de aquel encuentro.

La otra se mantenía aferrada a la mesa, necesitando de un punto firme que hiciera que sus piernas se mantuvieran en el sitio entre una vorágine tan intensa de sensaciones.

Solo existían ellos.

Solo había placer, deseo, necesidad del otro.

La llegada del orgasmo fue intensa y abrasadora, tanto que Lilian creyó que todo a su alrededor estaba dando vueltas, volviendo a sentir que su mundo se centraba cuando Albert, en un gesto dulce, le besó despacio el hombro y luego la base del cuello.

—Yo también te he echado de menos —susurró de forma entrecortada, riendo contra su piel, haciendo que, una vez más, la caricia de su aliento le pusiera los vellos de punta.

Lilian hizo que su mano ascendiera desde la nuca de Albert hasta su cabello, lo acarició, enredando los dedos, sintiendo un extraño confort en la forma en la que seguían unidos. Era imposible desear estar siempre así, jamás tener que dejarle ir; y sin embargo la parte más infantil de sus adentros así lo ansió.

Más besos.

Lord Albert se movió, dejando el espacio suficiente a Lilian para poder girar y estar de nuevo frente a frente. Enmarcó su rostro, besó su frente con mimo, también su nariz, cogiendo después la tela que se encontraba en el suelo, esa que antes había cubierto su pintura, para echarla con cuidado sobre sus hombros y poder envolver su cuerpo con ella.

Un nuevo gesto dulce. Tan honesto que desarmaba.

Lilian sonrió, recibiendo una nueva caricia en la mejilla, otro beso en la nariz. Cuando se miraron, de nuevo sintió que podría observarle eternamente.

—Ven conmigo a casa, Lilian. Mañana, cuando parta hacia la campiña, ven conmigo.

La joven Stratford se mordió el labio inferior. ¿Deseaba marcharse ya de Bath? En parte no. Sus hermanas estaban allí y llevaba tanto tiempo sin verlas que acortar su estancia resultaba doloroso. Pero, por otro lado… pensar en su tía le dejó la respuesta clara.

—Volvamos a casa —dijo finalmente.

Con un nuevo beso, aquella decisión quedó sellada

Veinticuatro



—¡Lord Albert! —exclamó Abigail, acercándose a este con paso alegre nada más verle cruzar la puerta. Sin preocuparse un solo instante por aquello que el protocolo pudiera dictar, la pequeña de los Stratford no tardó en darle un fuerte abrazo al lord—. ¡Qué alegría veros otra vez! Después de cómo tuvimos que abandonar el baile, estaba convencida de que no volveríamos a coincidir en todo el verano.

Albert sonrió; al distanciarse, acarició con mimo la mejilla de la joven.

—Siempre es un placer veros, lady Abigail. Me apena que no pudierais disfrutar del baile como deseabais, espero pronto poder hacer algo para remediarlo.

—¡Organizad otro y me daré por complacida! —respondió con rapidez, dejando escapar una sonora risotada después, acercándose a Lilian para cogerla del brazo—. También empezaba a temer que no te veríamos más a ti… —aunque sus palabras jugaban a ser inocentes, nada en su gesto lo era—. ¿Dónde has estado?

Lilian suspiró y acomodó un mechón del cabello de su hermana tras la oreja.

—Arreglando unos asuntos —respondió escueta.

—Oh… ¡Bueno! La tía se alegrará de verte, estaba preocupada.

Aquellas palabras hicieron que la joven Stratford presionara los labios.

Tragó duro, tomando prestados unos segundos a sus urgentes quehaceres para aceptar la idea de que iba a tener una conversación que no deseaba, pero de la que no podía huir tampoco. Se esforzó en sonreír, asintiendo cuando su mirada se encontró con la ajena.

—Llévanos con ella, por favor.

Mientras ascendían por las escaleras, con Abigail todavía del brazo y Albert solo un par de pasos por detrás, su hermana los puso al día sobre lo que habían hecho en su ausencia. Tía Lou llevaba alicaída desde su repentina marcha, así que habían ido aquella mañana al centro a recoger unos sombreros de encargo para ver si así mejoraba su humor. Se encontraban en aquel momento en la estancia de Jane, arreglando su cabello para poder probarle mejor el suyo con uno de los vestidos que la joven había aprendido a confeccionar.

Jane siempre había adorado coser; era capaz de arreglar cualquier vestido por muy horroroso que pareciera el estropicio, así que a Lilian poco le sorprendió descubrir que hubiera encontrado en aquella tarea algo en lo que emplear su tiempo. El rostro de su hermana menor también se iluminó al verla entrar, contrastando con el de su tía que, tras unos segundos de estupor, se esforzó en dibujar una de esas sonrisas que Lilian sabía falsas.

—Perdonad que os hayamos interrumpido…

—¡Lilian! —exclamó Jane, poniéndose en pie—. ¡Mírame! ¿Te gusta?

Lilian asintió de inmediato, acercándose a ella y enmarcando su rostro para poder besar su frente. Una vez más, lo mayores que ya veía a ambas le golpeó con fuerza.

—Tienes un gusto exquisito y un evidente talento para la costura —respondió.

Sin embargo, Jane, al percatarse de la presencia de lord Albert, no tardó en buscar cómo ocultarse, un poco avergonzada. El hijo de la duquesa sonrió.

—Lo corroboro; mi hermana se volvería loca por un vestido así —aseguró.

Jane levantó un poco la mirada, ahora sonreía con un toque orgulloso.

—¿Qué os trae por aquí, lord Albert? —la voz de tía Lou se impuso en la estancia. Cuando Lilian la buscó con la mirada, esta se había movido hasta poder encararlo—. No pretendo sonar grosera, pero que un hombre como vos entre en una residencia habitada solo por mujeres sin ser invitado es un escándalo en el que no estoy interesada.

Albert entreabrió los labios, dispuesto a responder, pero Lilian fue más rápida.

—Ha sido invitado por mí, tía. De hecho, es él quien me ha traído y… con quien me marcho de vuelta a la campiña. Creo que mi estancia en Bath llega a su fin.

—¿¡Por qué!? —exclamó Abigail de inmediato, con honesta tristeza en la mirada.

—¿Le ha pasado algo a padre? —añadió Jane.

Lilian negó.

—No, tranquilas, pero lleva demasiado tiempo solo, en una residencia tan grande… —suspiró—. Mi corazón necesita volver, para tranquilizarme y porque supongo que ya no soy esa niña que disfrutaba del bullicio de Bath. Echo de menos estar en casa.

Aunque la tristeza no se disipó del rostro de ninguna de sus hermanas, ambas parecieron comprender lo que Lilian les estaba diciendo. No respondieron, no al menos con palabras, sino que escogieron que un gesto tan sencillo como un abrazo hablara por ellas. Lilian acarició sus espaldas y besó sus cabezas varias veces.

—Hey, no sintáis pena —dijo, echándose atrás para poder mirarlas—. Bien sabéis qué podéis venir cuando queráis y prometo que mi próxima visita será pronto; lo he pasado bien.

—Niñas —tía Lou llamó la atención de ambas—. ¿Por qué no vais a la cocina a ver que podemos ofrecer a tu hermana y su invitado de comer? Desde aquí hasta la campiña hay un viaje largo; no os podéis marchar sin al menos el almuerzo.

Ambas asintieron, saliendo de la estancia con paso ligero. Los tres se mantuvieron en silencio unos segundos, sabiendo bien que debían darle un momento a las niñas para alejarse, antes de hablar sobre aquello que realmente flotaba en el aire.

—¿No hay forma alguna de que te convenza de que te quedes? —preguntó Lou.

—No, por supuesto que no —respondió Lilian, tajante—. Después de lo que has hecho, creo que necesito un poco de espacio para…

—¡Lo hice para protegerte! Yo… —tía Lou se frotó el rostro con la mano—. ¿Podemos hablar sin que él esté presente?

Las miradas de Lilian y Albert se encontraron. Aunque el lord no parecía dispuesto a dejarlo sola, en cuanto la joven Stratford asintió, este no tardó un segundo en emprender el paso hacia la salida del cuarto, cerrando tras de sí.

—Ya no está, puedes hablar abiertamente de lo que desees. Solo quiero que tengas clara una cosa: no hay nada que puedas decir que me disuada ni de mi relación con Albert ni de marcharme de vuelta a casa con él.

Tía Lou asintió; sin embargo, no empezó a hablar de inmediato. Tras tomarse unos segundos, volvió a moverse por la estancia, tomando asiento en la silla en la que antes se encontraba Jane, extendiendo el brazo para palmear la cama y pedir así que Lilian se sentara cerca. Lilian obedeció.

—Lo que voy a contarte es mi secreto más preciado y mi herida más profunda, así que te pido que me dejes hablar y que, por

favor, me escuches sin juzgar hasta el final. Tú solo has conocido de mí lo que soy ahora, esa mujer que juega con los hombres como si fueran piezas de ajedrez, a la que nada parece herirla, que controla todas las situaciones y siempre parece estar segura de sus pasos… pero no siempre fui así. De joven fui ingenua, mucho, y creí las palabras vacías de un hombre que me juró hasta el mismísimo el cielo —suspiró—. Yo tenía veinte años por aquel entonces; los abuelos eran muy amigos de un lord adinerado de la zona y tu madre y yo estábamos muy unidas a sus hijos. El mayor, Hugo, siempre estuvo interesado en mí y yo… En fin, era tan apuesto, con una labia que muchos desearían y, sí, podía darme una vida que deseaba con todas mis fuerzas. Los abuelos siempre han tenido dinero, buenas propiedades, pero nunca estuvimos a la altura de hombres como ellos. Nosotras solo podíamos aspirar a esas cosas mediante un matrimonio y… —bajó la mirada—. Cuando mostró interés por mí me sentí tan… especial. Él podía tener a quien quisiera y, sin embargo, me escogió a mí. Durante un tiempo fui su secreto, pero él siempre me decía que pronto me llevaría del brazo por todo Bath, que me introduciría en la alta sociedad y que haría que todos supieran que era una más de ellos. Y yo… yo le creí, Lilian.

Su voz tembló un momento.

Parecía que iba a llorar, pero, tras unos segundos, se recompuso.

—Los secretos nunca permanecen ocultos; eso es algo que debes tener presente siempre. Una noche, mientras estábamos… En fin, ¿puedes imaginarlo?

Lilian asintió.

—Nos descubrieron. No quiero entrar en detalles, pero puedes imaginar que no estábamos hablando precisamente. El caso es que él… me negó. Me negó como si jamás me hubiera tocado, como si no me hubiera susurrado cada promesa al oído. Delante de todos me llamó… no quiero repetir esas palabras, pero digamos que se

encargó de dejar claro a sus… amigos… que no era más que un pedazo de carne caliente que ellos podían disfrutar si así lo deseaban. Por un momento, hasta temí que pensaran en…

Lilian no dudó; su mano buscó la de su tía, acariciando el dorso despacio.

—En ese instante comprendí que nunca estuve invitada a su mundo. No fui más que un entretenimiento pasajero, un capricho que sabía que podía borrar cuando quisiera. Ese día algo en mí se rompió, Lilian. Algo que nunca he sido capaz de arreglar. Desde entonces aprendí a odiarlos, a jugar con ellos antes de que pudieran jugar conmigo, a jamás confiar en sus palabras bonitas y sus promesas vacías. Cuando llegaste a esta casa siendo una niña, me esforcé en que aprendieras la lección que yo no aprendí y… verte con lord Albert, saber que podrías estar cometiendo el mismo error que yo… No podía permitirlo —tía Lou levantó la mano y acarició la mejilla de Lilian con esta—. Siempre has sido mi debilidad. Te he visto crecer, te he sentido como hija mía… —esta vez sí, su voz se rompió de verdad; sus ojos se empañaron—. No me odies, te lo suplico. No podría vivir con tu odio…

Lilian movió la mano; sus dedos se entrelazaron con los de su tía.

—No te odio, no podría. Todo lo que hiciste por mí de niña, todo lo que hiciste tras la muerte de mamá… No te odio. Pero necesito espacio, necesito… —suspiró—. Me has hecho daño, mucho. Y le has hecho daño al hombre al que amo. Nos has separado durante tanto tiempo; podría… haberle perdido. Esta herida no rompe para siempre lo que siento por ti, pero sí necesita tiempo para sanar y ser capaz de digerir todo lo que ha sucedido, todo el dolor que han supuesto estos meses… ¿Comprendes?

Tía Lou se tomó un momento, pero terminó por asentir.

—Cuando acabe el verano, puedes venir con mis hermanas a casa. Pasar unos días en la campiña, tranquilas; a mi padre le gustará mucho volver a verte. Hablaremos entonces de todo esto y… sé que

entonces podremos tener esta conversación de verdad. Podremos buscar reconstruir todo lo que se ha dañado.

Una vez más, tía Lou asintió como respuesta.

Lilian se puso en pie, recortó la distancia entre ambas, inclinándose para poder abrazar a su tía, sintiendo que, a pesar de todos esos sentimientos revueltos que la estaban comiendo por dentro, se arrepentiría si no se despedía de verdad de ella.

—Siento mucho lo que te pasó, tía. Con toda el alma.

—Lo sé —susurró, alojando las manos en su espalda, aferrándose a la tela del vestido.

No quería dejarla ir.

Y, aun así, poco a poco, la soltó.

—Mi pajarito, vuela lejos de Bath otra vez —dijo, acariciando su pelo, acomodando varios rizos tras su oreja—. A veces te miro y sigo viendo a tu madre…

Lilian no fue capaz de responder a tales palabras.

Su tía no tardó en darse cuenta de ello.

—Anda, ve. Recoge tus cosas y prepárate para el viaje. Solo… déjame un momento aquí sola, necesito recomponerme antes de volver con tus hermanas.

La joven Stratford asintió y salió de la habitación de inmediato, sintiendo un peso asfixiante en el pecho acompañarla con cada paso. No era la primera vez que escuchaba aquellas palabras, muchas veces la habían comparado con su madre y decían que era un reflejo de lo que ella había sido en vida. Aun así, no podía evitar sentirse de ese modo todas y cada una de ellas.

Ella, que la añoraba tanto.

Ella, que no era capaz de recordar su aspecto, mucho menos su voz.

Ella era la imagen que todos usaban para sentir confort por su ausencia.

Lilian acomodó la espalda contra la puerta tras salir, cerró los ojos un momento y tomó aire profundamente. Sentía que aquella conversación no le había hecho más daño, pero tampoco había supuesto alivio alguno.

—¿Estás bien?

La voz de Albert la sacó de sus pensamientos. Ladeó el rostro, encontrando al hijo de la duquesa bajo el marco de la puerta de su habitación.

—¿Qué haces ahí?

—No quería escuchar vuestra conversación privada, así que he empezado a recoger tus cosas —dijo, levantando los hombros después.

Lilian se acercó a él con paso lento.

—Has entrado en el cuarto de una dama sin permiso…

—Bueno, si me permites ser honesto… —Alber bajó un poco la voz—. He hecho cosas mucho más reprochables con dicha dama que estar en su estancia sin permiso.

Una risita honesta brotó de los labios de la joven Stratford. Como de costumbre, cuando estaba junto a Albert, la sensación desagradable en sus adentros se marchaba con rapidez pasmosa. Se acercó todavía más a él, hasta poder rodearle con los brazos, acomodando la cabeza contra su pecho. Al sentir cómo este le acariciaba el pelo cerró los ojos, disfrutando de lo agradable de su aroma y del calor que desprendía su piel.

—Lilian… ¿estás bien? —preguntó de nuevo.

Lilian asintió.

—Necesito volver a casa ya…

Albert besó su cabeza.

—Terminemos con las maletas entonces —respondió.

Lilian levantó la cabeza; su mentón se apoyó en el pecho de Albert para poder mirarle en silencio. Su mano ascendió y le acarició el pelo

despacio, permitiendo que una media sonrisa honesta apareciera en sus labios.

Estaba con Albert.

Estaba en casa.

Veinticinco



Con la mirada perdida en el paisaje al otro lado de la ventana del carruaje, los dedos de Lilian se movían una y otra vez, jugando con la cadena que se enredaba y desenredaba entre estos.

El colgante ovalado de oro amarillo, con los grabados de hojas de laurel y el pequeño diamante central, que años atrás había pertenecido a su madre, era ahora la fuente de su mayor entretenimiento. O, bueno, quizás no era eso. Quizás era un sentimiento más complejo, al que algunos llamarían culpa y otros, estupidez. Mientras recogían sus cosas hacía unas horas en casa de tía Lou, al ver Lilian el colgante sobre la mesita de noche, ese sentimiento había nacido y encontrado acomodo en sus adentros para quedarse.

Le había prometido a su padre que cuidaría aquel vínculo.

Que todas las noches encendería aquella vela para mantenerse conectados.

Y no lo había hecho. Con su marcha junto a lord Albert, le había fallado.

Cualquiera que escuchara aquella preocupación la tacharía de infantil y se reiría de Lilian por sentirse compungida por ello. Sin embargo, la joven Stratford solo podía pensar en las ganas que tenía de volver a casa, de poder dejar el colgante con el resto de sus joyas

y pedir perdón a su madre por no haber cumplido con su palabra aquella vez.

El sol empezaba a ponerse; aunque habían salido temprano, la distancia era notoria, y las paradas para estirar las piernas los habían retrasado también. Sobre uno de los hombros de Lilian, desde hacía un buen rato, Albert había apoyado la cabeza encontrando en ella una almohada mucho más agradable que la de cualquier cama.

Lilian observó al lord. Una sonrisa boba se pintó en sus labios de inmediato.

Albert dormía tan plácidamente que parecía un ángel.

Con mimo, deslizó una mano por su rostro, dibujando sus facciones y acariciando su mejilla lentamente para hacer su despertar lo más agradable posible. El hijo de la duquesa se revolvió, escondió el rostro unos segundos contra el cuello de Lilian antes de dejar escapar un sonoro resoplido de entre sus labios.

—¿Ya llegamos? —preguntó con voz aun adormilada.

—Ajá —respondió ella, acariciando todavía su piel.

Albert se incorporó entonces, frotó sus ojos con ambas manos, dejando caer estas de golpe para poder volver a mirar a Lilian directamente. No dijo nada; solo se acercó a ella, acomodando la mano contra su cuello para poder darle un beso, uno que pronto se convirtió en una cadena breve de estos. Besó también su nariz, dulce como siempre era.

—Estaba teniendo un sueño precioso. Salías en él —dijo.

Lilian puso los ojos en blanco.

—¿Vestida? —preguntó enarcando una ceja.

—Al principio sí, claro.

Albert recibió de inmediato una palmadita en el pecho, una que lo hizo reír. Con rapidez, cogió la mano de Lilian, sujetándola antes de que pudiera apartarla del todo.

—Soñaba que volvía a pedirte matrimonio, como la última vez que estuvimos juntos en tu hogar —explicó—. Tú decías que sí, por

supuesto…

—Y después había que celebrarlo.

El lord levantó los hombros, Lilian sacudió la cabeza, volviendo a mover los dedos para darle un segundo toquecito en el pecho a modo de reprimenda.

—Eres un caso…

—¿Es que es malo que te desee? Porque no pienso dejar de hacerlo.

—No, no es malo, pero esa lengua tuya acabará por meterme en problemas. ¿Piensas hablar de ese modo delante de mi padre?

—Dios me libre de ser irrespetuoso ante tu padre… —Albert mostró ambas manos en gesto de rendición—. Más teniendo en cuenta que ya va a molestarse conmigo cuando haga lo que tengo pensado…

Lilian frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

El lord sonrió. Tras incorporarse mejor y tomar una postura más regia, llevó la mano al interior de uno de sus bolsillos para sacar del interior un un estuche de terciopelo borgoña que mostró sin vergüenza alguna. Lo abrió, extendiendo el brazo para que Lilian pudiera ver perfectamente lo que había en su interior.

Un anillo.

Un anillo de compromiso.

Tenía una montura delicada y noble, forjada en oro amarillo que brillaba con la tibieza de los primeros rayos de sol. En su centro, un diamante pequeño, nada ostentoso ni arrogante, sencillo como la mujer que estaba destinada a portarlo en su dedo. Para coronar aquella hermosa pieza, a cada lado del diamante se encontraban dos esmeraldas engastadas en filigranas semejantes a hojas.

—Este no es uno de los errores que cometí la última vez. Pedirte que te casaras conmigo, dejar en tus manos la decisión de tu destino,

fue lo más respetuoso que hice por ti, un acto de amor que sé que te hizo feliz.

Lilian presionó los labios, conteniendo la emoción; después, asintió.

—Y por eso, una vez más, te lo pido directamente. Sin intermediarios, sin dejar que la decisión esté en manos de nadie más. Solo tú, Lilian Stratford, puedes decidir si deseas o no amarme el resto de tus días. Quiero que veas este anillo como la ofrenda de un hombre que pone en tus manos no solo su fortuna y su linaje, sino también su propia alma.

Lilian rio nerviosa, cubriéndose de inmediato los labios con una de las manos.

—¿No temes que vuelva a romperse? ¿No temes que no lleguemos a…?

Albert negó.

—Y, aunque eso suceda, solo será una excusa para pedirtelo una tercera vez.

La mirada de la joven Stratford abandonó los ojos de su amado para poder observar de nuevo aquella pieza. Era preciosa, perfecta; las piedras escogidas eran un reflejo de lo mucho que Albert había pensado en aquel momento. No era simplemente una pieza bonita que lucir en el dedo: los reflejaba a ambos, la unión que compartían.

Ella en aquel diamante.

Él en aquellas esmeraldas a modo de hojas.

Volvió a reír nerviosa; no supo demasiado bien por qué no podía controlar aquella respuesta. Sus ojos se encontraron de nuevo con los del lord y, sin dudar, asintió, mostrando su mano con los dedos extendidos, pidiendo sin palabras que colocara en ella el anillo.

Albert tomó con cuidado la mano de Lilian, deslizando el anillo lentamente por su dedo hasta que encajó a la perfección, como si siempre hubiera esperado estar allí. En aquel momento, el corazón

de la joven Stratford latía tan fuerte que estaba convencida de que podría escucharse resonar en el interior del carruaje.

Una calidez recorrió su pecho al ver aquella joya al fin en su mano. No era un adorno: era la promesa de un futuro compartido con él, y eso la llenaba de una felicidad tan grande que casi la sobrepasaba. Quiso decir algo, pero no había palabras que pudieran hacerle justicia; solo un beso pudo ser la respuesta a lo que en aquel momento se estaba fraguando.

Sus frentes quedaron pegadas al separarse.

—Es perfecto… —susurró, sintiendo cómo sus dedos se entrelazaban con los ajenos.

El anillo era perfecto.

El momento era perfecto.

Albert era perfecto.

——— ❀❀❀ ———

—¡Albert, basta! —exclamó Lilian entre risas, forcejeando un poco con él cuando, al intentar bajar del carruaje por su cuenta, el lord intentó cogerla en volandas.

No pudo hacer nada por evitarlo: el hijo de la duquesa estaba tan emocionado con su reciente compromiso que no hubo forma alguna de evitar aquel estallido de energía que lo sacudió por un momento. Sujetó a Lilian por la cintura, levantándola a pulso y haciéndola girar antes de permitir que sus pies volvieran a tocar el suelo.

Estaban al fin en casa. Aunque la noche ya había caído, la residencia Stratford los recibió con esa calidez que la joven tanto había echado de menos. Las luces estaban ya apagadas; su padre no era de quienes se quedaban despiertos hasta tarde así que aquello no era precisamente una sorpresa.

—Basta, tu pierna —le recordó, intentando mantener un tono bajo.

Albert rio, sacudió la cabeza después, enmarcando el rostro de Lilian con las manos.

—Estoy tan feliz que ni eso me preocupa.

—¡Ya! ¡Pues a mí sí! Así que basta… —respondió, empujándolo suavemente, dejando que cierta distancia se impusiera entre ambos —. Tengo que ir un segundo a ver a los caballos, entra y avisa a mi padre de que hemos llegado. Pero cuidado, tiene mal despertar.

Albert asintió, poniendo rumbo al interior de la casa de inmediato. Lilian, en cambio, ansiosa por ver a sus caballos tras la larga ausencia, se dirigió con paso ligero hacia el establo en la parte trasera de la residencia, ese que su hermano había ayudado a reformar hacía un par de veranos y en el que pasaba la mayoría de su tiempo.

Al abrir la pesada puerta corrediza, la penumbra interior se iluminó apenas con la luz del exterior que se filtraba entre las rendijas. Los caballos, al reconocerla, giraron la cabeza, relinchando suavemente, con una mezcla de alivio y necesidad. *Muffin*, especialmente, cosa que la hizo sonreír, acercándose con paso más acelerado.

—Mi preciosa —dijo, acariciando su cuello—. Te he echado de menos. ¿Tú me has echado de menos a mí? —preguntó, apartándose un poco.

Fue entonces cuando se percató de algo.

En los cubos de agua que estaban casi vacíos, apenas unas gotas en el fondo.

En los comederos quedaban escasas hebras de heno seco.

Lilian frunció el ceño. No sin antes llenar tanto los cubos como los comederos, salió del establo con paso acelerado, sin comprender cómo era posible que los animales se encontraran en ese estado. No era la primera vez que sucedía, de todos modos: su padre había dejado de tener pasión por los caballos hacía años, pero aquello no excusaba nada.

—¡Papá! —exclamó al entrar en la casa—. ¡Los caballos estaban sin apenas agua ni comida! ¿¡En qué estabas pensando!? —añadió mientras se adentraba por el pasillo.

Del final de este, por la puerta del salón, apareció Albert.

—¿Tú sabes en qué estado estaban los caballos? Muffin…

Las palabras de Lilian quedaron silenciadas al ver al lord acercarse. Su rostro, algo en él había cambiado por completo. Estaba más pálido; ya no había rastro alguno de sonrisa ni de ese brillo en su mirada que hacía solo unos segundos la tenía sonriendo como una tonta.

—¿Qué sucede?

Albert titubeó y se frotó el rostro.

Los nervios crecieron en Lilian.

—¿¡Qué sucede!? —preguntó.

Albert presionó los labios.

—Vamos fuera… —pidió, llevando una mano al rostro de Lilian —. Hablemos fuera…

Pero la joven Stratford no iba a ir a ningún lado. Se movió, haciendo que el hijo de la duquesa la dejara ir, intentando pasar por su lado para poder llegar hasta el salón del que él había salido hacía un momento, cosa que este impidió con el brazo.

—Lilian, no…

—¿¡Qué!? —preguntó confusa, intentando pasar de nuevo, notando cómo Albert la sujetaba con más firmeza.

Como hacía solo un momento, ambos forcejearon, sin atisbo alguno de ese juego tonto de enamorados que antes lo empañaba todo. Lilian se detuvo de golpe, justo cuando su mirada se fijó en algo detrás del cuerpo de Albert, en el salón. En el suelo, pálida como nunca antes, extendida por completo, la mano de su padre yacía inerte.

Un grito quebró su garganta, uno que resonó por toda la vacía residencia.

El cuerpo de Lilian se desplomó al suelo; cayó de rodillas, rota en un llanto que no era capaz de controlar, con el corazón roto, sintiendo que su mundo acababa de detenerse. Albert no tardó en seguirla: de rodillas frente a ella, la abrazó, colocándose de forma que pudiera cubrir el resto de la visión que se encontraba en el salón.

Lilian nunca lo vería; Albert se encargó de que la imagen del cadáver de su padre no fuera algo que quedara guardado en su recuerdo. Sin embargo, al partir de esta vida, Edward llevaba puesto alrededor de su cuello el colgante de flores que su niña le había dejado en prenda hasta su regreso.

Edward Stratford había fallecido. Bajo el techo en el que antaño había vivido con su mujer y sus hijos, ese mismo que la había visto partir a ella tiempo atrás.

Florence, su siempre amada Flo.

Quizás ahora estaban juntos para siempre en alguna parte.

Veintiséis



Verano, un año atrás.
Campiña.

Albert se sentía orgulloso de sí mismo. Tras organizar aquel pequeño momento de paz entre su hermano y Arthur, haciendo creer a su madre que Daniel había pescado un resfriado y necesitaba de la buena compañía de un doctor, sentía que bien podría ganarse una medalla como el mejor hermano de toda Inglaterra.

Conseguido su propósito y tras hacerse con algunas provisiones, hizo que ensillaran a uno de sus caballos para poder salir él también rumbo a un destino para nada improvisado. Quizás eso de ganar un premio al mejor hermano de toda Inglaterra se convirtiera en algo imposible cuando, los ojos que debían juzgar sus actos, se enteraran de que sus intenciones no eran cien por cien altruistas.

Aquello era una excusa para él también. Le daba el motivo perfecto para poder hacer una visita a las chicas Stratford, ofrecerles su cortesía y compartir un momento en paz con Lilian sin el peso de la sombra de su madre sobre sus cabezas. Desde que habían regresado de Londres, su tiempo con la joven se había vuelto escaso y ¿sería demasiado osado admitir que la echaba de menos? Estaba dispuesto a hacerlo.

Cuando desmontó de su caballo en la puerta de la residencia Stratford, las más jóvenes de las hermanas fueron las primeras en recibirlo. Ya las había visto sentadas tras una de las ventanas, tras dar un brinco al ser conscientes de quién era, salieron con paso acelerado a su encuentro con una amplia sonrisa.

—¡Lord Albert! —exclamó Abigail, acercándose, observando curiosa los presentes que el hijo de la duquesa portaba consigo—. ¿Qué hacéis aquí?

—Una visita a mis estimados amigos los Stratford. He traído conmigo varias cosas que esperaba que pudiéramos compartir en la mesa, así que… ¿puedo pasar?

Abigail estaba más que dispuesta a acceder; sin embargo, al notar como Jane la cogía del brazo, la pequeña de las hermanas quedó en silencio.

—Debemos avisar a nuestra hermana primero. Y a padre también.

Albert asintió.

—Es justo. Esperaré aquí fuera con gusto —respondió, haciendo una ligera reverencia con la cabeza antes de que las muchachas volvieran al interior de la casa.

No tuvo que esperar mucho. Antes de que pudiera siquiera aburrirse, Lilian apareció, acercándose a él con el ceño fruncido y con confusión evidente pintada en el rostro. La joven no parecía tan contenta como sus hermanas de verle.

—Pero… ¿qué haces aquí? —preguntó, frunciendo todavía más el ceño al percatarse de que sujetaba entre sus manos una cesta.

—Se lo he dicho a tus hermanas, he venido a hacer una visita a una familia amiga. Sé que no he avisado y tal vez eso haya sido desconsiderado por mi parte, pero traigo conmigo algunos presentes para que puedas perdonarme: unos quesos franceses que sé serán de tu agrado, bombones de praliné que les encantarán a tus hermanas, una botella de jerez para poder soportar las penas cuando vuelvas a

darme una paliza a las cartas y tabaco para tu padre —sonrió—. ¿Serías tan amable de invitarme a pasar?

Lilian presionó los labios. Dudó un momento, mirando varias veces hacia atrás para asegurarse de que ningún oído curioso estaba escuchando aquella conversación.

—De acuerdo… ¡Pero! —exclamó, levantando la mano, acomodándola sobre el pecho del lord para detener su andar—. ¿No estarás pensando siquiera en contarle a mi padre lo que pasó en… Londres?

Lord Albert rio y sacudió la cabeza.

—No te haría eso, jamás —respondió, honesto—. Soy honesto con mis intenciones. Solo quiero pasar tiempo con quienes considero una amistad. Especialmente contigo.

Las mejillas de Lilian se tiñeron de un suave rubor al escuchar aquellas palabras, un rubor de un tono rojizo suave, similar al de una manzana. Resultaba tan apetitoso que Albert hubiera dado todo cuanto tenía en aquel momento para poder besar aquella piel tan dulce.

—Bienvenido a nuestro hogar entonces, lord Albert —respondió ella finalmente, haciéndose a un lado para permitirle pasar al interior de la casa.

Albert cruzó el umbral, regalando a las hermanas Stratford la mejor de sus sonrisas. Dentro, Jane y Abigail se acercaron con paso acelerado, como dos pajaritos revoloteando a su alrededor. Con voces cargadas de entusiasmo, ambas hermanas se ofrecieron a mostrarle su hogar, parando en cada estancia para explicarle pequeñas nimiedades sobre cada una de ellas, convencidas de que era la primera vez que sus ojos contemplaban aquellos rincones.

Albert, sin embargo, ya conocía cada recoveco, cada grieta de la madera y cada olor de aquel lugar, pues, tras el fallecimiento de la madre de todas aquellas muchachas, había decidido pasarse a mostrar respeto al patriarca en persona, pasando largas horas en él.

El patriarca de los Stratford se encontraba en su despacho, sorprendiéndose al ver al hijo de la duquesa de nuevo en su residencia. Sin embargo, cualquier queja que pudiese tener al respecto se desvaneció cuando le mostró el vino y el tabaco de aroma profundo que traía consigo. Una sonrisa franca se pintó en el rostro del señor Stratford, quien, palmeándole el hombro, lo invitó a su mesa, declarando que era un honor contar con tan grata compañía.

Cecile, afectuosa como era, se interesó por su hermano Daniel y por su madre, preguntando por su estado y por su ausencia en aquella visita.

Lilian, en cambio, se mantenía en silencio. La joven observaba cada interacción desde cierta distancia, pero en sus labios se dibujaba una sonrisa serena y sus ojos brillaban de una forma que resultaba imposible no considerar un halago. Estaba contenta de tenerle allí, y eso hacía a Albert el hombre más dichoso de toda Inglaterra.

Entre quesos franceses y vino que corría con generosidad, la comida transcurrió con una calidez tan agradable que Albert se descubrió deseando que el tiempo se detuviera en ese instante, en esa mesa, en esa compañía, repitiéndose mil veces hasta el fin de los días.

Ahora, en la cocina, Albert observaba la pila de platos apilados junto al barreño de agua humeante como si de frágiles reliquias se trataran. Después de comer todos juntos —sopa de verduras y carne de venado habían sido la elección de aquella velada— y disfrutar de los quesos y el buen vino, quedaba por delante una tarea que no resultaba tan apetecible: lavar todo lo ensuciado.

El lord nunca antes había tenido en sus manos la tarea de lavar aquellos cacharros; siempre había estado en manos de las doncellas de su hogar y no se había preocupado ni mucho menos de que aquello cambiara, sin embargo, cuando Lilian le preguntó si quería

echar una mano, de sus labios no había podido salir otra palabra que no fuera un sí.

Esa misma Lilian se encontraba a su lado, mucho más preparada para aquella tarea, convirtiéndose en el reflejo a imitar cuando empezó con la tarea. Albert hundió las manos en el agua caliente; el calor le arrancó un gesto de sorpresa, pero no sacó las manos de su interior. Al contrario. Frotó con torpeza el metal de los cubiertos hasta que, poco a poco, el brillo comenzó a asomar bajo la espuma. Lilian lo miraba de reojo, entre divertida y complacida, mientras aclaraba un delicado vaso de cristal en un segundo barreño.

—¿Así? —preguntó Albert, levantando la cuchara que reflejaba la luz en destellos.

—Así —respondió ella, riendo brevemente después—. ¿De verdad nunca antes habías lavado los platos?

El lord negó de inmediato.

—Siempre hemos tenido servicio. Además, esta no es una tarea de caballeros.

—Pues yo jamás me casaría con un hombre que no supiera lavar los platos. Ante todas las cosas, un caballero ha de saber tanto cuidar de su hogar como de su familia, y eso empieza con este tipo de tareas.

Sus miradas se encontraron.

Albert lo sintió como un comentario directo a su persona.

—Tendré que esforzarme en aprender entonces —respondió, haciendo que Lilian pusiera los ojos en blanco sin creer de verdad nada de lo que acababa de decir.

La habitación olía a jabón. Con las mangas arremangadas y un mechón rebelde pegado a la frente, Albert sentía que aquella tarea sencilla tenía algo de solemne. No estaba solo ayudando a Lilian, estaba entrando en su mundo, compartiendo el peso de lo cotidiano, y esa intimidad le parecía más valiosa que cualquier gran baile al que pudieran asistir.

—¿Y haces esto cada día? —preguntó, frunciendo ligeramente el ceño.

—Solo después de cada comida —respondió ella, burlona—. Mis hermanas y mi hermano suelen ayudar, así que resulta una tarea mucho menos pesada, pero quería poder tener un momento a solas contigo.

El lord sonrió con ese toque de fanfarronería tan natural en él.

—¿Querías pasar tiempo a solas conmigo? Que osada confesión.

Lilian sacó la mano del agua, moviendo sus dedos húmedos cerca del rostro de Albert para poder salpicarlo con estos. El lord rio, echando ligeramente el cuerpo hacia atrás para esquivar un ataque tan inofensivo como dulce.

—No, quería poder preguntarte por qué has venido hasta aquí de verdad.

Albert suspiró.

—No todo tiene una cara oscura, Lilian. No siempre has de buscar intenciones ocultas en lo que los demás hacen por ti —suspiró—. Quería verte, nada más. Llevo pensando en ti desde que volvimos de Londres y, en fin, pensé que esta era la forma más apropiada de intentar robarte algo de tu tiempo… ¿Tan malo es? ¿No te han gustado mis presentes?

Lilian negó.

—No es eso, no tenías que traerlos para ser invitado a estar aquí con nosotros…

—Si te lo hubiera pedido… ¿Me habrías concedido pasar tiempo contigo?

La joven asintió.

Albert sintió que algo en sus adentros aleteaba con fuerza.

Mariposas. Dichosas mariposas.

Albert alcanzó el siguiente plato con manos torpes, intentando imitar la suavidad con que Lilian lo hacía. Ella, inclinada sobre el

barreño, extendió el brazo al mismo tiempo, escogiendo limpiar la misma pieza que el lord también había elegido.

Sus dedos se rozaron bajo el agua tibia y jabonosa.

Un roce breve, insignificante a ojos ajenos, pero que hizo que a ambos les recorriera una corriente por toda la piel. Para sorpresa de ambos, ninguno retiró la mano de inmediato; sus dedos se quedaron jugando a tocarse bajo el agua, sin saber de verdad si aquello significaba algo o si la sorpresa del momento los estaba congelando.

—Yo…

Las palabras del lord quedaron silenciadas cuando el señor Stratford entró en la cocina. Sacó la mano del barreño deprisa, dejando ir así la de Lilian, irguiendo la espalda y adoptando una postura más digna de un hombre con un estatus como el que él debía tener. O quizás pensar que el padre de la joven a la que deseaba cortejar lo hubiera visto de ese modo le despertó, por vez primera en su existencia, vergüenza.

—Lord Albert, le estaba buscando —dijo, levantando una de sus manos para mostrar que sujetaba el tabaco en ella—. Estoy deseoso de fumar un poco, pero me parecería de mala educación hacerlo sin usted.

Albert buscó la mirada de Lilian. Esta sonrió, asintiendo después.

—Ve, yo acabaré con esto —respondió.

El hijo de la duquesa se puso en pie, estirando la pierna un poco primero antes de salir con el señor Stratford por la puerta trasera de la casa. Pasearon un poco, alejándose de las damas que seguían con sus quehaceres, encontrando un lugar en el que sentarse bajo la sombra de un alto árbol. El señor Stratford debía pasar mucho tiempo allí, pues dos sillas se encontraban ya dispuestas, con varios libros a sus pies y otros papeles sujetos por rocas.

El hombre no dijo nada al respecto, solo tomó asiento, señalando con la cabeza a su lado mientras empezaba con la tarea de encender la pipa.

—No tiene por qué compartir conmigo su tabaco, señor. Es un presente por haber aparecido en su hogar sin avisar; puede fumarlo a mi salud si lo desea.

El señor Stratford negó.

—Eres bienvenido aquí, Albert. Desde que me visitaste cuando falleció mi mujer, guardo un gran aprecio por ti y por tu hermano, así que tu visita me es muy grata —respondió, colocándose la pipa en los labios tras prenderla, tomando una primera calada.

Una voluta azulada se alzó en el aire; después, con una media sonrisa, el señor Stratford ofreció la pipa a Albert, invitándole a hacer lo mismo.

El lord obedeció.

—Siento que mi hija te haya obligado a lavar los platos. Un lord como tú…

Albert rio y sacudió la mano en un gesto que le restaba importancia.

—No lo ha hecho, yo me ofrecí a ayudarla. Señor Stratford, tiene una hija estupenda con la que hasta tareas como esta se vuelven divertidas. Lo he hecho encantado, se lo aseguro.

El señor Stratford pareció satisfecho con tal respuesta; una media sonrisa se pintó en sus labios, antes de mover la mano demandando que le devolviera la pipa.

—Lilian se parece mucho a mi Florence. Tú la conociste, seguro ya te habías dado cuenta. No es solo en lo físico, ambas tienen ese… espíritu indomable que las hace tan únicas. Mi Florence venía de buena familia y, aun así, siempre andaba perdida en las cocinas, ayudando a las doncellas con la ropa… Me gustaba pensar que lo hacía para pasar más tiempo a mi lado, pero… —rio—. No, ella simplemente no quería escuchar a su viejo padre cuando le decía cómo deben ser las damas como ella…

—Usted trabajó para los Collier, con sus caballos; ahí conoció a su esposa.

El señor Stratford asintió.

—Así es —respondió, apoyando la pipa en el brazo de la silla—. Confieso que, desde el primer día, mi mirada se fijó en ella. Era… de voluntad firme como Arthur; pura alegría como Abigail; llena de compasión como Cecile; astuta como Jane, e indomable como Lilian. Tenía la risa más libre que he oído jamás. Desde que se fue no la he vuelto a escuchar… —suspiró.

Albert bajó la mirada un momento.

—No puedo imaginar siquiera cómo fue perderla. Perder un amor así, tan fuerte…

—Más fuerte que la muerte misma. Hasta mi último día la tendré aquí —se llevó una mano al pecho—. Cada día, cada noche. Y aunque el mundo cambie, aunque los años pasen, sigo perteneciendo a ella. No ansío dejar a mis hijas solas en este mundo, pero espero que todas sepan que, cuando llegue mi hora, me iré feliz. Porque voy a verla otra vez.

Lord Albert tomó aire, extendió el brazo, llevando la mano hasta el hombro de su acompañante para presionarlo con firmeza. Este también respiró profundamente, calmando ese brillo en su mirada, que auguraba que los sentimientos lo sobrepasaban, y recuperando su pipa para tomar una profunda calada.

—En este hogar siempre hemos hablado del amor abiertamente, ¿sabes? —volvió a hablar—. Siempre he querido que todos mis hijos vivan algo como lo que yo y su madre hemos vivido, porque… nadie en el mundo merece una existencia sin algo así —sonrió—. Así que, si algún día alguien quiere llamar suya a una de mis niñas, deberá amarla con esa misma devoción. No con el entusiasmo pasajero de la juventud, fugaz como el verano, sino con un compromiso capaz de romper las barreras que existen tras la muerte. Amar incluso cuando parece que ya no es posible. Jamás les permitiría menos de eso.

Ambos hombres se observaron en silencio. Le estaba hablando a él, aconsejando y advirtiendo al mismo tiempo. Si pretendía cortejar

a su hija, entonces aquellas eran las condiciones. Si no estaba dispuesto a aceptarlas, podía irse por donde había venido.

El señor Stratford rio y bajó la mirada un momento.

—Aunque le deseo buena suerte a quien intente enamorar a mi Lilian y crea que acercarse a mí es la respuesta. Sé muy bien que, cuando ame, no se detendrá a pedirme permiso. Es demasiado salvaje para someterse al juicio de nadie —y tomó una nueva calada.

No hubo más palabras.

Ambos hombres miraron al frente, observando el hermoso paisaje de la campiña.

La brisa suave los acariciaba a ambos. Albert se permitió cerrar los ojos, echando la cabeza hacia atrás unos segundos para poder disfrutar de aquella sensación, esbozando una media sonrisa al darse cuenta de que el olor a jabón y a Lilian lo seguía acompañando.

Un compromiso capaz de romper las barreras que existen tras la muerte.

Amar incluso cuando parece que ya no es posible.

Sí, por Lilian podía ofrecer algo así.

——— ❀❀❀ ———

Verano, presente.

Tras tomarse varias tilas, Lilian al fin consiguió dormirse.

Albert, que permanecía sentado junto a la cama velando su sueño, se incorporó por vez primera en mucho rato tras escuchar cómo alguien llamaba su nombre en la planta de abajo, abandonando la estancia solo después de besar la sien de su amada y asegurándose de que de verdad seguía tranquila en sus sueños.

Tras la visita de un doctor hacía unas horas, certificando la muerte del patriarca de la familia, los servicios funerarios se habían encargado de preparar su cuerpo para el velatorio. Lilian no había

querido que el párroco les hiciera una visita; nunca habían sido religiosos y sabía que su padre no querría tal cosa. Albert, a cambio, le pidió que aceptara no ser ella quien se encargara del cuerpo, consiguiendo a alguien con la rapidez de quien tiene dinero.

—He terminado, milord, me dispongo a marcharme. El señor Stratford está aseado, vestido con la ropa que escogió su hija y listo para el velatorio de mañana. Ha elegido usted un ataúd precioso, tiene el mismo buen gusto que su madre —el hombre, acostumbrado a una vida tan pegada a la muerte, decía aquellas palabras con un humor exquisito.

Albert le dedicó una sonrisa amable y le estrechó la mano.

—Gracias por su trabajo y por ahorrar este mal trago a mi prometida, señor Scrooge. También, por venir con tanta rapidez; cuente con que sus honorarios estén mañana a primera hora listos.

El hombre asintió, saliendo de la residencia en compañía de Albert.

Fuera de esta, dos hombres lo esperaban. El primero, Edmund, uno de los criados de siempre de la familia de los duques de Bibury. Albert confiaba tanto en él que, durante el año, se le permitía residir con su familia en la residencia de verano de los duques, disfrutar de cada rincón sin coste alguno, con la excusa de cuidarla en su ausencia. El segundo, Cliff, hijo menor del mencionado Edmund y que en unos meses se mudaría junto a su esposa a la residencia de Elizabeth para servir cuando naciera el bebé.

Les tendió una carta a cada uno.

La de Edmund estaba a nombre de Arthur Stratford. La de Cliff, para Jane y Abigail.

—El señor Stratford acaba de fallecer. Necesito que sus hijos estén aquí mañana mismo, así que debéis entregar estas cartas lo más pronto posible. Cabe decir que el esfuerzo será recompensado con la generosidad que me caracteriza.

Ambos hombres asintieron.

Tras tomar las cartas, montaron en sus caballos, perdiéndose en la noche.

Veintisiete



Lilian despertó temprano aquella mañana, encontrando a Albert inmerso en los muchos quehaceres necesarios para la vigilia y el funeral, declinando el desayuno que este le ofrecía, pero no sus abrazos y besos, los únicos capaces de mantenerla en pie. Su padre ya estaba listo; durante la tarde y noche anterior, se había encargado de que así fuera. En el salón principal, reposaba en su ataúd de madera oscura, sencillo, sin adornos ostentosos, apenas cubierto por un paño blanco que dejaba al descubierto su rostro sereno.

Aunque sabía que debía hacerlo, no entró a verlo.

—¿Crees que soy estúpida por querer esperar a mi hermano para hacerlo?

Albert negó, besando de nuevo la sien de su prometida.

—Cuando perdí a mi padre yo no fui siquiera capaz de entrar a verle. Cada uno lidia con estas cosas como puede —respondió con tono de voz suave.

Lilian se encargó de cubrir los espejos de la casa con telas negras; además, paró el gran reloj de péndulo del salón en una hora cercana a la que el corazón de su padre se apagó. La residencia Stratford estaba impregnada del olor a cera y flores frescas, una mezcla agradable y extraña a la vez, una que Lilian no sabía, demasiado bien, si era de su agrado.

El sonido de caballos hizo que saliera de la casa.
Arthur y Daniel habían llegado.
En cuanto su mirada conectó con la de su hermano, la joven Stratford se acercó con paso acelerado a él, abriendo los brazos para fundirse en un sentido abrazo, uno que consiguió que esas lágrimas que llevaba aguantando toda la mañana cayeran por sus mejillas. Y es que, en el mismo instante que los brazos de Arthur rodearon el cuerpo de Lilian, esta sintió que una chispa de calor nacía en sus adentros creando cierto confort.
—Se ha ido —dijo con voz rota.
—Se ha reunido con mamá —corrigió él.
Lilian abrazó a Daniel también antes de entrar, recibiendo el pésame por su parte y la oferta de ayudar en lo que fuera necesario. Los hijos de la duquesa se reunieron en el salón para hablar de cómo iba a proceder el resto del día, dejando a ambos hermanos entrar juntos a ver a su padre descansar. Cogidos de la mano, Arthur y Lilian se adentraron en la sala, sin dejar que una sola palabra brotara de sus labios, colocándose junto al ataúd, observando el rostro de su padre, ahora iluminado por velas.
—Parece tranquilo, han hecho un buen trabajo —dijo finalmente Arthur, buscando quizás romper un silencio que resultaba demasiado asfixiante.
Pero Lilian no respondió.
Apretó la mano de su hermano, sintiendo, de nuevo, las lágrimas recorriendo sus mejillas.
—Es por mi culpa… —susurró, notando cómo Arthur la abrazaba de inmediato.
—No, no lo es.
—Sí, lo es. Cuando me marché a Bath le prometí que encendería una vela por él todas las noches… y se me olvidó… —farfulló, aferrándose a la ropa de su hermano.

Arthur no dijo nada, consciente de que aquellas palabras no nacían de una idea racional, sino del dolor, de la necesidad de encontrar una respuesta a algo que no lo tiene. Su padre los había dejado, eso era todo. No había razones mágicas ni nada que pudiera darle sentido. Solo era uno de esos aspectos de la vida para los que uno no está listo.

En cuanto Lilian se recompuso, ambos hermanos se reunieron con sus parejas y decidieron que aquello no debía alargarse más de lo necesario. Vivían en la campiña, lejos de cualquier vieja amistad, sin familia cercana que pensara realmente acercarse a despedir al patriarca. ¿Qué sentido tenía prolongar una vigilia vacía? Tampoco eran especialmente religiosos; si deseaban enterrarlo en el cementerio parroquial, era sencillamente para permitirle descansar cerca de su amada. En cuanto sus hermanas llegaran de Bath y pudieran despedirse, arreglarían todo, y ese mismo día estaría hecho.

No hubo visitas en toda la mañana. Solo lady Carrington hizo llegar, mediante uno de sus criados, un arreglo floral excesivo, con cintas de seda negra y una tarjeta escrita con caligrafía elegante, pero que en poco se asemejaba a la de la mujer.

«Lamento vuestra pérdida, queridos.

Hacedme saber si hay algo que pueda hacer para mitigar vuestro dolor.

Con afecto, lady Carrington».

Lilian rompió la tarjeta y la lanzó lejos tras leerla.

Acompañadas de tía Lou, Jane y Abigail llegaron a casa entrada la tarde. Ambas estaban hechas un mar de lágrimas, sin ser capaces de contener todo lo que aquel momento les estaba provocando. Los hermanos se fundieron en varios abrazos silenciosos, dejando que su cercanía y afecto fuera lo suficiente para consolar a las pequeñas de la familia.

Abigail quiso ver a su padre. Lilian la acompañó a hacerlo de la mano.

Jane no. Arthur se quedó con ella en el salón, asegurándose de que comprendiera que no pasaba nada por no hacerlo; que si no se sentía capaz, estaba bien.

Al salir del salón, con Abigail hecha un mar de lágrimas, Lilian se encontró con tía Lou esperando.

—A mí me gustaría entrar a verlo si te parece apropiado —dijo.

Lilian asintió de inmediato.

Sin embargo, antes de que su tía pudiera pasar, Lilian recortó toda distancia con ella, abrazándola con fuerza y acomodando la cabeza contra su pecho. Louane le devolvió el abrazo, besando su cabeza despacio y trazando arcos con el pulgar sobre su baja espalda.

—Gracias por venir… —atinó a decir Lilian.

—Jamás os habría dejado solos en un momento así —respondió tía Lou.

Abigail se unió al abrazo también.

——— ❀❀❀ ———

—Estamos hoy aquí reunidos para dar descanso a nuestro hermano Edward Stratford, que en vida caminó entre nosotros con sencillez y honra. La muerte llega a todos, mas no es el fin, pues el polvo vuelve a la tierra de donde vino y el espíritu a quien lo dio. Rogamos que encuentre reposo junto a los que le precedieron, y que el consuelo descienda sobre los corazones de sus hijos: Arthur, Lilian, Cecile, Jane y Abigail, que aquí quedan. Edward nos observa ahora desde el cielo, junto a su amada Florence, velando por ellos en la certeza de que el amor y la memoria trascienden la tumba.

——— ❀❀❀ ———

En cuanto Arthur abandonó la habitación, Lilian cerró la puerta con cuidado, permitiendo a sus hombros relajarse por vez primera en todo el día. Había costado, pero, poco a poco, sus hermanas habían terminado por caer dormidas, apagando su llanto y sumiéndose en un sueño que esperaba fuera reparador y las ayudara a soportar mejor el día siguiente.

Ambos hermanos intercambiaron una mirada, echando a andar hacia las escaleras, de vuelta al salón donde Albert, Daniel y tía Lou esperaban con una botella de vino y el sueño todavía esquivo. Sin embargo, antes de bajar el primer escalón, Lilian sintió cómo Arthur la cogía de la muñeca, deteniendo su andar.

—¿Y qué pasa con Cecile? —preguntó.

—No lo sé. Hay que redactar una carta, mandarla y… esperar —suspiró—. Solo deseo que no haya otras chismosas que se nos adelanten y se entere de malas maneras.

Su hermana estaba en Alemania, con su esposo y, pronto, con un retoño entre los brazos; no podían esperar a su regreso. Solo les quedaba actuar de la forma más conveniente posible para todos. Arthur suspiró.

—¿Te refieres a lady Carrington?

Lilian asintió.

—Por ejemplo. No sé, después de todo lo que vivimos el verano pasado, supongo que esperaba una respuesta más cálida por su parte que una… nota que ni siquiera ha escrito.

Su hermano le acarició la espalda, besando su cabeza una vez más.

—Al final, lady Carrington solo es otra de esas mujeres demasiado obsesionadas con el estatus como para vernos de verdad a su altura. Estoy seguro de que, si te la encuentras, estará convencida de que lo que ha hecho por nosotros ha sido más que suficiente.

Ambos suspiraron.

—No dejes que aquellos que no importan te entristezcan, Lilian.

—Tienes razón… —respondió, bajando la cabeza, intentando contener una vez más esa sensación de cosquilleo en sus adentros que la invitaba a romperse.

Quizás al mundo podía ocultarle esas cosas, pero no a Arthur; su hermano la conocía demasiado bien como para eso. Entre ellos no había secretos, ni siquiera aquellos que podrían haber terminado con todo habían sido capaces de crear brecha alguna entre ambos.

—¿Qué sucede? —preguntó, tirando de ella para volver a abrazarla.

—No debería haberme ido a Bath, debería haberme quedado y…

—¿Y qué? ¿Qué habrías hecho llegado el momento? Si alguien debería sentirse culpable por una cosa así soy yo, que para algo soy médico, ¿no te parece?

Lilian calló; como una niña pequeña escondió el rostro contra el pecho de Arthur.

—Hey… —susurró, ascendiendo una de sus manos hasta acariciarle el cabello—. Que tengamos que ser fuertes por nuestras hermanas menores, no significa que no podamos permitirnos ser débiles entre nosotros. No te guardes lo que estás sintiendo; si alguien puede entenderte en esto soy yo.

—Es solo que… me siento culpable por no haber estado aquí, con él, cuando pasó…

—No estuviste esa noche, Lilian, pero sí estuviste para papá cuando mamá se fue. Cuando se cortó la mano en el huerto y tuve que ponerle puntos, ¿te acuerdas? Te apretaba tanto la mano que se te puso blanca. Estuviste en sus cumpleaños, en Navidades, durante todos estos meses de soledad, momentos tristes, momentos alegres…

—¿Y fue suficiente? ¿Crees que él lo sintió así?

Arthur asintió y acarició despacio la mejilla de su hermana.

—Lo fue todo. Estoy completamente seguro de ello.

Y aunque no había forma alguna de saber cuán ciertas eran esas palabras, Lilian escogió creer que su hermano atesoraba toda la

verdad posible en su interior. Aun así, durante unos largos segundos, lo siguió abrazando en silencio, disfrutando de tenerle de nuevo a su lado después de tanto tiempo.

Al regresar al salón con el resto de presentes, se encontraron con una imagen mucho más distendida y alejada del dolor que los había acompañado todo el día.

Tía Lou, sentada junto a la ventana, sujetaba en una de sus manos un cigarrillo que fumaba con calma; en la otra, una copa del mismo vino tinto que estaban degustando los hijos de la duquesa. Su padre adoraba ese vino y, por esa misma razón, todos habían decidido disfrutar una copa en su honor tras el funeral. Daniel, sentado en el sofá, no tardó en moverse para dejar sitio a su amado, que se sentó a su lado, acariciando su cabello y aceptando la copa para beber ambos de la misma.

Lilian, en cambio, buscó la mirada de Albert, regalándole una media sonrisa honesta antes de acercarse a él y tomar asiento a su lado. El lord dudó un momento, pero, tras un leve asentimiento, depositó un beso en los labios de su prometida.

—¿Cómo están tus hermanas? ¿Han conseguido dormirse? —preguntó.

—Descansan; espero que mañana amanezcan lo mejor posible… ¿Puedo? —preguntó, en referencia al vino, recibiendo un asentimiento como respuesta.

Albert le sirvió una copa, acompañándola de una caricia en el brazo.

—Vuestra tía nos estaba contando una historia de vuestro padre —explicó Daniel.

—¿Qué historia? —preguntó Lilian. Dio un sorbo al vino, acomodando después la cabeza sobre el hombro de su prometido.

—Bueno… —dijo tía Lou con una sonrisa cómplice—. Cuando vuestro padre era apenas un mozo trabajando para nuestra familia, mi padre le hizo el responsable de cepillar los caballos, darles de

comer y, por supuesto, mantenerlos en buen estado para los paseos dominicales. Una mañana decidió impresionar a vuestra madre, demostrando lo hábil que era con las riendas. Así que decidió montar al potro más nervioso de todos, convencido de que podría domarlo y pasear con él frente a la ventana donde ella solía sentarse a leer. Pero no. El caballo, en lugar de dar un paseo elegante para deleite de su amada, echó a galopar hacia el huerto. Derribó una fila entera de coles, arrastró a otro pobre mozo contra la cuerda de tender, arrancando las enaguas recién lavadas de vuestra abuela, llevándoselas enganchadas en el caballo… —rio—. Todavía me entra la risa cuando me acuerdo del caballo relinchando y de toda la servidumbre corriendo detrás para recuperarlas —suspiró—. A vuestra madre le hizo mucha gracia. De hecho, estábamos juntas en el salón cuando pasó y salió corriendo de inmediato a socorrerlo. Cuando vi cómo curaba sus arañazos, supe que mi hermana llevaba tiempo mirando al pobre mozo con ojos… diferentes.

Las risas quedaron flotando en el aire, Edward Stratford quedaría grabado en su memoria para siempre, de eso no cabía duda. Quizás el tiempo se llevaría consigo el sonido de su voz. Quizás el tiempo borraría de sus memorias el recuerdo nítido de su rostro. Pero los recuerdos, las historias, su amor… Eso nada ni nadie podía quitárselo.

Lilian bajó la mirada y observó el interior de su copa; el vino creaba suaves ondas fruto del movimiento. No volvió a la conversación hasta sentir los labios de Albert sobre su hombro, dejando un beso lento y cálido. Le sonrío, afortunada de tenerle.

—Asumo que las preguntas están fuera de lugar… —dijo Daniel —. Pero diría que no soy el único que siente devoción por uno de los hermanos Stratford —añadió, bromista, mirando a ambos.

Albert rio y miró a Lilian, dudando un momento.

Esta le sonrió de inmediato, ofreciendo su mano como toda respuesta.

—Bueno, mi deseo habría sido poder compartir esta buena nueva en un momento mucho más propicio, pero… —el lord tomó la mano de Lilian, elevándola, mostrando el anillo en uno de sus dedos—. Estamos prometidos.

Daniel se incorporó con presteza, acercándose a ambos y cogiendo la mano ajena para poder observar el anillo más de cerca.

—¡Es hermoso! —exclamó, sonriente—. Enhorabuena.

A su espalda se encontraba Arthur, que había decidido acercarse para observar tan bella joya también de cerca.

—Daniel tiene razón, es precioso. Enhorabuena; temía al final que este momento no llegara nunca, nos habéis hecho sufrir —Arthur estrechó la mano de Albert con firmeza, luego abrazó a su hermana —. Me alegro mucho por vosotros.

Cuando Lilian dejó ir a Arthur, pudo ver que tía Lou también se encontraba cerca. No dijo nada; solo extendió el brazo, moviendo los dedos en señal de que le dejara ver el anillo. Lilian acomodó su mano sobre la de su tía, quien observó la joya durante largos segundos.

—Hay que ver, lord Albert, tenéis un gusto exquisito para las alianzas —dijo. Ambas intercambiaron una sonrisa cómplice, una que entierra las viejas hachas de guerra—. Y no os lamentéis por el momento; es precisamente ahora cuando una noticia así nos es necesaria. Necesitamos cosas que nos hagan felices, que nos recuerden que la vida sigue a pesar de todo —le acarició la mejilla a su sobrina—. Enhorabuena, pajarito. Vais a ser muy felices —añadió, mirando a Albert después, apuntándole con el dedo—. Más te vale que así sea.

El lord rio y asintió de inmediato.

—Hacerla feliz va a ser mi cometido en esta vida, lo juro. Y tienes todo mi permiso para patearme si en algún momento falto a mi palabra.

Tía Lou asintió, satisfecha.

—¿Y cuándo será el enlace?

—¡Debe ser en verano! —exclamó Daniel—. A lo sumo primavera. Que el tiempo sea propicio y podamos bailar al aire libre hasta que el cuerpo no pueda más.

Arthur suspiró, acariciando la espalda de su amado.

—Respira. Es su boda, no la tuya —dijo, con tono dulce, llevando la mano a su cintura para achucharlo un poco en un intento porque aquellas palabras no le enturbiaran los pensamientos.

A Lilian le encantaba ver aquella imagen: a su hermano pudiendo compartir afecto con la persona que había escogido para compartir su vida. Era triste pensar que aquello era algo que solo podía reservarse a lugares seguros como aquellos, vistos solo por ojos de personas que los amaban tanto como para protegerlos de la crudeza del mundo, pero, a veces, una tenía que contentarse con aquel tipo de felicidad, aunque no fuera perfecta.

Quizás algún día todo sería diferente.

—¡No me refería a este verano! Solo decía que… —exclamó Daniel.

Pero Lilian dejó de escuchar. Mientras el hijo de la duquesa seguía hablando sobre bodas al aire libre y banquetes, acompañado de tía Lou, que no tardó en centrarse en el vestido y en que debía ser su regalo de boda y con Arthur de fondo intentando calmar las ensoñaciones de ambos, algo resonaba en el fondo de su cabeza que no podía apagar.

La joven ladeó el rostro, buscando la mirada de Albert, que le sonrió de inmediato, acercándose para apartar un mechón de cabello de sus ojos. Era tan dulce; conseguía derretir todo su ser con gestos tan sencillos como aquel.

—¿En qué piensas? —preguntó el lord.

—En lo que han dicho mi tía, tu hermano…

Albert rio y sacudió la cabeza.

—No le hagas caso, Daniel se emociona demasiado. La boda será cuando queramos, a nuestra manera. No le des vueltas, necesitas dejar de pensar un poco, Lilian.

—No, no es eso. Mi tía ha dicho que, justo en momentos como estos, es cuando necesitamos cosas que nos hagan felices, que nos recuerden que la vida sigue a pesar de todo. Y siento que tiene razón.

El lord frunció el ceño.

—No te sigo, lo siento.

—Digo que… —Lilian miró a los presentes, discutiendo en su mundo todavía. Sonrió, volviendo a mirar a Albert, esbozando una amplia sonrisa—. Estamos en casa, con nuestra familia, con la gente que nos ama… Si tu hermana viniese… todo estaría perfecto. Yo no quiero una boda ostentosa, no ansío un vestido precioso, ni que mucha gente venga a darnos regalos y decirnos que somos la pareja perfecta. Yo solo quiero casarme contigo y que aquellos que amo estén presentes. Mi padre no podrá estarlo, Albert. Ni Cecile. No quiero que pase el tiempo y tener que enfrentarme a que otro tampoco.

Albert sonrió.

—¿Me estás diciendo que quieres casarte ya?

—Tú mismo dijiste que estaríamos casados para verano, ¿no es cierto?

No sería perfecto. No estarían todos los que deseaba.

Pero sería con él, junto a los suyos, y eso, al final, era todo lo que le importaba.

Albert rio, enmarcó el rostro de Lilian con ambas manos y le dio un beso, llamando la atención de todos los presentes, ajenos a aquella decisión. Ahora solo había que hacerlos partícipes, beber para celebrar, disfrutar para sanar las heridas de la pérdida y desear que su padre y su madre estuvieran viendo aquel momento con gozo desde donde estuvieran.

Una carta saldría hacia Bath a la mañana siguiente para lady Elizabeth.

En unos días, la boda de su hermano y su mejor amiga tendría lugar.

Veintiocho



La planta superior de la residencia Stratford era, a todas luces, una zona exclusiva para mujeres. Desde que el sol hubiera salido, tras un sencillo desayuno, todas las hermanas, tía Lou y lady Elizabeth —que había llegado la tarde anterior— habían tomado aquel espacio de la casa como propio para poder prepararse y ayudarse las unas a las otras.

Lilian estaba de los nervios, aunque lo escondía con mucha templanza, y buscando mil pequeñas tareas en las que entretenerse, evitando que sus pensamientos se centraran en que, en tan solo unas horas, debía estar perfecta para unir su vida a la de lord Albert.

Iba a ser un enlace sencillo, sin vestido de boda, sin grandes alardes; solo ellos, las personas que de verdad amaban, y la promesa de un «para siempre» que ambos les había sido esquivo en el pasado. Estaba emocionada, feliz de sobremanera, y eso mismo hacía que el miedo a que algo pudiera salir mal se volviera tan asfixiante. En su primera boda, nada de eso había importado, porque no había amor y sentía aquello como un trámite, una más de las obligaciones ligadas a ser una dama.

Todo era diferente ahora.

Lilian sintió de repente cómo su tía le daba una palmadita en la mano, haciendo así que dejara la tarea de ocuparse del cabello de

Abigail.

—Tú no deberías encargarte de estas cosas, no hoy —dijo, haciendo que se moviera, colocándose ella tras la espalda de la pequeña Stratford para seguir con el meticuloso trenzado—. Debes pensar solo en ti, en estar preciosa y tranquila, ¿de acuerdo?

La joven Stratford suspiró, pero asintió, saliendo de la habitación de sus hermanas para dirigirse de nuevo a la propia. Entró, cerrando tras de sí, encontrándose de nuevo con el vestido que Elizabeth le había regalado para la ocasión. De un blanco marfil, el vestido era de muselina ligera, suave, sencillo, tal y como le había pedido. Tenía además un corpiño precioso, cerrado al frente con pequeños botones de nácar y un discreto encaje en el cuello y los puños, uno que no tardó en acariciar, pues le despertaba un confort agradable. Las mangas eran abullonadas y la falda caía con sencillez hasta los tobillos, con una leve cola apenas perceptible al caminar. En la cintura, una cinta de raso blanco y nada más.

No más adornos.

Ni velo, ni joyas, ni guantes.

Y aunque su tía estaba completamente en contra, Lilian era feliz con ello.

De nuevo, a diferencia de su anterior enlace, Lilian no sentía la presión de tener que encandilar al mundo, de ser esa muchacha perfecta que todos debían ver como envidiable y que da reputación a su apellido, ansiando mejorar su estatus. En aquella ocasión podía ser ella misma, aparecer ante el altar con la vulnerabilidad como bandera y que su futuro esposo la miraría con los mismos ojos que si llevara los ropajes más caros de todo Londres.

Suspiró. Tenía que empezar a vestirse.

Los preparativos para que la ceremonia tuviera lugar habían empezado a suceder a primera hora de la mañana. A fin de cuentas, todo se había decidido apenas unos días antes, así que no había invitaciones formales que mandar, tampoco orquesta que contratar

ni flores traídas de Londres, sino una pequeña ceremonia en el jardín de la residencia familiar.

Aquella misma mañana, de hecho, tía Lou se había encargado de coser a toda prisa los últimos retoques del vestido, mientras Jane se afanaba en dar lustro a los botones de nácar, pues, en palabras de su tía, «aceptar un vestido sencillo no significa aceptar cualquier cosa».

En el jardín, Arthur se encargó de cortar algunas ramas de laurel y un puñado de flores tardías para adornar la mesa donde el párroco se colocaría, además de disponer unas sillas y colocar los jarrones que tenían por casa para crear el pasillo que Lilian recorrería hasta el improvisado altar.

Por su parte, Elizabeth y Daniel también habían colaborado en que todo estuviera listo. El olor a pan y comida que llenaba el ambiente era gracias a que la hermana de Albert había traído consigo desde Bath todo lo necesario para poder celebrar un banquete en condiciones. Junto a ello, había incluido un violín que Daniel, con talento musical reconocido, había prometido tocar para que los novios pudieran tener su baile nupcial.

El sonido de unos nudillos golpeando la puerta hizo que Lilian interrumpiera la tarea de prepararse. Ya con el vestido puesto, sonrió al ver la cabeza de Arthur asomar por el hueco de la puerta, haciendo un gesto con la mano para invitarle a entrar.

—Estás preciosa —dijo tras cerrar, acercándose a ella de inmediato.

Lilian rio, sacudió la cabeza como si su hermano acabara de decir una tontería.

—Es solo un vestido blanco, nada especial. Tía Lou te dirá lo mismo —bromeó.

Pero Arthur se apresuró a negar.

—No es el vestido, eres tú. Estás radiante, se nota que estás feliz y eso… en fin, eso me hace feliz a mí de vuelta —le acarició la mejilla.

—Lo estoy. Tengo muchas ganas de que llegue el momento, de verdad —sonrió—. ¿Qué haces aquí? ¿Es que hay algún problema?

Arthur negó de nuevo.

—Al contrario, todo está en mucho más orden del que esperaba. Aunque soy partidario de este tipo de enlaces, tener solo unos días para preparar todo me parecía una receta para el desastre, no te voy a mentir —rio—. Pero no, lo juro. Todo está bien. Solo… esperaba que me dejaras ayudarte a hacerte el pelo. Lo he hecho desde que eras una niña y, bueno, siempre odié que en tu primera boda no me lo permitieran.

Lilian sintió calidez en sus adentros, como si la petición de su hermano acabara de abrazar su alma con fuerza. Asintió, caminando junto a él hasta el tocador, tomando asiento. Arthur tenía razón, llevaba toda la vida domando sus rizos y no deseaba que otro lo hiciera.

—Nada excesivo, por favor. Que la boda sea sencilla no es fruto de las circunstancias, es lo que deseo —pidió, dedicándole una mirada fugaz a su hermano.

—Un moño bajo sencillo, lo prometo. Sujeto por esto…

Arthur llevó la mano hasta uno de sus bolsillos, sacando algo envuelto en un pañuelo de seda. Retiró la fábrica, mostrando una peineta de plata envejecida, con un delicado grabado de flores marchitas por el tiempo, pero reluciente, una que se notaba que alguien había estado limpiando a conciencia, como muy tarde, la noche anterior. Lilian sonrió. Aquella peineta era de su madre, del día de su boda, una de esas joyas que había sido su herencia tras su fallecimiento y que su padre siempre se había mostrado receloso en compartir.

—Creo que llevarla contigo hará que este día sea todavía más especial.

Lilian sonrió y asintió, echando el brazo hacia atrás para acariciar el brazo de su hermano, dejando después sin pega alguna que

empezara a arreglar su cabello.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Arthur.

—Sí, pero no nerviosa en el mal sentido… ¿Comprendes? Nerviosa porque quiero que todo salga bien, porque quiero que sea bonito, crear un recuerdo hermoso con Albert… La otra vez eran unos nervios horribles. Estuve toda la mañana con el estómago encogido, las piernas temblando, la sensación de que me iba a desmayar y… —suspiró—. Nunca te lo conté, pero cuando padre vino a buscarme para la ceremonia, estuve a punto de romperme a llorar. Debía casarme, pero… no quería. No… le conocía, no le amaba, no… —se mordió el labio inferior—. Nada es así hoy. Quiero hacerlo, quiero caminar hasta el altar, llegar a él, a Albert, y que todo sea… como debe ser. Lo ansío tanto —rio, arrugando ligeramente la nariz.

Arthur también rio.

—¿No tenemos que inventarnos una señal para huir si te arrepientes entonces?

Lilian negó convencida.

—No, solo tienes que ponerte guapo y andar conmigo hasta el altar.

—Creo que podré hacerlo.

Cuando Arthur colocó la peineta, Lilian tomó aire, aguantando este unos segundos, sintiendo algo mágico en todo aquello. No lo dijo en voz alta, por miedo a ser tomada por loca pero, en aquel instante, se sintió unida a su madre como nunca antes. Dos novias, locamente enamoradas, ansiando que al fin el mundo fuera amable con ellas y les permitiera ser felices hasta el último aliento. Lo que todas deseaban, a fin de cuentas.

Lilian se puso en pie, se miró en silencio, girando hasta mirar a Arthur después.

—Si no temiera estropearlo, te daría un abrazo ahora mismo…

Su hermano rio, buscó su mano, entrelazando los dedos.

—Habrá tiempo para abrazarnos cuando la ceremonia haya terminado y solo nos quede celebrar, no te preocupes —Arthur presionó la mano de su hermana—. Mereces cada gota de felicidad que la vida decida darte, Lilian. Nuestra familia también. Ya hemos pasado por demasiado, sufrido demasiado; ya nos toca que el mundo nos trate con amabilidad. Así que no te preocupes más, ¿de acuerdo? Los que estamos a tu lado estamos felices de que así sea. Los que podrían estar y han decidido no hacerlo pierden mucho más que tú. Y aquellos que desearían estar, pero no pueden, seguro nos observan con una sonrisa.

La habitación quedó en silencio.

Lilian decidió que todo le daba igual. El vestido, su peinado. Nada importaba tanto como abrazar a su hermano. Así que lo hizo; tiró de su mano, rodeando con el brazo libre su cuerpo, presionando su espalda con firmeza en una petición muda porque no se apartara. Un abrazo honesto, nacido del amor que siempre iba a sentir por él.

Tenía razón. Merecían aquello, merecían ser felices.

—Ojalá tú también pudieras… —susurró, presionando la espalda ajena un poco más.

—Ojalá… —respondió él, escondiendo el rostro contra el hombro de Lilian, como un niño pequeño que busca que otro lo recomponga.

La mano de su hermana ascendió, acarició la nuca de Arthur con mimo.

—¿Podré llevarte yo hasta el altar cuando eso pase?

Arthur rio, ladeó el rostro para mirarla de nuevo.

—¿Quién lo haría si no?

Un beso en la mejilla.

Más fuerza en el abrazo.

Ojalá algún día…

❀❀❀

Antes de abandonar el interior de la casa, aferrada al brazo de Arthur y escuchando ya la música del violín de Daniel, Lilian miró por última vez a su hermano, intercambiando una sonrisa con él. El momento había llegado: su futuro esposo la estaba esperando y con él, su gente querida que deseaba celebrar su felicidad. Los nervios seguían mordiendo en su interior, pero no la paralizaban; al contrario, le daban alas. Quería salir corriendo, olvidar el protocolo y echarse en brazos de Albert, sin pensar en lo que los demás esperaran de ella.

Sintió entonces la mano de su hermano posarse sobre la suya.

La apretó con suavidad y depositó un beso sobre su cabeza.

—¿Lista? —preguntó con voz cálida.

Lilian asintió.

Salieron juntos. Caminar acompasado, el corazón en un puño. La luz del sol golpeó los ojos de Lilian de inmediato; sin embargo, cuando su vista se acostumbró, no fueron las flores ni la decoración lo que buscó: fue a él, Albert. De pie, frente al improvisado altar, con un traje oscuro precioso y la sonrisa más tierna dibujada en los labios. Le brillaba la mirada y Lilian, también emocionada, necesitó tomar una profunda bocanada de aire para controlar unas lágrimas de felicidad que pugnaban por salir.

Al llegar junto a él, la joven Stratford buscó la mirada de su hermano, recibiendo un último beso en la frente antes de dejarla marchar, permitiendo a ambos novios estar al fin el uno frente al otro. Ambos rieron a la vez, nerviosos.

—*Estás preciosa* —dibujó Albert con los labios, sin pronunciar palabra.

Lilian bajó la mirada, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para expresaran todo lo que sentía. Así que, sin más, terminó por buscar su mano, entrelazando los dedos en un gesto que esperaba que fuera suficiente para hacerle entender todo lo que sentía.

—Queridos hermanos —empezó el reverendo la ceremonia—. Estamos hoy aquí reunidos ante los ojos de Dios para unir a este hombre y a esta mujer en santo matrimonio.

Lilian no apartó la vista de Albert en ningún momento, del mismo modo que lo hizo él. Las palabras del párroco flotaban a su alrededor, pero carecían de importancia, siendo incapaces de romper esa burbuja en la que sentía que se encontraban ambos. La caricia del pulgar del lord sobre sus nudillos solo acrecentaba aquella certeza.

Cuando el reverendo alzó el libro, todos guardaron silencio.

No fue una ceremonia larga.

No hubo sermón ni lecturas ni se pidió nada que alargara la espera.

No había razón alguna para demorar el instante que ambos tanto ansiaban.

—Yo, Albert, te tomo a ti, Lilian, como mi legítima esposa. Prometo cuidarte y respetarte desde este día hasta el último, en la prosperidad y en la adversidad, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad; para amarte y honrarte hasta que la muerte nos separe, conforme al sagrado designio de Dios. Y por ello, te doy mi palabra.

Hasta que la muerte nos separe.

—Yo, Lilian, te tomo a ti, Albert, como mi legítimo esposo. Prometo cuidarte y respetarte desde este día hasta el último, en la prosperidad y en la adversidad, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad; para amarte, honrarte y obedecerte hasta que la muerte nos separe, conforme al sagrado designio de Dios.

Hasta que la muerte nos separe.

El reverendo cerró lentamente el libro y, con una sonrisa, los miró a ambos.

—Que lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre —dijo.

Albert soltó el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta. Lilian también, sintiendo cómo el temblor de sus manos se

transformaba en firmeza, contagiada por la certeza de aquello que acababan de prometerse.

La música del violín cambió su tono; se volvió más alegre, cargada de entusiasmo.

El lord recortó toda distancia con la que ahora era su esposa y se inclinó, pegando su frente a la de ella, cerrando los ojos.

—Ya está —susurró, con una mezcla de incredulidad y ternura—. Ya eres mi esposa.

Lilian rio, su mano presionó la ajena sin ser siquiera consciente.

—Y tú mi esposo —respondió.

Por un instante no hubo pasado ni futuro, solo presente: el murmullo del jardín, la música, las risas, el roce de su mano en la suya. Lilian supo, con una certeza que no necesitaba palabras, que aquel momento, tan sencillo, tan imperfecto, era para siempre.

——— ❀❀❀ ———

Queridos papá y mamá:

Hoy he querido escribiros, aunque sé que mis palabras no pueden llegar más allá del papel. Quizás no lo haga para que me leáis, sino para sentiros cerca una vez más, como si al escribir vuestro nombre el aire se hiciera un poco más cálido y pudiera oír vuestras voces de nuevo. Hoy me he desposado con el hombre al que amo y, ahora que duerme tranquilo en nuestro lecho a solo unos pasos de distancia, quería regalaros un momento de mis pensamientos para que nunca dudéis de que lo habría dado todo para teneros aquí.

Ha sido una ceremonia pequeña, sencilla, una que te habría encantado, papá. El jardín olía a flores frescas, Daniel tocó el violín mientras yo caminaba junto a Arthur. Las pobres Jane y Abigail han llorado tanto que no creo que hubieran sido capaces de participar de forma alguna en la ceremonia. Solo nuestros seres queridos, una brisa agradable y un calor similar a una caricia, como si el día supiera que debía ser amable con nosotros.

Albert me esperaba frente al altar. Llevaba su traje oscuro y esa mirada suya que siempre parece prometer calma. Cuando me tomó la mano, todo el resto del mundo desapareció. No hubo miedo, ni dudas, ni sombra alguna, solo la certeza de que estaba donde debía estar. Al pronunciar los votos, sentí una paz tan profunda que, por un instante, creí que estabais allí, sentados a primera fila, mirándonos con aprobación.

Nos hemos reído mucho en el banquete. Deberías haber oído el brindis de Arthur, mamá; te habrías reído incluso más que todas nosotras. También hemos bailado hasta dejar de sentir los pies, bebido también un poco de más no lo voy a negar.

Bailar con Albert ha sido un sueño.

Por primera vez en muchos años, no pensé en la ausencia, sino en la vida que sigue.

Ahora lo entiendo, mamá. Entiendo esa forma en la que tú mirabas a papá cuando creías que ninguno te mirábamos. Lo he encontrado. Y prometo cuidarlo, con la certeza de que no es un amor que vaya a acabar cuando nuestro tiempo termine.

He tomado una decisión, y quiero dejarla aquí, por escrito, como si os la contara frente al fuego del salón. Voy a vender la casa, tal y como papá deseaba. Durante mucho tiempo, esta familia se ha aferrado a sus paredes como si en ellas quedara algo de ti, mamá, pero he comprendido que vuestra presencia no está en los objetos que hemos ido atesorando con los años, sino en todo lo que me enseñasteis, en todo lo vivido.

No quiero seguir viviendo entre los ecos del pasado.

Quiero mirar hacia adelante.

Albert y yo empezaremos nuestra vida juntos. Todavía no sé dónde exactamente, quizás Bath, ¿quién sabe? Lo importante es que, sea donde sea, allí construiremos algo nuestro. Quiero aprender a ser feliz, sin miedo a que la felicidad se rompa. Quiero formar una familia, criar a mis hijos

con las historias que me contasteis, enseñarles a levantarse con cada caída, a amar del mismo modo que siempre lo hemos hecho los Stratford.

Hoy cierro una puerta, pero no con tristeza. La cierro con gratitud. Gracias por todo lo que me disteis, por el amor que aún me acompaña, por enseñarme que la vida puede doler, pero que, después del dolor, llega la calma y, con ello, vuelven las flores.

Os llevo conmigo. Siempre.

Con todo mi amor, Lilian.

Veintinueve



Aunque los festejos de la boda se alargaron unos días, con agradables comidas familiares, paseos y bailes con música a cargo de Daniel, poco a poco los cercanos a la pareja decidieron que debían volver a sus quehaceres en la ciudad.

Los primeros en marcharse fueron Elizabeth y Robert; embarazada como esta estaba, agradecía poder volver a lo cotidiano y descansar después de un viaje que resultaba pesado. Al día siguiente, tía Lou comunicó que ella y las pequeñas también iban a volver a Bath, no por grandes obligaciones, más bien por dejar a los recién casados una intimidad que, según ella, era «más que necesaria al principio de un feliz matrimonio».

A Lilian le costó despedirse de Jane y Abigail. Aun así, al verlas marchar en el carruaje, supo que aquello era lo correcto y que su vida en la ciudad iba a darles mucho más de lo que el campo jamás podría. Además, quizás ellos también partirían pronto. ¿Quien sabe? El destino era incierto por el momento, pero poco importaba con Albert a su lado.

Albert.

El mismo que se encontraba a su espalda, rodeando su cintura con uno de los brazos. Dejó un beso suave sobre el hombro de su esposa, compartiendo una mirada y sonrisa cargadas de dulzura.

—Pronto volverás a verlas —aseguró.

Y Lilian asintió convencida de ello.

Ladeó el rostro; a su lado, Arthur se encontraba también junto a Daniel, observando en silencio cómo las pequeñas de la familia se alejaban. Pudo ver la mano del lord sobre su espalda, dejando caricias lentas, besando después la parte alta de su brazo.

Para su hermano, aquello se sentía mucho más como una despedida. Aunque podía viajar hasta la ciudad para verlas de vez en cuando, mudarse allí, dada su situación con Daniel, era imposible. El campo, la soledad y tranquilidad de este, era la mejor de sus opciones y, aunque estaba convencida de que no se arrepentía de ello, eso no hacía que doliera menos aceptar lo oscuro de sus elecciones.

La joven Stratford acomodó la mano sobre el hombro de su hermano; presionó ligeramente, llamando así su atención.

—Volvamos dentro, es la hora del té —dijo, moviéndose en cuanto este asintió.

Aunque Arthur no necesitaba excusa alguna para quedarse en la que era, todavía, su casa, Lilian sabía bien que uno de los motivos de su estancia era precisamente ese. Iban a vender la casa; todos los hermanos estaban de acuerdo, pero iba a caer sobre sus hombros la tarea de arreglar todo y encargarse del papeleo necesario para ello.

Por eso mismo, en cuanto entraron en casa, Arthur y Albert pusieron rumbo directo al antiguo despacho de su padre, dejando en manos de Lilian y Daniel preparar un té que amenizara la tediosa conversación que debían tener.

El primer paso fue llenar la tetera con agua fría del depósito, colocándola después sobre la cocina de carbón. Tomaron después asiento en sendos taburetes; debían esperar con paciencia el lento ascenso del calor hasta calentar la tetera.

—¿Habías preparado el té antes o, como tu hermano, esto tan mundano te resulta una experiencia de lo más fascinante? —

preguntó la joven, divertida.

—¡Me ofendes! ¡Claro que lo había hecho antes! —dijo, llevando con teatralidad la mano hasta su pecho—. Aunque solo tras mudarme con tu hermano, claro.

Ambos rieron. Las comodidades que ambos lords habían vivido hasta el momento seguían siendo para Lilian todo un shock. Lavar los platos, cocinar, hacer el té… Al menos no podía quejarse. Albert se mostraba curioso por aprender y mejoraba cada día en esas pequeñas cosas; no esperaba de ella que lo hiciera por él mientras lo esperaba sentado.

Eso le gustaba. Su consideración la hacía sentirse como una igual ante sus ojos.

—La primera vez que le pedí que me dejara hacerlo solo, confundí la lata de hojalata con el té de Ceilán por una con romero. Mi pobre Arthur, qué cara puso al probarlo —suspiró.

—Deberíamos preparar té de Ceilán en honor a esa anécdota entonces.

Daniel asintió y se puso en pie, acercándose a la balda con las diversas latas para buscar la del té en cuestión. La joven Stratford ya podía imaginar el aroma intenso y ligeramente cítrico extendiéndose por la cocina como una caricia cálida. Era su favorito.

—He… notado lo alicaído que estaba Arthur al ver a Jane y Abigail marcharse… —dijo Lilian, encontrándose pronto de nuevo con la mirada del lord.

—Por supuesto que lo está. Que su vida ahora sea feliz no significa que no os eche de menos, que no… desee poder teneros más presentes —respondió Daniel, levantando los hombros—. Ambos somos conscientes de que la decisión que hemos tomado nos condena a una serie de cosas que no son ideales, pero… las pago todas encantado por una vida junto a tu hermano. Y me gusta creer que él siente lo mismo —añadió, volviendo a tomar asiento.

—Estoy convencida de ello, Daniel. Arthur es ahora más feliz de lo que lo ha sido en mucho tiempo, pero… en fin, me apena vernos tan poco. Me apena…

El joven se echó hacia delante y tomó entre sus manos las de Lilian.

—Entonces visitadnos más. Venid a casa a celebrar momentos felices. No esperemos a que otra tragedia nos reúna como ha sucedido ahora.

Daniel tenía razón.

Después de tanto tiempo, Lilian sólo había vuelto a ver a Arthur por la muerte de su padre. Dios, era estúpida, ¿cómo había esperado tanto? ¿Cómo había permitido que las cartas fueran suficiente? Presionó los labios, asintió; la sonrisa del lord la había enternecido.

El corazón de su hermano no podía estar en manos de nadie mejor.

—Hablaré con Albert esta misma noche, os visitaremos a menudo. Tanto que vais a terminar por aborrecernos.

Daniel rio y sacudió la cabeza.

—Jamás. Arthur y yo somos afortunados de que nos sigáis amando aun con todo.

Lilian sacó una de sus manos de entre las del lord, usándola para poder ser ella quien lo acariciara ahora con infinito afecto.

—Nunca nos agradezcas algo así. Siempre os amaremos a pesar de todo.

El rubio bajó la mirada.

—Bueno… es estúpido negar que somos afortunados. El mundo no…

—Algún día el mundo tendrá que cambiar, ¿no? —le cortó; sus miradas volvieron a encontrarse—. ¿Quién sabe si no lo hará pronto?

Y aunque ambos eran conscientes de que aquello parecía más una locura que algo real, por un instante, decidieron creer que el mundo se volvería amable pronto. Daniel suspiró, movió las manos hasta

llevarlas al rostro, frotando este, tomando aire para forzarse a sí mismo a no dejar que ni una capa de tristeza enturbiara sus pensamientos.

—¡Bueno! ¿Y vosotros qué? ¿Qué planes tenéis tú y mi hermano cuando os quedéis solos y podais al fin ser un matrimonio recién casado? —preguntó con un toque de picardía.

—¿Planes? —rio—. Nada especial, supongo. Hemos de buscar una residencia en la que quedarnos definitivamente, planear nuestro futuro… —levantó los hombros.

—¿No pensáis marcharos de viaje? Mi hermana Elizabeth fue a París con Robert unas semanas tras casarse y dijo que fue precioso, que la ciudad del amor no se llama así por nada. ¿No te gustaría a ti también algo así?

—Elizabeth y Robert nadan en abundancia. Pueden permitirse esas cosas.

—¡Mi hermano también tiene mucho dinero! ¿Si no lo gasta en ti, en qué entonces?

Lilian puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—¡Deberíais tener un momento para los dos, Lilian! Escocia, por ejemplo, es un sitio precioso y lleno de lagos… —una sonrisa pícara se dibujó en los labios del joven lord, una que Lilian no supo interpretar—. ¡Vamos! En el agua todo pesa menos y las dolencias de mi hermano decrecen, por eso le encanta ir a nadar. En un lugar así podría cogerte a pulso y…

Lilian le dio una fuerte palmada en el pecho, una que lo hizo callar.

—¡Daniel, Dios santo! Es tu hermano de quien hablas —lo reprendió, pero este seguía con la sonrisa burlona—. Además, no podría. Me sentiría mal si Albert hiciera algo así…

Daniel resopló.

—Dios, tú y tu hermano jamás podréis negar que sois familia. Él siempre está con la misma cantinela cuando le hago algún regalo

bonito… —negó despacio—. Como si hubiera algo más divertido que gastarnos el dinero de nuestra madre en vosotros…

Nuestra madre.

La joven Stratford no respondió, se puso en pie y continuó con la elaboración del té ahora que la tetera ya estaba caliente. Usando una cucharilla de plata, vertió las hojas de té en la tetera de las ocasiones especiales, una de porcelana blanca adornada con motivos florales azules. Hecho esto, cogió el agua caliente y la vertió sobre las hojas, asegurándose de que estas pudieran expandirse y liberar su sabor, tapando la tetera después con su tapa con una funda bordada, esperando así mantener el calor.

Ahora, de nuevo, solo podía esperar.

—¿Puedes traer cuatro tazas, por favor, Daniel? También una bandeja.

Daniel asintió.

El joven lord volvió pronto con todo, colocando sobre la mesa tanto la bandeja como las tazas, disponiendo todo para que Lilian pudiera servir el té una vez infusionado. Además, había traído consigo una caja con unas galletas de mantequilla que tía Lou había traído de Bath, un pequeño dulce para que las penas fueran más soportables.

Ambos intercambiaron una mirada traviesa.

De inmediato, cogieron una galleta cada uno y empezaron a comer.

—Siento haberla nombrado…

—No importa. Aunque mentiría si dijera que no he pensado en ella durante estos días. No le permito colarse en mis pensamientos pero, bueno, en cuanto el rumor de nuestra boda se extienda un poco… —suspiró—. Solo quiero que nos deje en paz, eso es todo.

—Lo hará, créeme. Después de lo que pasó con mi hermano hace unas semanas…

Lilian frunció el ceño.

—¿Tu hermano se vio con tu madre hace poco? ¿Pasó algo?

Daniel asintió.

—Él y Elizabeth fueron a visitarla brevemente —suspiró—. No sé qué comentario hizo mi madre sobre ti, pero mi hermano entró en cólera y le dijo que, si se atrevía a pronunciar siquiera tu nombre de nuevo, hablaría sobre… En fin, su padre.

Lilian seguía confusa.

—¿Su padre?

Daniel fue ahora quien frunció el ceño.

—¿No lo sabes? No debería ser yo quien te contara esto… —el rubio negó pero, en cuanto Lilian lo cogió del brazo, sus nervios parecieron crecer—. No puedo, debes hablarlo con Albert, nunca me lo perdonaría… de hecho he hablado demasiado…

Lilian dejó caer el brazo y suspiró, no podía forzarle a hablar si no quería.

—De acuerdo…

Lilian mordió la galleta de nuevo.

Masticó en silencio, pero ya no le sabía tan dulce como antes.

El silencio se adueñó de la cocina. Un silencio incómodo, pesado.

Lilian suspiró.

—Mi hermano siempre ha soñado con visitar Escocia, ¿sabes? —dijo, no quería que el lord pensara que estaba molesta o que algo entre ellos había cambiado.

El joven sonrió.

—Lo recordaré —susurró.

——— ❀❀❀ ———

Sentados en el salón, tras tomar el té y dejar que la conversación fluyera, de un tema a otro, los cuatro terminaron por llegar a lo que llevaban postergando varios días: la venta de la residencia familiar.

Ninguno de los hermanos quería desprenderse realmente de aquel lugar; albergaba sus recuerdos de muchos años, a fin de cuentas, pero del mismo modo que habían sido capaces de dejar atrás la ciudad por el bien de su madre, ahora serían capaces de dejar atrás ese pasado para poder construir futuros mejores.

—¿Confías entonces en los compradores que lady Carrington mandó? —preguntó Arthur, sentado frente a Lilian, con Daniel a su lado.

La joven asintió.

—En uno de ellos, sí. Lord Cromwell. Es un hombre agradable, de carácter afable, quizás algo tímido, pero era del agrado de padre y parecía querer la casa para cuidarla, mejorarla y poder pasar aquí mucho tiempo junto a su mujer.

—¿Cuál es el problema entonces?

—Su oferta final es mucho menor de lo que habíamos hablado en un principio. Uno de sus hijos hizo una mala inversión y… en fin, al menos fue honesto con nosotros y nos hizo saber su situación desde el principio. Pero es menos de forma significativa…

El silencio llenó el lugar un momento; todos quedaron pensativos.

—Bueno… ahora mismo ninguno necesitáis el dinero con urgencia —dijo Albert.

—Lo sé… —dijo Lilian, mirando a su esposo—. Pero este dinero podría significar una buena oportunidad para nuestras hermanas cuando sean mayores, cuando… —suspiró—. Solo digo que no podemos pretender que tía Lou se encargue de ellas siempre; no es su deber, así que tener un colchón como ese puede ser… bueno.

De nuevo, todos quedaron en silencio, meditando aquellas palabras.

—¿Qué pasa con el otro candidato? ¿Por qué no es de tu agrado?

Lilian volvió a intercambiar varias miradas con Albert; quiso hablar, pero el lord tomó la palabra antes de que ella pudiera hacerlo.

—Se trata de lord Ainsworth; quizás no lo conozcas, pero yo sí, y puedes ver por el rostro de mi hermano que él también. No es un buen hombre, ni siquiera estoy seguro que de verdad tenga el dinero que promete. No confiéis en él, escuchad mis palabras.

Arthur buscó de inmediato la mirada de Daniel. El joven asintió, acompañando aquel gesto con una caricia afectuosa en el brazo de su amado.

—No es el tipo de hombre con el que quieres relacionarte, Art. De verdad.

El mayor de los Stratford presionó los labios; pareció tener preguntas todavía, pero, tras acariciar la mano de Daniel, asintió, poniendo toda su confianza en sus palabras.

—Decidido entonces: venderemos nuestra residencia a lord Cromwell. Guardaremos lo que saquemos de la venta y, en el futuro, cuando Abigail y Jane lo necesiten, ahí estará.

No hubo discusión.

No hubo duda.

Era la única opción.

—Padre estaría contento con tu decisión, Arthur. Cuando lord Cromwell vino de visita, estuvieron hablando sobre plantas y… parecía feliz con la idea de que él se quedara este lugar, de que estas paredes siguieran con vida tras nuestra marcha —dijo Lilian.

Arthur esbozó una media sonrisa, más tranquilo con su decisión.

Puesto que era ahora el responsable de la familia, el mayor de los Stratford decidió encargarse de escribir la pertinente carta aceptando la oferta de lord Cromwell. Al ver a su hermano marchar rumbo hacia el despacho, hablando de algo en voz baja con lord Daniel, a Lilian solo le quedó desear que no hubieran postergado demasiado una respuesta.

Treinta



—Partiremos mañana, tras el desayuno —dijo Arthur, sorprendiendo a su hermana con tales palabras—. Sé que no hay prisa alguna en nuestra marcha. Pero también sé que una pareja recién casada no necesita más compañía que el uno al otro —añadió, esbozando una media sonrisa. Se acercó después a su hermana, dejando un beso sobre su frente—. Venid a vernos pronto, te lo suplico. No sois una molestia en casa; por muy humilde que sea ahora mi hogar, siempre serás bien recibida en cada palmo de él.

Lilian asintió, se movió despacio, rodeando el cuello de su hermano con los brazos, fundiéndose en un sentido abrazo que los mantuvo unidos durante largos segundos. Ninguno dijo nada, no durante un rato; solo al empezar a distanciarse, la voz de la joven Stratford llegó a los oídos de su hermano.

—Pronto nos tendrás allí, lo prometo. Y espero que vosotros tampoco dudéis en visitar nuestro hogar cuando lo tengamos, ¿de acuerdo?

Arthur asintió, poniendo rumbo a su habitación tras un afectuoso «buenas noches» que dio aquella conversación por cerrada. Lilian, en cambio, se mantuvo en el mismo lugar, observándole marchar, sintiendo la misma punzada de dolor que la última vez, pero con la certeza de que lo estaba dejando volver a su preciada felicidad.

Cuando la puerta de la estancia que su hermano y Daniel compartían se cerró, la joven puso rumbo hacia el final del pasillo. Entró en su propio cuarto, encontrando a su esposo acomodado en su lado de la cama. Con la espalda apoyada contra el cabecero y un libro abierto entre las manos, la sábana blanca se arrugaba a la altura de su cintura, dejando al descubierto el pecho desnudo de su esposo, iluminado por la luz cálida que oscilaba sobre su piel. No llevaba camisa; el calor del verano así lo pedía, solo unos pantalones de algodón claro, de tela fina y ligeramente arrugada, sujetos por un cordón fino.

Al percatarse el lord de que su esposa entraba en la habitación, el murmullo del papel al cerrarse el libro fue el único sonido que rompió el silencio. Sonrió, siguiendo con la mirada su andar hasta el tocador, dejando su lectura a un lado para centrar toda su atención en ella.

—Ya te echaba de menos —dijo, haciendo a Lilian sacudir la cabeza.

—Exagerado, ¿tan aburridos son los libros que escoges?

Albert rio como respuesta.

Lilian se acercó hasta el tocador, tomó asiento, cogiendo su peine de marfil y quitando con cuidado todas y cada una de las horquillas que habían sujetado su cabello durante el día.

—Deja eso, Lilian —llamó de nuevo su atención, extendiendo el brazo y moviendo los dedos después—. Solo ven a la cama conmigo. No sé qué podría mejorar lo que ya es perfecto —añadió en referencia a sus cuidados antes de acostarse, recostándose un poco más sobre las almohadas—. Me resulta imposible creer que haya en Inglaterra alguien más hermoso que tú, incluso así, despeinada y cansada.

La joven enarcó una ceja.

—Qué fácil os resulta a los hombres pronunciar semejantes halagos —respondió, sin hacerle caso, pasando a ponerse aceite en

los rizos con los dedos—. No os imagináis lo que cuesta mantenerlos…

—¿Mantenerlos? Si apenas haces nada. Con ser tú basta para eclipsar a cualquiera.

—¿Apenas hago nada? —repitió, incrédula, dejando el peine sobre el tocador, girando para mirarlo directamente—. Albert, un día deberías intentar vivir como una dama. Verías cuánto tiempo empleamos en ser, como dices, «tú».

El lord levantó entonces ambas manos.

—Ilústrame.

—Para empezar —dijo, recuperando el cepillo—. El cabello. Cada mañana necesito casi una hora para domarlo, y otra por las noches para deshacerlo sin dañarlo. Añade los corsés, las enaguas, las cintas, los alfileres, los guantes, los polvos… todo ese ritual que vosotros dais por hecho. ¡Y uno en el que encima nos metéis prisa!

Albert se incorporó un poco, apoyando un brazo sobre la rodilla.

—Pues tú haces que parezca de lo más natural.

—Es que ese es el truco —respondió Lilian con ironía—: hacer que parezca natural cuando cada hebra, cada botón y cada gesto han sido pensados durante horas. Las mujeres vivimos en una.. especie de teatro constante, en el que debemos sabernos el guión a la perfección y no fallar una sola línea. Mientras tanto, vosotros, los hombres, aparecéis como si nada, improvisáis unas burdas líneas y listo…

Albert observó en silencio, una media sonrisa podía verse todavía en sus labios.

—Está bien, me disculpo por no apreciar tu esfuerzo y te prometo que, durante el resto de mi vida, nunca volveré a molestarte cuando te estés arreglando y… esas cosas.

Lilian asintió, conforme con ello.

—Gracias.

—De nada —añadió, volviendo a acomodarse—. ¿Puedo observarte mientras lo haces?

Lilian frunció el ceño; dudó un momento, pero terminó por asentir.

—Aunque te aburrirá más que tu dichoso libro —aseguró.

Sin comprender qué resultaba fascinante en todo aquello, Lilian siguió con su rutina nocturna, peinando su cabello cien veces como siempre, dejando, al acabar, que este cayera libremente sobre los hombros. Terminado esto, quedaba lavarse tanto las manos como el rostro en la palangana de porcelana con agua templada, y secar la piel con una toalla fina.

Preparó esta junto a la cama, notando todavía la mirada de su esposo sobre ella.

—Mi hermano dice que se marcharán mañana —dijo, buscando su mirada.

—Oh, bien, qué buena noticia.

Lilian rio.

—Que Daniel no te escuche decir tal cosa… —respondió, bromista.

Albert sonrió y sacudió la cabeza de inmediato.

—No es eso; es solo que, como tu esposo que soy, echo de menos tenerte solo para mí.

—Creo que mi señor esposo no solo echa eso de menos…

Albert resopló; de nuevo, mostró ambas manos.

—Está bien, admito que, aunque comprendo y me parece apropiada tu petición de evitar nuestros encuentros maritales hasta que estemos solos… eso también lo añoro.

Lilian se mordió el labio inferior, incrédula. Después frotó su rostro con la mano.

—Eres un sátiro, Albert, espero que lo sepas.

—¡No es cierto! Solo soy un esposo que desea a su esposa, ¿desde cuando eso está mal? Además… ni siquiera pudimos disfrutar de

una noche de bodas de verdad con tanta gente aquí metida.

La joven enarcó una ceja.

—No te escuché quejarte cuando me tuviste de rodillas para ti.

—Oh, créeme, jamás me quejaría de eso. Pero, luego, no me dejaste hacerte lo mismo de vuelta y bien sabes cuánto disfruto de sentir como te derrites en mis labios.

Lilian movió el brazo; con la toalla golpeó a Albert, quien, con una sonrisa burlona en los labios, extendió el brazo hasta poder dejar una suave palmada en el trasero de su esposa.

—Podrás hacerlo mañana si tanto lo deseas.

—¿Es una promesa? —preguntó, juguetón, moviéndose hasta quedar sentado en el borde de la cama—. Aunque repito una vez más que sé ser muy silencioso y podría…

Lilian levantó el dedo y eso fue suficiente para detener al lord.

—Como mi esposa desee —respondió.

La joven Stratford suspiró; con cuidado empezó a lavarse las manos.

—No es lo que deseo pero, del mismo modo que no ansío saber nada sobre la vida sexual de mi hermano, adoraría que él tampoco sepa nunca nada de la mía.

—Lo comprendo, de verdad. Por mucho que yo desee otra cosa.

—Ilumíname, ¿qué desea mi esposo?

—Deseo volver a sentir tu piel arder contra la mía, poder acariciarla, tanto con mis manos como con mi lengua. Echo de menos el calor que enciendes en mi interior, la forma en la que haces que cada uno de mis sentidos se enloquezca, en la que haces que me sienta más vivo que nunca. Quiero que tu aroma vuelva a ahogarme y que nada en este mundo importe tanto como sentirme unido a ti de una forma más allá de las emociones: física. Tan palpable como esta cama ahora mismo. Te deseo a ti, claramente. Cada palmo de tu cuerpo, cada palmo de tu ser. Con la misma intensidad que lo hice la primera noche en Londres.

Lord Albert levantó los hombros, como si nada, como si no acabara de prender con aquellas palabras una llama en sus adentros que no podía ser extinguida fácilmente. Lilian suspiró, convencida de que aquel hombre era capaz de seducirla incluso con una sencilla sonrisa, que era capaz de destruir cualquiera de sus imposiciones a su antojo.

La joven no dijo nada, solo se acercó a él, guiándole a abrir las piernas, colocándose entre estas. Pronto notó las manos de su esposo por sus piernas, ascendiendo por ellas, jugando con el borde de su camisón, elevándolo poco a poco. Lilian se mordió el labio inferior, asintió, sabiendo así lo que le permitía hacer.

Lord Albert retiró cada prenda. Cuando la desnudez de su amada se dibujó ante sus ojos, estos se deslizaron por cada palmo, observando aquel cuerpo capaz de enloquecerlo como nunca antes otro había podido. Una de sus manos dibujó por el costado, acarició el vientre de Lilian, llegando pronto entre sus piernas, dejando que sus hábiles dedos mostraran el talento adquirido con la práctica de inmediato.

Lilian gimoteó, tiró del pelo de Albert, haciendo así que levantara la cabeza, buscando poder contener aquellos sonidos contra su boca con un beso apasionado.

—Sigue hablando —jadeó al distanciarse—. Díme que más deseas —pidió.

Albert sonrió con picardía.

Las caricias de sus dedos se volvieron más profundas.

—Deseo poder observar de nuevo cómo el sudor cae por tu pecho hasta perderse en esas dos cimas que van a ser mi perdición algún día; cómo sigue descendiendo hasta tu ombligo, hasta perder su sentido entre tus piernas —dijo, descendiendo su cabeza hasta poder lamer uno de los pezones de su esposa de forma juguetona—. Deseo poder hundir mi rostro de nuevo entre tus muslos, sentirte deshacerte para mí, escuchar cómo gimes mi nombre en una

promesa de que jamás otro sabrá complacerte como yo lo hago —los dedos del lord dejaron de moverse, sus miradas se encontraron—. Como solo yo lo hago —repitió, sosteniendo la mirada, ordenando de forma implícita que ella también lo dijera.

Lilian curvó más los dedos. Terca, sus uñas se clavaron con más fuerza contra su nuca; sin embargo, pronto supo que no había victoria alguna en aquella actitud.

—Como solo tú lo haces —dijo, gimiendo de nuevo al sentir como los dedos de Albert volvían a moverse en su interior—. Sigue…

—Deseo estar dentro de ti. Deseo tenerte sobre mí; llevar las manos a tus caderas y sentir cada movimiento que estas hacen, cómo bailan mecidas por el placer que yo puedo darles. Deseo que me tires del cabello, que marques mi piel con tus uñas, despertar al día siguiente con marcas que me recuerden lo que hicimos cada instante. Deseo… darte el placer más puro y codiciado que existe. Ese que solo quiero compartir contigo hasta el último de mis alientos.

Sus miradas volvieron a encontrarse.

Lilian sentía el corazón desbocado y la respiración entrecortada. Sus dedos se clavaron con más firmeza todavía en su nuca; el placer empezaba a propagarse por cada palmo de su cuerpo, tan intenso que le robaba el aliento.

La joven no pudo contenerse; sin pensarlo dos veces, empujó el cuerpo del lord hasta caer sobre la cama, moviéndose juntos hacia el centro de esta, ayudando en la tarea de deshacerse de sus pantalones con la mayor habilidad que sus manos permitían ahora. Entre besos inflamados, ambos quedaron desnudos, haciendo el roce intenso de sus pieles que el calor en sus entrañas creciera y creciera hasta convertirse en un maldito infierno.

—¿De verdad vas a ser silencioso? —susurró juguetona.

—Tienes mi palabra —respondió Albert del mismo modo.

No hubo más preparación.

No hubo calma, ni preámbulos.

Lilian guió la erección de Albert hasta su intimidad, sintiendo de inmediato cómo esta entraba en ella, cómo sus cuerpos volvían a unirse de esa forma tan carnal e íntima que tanto había ansiado. Ella también lo había añorado. También lo deseaba, también ansiaba poder disfrutar de aquellos momentos con el hombre al que estaba unida por el resto de su existencia.

Jadeó. El lord se incorporó hasta quedar sentado; pegó sus cuerpos, llevando las manos hasta las caderas de su esposa, tal y como había anunciado que deseaba hacer. Sus frentes quedaron apoyadas, un segundo de calma antes de que sus cuerpos empezaran a moverse, buscando regalarse ese placer que te carcome las entrañas y te hace sentir vivo.

Lilian escondió el rostro contra el cuello de Albert.

Contenía cada gemido contra su piel.

Albert hizo algo a la par, pero escogiendo el hombro de su esposa como escondite.

El calor se adueñó de la habitación del mismo modo que sus jadeos, contenidos contra la piel, y el roce de sus pieles se convirtieron en el sonido reinante de la estancia. Sus cuerpos chocaron, se buscaron hasta quedar completamente pegados, como si buscaran fundirse y convertirse en un solo ser, de una forma más allá de las metáforas.

Y llegó el orgasmo.

Como una sacudida. Como un amanecer tras una larga noche.

El cuerpo de Lilian se tensó y se destensó de golpe, acomodándose contra el de su esposo, permitiéndose respirar contra su piel todo el tiempo necesario. Su olor la llenó de nuevo, se coló por su nariz y se grabó en su cerebro, dejando una nueva huella que durante días resultaría imposible borrar. Y, quizás nerviosa, rio, presionando la espalda de Albert al hacerlo, sintiendo cómo él le acariciaba la piel desnuda de vuelta.

Albert besó el hombro de Lilian despacio.

Con la nariz trazó su extensión varias veces.

Sus miradas volvieron a buscarse. Lilian llevó la mano hasta el rostro de Albert, dejando una caricia lenta sobre una de sus mejillas, esbozando una media sonrisa ante las agradables caricias de su barba contra la yema de los dedos.

—Sencillamente, esto es lo que deseo —dijo él, con un amor tan honesto que nada ni nadie podría convencer a Lilian de que no era real.

Suspiró, abrazándolo, sintiendo cómo él hacía lo mismo.

Nada le resultaba más necesario que aquello.

Treinta Y Uno



Después de la tormenta siempre llega la calma.

Tumbada sobre la cama, con los ojos cerrados, los brazos flexionados y la cabeza acomodada sobre estos, Lilian sentía el recorrer de los dedos de Albert por su espalda. Arriba, abajo. Arriba, abajo. Una caricia que le ponía los vellos de punta y hacía que un cosquilleo agradable se deslizara por todos sus adentros, hasta conquistar cada palmo de su ser.

Tras un encuentro pasional, nada resultaba más agradable y reconfortante que las atenciones de su marido, esas que cimentaban todavía más en su cabeza que para él no era un cuerpo del que disfrutar, sino un alma a la que adorar.

Lilian suspiró y abrió los ojos, haciendo un gesto con la mano para que el lord se acercara, acomodándose él ahora cerca para recibir caricias lentas por el rostro. Lilian empezó a dibujar sus facciones, dejando un beso lento en el puente de su nariz cuando su esposo cerró los ojos.

—¿Es esto lo que me espera ahora que viviremos solos? —preguntó divertido.

—Uhmmm… tengo que pensarlo —respondió juguetona; sus miradas se buscaron—. Ya sabes lo que dicen: «esposa feliz, vida feliz», así que aplícate el cuento guapo.

Albert rio, se movió de inmediato y buscó los labios de su esposa para fundirse en un beso, uno que la hizo girar hasta quedar boca arriba, encarándose de nuevo. Tras una nueva serie de besos, los dedos de Lilian volvieron a dibujar el rostro de su amado; llegando una de sus manos a alcanzar su nuca, jugando con el pico de su pelo.

—Habrá de esto, mucho, pero también obligaciones y bien lo sabes.

El lord asintió.

—Por supuesto, hemos de ultimar los detalles de la venta de la casa, encontrar un hogar pertinente para nosotros… Pero no de inmediato.

Lilian frunció el ceño, confusa.

—Después de todo lo que hemos pasado, merecemos unos días de puro deleite. No puedes negarlo, Lilian. Quizás un viaje de novios como el que me gustaría sea demasiado, pero ya que no podemos tenerlo, ¿por qué no pasar unos días aquí aislados donde todo lo que importe sea contar cuantas pecas tenemos en el cuerpo?

Lilian se mordió el labio inferior, negó despacio.

—No tienes remedio. Tú y tu mente sucia…

Albert sonrió con altanería.

—Oh, vamos. Te encanta lo que acabo de proponerte…

Y aunque no pronunció palabra alguna, la forma en la que sus labios se buscaron, cómo sus manos se deslizaron de nuevo por la piel desnuda del otro, fue más que suficiente para dejar claro que así era.

Para sorpresa de ambos, fue Albert quien puso cordura, besando la frente de su mujer antes de ponerse en pie y moverse por la habitación en busca del camisón de Lilian para que esta no cogiera frío. Volvió a la cama y le tendió la prenda, tomando asiento en el borde de esta para poder observar cómo sus encantos quedaban cubiertos por la suave seda. Se inclinó y besó el pecho de esta despacio.

—Hasta de que la seda te acaricie de este modo tengo envidia —susurró.

—No hay razón para ello, mi cuerpo y alma te pertenecen —respondió Lilian.

El lord buscó el rostro de su esposa y lo llenó de besos, una cadena de ellos, unos muy seguidos de otros, de esos que buscan hacer cosquillas. Lo consiguió: el roce de su barba y la insistencia del gesto hicieron a Lilian reír y revolverse, acompañando aquello con varias palmaditas suaves en el brazo que lo instaban a parar.

—Juegas a algo peligroso, Albert —dijo, recuperando todavía el aliento y buscando su mirada—. Voy a terminar por creerme esa adoración tuya y, cuando te canses de dármela, no habrá día en que no la demande de vuelta —bromeó, aunque una parte de sí misma era de lo más honesta. Ansiaba sentirse siempre así; ansiaba ser amada siempre así por él.

Y menos nunca sería suficiente.

—Nunca me cansaré —dijo, convencido—. Aunque deberás ser menos caprichosa con mi afecto y adoración cuando llegue el momento de compartirla.

Lilian frunció el ceño. Ambos se miraron en silencio; algo que parecía tan obvio para él, resultaba ser un completo misterio para ella. El lord sonrió y se acercó un poco más.

—Ya sabes…

La joven negó.

Albert llevó la mano al vientre de su esposa, acomodándola sobre este.

—Cuando tengas que compartirlo con nuestros futuros hijos. A ellos también los amaré con locura, ya lo sabes —dijo finalmente.

Lilian se quedó inmóvil. Sintió cómo el aire se espesaba, cómo un peso invisible se le posaba en el pecho. La sonrisa de Albert, tan cálida y segura, no resultaba reconfortante, sino el eco de un amargo recuerdo: el del rostro de su antiguo esposo, sentado del mismo

modo, sonriendo feliz ante el anuncio de que iban a ser padres. Un recuerdo bonito, uno que no tardaba en empañarse cuando lo acompañaba del desprecio y el asco que habían seguido a cada uno de sus gestos después de perder aquel regalo del destino.

El mundo se desmoronó entonces, igual que lo hacía ahora.

No hubo forma alguna de convencerse a sí misma ni a él de que aquello no había sido su culpa. Y es que un hombre jamás podría comprender, ni siquiera Arthur, que la conocía tan bien, lo que una mujer siente cuando pasa por algo así, cuando eso que crece en su interior se va. Se había fallado a sí misma, a él y, un poco al mundo también. Y ahora estaba aterrada.

Una punzada le recorrió el vientre.

¿Y si volvía a pasar?

¿Y si su cuerpo la traicionaba otra vez?

¿Y si Albert dejaba de mirarla como lo hacía, si la ternura se convertía en desprecio, si el amor se desgastaba entre ausencias?

Lilian tragó saliva, intentando devolverle la sonrisa al lord, pero no pudo. No quería que lo notara. No quería parecer débil. Y, aun así, el pensamiento que ahora resonaba en su cabeza la hacía volver a ser esa niña asustada que corría hasta la cama de sus padres cuando una sombra extraña la hacía pensar en monstruos aterradores.

Si la vida volvía a escaparse de su cuerpo, ¿la seguiría amando Albert después? ¿O sería como la última vez?

—¿Qué sucede? —la voz de Albert sacó a Lilian de sus pensamientos.

Sacudió la cabeza.

Presionó los labios y volvió a intentar sonreír.

Pero a él no podía engañarlo.

—No… tiene por qué ser ahora —se apresuró a decir, negando despacio—. Yo solo hablaba de nuestro futuro, de… Pero no quiero que sientas que… ¿He sido estúpido? Siempre te he hablado de mis

aspiraciones, de la familia que deseo formar contigo, pero ahora soy consciente de que tú nunca me has hablado de ello, de… cómo ves nuestro futuro.

¿Había más opciones para ella que volver a intentarlo?

¿Podía esperar amor si no estaba dispuesta a volver a sufrir aquel dolor?

Lilian bajó la mirada; el nudo en su garganta se volvió más intenso. Bajó la cabeza y se frotó la cara con ambas manos, sintiendo de inmediato los besos de Albert sobre su cabeza.

—Lilian, tú eres todo lo que quiero. Una vida contigo me es más que suficiente… —le escuchó decir.

Y deseaba que fuera cierto. Más que nada en este mundo.

Se descubrió el rostro, buscando la mirada de su amado. Se habían prometido no hacía mucho que ya no habría más secretos, que debían comunicarse y ser honestos el uno con el otro; no era justo seguir callada.

—Claro que deseo una familia contigo. Es solo que… —apartó la mirada una vez más—. Yo ya he pasado una vez por esto. Por la ilusión de un bebé y… lo perdí. Solo… en un abrir y cerrar de ojos ya… no estaba… —confesó, finalmente, sintiendo la mirada empañarse de lágrimas—. Mi matrimonio no era perfecto. Pero tampoco era la pesadilla en la que se convirtió después de aquello. Él siempre me culpó. Y quizás tenía razón al…

—No —Albert interrumpió de inmediato, con ambas manos enmarcó el rostro de su esposa—. No fue culpa tuya. Esas cosas no son culpa de nadie. Y si el capitán fue tan necio como para culparte de ello… En fin, contendré mi lengua por respeto a ti —añadió, mientras su pulgar trazaba ahora arcos lentos sobre la mejilla húmeda de Lilian—. No permitiré que vuelvas a pasar por algo así sola; tienes mi palabra. Y si el destino es cruel… lo enfrentaremos juntos.

—No lo entiendes —susurró Lilian, apartándose apenas—. No es solo miedo a perderlo… es miedo a perderte a ti si vuelve a pasar. No sé si podría soportarlo otra vez. Tú no sabes el asco con el que me observaba, la de veces que tuve que escuchar que… Acepté su odio porque el amor nunca existió entre nosotros. Pero a ti… perderte a ti… no…

—Lilian… —la frente de Albert se juntó con la de la joven—. No sufras por cosas que aún no han ocurrido. Si algún día la vida nos pone a prueba, prometo que no habrá culpa, ni distancia, mucho menos silencio entre nosotros. Enfrentaremos lo que sea tú y yo.

Lilian cerró los ojos, dejándose envolver por su voz.

Le creyó. Necesitaba hacerlo.

Sus manos se aferraron a los brazos del lord, pidiendo así que no se alejara, dejando que aquel momento la envolviera y se convirtiera en una promesa más que necesaria.

Enfrentaremos lo que sea tú y yo.

Tú y yo.

Tú y yo.

Tú y yo.

Albert no dijo nada más.

Despacio, atrajo a Lilian hacia sí, haciendo que su cabeza quedara apoyada en su pecho. El ritmo constante de su corazón, ese compás sereno que se había convertido en la melodía que más paz le daba a la joven, resonó en su cabeza, haciendo que pudiera al fin respirar en paz.

En cuanto Lilian pareció calmarse lo suficiente, con delicadeza la ayudó a recostarse, envolviendo su cuerpo con la sábana y arreglando una de las almohadas para asegurarse de que estuviera cómoda. Y después, con una sonrisa, le retiró un mechón del rostro y permaneció allí, sentado a su lado, acariciándole el cabello en un silencio que hablaba más que cualquier palabra.

Lilian lo miró por un instante; la emoción y el agotamiento luchaban en su interior.

Con Albert, todo era sencillo y real; era ese amor que había ansiado sentir siempre.

Y, por primera vez en mucho tiempo, el futuro no resultaba tan incierto.

Lilian no tardó en caer rendida entre mimos y atenciones de Albert.

Treinta Y Dos



Las últimas palabras de la carta que Lilian estaba redactando quedaron ligeramente emborronadas cuando, de la nada, Albert apareció para reclamar su atención. Sus manos la rodearon; sus labios besaron su nuca varias veces, haciéndola reír y echarse poco a poco hacia delante para otorgarle más piel que mimar.

—Albert —canturreó su nombre, sin reprimenda real en él.

—Lilian —respondió él con el mismo tono juguetón.

La joven ladeó el rostro, buscando la mirada de su esposo, dedicándose ambos esa sonrisa que parecía incapaz de desaparecer de sus rostros desde que la boda hubiera tenido lugar. El lord besó la frente de Lilian, descendió hasta su nariz y alcanzó sus labios para darle un beso lento, de esos que resultaba imposible obviar.

Aun así, la mano de Lilian se acomodó en el pecho de su amado para detenerle.

—Tengo que terminar esta carta… —susurró.

—De acuerdo, de acuerdo… —respondió él, dejando de besarla, pero no soltando su cuerpo, permaneciendo, así, abrazados.

Lilian sacudió la cabeza, pero no hizo nada para romper aquel gesto. Ahora, con el mentón acomodado sobre su hombro, Albert observaba curioso cómo volvía a escribir.

—¿Escribes otra carta para tu hermana Cecile?

La joven asintió.

—¿No le habías escrito ya sobre vuestro padre? —preguntó, con el ceño fruncido.

—Ajá. Pero, cuando le mandé aquella carta, no estábamos casados, así que quiero contarle las buenas nuevas —suspiró—. Ni siquiera estoy segura todavía de si sabe lo de padre y… —negó despacio—. Odio la distancia.

Albert besó su hombro despacio, deslizando la nariz después sobre este.

—Lo sé. Pero tiene un matrimonio y una vida feliz allí —le recordó.

Lilian presionó los labios, pero terminó por asentir también.

—Tienes razón… —respondió, firmando la misiva y dejando caer la pluma después.

Se echó hacia atrás, recibiendo un beso de su marido en la sien de inmediato. Las manos de Albert le acariciaron los costados; se aferraron a ella con más firmeza, mostrando una vez más, sin palabras, que junto a él no había lugar alguno para sentirse sola.

Lo miró.

Era el hombre más hermoso del mundo. El más dulce.

Lilian se sentía afortunada de tenerle.

—¿Qué has estado haciendo toda la mañana? Ha debido de ser algo muy interesante; no has venido a molestarme en horas —bromeó, riendo al ver la reacción de Albert.

La dejó ir, echándose atrás y llevando una mano al corazón con teatral tristeza.

Lilian giró hasta quedar sentada de lado, observándole, mordiéndose el labio inferior

—¿Molestar? —preguntó él—. Eres malvada conmigo, ¿lo sabes?

La joven puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza, sin dar respuesta a sus palabras. Dejando a un lado su teatro, Albert se acercó de nuevo a la mesa y tomó asiento en esta, llevando una

mano a la rodilla para masajearla. Lilian se percató y llevó ella también con presteza la mano hasta la pierna de su amado, haciendo que apartara la suya para ser ella quien empezara a masajear aquella zona malherida.

—Tal y como hablé con tu hermano, he estado arreglando todo con lord Cromwell. Le he invitado a venir a finales de mes para formalizar la venta y que así pase a ser su nueva residencia —suspiró—. Cuento con que hayamos encontrado la nuestra para entonces…

—Estoy segura de ello. Y si no, aceptaremos la invitación de tu hermana y nos iremos una temporada con ellos a Bath. No te preocupes, ¿de acuerdo?

Pero Albert sacudió la cabeza.

—No, no es eso lo que deseo para nuestra vida juntos. Yo… quería darte una casa bonita, una vida bonita, no… vivir con mi hermana y su marido… —chasqueó la lengua—. Después de todo lo que hemos pasado, merecemos…

Lilian se puso en pie, colocándose frente a su esposo.

—Merecemos estar el uno con el otro, eso es todo lo que importa —interrumpió sus palabras, llevando una mano hasta su mejilla—. Lo demás solo es ruido de fondo.

Ambos se miraron, dejando que sus miradas, que la honestidad de estas, fuera suficiente para sellar aquel sentimiento. Tener un hogar bonito, lujos de esos que algunas personas podrían envidiar, era algo que resultaba secundario comparado con lo que ya tenían. Su matrimonio. Su amor.

Albert esbozó una media sonrisa, ladeó el rostro y besó la muñeca de Lilian.

—Te amo tanto. Lo sabes, ¿verdad?

Ella asintió, inclinándose para buscar sus labios en un beso que apartó cualquier nube que hubiera decidido posarse en la cabeza de su amado.

—Creo que necesitamos un poco de aire —susurró al distanciarse —. Llevamos días entre papeles, cartas, obligaciones… ¿Por qué no nos vamos de picnic? Puedo preparar una cesta, cogemos los caballos, nos vamos hasta el lago… ¿Te apetece?

Albert sonrió; con su descaro habitual, sus manos viajaron hasta el trasero de Lilian, tirando de ella, acercándola por completo contra su cuerpo.

—¿Nadar? —preguntó divertido—. ¿Te quedaste con ganas de invitarme a hacerlo la última vez que te vi en el lago?

Lilian enarcó una ceja.

—No juegues con fuego, Albert. En aquel momento te habría ahogado.

El lord rio, besando de nuevo, varias veces, el cuello de su esposa.

—Vayamos de picnic, de acuerdo —respondió finalmente.

Lilian, sin embargo, acomodó de nuevo la mano sobre la rodilla de Albert.

—¿Seguro? —preguntó.

Él, despacio, le acarició el brazo.

—Solo está peleona, pero no es un dolor peor que el de otras veces.

Y aunque aquello no era un consuelo, Lilian decidió aceptarlo.

——— ❀❀❀ ———

Tras darle una manzana a *Muffin* y otra a *Orion* como agradecimiento por el trayecto que acababan de realizar, atándolos cerca del lago para que pudieran beber y a la buena sombra de un árbol, Lilian dejó la cesta de picnic a un lado para poder, al fin, disfrutar del momento.

Cerró los ojos y echó la cabeza ligeramente hacia atrás. La suave brisa veraniega le arremolinó el cabello, haciendo que sintiera un cosquilleo de lo más agradable en sus adentros. Sin embargo, este

quedó en nada al sentir el brazo de su esposo rodeando su cintura, tirando de ella para poder besar su mejilla despacio y ascender hasta su oreja.

—Vamos al agua —susurró, con los labios todavía casi pegados a su piel.

Lilian asintió.

La privacidad de aquel lugar siempre había sido uno de los puntos que lo hacían de lo más atractivo, así que ahora, con la sola compañía de su esposo, no era momento de recatos ni de trajes de baño apropiados para una sociedad que se escandaliza con facilidad.

Con la ayuda de las manos de Albert, todavía perdidas por las curvas de su cuerpo, Lilian perdió el vestido y, poco a poco, el resto de prendas que lo cubrían. Sus manos tampoco quedaron quietas, despojando a la par la camisa, los pantalones y la ropa interior del lord, compartiendo un beso antes de darle un empujón y salir corriendo hacia el agua.

Risas.

El sonido del agua al ser golpeada por sus piernas.

La calidez de los rayos del sol.

Albert no tardó en alcanzarla. Lilian sintió cómo la agarraba con fuerza, elevando su cuerpo, cayendo ambos juntos hasta sumergirse por completo en el agua. Enredados, todavía aferrados el uno al otro, el agua fría los abrazó durante unos segundos antes de salir impulsados hacia la superficie.

Sin haber abierto siquiera los ojos, la joven movió los brazos con fuerza, buscando salpicar con cuanta más agua posible el rostro de su amado, recibiendo de vuelta lo mismo. Una pequeña disputa estúpida. Una que quedó zanjada cuando, tras cogerla de la muñeca, Albert tiró de ella para hacer que sus cuerpos quedaran pegados una vez más.

Los brazos de Lilian rodearon el cuello de su esposo.

Sus piernas se movieron a la par.

Las manos de Albert encontraron hogar una en su baja espalda y la otra apartando despacio del rostro los mechones de su cabello.

—Eres tan hermosa… —susurró.

—Basta —respondió ella, tirando suavemente del cabello del lord.

—Jamás —sentenció, con una convicción de lo más atrayente.

Lilian enmarcó el rostro de su esposo, observó sus ojos en silencio.

—A veces eres tan bueno conmigo, que no sé cómo responder…

Albert rio.

—Así es el amor, ¿no? Merece ser profesado a gritos, a todas horas, en todo momento.

—No fue así la primera vez. Quizás por eso no lo esperaba la segunda…

Ambos se miraron; el lord besó su nariz, rozando después esta con la propia.

—Cada vez que descubro cuán despreciable fue contigo, desearía… —suspiró—. Nada entre nosotros será como con él, te lo prometo. Nada me haría más feliz ahora que ser capaz de deshacerme de esos recuerdos, de conseguir que todo ese dolor se fuera de ti.

—No necesito que borres el dolor —susurró Lilian—. Solo… promete que jamás me dejarás volver a ese lugar. Promete que no estamos destinados a ese final.

—Jamás. Tú y yo somos un amanecer, Lilian. Juntos somos como esa luz que nace después de la noche. Y nada, nunca, puede oscurecer un amanecer.

Lilian rio con un toque de tristeza.

—Eso suena demasiado bonito para ser real…

—Lo es —respondió él, con una media sonrisa pintada en los labios—. Pero, desde que llegaste a mi vida, he empezado a creer que lo real y lo hermoso van de la mano.

Una nueva risotada.

Pero la tristeza se había esfumado.

La frente de Lilian se pegó a la de Albert.

—Basta —susurró, buscando sus labios—. Lo de antes nunca fue amor. Solo esto, solo nosotros —añadió, rozando sus labios, fundiéndose después en un sentido beso.

No hubo lugar a más palabras.

Sus cuerpos ansiaban sellar lo dicho de la forma más pura.

No hubo preámbulos. No hubo caricias lentas ni un momento de calma antes de dejarse llevar por la pasión. Sus entrañas clamaban por Albert y no había otra forma de saciar su hambre que sentirle dentro y sabía, por el brillo en la mirada de este, que él sentía lo mismo. Sin mediar palabra alguna, el lord guió su erección hasta el interior de su esposa, clavándose las uñas de Lilian contra la piel ajena, gimiendo contra sus labios húmedos.

Lilian deseó que el verano junto a Albert se volviera eterno.



Treinta Y Tres



Tras intentar varias veces peinar sus rizos con los dedos, Lilian dejó escapar un sonoro suspiro y se dio por vencida, aceptando que aquella maraña de pelo iba a ser el precio a pagar por un baño en el lago de lo más agradable. Y estaba encantada.

Ataviada con la camisa de Albert y sentada sobre la manta que habían traído para el picnic, observaba a su esposo moverse, sacando la comida de la cesta, con el cabello también mojado y el torso desnudo, recibiendo las agradables caricias del sol. Era precioso; ahora entendía mejor la fascinación que el lord sentía por pintar cosas bellas. De ser ella poseedora de tal talento, ya habría creado en su cabeza la composición perfecta para hacerle justicia.

Su esposo había sido el encargado de preparar aquella cesta para su picnic, así que Lilian observaba con ojos curiosos, esbozando una sonrisa al verle sacar dos tazas de metal esmaltado y un recipiente con una bebida que reconocería en cualquier parte.

—Adoro la limonada —dijo, extendiendo el brazo al ver cómo empezaba a servirla.

—Lo sé —respondió él, con una sonrisa altanera pintada en los labios.

Albert tomó asiento, dando un sorbo a su vaso antes de compartir un beso corto.

—¡Bueno! He preparado este picnic para ti trabajando con lo que tenemos, así que puedes disfrutar de… Quesos suaves.

Lilian asintió complacida.

—Panecillos y mermelada de grosella.

De nuevo, Lilian asintió.

—Fruta fresca, cortada y pelada para ahorrarte cualquier trabajo.

Lilian rio y bajó la mirada un momento.

—Unos sándwiches de pepino con mantequilla yyyyy… —el lord metió la mano dentro de la cesta, sacando un pequeño ramo de flores azul celeste atadas con una cinta de seda blanca—. Nomeolvides. Sé que son tus flores favoritas.

—Sí que me conoce usted, milord.

Albert levantó los hombros, tendiendo el ramo a su esposa, que no tardó en cogerlo, acercando las flores hasta su nariz para perderse en su aroma. Sus labios volvieron a buscarse, primero en un beso mucho más tranquilo que los de antes, dejando que este diera lugar a una cadena de besos cortos.

—¿Por dónde quieres empezar? —preguntó, aun entre besos.

—Fruta, por favor.

El lord asintió, disponiendo todo lo necesario para empezar a comer.

—He estado pensando mucho en algo…

—¿En qué? ¿Debo preocuparme?

Albert rio.

—¡En nuestro hogar definitivo!

Lilian dibujó un oh con los labios.

—¿Y… has llegado a alguna conclusión? —preguntó, dando un bocado a la manzana.

—A una bastante concreta —el lord esbozó una media sonrisa—. Surrey.

—¿Surrey? —frunció el ceño, con un toque de incredulidad.

—Ajá. No está lejos de Bath, lo bastante cerca como para no desligarnos del mundo ni de los compromisos que puedan surgir, pero también lo bastante lejos como para que el aire sea otro. Más limpio. Más… nuestro. Tiene bosques, colinas, ríos. Es… tranquilo. Y creo que eso nos vendría bien para esa vida que queremos construir juntos —respondió con convicción, haciéndose él también con un pedazo de manzana—. Podríamos tener un jardín lleno de nomeolvides, un establo grande para nuestros caballos…

—Dicho así parece el paraíso.

—¡Lo sé! Te prometo que no es una decisión fruto de un impulso, he… estado buscando un lugar así concienzudamente; he… mandado misivas a varias amistades para cerciorarme de que es un buen lugar para nosotros… No te digo que deba ser Surrey sí o sí, pero… no sé, ¿podrías darle una oportunidad a la fantasía de crear un hogar allí?

Lilian asintió.

—Podría hacerlo.

—Bien. Buscaré algunas residencias que se ajusten a nuestras necesidades; podemos visitarlas juntos, así nos aseguramos de que estén a la altura de la mujer que vivirá en ellas.

Lilian puso los ojos en blanco, extendió el brazo y le dio un empujón a Albert.

—Estúpido… —farfulló antes de terminarse el pedazo de fruta que todavía sostenía entre sus dedos. Se limpió los labios con los dedos—. Yo solo… pido que no sea Londres. Y que me permita visitar a mis hermanos lo suficiente. Surrey cumple con ambas, ¿no?

El lord asintió.

—Entonces busca hogar —levantó el dedo, apuntándole con él—. Nada demasiado ostentoso, con lo necesario y un jardín como el que acabas de hacerme desear. Cuando lo encuentres, iremos a verlo, juntos. Ambos hemos de sentir que es el lugar perfecto.

—Como desees —sentenció él.

Durante unos segundos, el sonido de la naturaleza los envolvió por completo: la brisa moviendo las hojas de los árboles, el agua meciéndose con la corriente… Lilian se hizo con un nuevo pedazo de fruta. Si bien Albert tenía en sus pensamientos aquel hogar definitivo que ambos ansiaban, ella seguía estancada, dando vueltas a las últimas palabras que había compartido días atrás con Daniel.

Pero, ¿cómo preguntaba una por un tema así sin meter el dedo en una herida?

Quizás había esperado demasiado. Quizás ya no tenía sentido.

Pero eran un matrimonio y no estaba dispuesta a volver a permitir que los secretos se hicieran un lugar en sus vidas.

Tomó aire, profundamente y después habló.

—¿Todavía te queda alguna residencia en Londres o te deshiciste de todo?

Albert frunció el ceño, pero asintió de todos modos.

—Bueno, mi estudio, donde guardo mis pinturas, sigue siendo mío. Pero, en cuanto tengamos dónde ir y pueda hacerme con uno nuevo, lo venderé como todo lo demás —dijo, levantando los hombros para restarle importancia—. ¿Por qué?

Lilian suspiró y bajó la mirada.

—Hace unos días, cuando preparé el té con tu hermano… me contó que no hace mucho estuviste con Elizabeth de visita. Qué viste a tu madre. Yo… quizás es algo que deberíamos haber hablado mucho antes y me disculpo por ello, pero… No puedo estar tranquila pensando que… ella sigue formando parte de tu vida —lo observó fugazmente—. Albert, quemó las cartas de mi madre ante mis ojos, chantajeó a mi hermano, quiso separarle de Daniel de toda forma posible y… entiendo que es tu madre, pero la forma en la que te trata a ti tampoco es algo que esté dispuesta a tolerar. Y sé que ha estado hablando mal a todo Londres de mí; aunque no lo haya hecho directamente, no soy estúpida… ¿Pido demasiado? ¿Es demasiado para ti no dejar que esa mujer esté cerca de nosotros?

Ambos sabían que no era una buena mujer.

Ambos sabían que, cuanto más lejos, mejor.

Y, a la vez, Lilian entendía lo complicado que debía ser apartar a una madre de ese modo. Entendía que la petición era injusta, pero era lo más honesto que podía ofrecerle.

Notar la mano de Albert sobre la propia hizo que levantara la cabeza, encontrando la mirada siempre dulce y clara de su esposo. Se acercó a ella, besando el puente de su nariz con mimo, presionando la mano suavemente después.

—Fui a ver a mi madre por Elizabeth. Desde que se quedó embarazada, se siente culpable por no dejarla formar parte de ello y… En fin, me enteré de que había ido a verla varias veces y… Lilian, no podía permitir que lo hiciera sola. Sabes cómo es mi madre. ¿Puedes imaginar siquiera qué cosas horribles le habría dicho en mi ausencia? —negó—. La acompañé para protegerla. Nada más. Mi madre y yo dejamos de hablar después de lo sucedido con Daniel y, como te ha tratado a ti, solo afianza que no tenemos nada en común —suspiró—. ¿Puedo saber qué hablaste con mi hermano?

Lilian asintió.

—Me dijo que habías ido con Elizabeth a verla hace unas semanas, pero que ella había dicho algo sobre mí y que… bueno, que no había acabado bien. También dijo algo sobre tu padre que no comprendí.

Albert resopló y se frotó la cara con la mano libre.

—Dichoso Daniel…

Lilian fue esta vez quien movió la mano, entrelazando los dedos con los de su esposo, presionando su mano para llamar su atención.

—Prometimos que no habría secretos entre nosotros…

Albert suspiró y asintió despacio.

—Es cierto, lo prometimos. Pero lo que voy a contarte es algo que solo sabe mi círculo cercano y… en fin, supongo que tiene sentido que tú también ahora que lo eres. Pero nadie puede saberlo; ni siquiera Arthur, es mi única condición.

Lilian dudó un momento, pero terminó por asentir.

—Sabes lo unido que estaba a mi padre, ¿cierto?

De nuevo, asintió.

—Cuando murió, fue un golpe muy duro. Yo todavía era muy joven, el mundo me daba miedo y sentía que había perdido a la persona que debía guiarme en él, convertirme en un hombre de bien. Durante meses estuve… hundido, triste de un modo que no sabría explicar con palabras. Tan intenso, tan… asfixiante. Una tarde, buscando entre sus cosas algo con lo que sentir una pizca de confort, di… con unas cartas. No, no eran realmente unas cartas: era… como un… contrato. Entre mi abuelo y mi padre —suspiró—. En él, mi padre accedía a casarse con mi madre y, a cambio de su silencio, recibiría todos los beneficios de una unión con una duquesa, además de un dote de dinero superior y… bueno, ciertas libertades que no me siento cómodo relatando.

Lilian titubeó; confusa, quiso decir algo, pero Albert decidió proceder.

—Mi madre estaba embarazada de mí cuando se casó con… —el lord rio con un toque de tristeza—. Bueno, no era mi padre, pero… me cuesta llamarle de otro modo.

—¿No eres hijo del primer esposo de la duquesa?

Albert negó.

—No, mi abuelo le dio todo lo que deseaba y más a cambio de casarse con mi madre y fingir frente a toda la sociedad londinense que yo era su hijo. Y así lo hizo durante muchos años —suspiró—. Cuando me enteré, estallé y… mi madre me hizo comprender que, si el mundo sabía lo que había hecho, si sabían que yo no… En fin, lo perderíamos todo. Y aunque en ese momento me daba igual convertirme en un paria, yo… supongo que estaba cegado por el amor que sentía hacia ella y decidí protegerla con mi silencio. Luego… llegaron mis hermanos y… Ellos no merecen verse salpicados por esto, Lilian —Albert bajó la mirada—. Algo se rompió

en mí entonces. Dejé de… ansiar ser ese hombre honorable que quería ser, ese que hiciera a mi padre sentirse orgulloso de su hijo —rio, de nuevo con tristeza en la voz—. ¿Qué era la familia? Yo no tenía una como tal; estaba… sustentada en mentiras, en… dinero y… ¿Mi padre me quería de verdad? ¿Fingió toda su vida para cumplir con su papel?

Lilian negó de inmediato.

—No, estoy segura de que no, Albert…

—No lo sabes. Está muerto, no… puede respondernos. Solo nos queda la esperanza, creer que no fue así, pero… eso no me hace sentir ningún confort.

La joven Stratford se acercó más a su marido, rodeó su brazo con el propio y dejando varios besos sobre su hombro, buscando darle calor con su cercanía y afecto. Sus miradas volvieron a encontrarse, Lilian llevó una mano hasta el rostro de Albert, acomodándola contra su mejilla y deslizando despacio el pulgar sobre ella.

—Cualquiera que te conozca te amaría locamente. Estoy segura de que tu padre lo hacía. Si tu no tienes las fuerzas para creerlo, yo lo haré por los dos —sonrió.

Y Albert lo hizo también.

—¿Sabes? Cuando Catherine se quedó embarazada del despojo que es Ainsworth, yo… le dije a toda mi familia que ese bebé era mi oportunidad de formar una familia, que por eso quería casarme con ella, que… llenaba ese deseo con ese matrimonio y ese bebé. Pero era mentira. Yo no creía ya en la idea de familia en aquel entonces. Pero… me vi en ese bebé. Catherine le habría dado todo el amor y todo lo que estuviera en sus manos para hacerlo feliz, pero seamos realistas: ¿qué destino le espera a una madre sola y a un bebé en un mundo como el nuestro? —suspiró—. Y Catherine ni siquiera tenía el apoyo de una familia adinerada como mi madre. Si mi madre, en sus circunstancias, necesitó que mi abuelo moviera cielo y tierra y le… básicamente comprara un marido…. ¿Qué iba a ser de ella?

¿Qué iba a ser de ese bebé? No, yo… debía hacer algo. Esa no era la forma en la que me había imaginado siguiendo los pasos de mi padre, pero… —rio, sacudió la cabeza—. Me pareció hasta poético hacer algo similar. Criar a un niño que necesitaba de mi nombre para no ser apartado por gente demasiado… prejuiciosa.

Era un buen hombre.

Siempre lo había sido.

Bajo la capa de chulería, bajo las largas noches de alcohol y mujeres, bajo todas y cada una de las formas en las que socialmente no era perfecto, Albert era una buena persona: un alma sencilla, dulce, herida de una forma que nadie merece.

Lilian no sabía si podía sanar cada aspecto de su ser.

Pero no le importaba emplear su vida en intentarlo.

Despacio, le acarició de nuevo el rostro, deslizando los dedos y dibujando sus facciones con todo ese amor que guardaba para él en sus adentros.

—Habrías sido un padre maravilloso si el mundo te lo hubiera permitido. Le habrías dado a ese bebé el amor y la vida que merecía. Nunca lo dudes; yo no lo hago.

Albert movió la cabeza y su frente quedó pegada a la de Lilian.

—La idea de familia siempre ha sido algo complejo para mí. No hablo de mis hermanos, hablo de… una esposa, descendencia. Nunca entendí por qué iba a querer formar algo tan caótico, tan desastre, con otra persona… Hasta que llegaste tú —suspiró—. Tú le das sentido a todo; tú me hiciste desear crear esa familia que antaño no tenía sentido. Tú eres mi familia. Nada contigo es caos, todo… tiene sentido.

La joven llevó la otra mano hasta el rostro de Albert, enmarcándolo y buscando su mirada.

—Somos un matrimonio. Una familia. Y lo seremos hasta el último aliento.

Y nada ni nadie podría romperlo.

Treinta Y Cuatro



—¿Por qué no nos olvidamos de todo y nos vamos a casa? —preguntó Albert.

Lilian rio, observando a su esposo con una ceja enarcada.

—Te recuerdo que fuiste tú quien proclamó nuestro matrimonio a los cuatro vientos.

El lord resopló y Lilian, afectuosa, llevó su mano hasta la ajena y la tomó con firmeza.

—Será breve: haremos acto de presencia y volveremos a casa con el deber cumplido.

El lord suspiró, pero terminó asintiendo, aceptando así las palabras de su esposa.

—Saludamos, tomamos una copa y nos despedimos educadamente.

—Eso es.

A Lilian tampoco le apetecía nada el plan que tenían para aquella tarde. A medida que avanzaban por el camino que los llevaría a la residencia de lady Carrington, un cúmulo de sensaciones contrarias se agolpaba en sus adentros, siendo la más fuerte las ganas de dar media vuelta y dejar de dar importancia a un deber social estúpido.

Unos días atrás, de vuelta de su picnic en el lago, Albert y Lilian habían decidido pasear en lugar de ir a caballo. De regreso por el

sendero, entre gestos cómplices y conversación boba, un carruaje había parado ante ellos cortándoles el paso, bajando de este, con obvia emoción, una lady Carrington que parecía encantada de haber dado con un cotilleo sin haberlo pretendido siquiera.

¿Ellos? ¿Juntos de aquel modo?

Hasta la menos avispada vería que ahí había algo más que un simple paseo.

Tras el pésame de rigor por la muerte del patriarca Stratford, lady Carrington no tardó en meter sus narices, preguntando por su cercanía, por si se había perdido algo pues le resultaba sorprendente verlos de aquel modo. Lilian intentó obviar la pregunta; después del desplante que la mujer había tenido con el funeral de su padre, sentía que no merecía saber de sus vidas más de lo que fuera necesario.

Pero Albert, ah, Albert. Cual niño ilusionado, anunció que estaban casados.

Tras superar el estupor inicial y confirmar que aquello era cierto con un buen vistazo a la alianza que Lilian llevaba en su dedo, lady Carrington estalló en un enhorabuena algo exagerado y en la petición de que fueran a tomar algo a su residencia veraniega para poder celebrarlo como era debido. Y ni el luto de Lilian pudo convencerla de lo contrario.

«Solo será una reunión de amigos.

Por favor, nada me haría más feliz que celebrar este momento dichoso» les dijo.

Y ellos, tras intercambiar una mirada, accedieron.

En cuanto llegaron a las puertas de la residencia de los Carrington, Albert soltó una risa cargada de sarcasmo y sacudió la cabeza.

—Una reunión de amigos y una leche —dijo.

Había reunidos allí tantos carruajes que a Lilian se le había encogido el estómago. Aquello no era lo que habían hablado, no era

lo que quería. Por mucho que estuviera disfrutando de su matrimonio como merecía, la joven Stratford seguía vistiendo el luto por su padre, y su atuendo, sencillo y de color oscuro, así lo reflejaba.

No era apropiado.

Ni su vestido para una fiesta, ni que una mujer en sus circunstancias estuviera allí.

Albert también se había relajado, decidiendo hacer caso a los consejos de su esposa y llevar uno de sus bastones para descargar la pesadez que sentía en la pierna. Nunca los llevaba en situaciones sociales como aquella. La pierna podía dolerle a rabiar, que, en una fiesta, el lord guardaba la compostura como su madre siempre le había forzado a hacer.

Ese pensamiento hizo que Lilian se detuviera. A ella le daba igual el bastón de Albert, pero no quería que tuviera que soportar aquella incomodidad si no lo deseaba. Lo cogió del brazo; ambos se detuvieron y se miraron directamente.

—Todavía estamos a tiempo de…

—¡Lilian! —la voz de lady Carrington llamando su nombre le puso los vellos de punta.

—Creo que ya no tenemos tiempo de nada —respondió Albert.

La mujer se acercó a ellos con paso acelerado, mostrando sorpresa cuando estuvo lo bastante cerca, titubeando un segundo sin saber demasiado bien qué decir. Sin embargo, la mirada que lanzó a su aspecto fue más que suficiente para hacer a Lilian entender qué le cruzaba la cabeza.

—Qué vestido tan precioso… —dijo, con poca honestidad en sus palabras.

—Bueno, estoy de luto, así que he escogido lo mejor que he podido —respondió ella, sin morderse la lengua, cosa que hizo a Albert sonreír con orgullo—. No era esto lo que hablamos. Nos dijo

que sería un té entre amigos, celebrar un matrimonio de forma íntima…

—¡Lo sé, lo sé! Pero… Es que, en cuanto la noticia de vuestra boda empezó a circular, todo el mundo quiso venir y… querida, no pude hacer nada por evitarlo.

—Bueno, no contarle a todo el mundo que nos hemos casado era una opción —dijo el lord, también sin vergüenza alguna, deslizando el pulgar sobre los nudillos de su esposa.

Lady Carrington titubeó.

—Sigue siendo un té entre amigos —dijo, aunque todos sabían que era mentira.

Albert y Lilian se miraron, dudaron un momento, pero tomaron una decisión.

—Vamos a entrar, saludaremos, nos quedaremos lo que nuestra educación nos obliga y nos marcharemos. Esto no nos ha gustado nada y lo recordaremos —sentenció Albert, tirando suavemente de Lilian para bordear a la mujer y poder así dejarla atrás.

Ahora solo tenían que tomar aire.

Caminaban a la par. Y eso los hacía capaces de enfrentarse a cualquier cosa.

El salón principal de la residencia de los Carrington vibraba siguiendo los compases marcados por música de cuerdas y piano. Arañas de cristal en los techos, decenas de parejas danzando con pasos ensayados… Las paredes estaban adornadas con flores importadas; criados iban y venían con bandejas de rosado y delicados bocados. No era una reunión. Era un despliegue. Y ellos eran la principal atracción.

En cuanto se adentró un poco más con Albert, las miradas de los presentes los siguieron en cada paso, sin disimulo alguno; de hecho, pudo ver a varias jóvenes cuchichear entre risitas y comentarios que prefería no escuchar. En aquel instante, los detalles en negro de sus

ropajes le parecían demasiado tenues frente al océano de satén, sonrisas y júbilo.

Sintió un pinchazo de culpa, afilado como una aguja. ¿Cómo podía estar allí, envuelta en música y celebración, cuando su padre apenas llevaba semanas bajo tierra? ¿Cómo no era aquello una traición, una afrenta a su memoria?

Ahora se sentía culpable: ¿había sido justa al disfrutar de su matrimonio dadas las circunstancias? ¿Debía avergonzarse de lo que había pasado en el lago? ¿Estaría su padre enfadado allá donde estuviera?

Fue entonces cuando la mano de Albert rozó la suya. No hizo falta más. No hubo palabras; su cercanía cálida, la firmeza con la que se mantenía en pie a su lado, fue más que suficiente para deshacerse de las preguntas de un plumazo. El lord no parecía intimidado por el bullicio, tampoco deslumbrado, quizás sus años en Londres lo habían acostumbrado a aquellos reveses de la alta sociedad. Su mirada no buscaba a nadie más, solo a ella, como si el salón entero pudiera desvanecerse y nada se perdiera mientras siguiera a su lado.

Su padre no estaría decepcionado, mucho menos enfadado.

Allá donde estuviera, seguro que sonreía ante la visión de aquello que compartían.

Poco a poco, los presentes no tardaron en acercarse para interesarse por su matrimonio y darles la enhorabuena, aprovechando aquella cordialidad para hacer las preguntas que de verdad deseaban. Se interesaron por cómo, dónde, quiénes habían acudido a la boda, incluso cómo se sentía la duquesa al respecto. Sus preguntas no fueron directas: iban veladas en sonrisas y comentarios educados que buscaban ocultar que aquello no era más que aves de rapiña buscando conseguir algo de lo que alimentarse.

Por suerte para Lilian, Albert se encargó de dar respuesta a la curiosidad de los presentes. Haciendo gala de su educación y saber hacer en aquellas circunstancias, dio respuestas lo suficientemente

interesantes como para saciar su curiosidad, pero sin llegar a darles la carnaza ansiada. Callaban, los dejaban sin poder seguir indagando, pero no permitían que la especulación y el cotilleo se extendieran como parecían desear.

A medida que se fueron disipando, volviendo a quedar solos entre el gentío, la joven acarició el brazo de su esposo, llamando su atención, regalándole una sonrisa.

—Has estado impecable.

—La práctica hace al maestro —respondió, levantando los hombros.

—Quizás debería aprender yo también. Has tenido que cargar con todo el peso de acallar su insufrible curiosidad…

—No, cuando nos vayamos a Surrey o donde sea que finalmente terminemos, esta vida social tan asfixiante será cosa del pasado. No rendiremos cuentas a nadie que no sea realmente importante y, para eso, no necesitas aprender a ponerte esta pesada máscara —suspiró —. Has hecho bien en quedarte al margen.

La joven enarcó en la ceja.

—No te acostumbres; no voy a ser un bonito florero plantado a tu lado.

—¿Tú? ¿Un florero? No, nunca. Lo osada que eres, cómo hablas sin tapujos, ese carácter tan tuyo… lo amo tanto que moriría antes de dejar que lo pierdas.

Lilian presionó el brazo de Albert, se acercó más a él, recibiendo de inmediato un beso en la cabeza por parte de su esposo. El decoro se impuso a su deseo, pero, de haber estado solos, aquellas palabras habrían llevado a un encuentro pasional capaz de hacer temblar los cimientos de la residencia de los Carrington.

—¿Es demasiado pronto para marcharnos? —preguntó Lilian.

—Regalad cinco minutos más a los invitados. O, al menos, a un viejo amigo.

Ambos ladearon el rostro al escuchar aquella voz a sus espaldas.

Lord Ainsworth, con una sonrisa pintada en los labios capaz de poner los vellos de punta, los observaba a ambos como si llevara esperando aquel momento demasiado tiempo.

La última vez que lo había visto en persona, Ainsworth se había presentado ante Lilian como una mano amiga, una víctima de los actos de Albert que buscaba protegerla. Ahora que sabía más de su historia, que las caretas habían caído, aquel hombre se asemejaba más a una víbora que a un príncipe. Y una debe tener mucho cuidado con las víbora: cuando danzas con ellas siempre estás en riesgo de recibir su veneno.

—Lord Ainsworth —dijo Lilian, haciendo una suave reverencia con la cabeza—. No esperaba verle en una fiesta como esta.

—Bueno, cuando lady Carrington me contó las buenas nuevas, tuve que convencerla de que me invitara a ver con mis propios ojos cómo la suerte ha decidido sonreír por fin a mi viejo amigo —respondió este, mirando ahora a Albert—. Enhorabuena por tu segundo matrimonio; espero que a este lo trates con más aprecio que el último.

Albert presionó los labios; sus hombros se tensaron.

—¿Crees que serás capaz de decir la verdad alguna vez en tu existencia o piensas seguir ocultando tus vilezas tras palabras y ropa bonita?

Ainsworth rio y se echó el cabello atrás con la mano.

—La verdad, siempre tan compleja, tan… incómoda en ocasiones.

—La verdad rara vez incomoda a quienes la respetan, lord Ainsworth —interrumpió Lilian, con voz tranquila—. Pero comprendo que algunas personas la encuentren… áspera.

—¿Y no es esa aspereza de la verdad la que nos invita a disfrazarla con versiones más compasivas? Para proteger a aquellos que no están listos para escuchar —rebatió Ainsworth.

—Dudo que sea compasión. Creo que es cobardía, viejo amigo —sentenció Albert.

El silencio tenso los envolvió a los tres. La música seguía sonando, ajena a ellos, a su batalla verbal. A pocos metros, una pareja giraba envuelta en risas.

—Debe ser admirable —dijo Ainsworth, clavando la mirada en Lilian una vez más—. Sentirse tan segura de las historias que le cuentan a una. Poder confiar ciegamente aun cuando todas las piezas no tienen sentido. O eso me pareció en nuestra última conversación.

Lilian sonrió.

—Así fue, milord, vuestras palabras hicieron mella en mí. Pero no os preocupéis, las piezas encajan ahora a la perfección. Por mucho que otros intenten reescribir la verdad para salvarse a sí mismos, esta siempre aparece si uno la busca lo suficiente. El truco es no confiar en cualquier charlatán, supongo —levantó los hombros.

Ainsworth abrió de nuevo la boca, dispuesto a soltar una vileza; sin embargo, de golpe se detuvo. Cerró la boca, presionó los labios y dio un paso hacia atrás, como si de pronto hubiera recordado que, en aquella discusión, no podía usar malas artes. Demasiados ojos y oídos a su alrededor los observaban, y necesitaba que su fachada perfecta no se desmoronara, o perdería todo por lo que había luchado.

Así que exhaló por la nariz. Y sonrió, bajando la cabeza, mostrando su rendición.

—Bueno, el caso es que me alegro de esta felicidad que ahora os acompaña. Me hace muy feliz poder verla con mis propios ojos. Sin embargo, me gustaría pedir algo: un pequeño presente, ya que no fui invitado a tan maravilloso día —lord Ainsworth tendió la mano en dirección a Lilian—. Un baile con la radiante novia.

—No —Albert negó de inmediato., buscando la mano de Lilian para marcharse.

Sin embargo, esta lo detuvo.

«Pagadme con un baile la próxima vez que nos veamos», le había dicho en Bath.

Que así fuera.

—Las serpientes se derrotan mirándolas a los ojos, no escondiéndose —dijo.

—Lilian…

—Confía en mí. Dices que mi carácter, que no me deje doblegar por nadie, fue lo que hizo que te enamoraras de mí. Recuerda con quién te has casado y no tengas miedo.

Albert presionó los labios, miró después a Ainsworth.

—Un baile.

—Un baile —repitió este.

En cuanto Lilian posó su mano sobre la del lord, ambos fueron a la pista juntos.

Treinta y Cinco



Cuando se le pregunta a un hombre qué imagina como un campo de batalla, su respuesta suele ser directa. Piensa en la guerra, piensa en barro bajo las botas, sangre y muerte. Los que son capaces de ir más allá descubren que existen batallas más mundanas. Un pulso en la taberna con unas cervezas de más, una partida de cartas apostando más de lo que se debería, un partido del deporte que prefiera… Momentos aislados, siempre físicos.

Para las mujeres, un campo de batalla es algo mucho más complejo. Para algunas, el simple hecho de su existencia ya es una constante batalla. Un estatus del que quieren escapar, un golpe del destino mal encajado, una mirada que las reduce a poco más que un bello complemento… Para otras, las batallas se libran en lo social y solo se vencen con la cabeza.

Una fiesta del té es un campo de batalla.

La búsqueda de un marido es un campo de batalla.

Lidiar con los rumores es un campo de batalla.

Y un baile, por supuesto, también.

Para los hombres, aquellas contiendas eran absurdas. Juegos de damas aburridas, nada que uno deba tomar en serio. Y así, con esa ingenua condescendencia, sumaban derrotas sin saberlo, sin comprender que nunca podrían ganar aquello que se negaban a

entender. Su empeño en subestimar todo lo femenino los había condenado de antemano.

En cuanto Lilian puso un pie en la pista de baile, aquella certeza ya la acompañaba. Sabía qué era aquello, comprendía bien ahora quién era el hombre que tenía delante y no pensaba permitir ser manipulada de nuevo por sus vilezas. Era el momento de poner las cartas sobre la mesa y acabar con aquella incomodidad de la mejor forma.

La música empezó a sonar; lord Ainsworth hizo una reverencia que Lilian no tardó en corresponder. Juntos avanzaron hacia el centro de la pista con cuatro pasos suaves, manteniendo la postura erguida; retrocedieron con la misma precisión varias veces.

—Me entristece ver cómo no habéis seguido mis consejos, señorita Stratford. Os veía como una mujer mucho más inteligente que las otras, capaz de ver la maldad incluso en los rostros más hermosos. Fui honesto con usted sobre mi historia, sobre Catherine… Y ahora os encuentro casada con el mismo demonio —suspiró—. La decepción que siento ahora mismo es… ni las palabras podrían hacerle justicia.

Lilian levantó la cabeza; su mirada dio con la del hombre.

—¿Quién sois vos para sentiros decepcionado conmigo? No tenéis derecho alguno a tener expectativas para conmigo, mucho menos a creer que tenéis derecho alguno a opinar sobre lo que decido hacer con mi existencia —la joven sonrió—. Ese fue vuestro error, milord, el más grave. No me conocéis, no sabéis nada de mí, y aun así os sentís con derecho alguno a juzgar o intentar marcar el rumbo de mis pasos.

—¿No lo habéis oído? Los hombres marcan los pasos; las damas los siguen.

Lord Ainsworth ofreció entonces su mano derecha. Lilian aceptó el gesto, posando los dedos con delicadeza sobre esta, dando

después un pequeño giro, un paso adelante y otro giro en sentido contrario, siguiendo el ritmo ligero de la música.

—¿Es por eso por lo que me habláis únicamente en la pista de baile? ¿Porque es el único lugar donde estáis seguro de que seguiré el ritmo que marcáis? —Lilian rió con suavidad—. No os lo voy a negar: fuisteis astuto. Vinisteis a buscarme justo cuando mi mente estaba más frágil y jugasteis con mis inseguridades con una precisión admirable. Y sí, os salió bien la jugada. Mis dudas, mezcladas con vuestras palabras, lograron que, por un instante, creyera cada una de vuestras mentiras y que culpara a Albert por algo que, aunque os empeñéis en negarlo, recae únicamente sobre vuestros hombros.

Lord Ainswoth tensó la mandíbula.

Con fuerza, presionó la mano de Lilian.

—Os lo he dicho ya, y lo repetiré si hace falta, ese fue vuestro error: creer que me conformaría con vuestras palabras, que las aceptaría sin cuestionarlas y las convertiría en mi guía. Pensasteis que me moldearíais a vuestra voluntad, pero no soy esa clase de persona. Decís que me consideráis alguien inteligente, alguien por encima de cometer ciertos errores. Pero eso no es verdad, y ambos lo sabemos. En realidad, me veis como a una niña ingenua. Por eso asumisteis que vuestra palabrería bastaría para quebrarme y serviros en vuestro propósito de herir a Albert. Lamento deciros que os equivocáis, milord.

—Habláis como él…

Lilian rio de nuevo.

—¿Lo veis? Me seguís tomando por estúpida. A vuestros ojos solo soy la mujer a la que lord Albert ha conseguido engatusar y nada más. No os cabe en la cabeza que lo que sale de mi boca lo haga por mi propia voluntad. Podéis intentar fingir, pero la verdad siempre acaba saliendo a la luz, y os cuesta demasiado no tratarme como el ser inferior que realmente pensáis que soy —suspiró. Giraron juntos

de nuevo, deslizándose por la pista al unísono—. Una vez más, no sois capaz de ver la verdad.

—¿Y cuál es esa verdad, señorita Stratford?

—Que teméis a la persona equivocada.

Lord Ainsworth frunció el ceño.

—Teméis a lord Albert, cuando a quién deberiais temer es a mí. Él es mucho mejor persona de lo que yo jamás habría sido con vos. Durante todos estos años os ha seguido cubriendo las espaldas, os ha protegido con su silencio. Estuvo a punto de hacerse cargo de la mujer que abandonasteis, del niño al que no pensabais cuidar. Mi amado es bueno; yo no.

El hombre rio nervioso, sacudió la cabeza, mirando a un lado y a otro, buscando asegurarse de que nadie estuviera escuchando de verdad aquella conversación. Lilian, en cambio, se mantuvo con el mentón alto, la seguridad en la mirada y los pasos certeros.

—¿Qué me va a hacer una niña estúpida como tú que pueda dañarme?

—Sois de la peor calaña que habita estos círculos sociales. Sois un parásito. Todo lo que tenéis es una fachada: un pelo bonito, un rostro de ensueño, ropa cara. Y con eso jugáis, engatusando a quien podéis para sacarles todo lo que tienen. Un parásito necesita camuflarse bien porque, en el momento en que alguien nota que lo tiene pegado, es solo cuestión de tiempo que se deshaga de él y lo aplaste —Lilian levantó los hombros—. ¿Creéis que me costará mucho averiguar si esos negocios en el extranjero que decís tener son ciertos? Lord Robert, el marido de lady Elizabeth, y su familia controlan muchos negocios fuera del país… Quizás, si le pregunto, pueda indagar a qué os dedicáis realmente. Y, claro… si descubro que esos negocios son falsos, todas esas damas a las que pretendéis seguramente empiecen a preguntarse si de verdad tenéis tanto dinero como decís…

De nuevo, el lord presionó con fuerza la mano de Lilian.

—Os noto tenso… ¿Os estáis poniendo nervioso? —sonrió—. Pues no he acabado. ¿Creéis que me costará mucho averiguar cuál es vuestra reputación real en los altos círculos del Reino Unido? Mi tía Lou tiene muchos hilos de los que podría tirar. ¿Qué pasará si descubro que habéis dejado cadáveres allá por donde vais? Mujeres estafadas, deudas, promesas sin cumplir… ¿Debo creer que no hay nada de eso en vuestro historial?

—No te atreverás.

—Lo mismo me dijo mi suegra cuando intentó hacerme daño el verano pasado, y lo mismo que le dije a ella te lo diré a ti: ponme a prueba y lo verás —el respeto y la formalidad desaparecieron de sus palabras—. Nada ni nadie puede detenerme cuando quiero proteger a aquellos que amo. Y tú has herido a Albert demasiadas veces como para salir impune.

Ambos se detuvieron.

En silencio, se miraron directamente.

—Vuelve a poner un solo dedo sobre mi esposo y destruiré todo lo que tienes. Y lo haré despacio, disfrutando de cada golpe, para que veas cómo cada piedra de ese castillo que has construido cae y se convierte en escombros ante tus ojos.

Ainsworth presionó los labios, tragó duro.

—¿Tú tampoco ves que esto lo hago por Catherine? ¿No ves que ella merece que el hombre que la mató caiga de una vez por todas?

—El hombre que la mató es ese que ves cada mañana cuando te miras en el espejo. Supongo que todavía no estás preparado para aceptarlo. Desearía poder mostrar compasión y creer que hay algo que redimir en ti. Pero no lo hago, así que nos ahorraré el tiempo a ambos. Si quieres que me mantenga callada, márchate y no vuelvas. Estoy segura de que lo has hecho en muchas otras partes, así que no tendrás problema.

Lilian dio un par de pasos hacia atrás; con elegancia hizo una reverencia, dibujando de nuevo una sonrisa tranquila en sus labios.

Lord Ainsworth se mantuvo quieto, con los hombros tensos y la mirada clavada en ella, una mirada que ambos mantuvieron hasta que el hombre tuvo que rendirse a la evidencia.

Cerró los ojos.

Agachó la cabeza en una reverencia.

El baile había acabado.

Lilian abandonó la pista de baile, sin mirar atrás, sin dudar un solo paso. Al llegar entre la gente, Albert ya la estaba esperando, dejando una caricia lenta sobre sus dedos en cuanto estuvieron lo suficientemente cerca. Lilian sonrió, haciendo que cualquier duda que hubiera sobrevolado la cabeza de su esposo se desvaneciera por completo.

—Vamos a casa, este no es nuestro lugar —dijo ella.

Y el lord, sencillamente, asintió.

Ambos se marcharon de la mansión de los Carrington sin despedirse.

Treinta Y Seis



Después del encuentro con lord Ainsworth, a Albert le resultó imposible descansar tranquilo en lo que, hasta el momento, le había parecido un hogar.

Aunque Lilian había insistido en que la conversación había ido bien y que estaba convencida de que aquel hombre no volvería a molestarlos, el hijo de la duquesa conocía demasiado bien a aquella vieja amistad como para creerse que unas palabras lo espantarían para siempre. Tenía un mal presentimiento, una sensación extraña enganchada en el estómago, y la única forma que se le ocurría para deshacerse de aquella amarga certeza era poner distancia y empezar esa nueva vida planeada cuanto antes.

Tras mandar una misiva a Elizabeth en Bath, su cuñado ofreció una vieja residencia familiar en Surrey para que se establecieran el tiempo que consideraran necesario. Según Robert, aquella casa había pertenecido a sus abuelos antes de su fallecimiento, y ninguno de sus hijos parecía interesado en su posesión más allá de puntuales visitas cuando el tiempo o los quehaceres sociales lo pedían.

Albert aceptó la oferta.

No era el lugar perfecto; quizás necesitaba algunos arreglos, pero el dinero era cuantioso en su bolsillo y estaba dispuesto a invertirlo,

incluso si solo era una residencia de paso hasta encontrar su verdadero hogar.

A Lilian le sorprendió la noticia; sin embargo, conseguir la paz mental de su esposo, pareció ser suficiente para convencerla de adelantar la venta de la casa y empezar a preparar una mudanza que prometía ser mucho más pesada de lo deseado.

Aunque pensaron en cargar con ella a sus espaldas, pronto Albert decidió contactar con varios de los criados que habitaban la residencia de verano de su madre para ofrecerles ayudar con la labor a cambio de una justa recompensa.

Cuatro hombres se presentaron allí al día siguiente, ayudando así al lord a organizar las cosas pesadas, embalarlas y prepararlas para partir con varios carruajes rumbo a Surrey.

Tres doncellas los acompañaron, ayudando a Lilian a embalar las pertenencias de más valor con sumo cuidado, encargándose también de ir limpiando cada estancia a su paso.

Lord Cromwell merecía encontrar todo listo para mudarse con su esposa.

En el tercer día de trabajo, la luz al final del camino hizo acto de presencia. La mayoría de las cajas que quedaban por mover eran libros, ropajes y algún que otro recuerdo de la vida allí en los años anteriores. Tras gestionar cómo viajarían los caballos hasta Surrey, Albert se encontró al fin con el tiempo suficiente para llevar a cabo el regalo a su esposa que tenía planeado desde hacía un par de noches.

—Me apena ver cómo se vacía la casa —había confesado Lilian mientras ambos yacían en el lecho, con la cabeza acomodada sobre el pecho de su marido—. Siento como si el recuerdo de nuestro tiempo aquí fuera a borrarse poco a poco.

Y, para Albert, esas palabras fueron suficientes para decidir hacer algo al respecto.

Cargando con una banqueta, sus pinceles y varios botecitos de pintura de colores vivos, el lord se adentró en la estancia que habían

compartido todas aquellas noches, tomando asiento cerca de una de las paredes para empezar a crear su obra en ellas.

Pintó.

Pintó.

Pintó.

Hasta que la voz de Lilian lo sacó de sus pensamientos.

—Qué bonito, lord Albert —escuchó que decía, ladeando el rostro para encontrarla acomodada contra el marco de la puerta—. Todo el mundo trabajando y usted aquí, sentado, sin mover un dedo —añadió, con voz burlona, acercándose—. ¿Tiene una razón que excuse su comportamiento y aplaque mi ira?

Albert rio y extendió el brazo, entrelazando los dedos con los de ella, tirando despacio para que se acercara y pudiera ver de cerca qué estaba pintando.

Eran flores.

Una combinación de hermosas flores pintadas en una de las paredes de la estancia.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Lilian, frunciendo el ceño.

—Dijiste que te apenaba la forma en la que la casa se estaba vaciando, que… sentías que el recuerdo de tu familia terminaría por borrarse de sus paredes. Así que he hecho algo para que siempre siga aquí, para que… los Stratford nunca se vayan del todo de lo que fue su hogar —explicó, tirando un poco más de ella, haciendo que se acercara por completo para ver bien cada una de ellas—. Por tu padre he pintado unos narcisos. Son flores que simbolizan los nuevos comienzos, ya que son una de las primeras flores en brotar después del invierno. Por tu madre tulipanes; recuerdo que adoraba esas flores y que siempre que veníamos de niños lo hacíamos con un ramo enorme de ellos para ella.

Lilian presionó los labios y asintió, confirmando tal recuerdo.

—Arthur es las violetas: modestas, sabias y fieles. Para Cecile he pintado azafranes, flores fuertes, cargadas de pasión. Nadie que no

sea así podría decidir cambiar su vida de la forma en que ella lo hizo por amor. Y, por supuesto, Jane y Abigail son margaritas. No sé explicar por qué, solo… las miro y… pienso en margaritas —rio—. Jane es las rojas y Abigail las blancas, creo que les gustarán esas elecciones.

—Les encantará, lo sé —respondió ella, visiblemente emocionada.

Albert se puso en pie y enmarcó el rostro de Lilian con mimo, besando sus labios despacio, rozando su nariz al distanciarse.

—¿Y qué flor es para mí? —preguntó ella.

—Los nomeolvides, por supuesto. Tú siempre serás un nomeolvides.

Sus labios se buscaron en un beso lento, cargado de ese remolino de sentimientos que aquel detalle había despertado en Lilian. De hecho, tras el beso, ella no tardó en buscar un abrazo que Albert correspondió de inmediato, acogiendo su menudo cuerpo entre sus brazos, besando su cabeza varias veces.

Albert se veía a sí mismo como un lirio. A veces rojo, a veces amarillo. En su futuro hogar, pintaría lirios y nomeolvides para simbolizarlos a ambos, siempre juntos.

—Gracias —la escuchó susurrar.

—No me las des. Sabes que haría cualquier cosa por tu felicidad.

Y aquello la había hecho feliz; era lo único importante.

Se apartaron poco a poco; Albert acomodó varios mechones de cabello de Lilian tras su oreja, dibujando una amplia sonrisa en sus labios al percatarse de que ella no podía dejar de mirar las flores. Verla emocionarse de aquel modo era todo un regalo, la inspiración para seguir pintando para ella hasta que para sus manos fuera imposible seguir haciéndolo.

—¿Has terminado ya de embalar todo?

Lilian asintió.

—Las doncellas están terminando de limpiar todo bien, pero… creo que en un par de días podremos irnos al fin.

Albert acarició la mejilla de su esposa con mimo.

—Por eso voy a salir un momento, ¿de acuerdo? Quiero llevar flores a la tumba de mis padres y… despedirme como siento que debo. Sé que, a medida que el momento se vaya acercando, me sentiré con menos fuerzas para hacerlo. Quiero aprovechar ahora que… en fin, que me siento con la cabeza y el corazón tranquilos.

—De acuerdo; te acompaño, puedo acabar esto luego.

Lilian suspiró y sacudió la cabeza.

—Es el cementerio, ¿qué crees que podría pasarme allí? —preguntó divertida.

Pero ah, por mucho que ella se lo tomara a broma, Albert no podía dejar de estar alerta a todas horas. Quizás estaba siendo demasiado paranoico. Quizás estaba exagerando. Pero él había visto de primera mano cómo Ainsworth había destrozado a Catherine, cómo había vuelto sin descanso a dañarla incluso cuando parecía improbable que así fuera.

No, eso no iba a pasar con Lilian.

Antes muerto que permitirlo.

—¿Podrías, por mí, llevarte a uno de los criados para que te acompañe hasta el cementerio? No entrará contigo, tendrás tu privacidad; solo… hazme este regalo.

Lilian dudó un momento, pero terminó por asentir.

—De acuerdo. Si eso te da paz, que así sea.

Y aunque no estaba tranquilo, al menos sus nervios pudieron tomarse un respiro.

——— ❀❀❀ ———

Terminada la pintura, Albert descendió a la planta baja, rumbo a la cocina para poder limpiarse bien las manos y deshacerse de los restos de pintura.

El movimiento en la planta de abajo era un no parar. Aunque Lilian no mentía al decir que estaba ya todo listo para ser llevado hasta Surrey, quedaba la parte de encajar todas sus pertenencias en los carruajes disponibles. El hijo de la duquesa no envidiaba a los hombres que ahora se devanaban los sesos intentando dar sentido a aquella tarea.

—Milord —una voz de mujer llamó su atención.

Ante sus ojos apareció una de las doncellas, una muchacha joven, con el cabello oscuro y ese toque de vergüenza de quien no lleva demasiado en la servidumbre y teme ofender a aquellos que están por encima de su persona. Eso, o había tenido que soportar ya a su madre, una mujer tan caprichosa y retorcida que asustaba a cualquiera.

—¿Qué sucede? —preguntó, acercándose y esbozando una sonrisa amable.

La muchacha sacó del interior de su delantal una tarjeta, una que le tendió.

—El hombre que se ha marchado con su esposa me dio esto. Es de parte de milady.

Albert la observó ligeramente sorprendido, pero no dudó en abrir la tarjeta para encontrar dulces palabras escritas en ella.

—Te veré después en nuestro lago… —leyó en voz alta.

Sin embargo, el resto de palabras de su esposa le sonaron tan evocadoras que decidió guardarlas para sí mismo.

«Necesitamos un momento para nosotros tras toda esta locura.
Tuya, Lilian».

Albert sonrió y asintió despacio.

—Gracias —dijo a la muchacha.

Le devolvió la nota, olvidando la tarea de lavarse las manos, pues, ¿y si Lilian llevaba ya mucho rato esperándolo? No debía hacerla esperar. Tras hacerse con su chaqueta y el bastón —pues desde el

baile su rodilla no dejaba de molestar y si iba a montar a caballo lo necesitaría después— salió de la residencia familiar con paso alegre.

Ensilló a *Orion*.

Montó en él.

Albert se perdió por el camino rumbo al lago sin dar explicaciones a nadie.

——— ❀❀❀ ———

—Shhhh, tranquilo, tranquilo —dijo, acariciando el hocico de Orion despacio.

Tras atarlo al árbol, como siempre, el animal parecía mucho más inquieto que de costumbre, revolviéndose, incluso rechazando el terrón de azúcar que su dueño le estaba ofreciendo. Albert suspiró y sacudió la cabeza.

—¿Es que si ya no viene Muffin tú tampoco, o qué? —preguntó, divertido.

La verdad era que su caballo había cogido un gran apego a la yegua de Lilian; parecían entenderse a la perfección y se ponían nerviosos cuando no estaban juntos. Mientras que su mujer no le encontraba la gracia, al hijo de la duquesa le encantaba bromear con que su corcel se había enamorado del de ella tan locamente como él mismo.

Orion relinchó de nuevo y sacudió la cabeza de forma violenta.

—Oye, al final va a dejar de hacerme gracia… —dijo, cogiendo con firmeza la rienda.

Quiso añadir algo más, pero el sonido de una rama al quebrarse llamó su atención, haciendo que ladeara el rostro. Esperaba encontrar a Lilian; quizás por eso sonreía al buscar quién había hecho tal sonido. Sin embargo, Ainsworth fue quien apareció ante sus ojos.

El cuerpo de Albert se tensó.

La mano que sujetaba el bastón lo apretó con más fuerza.

Tomó aire despacio. Ante un hombre así, uno debía parecer sereno.

—¿Así que has usado a mi mujer para atraerme hasta aquí? Te felicito: la promesa de estar con ella es debilidad suficiente para cegarme como a un estúpido —intentó sonar con confianza, levantando el mentón ligeramente.

Pero Ainsworth no dijo nada; solo se acercó.

La última vez habían llegado a las manos.

Albert se preguntaba si esas eran sus intenciones de nuevo.

—Por una vez has decidido hacer algo noble. En lugar de seguir persiguiendo a Lilian para hacerme daño, has tenido agallas y has venido a por mí directamente —volvió a hablar—. Pero yo no estoy interesado en tener ninguna conversación contigo ni en seguir dando vueltas a un tema que solo nos hace daño y que nunca encuentra solución. Estoy cansado. Y a estas alturas, tú deberías estarlo también.

Ambos quedaron cara a cara, cerca, demasiado.

Albert levantó el mentón un poco más.

—¿Por qué no puedes dejarme en paz? ¿Es que no he sufrido ya lo suficiente?

Por primera vez, Ainsworth respondió de algún modo. Negó.

—¿Qué diablos quieres?

—He estado pensando en lo que me dijo tu mujer. En que… yo había matado a Catherine. En tu boca sonaba a mentira, a excusa… pero por primera vez he empezado a pensar que tal vez tengas razón. Tal vez sí fue culpa mía, tal vez… la empujé a…

Sus manos y su voz temblaban.

Albert llevó la mano libre hasta el hombro de Ainsworth. Lo odiaba; no sentía pena alguna por sus palabras, por que aceptara de una vez por todas que el pasado que ambos cargaban a sus espaldas era completamente culpa suya. Pero no era estúpido: uno no sigue

molestando a un oso cuando está dormido, sino que se retira poco a poco, sin hacer ruido.

—Tranquilo. Es un dolor muy grande que gestionar, pero… sé que podrás hacerlo —dijo, apartando la mano despacio y llevándola de nuevo a las riendas de Orion con la intención de desatarlas y marcharse de allí.

Pero Ainsworth lo detuvo.

Con fuerza, lo cogió de la muñeca.

—Ambos hemos hecho tanto daño, Albert. Tanto. ¿A cuántas mujeres habremos hecho daño? ¿Con cuántos sentimientos hemos jugado? Por mucho que digas que has cambiado, las personas como nosotros no somos capaces de esas cosas. La muerte de Catherine fue la forma en la que el mundo nos lo hizo ver, ¿no lo entiendes? Si nunca nos hubiéramos cruzado en su camino, ella estaría viva —el hombre rio—. Pero aparecimos en su vida, la destrozamos y por eso murió.

—Yo no… —Albert quiso corregir aquellas palabras, pero Ainsworth presionó con más fuerza su muñeca, haciendo que guardara silencio.

—Tengo miedo, viejo amigo. ¿Y si hemos condenado a otra mujer inocente al destino de Catherine por meternos en su vida? ¿Y si ella también muere por nuestra culpa?

Albert sintió cómo el aire dejaba de pasar por su garganta.

—¿Te refieres a Lilian? ¿¡Qué le has hecho a Lilian!?

—¡Nada! Pero terminaré por hacérselo. Como a Catherine. Y tú también. Esa es nuestra naturaleza, eso es lo que somos y siempre vamos a ser. Y esa muchacha no se merece que… —Ainsworth negó varias veces.

De golpe, Ainsworth le dio una fuerte patada en la rodilla a Albert, haciendo que este cayera al suelo, roto de dolor, de inmediato. El hijo de la duquesa gritó; sentía que el aire le había

huido por completo de los pulmones. Levantó la cabeza, buscando la mirada del otro.

—¿Qué…?

—Tranquilo. He encontrado la solución para que Lilian no sufra lo mismo que Catherine. Tenemos que desaparecer. Y, aunque sé que yo podría hacerlo, tú la amas demasiado para abandonarla —Ainsworth se inclinó y cogió la nuca de Albert con fuerza—. Voy a matarte. Y luego moriré yo. Y así jamás podremos hacerle daño.

El miedo congeló el cuerpo de Albert.

No era una broma macabra, no era una amenaza vacía.

Los ojos de Ainsworth estaban embriagados por la locura y la determinación.

El hombre se inclinó y besó la frente de Albert despacio.

—Por Catherine —susurró.

Treinta Y Siete



En cualquier sociedad civilizada que se precie existen ganadores y perdedores.

Aunque muchos se esfuerzan en creer que hay más peldaños en la escala, quien de verdad ha podido moverse por ella sabe que, si no estás arriba del todo, sencillamente estás abajo. No importa cuán abajo: cualquier escalón inferior es una condena.

Quizás no.

Quizás haya un escalón de los inferiores que sea peor que los demás.

Muchos pensarían que el más bajo de todos es el peor de los castigos; sin embargo, cualquiera que le pregunte a un Ainsworth te asegurará que no hay una posición peor que la de aquel que se encuentra justo debajo de los ganadores. Ansiando con todas sus fuerzas estar lo más lejos posible de los perdedores pero, a la vez, demasiado lejos de los ganadores como para poder considerarse uno. En un limbo. Siendo algo y nada a la vez.

James Ainsworth creció con las palabras de su padre grabadas a fuego en él.

—Estamos rozando la gloria con los dedos, solo hemos de crecer un poco más. Quizás la siguiente generación. Si nos esforzamos lo suficiente…

Siempre las había odiado.

¿Por qué debía ser la siguiente generación y no él quien alcanzara la gloria?

No, jamás. James solo necesitó alcanzar su adolescencia para jurarse a sí mismo que él, y nadie más, llegaría a lo más alto que ningún otro en su linaje. Se prometió no rendirse, usar cualquier estrategia necesaria para lograrlo, comprendió pronto que la honradez y los buenos actos no iban a llevarle a nada y aceptó que su destino era ser tan oscuro y sibilino como los ganadores aun cuando no fuera uno de ellos.

Las mentiras se volvieron su seña de identidad: falsas historias de aventuras, de logros, de pertenencias irreales que lo hacían parecer interesante a ojos de cualquiera. Trabajó su oratoria, su aspecto, su don de gentes; se convirtió en alguien ideal, digno de ser sacado de un sueño. Y entonces empezó a caminar. A moverse por todo Londres: cada día un lugar, cada noche una fiesta, buscando a aquel al que agarrarse cual garrapata.

Fue así como conoció a Albert.

El hijo de la duquesa era perfecto para su propósito. El joven lord buscaba alguien que lo acompañara en sus aventuras, alguien que pudiera comprender su pasión por las faldas, que le contara buenas historias y se moviera socialmente con la misma soltura que él. No fue complicado pegarse a él, mucho menos ganarse su simpatía, y, aunque al principio tuvo que fingir que no le interesaba, pronto lo tuvo costeando sus caprichos.

Incluso, al saber que ambos no estaban a la par socialmente, no le dio importancia.

Era perfecto.

Lo que siempre había ansiado.

Y aun así, James Ainsworth no estaba contento.

Aunque parasitar a Albert resultaba satisfactorio y lo colocaba en esa burbuja social en la que siempre había ansiado estar, una

obviedad que no se había planteado hasta entonces lo asaltaba: solo estaba ahí por él; en el momento en que el hijo de la duquesa le diera la espalda, todo se acabaría. James siempre había asumido que, conseguir aquel estatus, sería suficiente para ser feliz. Pero no. Ahora que estaba ahí, la envidia que sentía por quien debía ser su amigo más cercano le agriaba la dulzura del éxito en los labios.

Cuanto más consciente era de aquello, más intensos se volvían los celos que sentía.

No quería ser como Albert, quería ser Albert.

Quería su ropa, su dinero, sus contactos, sus mujeres…

Y quizás por eso quiso a Catherine.

Una de las condiciones de su amistad con Catherine siempre había sido entenderla como tal. Eran tres amigos viviendo aventuras en Londres, disfrutando de su juventud y de ver cómo aquellos que no les entendían levantaban la ceja al verlos. Conseguirla era un premio por partida doble: por un lado, tendría algo que para Albert había estado prohibido, algo que él nunca podría tener; por otro, tendría a esa mujer que había asegurado ser «demasiado libre» para atarse nunca a nadie.

Se obsesionó con ella al instante.

Hasta el punto de dejar de verla como una persona.

De haberla amado alguna vez, tal vez el mundo lo habría considerado un romántico, pero no era amor; algo así jamás podría llamarse de ese modo. James era consciente de que Catherine era suya del mismo modo que alguien ansía tener algo material, sin considerar sus sentimientos ni su bienestar de forma alguna. No: solo importaba lo que ella le aportaba a él, lo que ella le hacía sentir.

Estaba obsesionado.

Pero del mismo modo que uno se obsesiona por una joya hermosa.

El momento en el que la tuvo por primera vez fue la cumbre, un éxtasis que le costaba explicar con palabras. Y, sin embargo, esto

duró tan poco como la felicidad de antaño. Porque por mucho que se esforzara en lucirla, en mostrarla ante Albert como ese trofeo que había ganado, él nunca pareció interesado en ella de ese modo. No la deseaba. No le había quitado nada que le resultara de especial interés.

Odiarla fue sencillo.

Tratarla como un objeto con el que desfogarse, también.

Si no le daba lo que deseaba, entonces, ¿qué valor tenía Catherine?

A James no le costó nada abandonarla cuando así se lo ordenó Albert. Pero tampoco le costó nada volver al escuchar que se había casado con ella, solo para poder demostrarse a sí mismo que se la podía arrancar de sus manos si quería.

Perderla aquella noche fue trágico. No por su muerte, sino porque Catherine nunca le dijo, antes de morir, si lo prefería a él o a Albert, si se fugaría con él después de todo lo que le había hecho: la prueba final de que era suyo algo que su amigo jamás tendría de verdad. Y esa herida se quedó dentro, creciendo con el tiempo, intoxicando su ser y haciendo que su odio hacia aquel que había visto como un amigo creciera hasta llenarlo todo.

Durante las semanas siguientes a la muerte de Catherine, James se encerró en sí mismo para intentar gestionar aquella pérdida. ¿Quién era ahora si aquello que lo hacía sentirse por encima de su viejo amigo estaba bajo tierra? Nadie. No tenía nada. Volvía a ser ese hombre del que hablaba su padre, el que estaba rozando la gloria, pero demasiado lejos para alcanzarla. Las futuras generaciones se beneficiarían de sus esfuerzos.

Y entonces, una luz.

¿Y si nada de aquello era casualidad? ¿Y si Albert se había deshecho de ella porque era consciente de que jamás podría tenerla? ¿Y si tenía razón y el hijo de la duquesa sentía esos celos por él que lo ascendían a lo más alto de aquella dichosa escalera?

Decidió creer. ¿Qué más le quedaba? Aunque todo aquel con el que habló le aseguró que no era así, que Catherine había saltado del carruaje y que el lord poco tenía que ver con lo sucedido, las palabras de un borracho a las tantas en un bar le dieron todo el aliento que necesitaba: un cochero cargado de culpa por lo sucedido.

—Tuvo que tirarla él —le dijo, con el olor del whiskey pegado al aliento—. ¿Por qué una mujer como ella saltaría? Rica, casada, esperando un bebé… Una mujer es feliz con eso, ¿no? ¿Qué la haría saltar cuando había alcanzado la felicidad completa?

¿Qué la haría saltar? Un pequeño rincón de la mente de James lo sabía. Años de maltrato físico y mental. Años de haber sido usada como un juguete para una competición que ni siquiera era bidireccional. El abandono. Los juegos mentales tras esto.

Pero no. Porque si eso la había hecho saltar, entonces, ¿la culpa era suya?

No. No. No.

Albert la había empujado.

Tenía que ser eso. Sí, por celos. Por envidia hacia él.

Y ahora lo único que le quedaba era vengarse, hacerle caer.

Por Catherine. Y por sí mismo también.

Albert se volvió la obsesión de James. Ni cuando un negocio salía bien era suficiente, ni cuando una mujer de la alta sociedad lo colmaba de regalos y atenciones se sentía completo. Nada de aquello lo acercaba a su objetivo; eran solo pasos para hacer que su apellido creciera, para que su presencia fuera lo suficientemente grande como para poder colarse en los círculos en los que el hijo de la duquesa se movía.

Las mentiras se volvieron más constantes, más grandes. Los negocios turbios, las mujeres abandonadas llorando su marcha. Hasta que en su camino se cruzó una estúpida.

Lady Carrington.

Obnubilada por su belleza, aquella vieja gloria se dejó conquistar por sus dulces palabras y lo convirtió en uno de sus más cercanos, invitándolo a cualquier fiesta, haciendo que sus redes y contactos crecieran como nunca antes.

Así fue invitado a la fiesta de apertura del verano.

Así se encontró por primera vez con Lilian Stratford.

—Pobre muchacha. Dicen que iba a casarse con lord Albert, el hijo de la duquesa, pero la cosa terminó por torcerse… —dijo lady Catherine—. Me encantaría saber por qué…

Aquella muchacha se convirtió en su siguiente presa.

Primero pensó en hacer con ella lo mismo que con Catherine. Sin embargo, al saber quién era su tía, se percató de que tenerla de su lado y cuidarla como un tesoro le daría muchos más beneficios. Solo quedaba quebrar su mente, hacerla dudar, rechazar todo lo que Albert suponía y romper algo preciado para él de una forma distinta a las otras.

Y durante un tiempo creyó conseguirlo.

Hasta que llegó Bath.

Maldito Bath. Cuando Louane Collier descubrió que andaba detrás de su sobrina, no tardó en hablar con el patriarca de los Ainsworth para frenar sus pasos. Él no era bienvenido en la ciudad, no después de todo lo sucedido con Catherine, de los rumores de sus timos, de las mujeres de la alta sociedad de la zona heridas.

Louane pagó.

—Mis sobrinas son un límite que jamás debes cruzar —le dijo.

James sonrió tras contar el dinero, asintió de inmediato.

—Ni una sola de tus sobrinas debe preocuparse por mí en Bath.

En Bath.

Solo en Bath.

En el momento en el que abandonara Bath, volvería a estar en su punto de mira.

Aun así, no fue complicado propiciar un breve encuentro con Lilian. Hacer que la casualidad los juntara en una bonita tienda, una con aspecto amable en la que nada oscuro pudiera parecer que se estaba tejiendo. Tampoco fue complicado acercarse a ella, quitarle el dinero, pagar por aquel pedazo de tela… Creyó tenerla en sus manos entonces.

La noticia de su matrimonio cayó sobre James como un jarro de agua fría. Maldita niñata. ¿Por qué las mujeres debían ser siempre tan estúpidas? Como todas, el calor en aquello que tenía entre las piernas y las palabras bonitas de Albert había sido capaz de primar por encima de sus palabras.

¿Qué podía hacer ahora? ¿Cómo podía seguir su plan si Lilian ya estaba casada con aquel a quien quería destruir? Solo le quedaba un último cartucho: acercarse a ella una última vez, intentar colarse de nuevo en sus pensamientos y hacer que la semilla de la desconfianza brotara de nuevo. Sería incluso más humillante: el hijo de la duquesa siendo abandonado por su esposa. Y también, bueno, un golpe a la reputación de Louane Collier tampoco estaría del todo mal.

Pero no.

A quien creía una chiquilla estúpida era una mujer de lengua afilada, una capaz de conseguir todo lo opuesto en él. Sus palabras fueron las que se colaron en su cabeza, las que hicieron que el castillo de mentiras perfectamente montado en su cabeza se derrumbara hasta romper la frágil estabilidad de su interior.

Los días posteriores a bailar con la joven Stratford, parte de sus palabras resonaron en su cabeza una y otra vez.

Un parásito necesita camuflarse bien porque, en el momento en que alguien nota que lo tiene pegado, es solo cuestión de tiempo que se deshaga de él y lo aplaste.

Y, por vez primera, comprendió algo.

Sentado en la oscuridad de su vacía residencia, con la mirada perdida en el exterior, con el eco de su voz, algo hizo clic. Algo que

le hizo darse cuenta de que nunca acabaría con Albert, de que nunca estaría a su altura como deseaba, de que todo lo que se había estado contando, creando para los demás, era tan endeble que no se sostendría en el tiempo.

Nunca había vencido.

Ni con Catherine, ni con sus logros, ni con el dinero conseguido…

No era nadie, nunca sería nadie.

La muerte era más apetecible que la vida en aquel momento.

Pero antes de morir había algo que debía hacer. Necesitaba un último cara a cara con aquel viejo amigo que tantas veces había marcado su destino. Una última batalla… quizá la única victoria posible en aquella guerra. Ainsworth pensaba que, si él y Albert dejaban este mundo al mismo tiempo, podría encontrar consuelo en saber que el dolor que sentiría lady Stratford al perder a su amado sería tan profundo que, de algún modo, también lo recordaría a él. Así, incluso en la muerte, podría asegurarse un lugar en su memoria.

El asesino de su marido.

El hombre que le arrebató el amor de su vida.

Lord James Ainsworth.

Treinta Y Ocho



Lilian dejó las flores con cuidado sobre la tumba.

El pesar en sus adentros aligeró un poco al hacerlo, como si aquel pequeño gesto los siguiera conectando, como si sintiera que, al depositar aquellas flores, el vínculo todavía no se había roto. Le recordaba a la vela. Esa que se había llevado a Bath, rodeada del colgante de su madre, esa que había encendido todas las noches a excepción de la última.

Mientras este vínculo se mantenga intacto, la vela seguiría prendiendo y tú sabrías que todo estaba bien en casa y no hay razón alguna para preocuparse.

Suspiró entonces, deslizando las manos por su rostro, limpiando las lágrimas que todavía caían por sus mejillas. ¿Era justo sentirse culpable? ¿Era justo seguir pensando que le podría haber salvado de haber estado allí?

—Te echo de menos —dijo tras conseguir calmar los nervios un poco. Después ladeó el rostro, miró a la tumba de al lado—. Y a ti también. Da igual cuanto tiempo haya pasado.

Lo peor de marcharse a Surrey iba a ser dejar atrás aquellas tumbas, alejarse de sus padres de una forma que no deseaba. Sí, podría ir a visitarlas de vez en cuando, pero no con la asiduidad que deseaba. Por mucho que le hubieran dicho que aquello la iba a

ayudar con su luto, una parte de sí misma se sentía egoísta por anteponerse.

Pero lo necesitaban.

Tanto ella como Albert.

Así que así iba a ser.

—No tenéis que preocuparos por mí. Ni por Arthur. Tampoco por ninguna de las niñas. Todos estamos bien. Y lo vamos a seguir estando, os lo prometo —dijo finalmente. Lilian se besó los dedos, acomodándolos sobre cada lápida, marcando así su despedida.

Se puso en pie y echó a andar, recorriendo de vuelta el camino hacia la salida del cementerio. Aunque quiso mirar atrás una vez más, no lo hizo. Sabía que si lo hacía desearía volver para sentarse un rato más a conversar con ellos, a intentar sentir una vez más su presencia. Pero no estaban. Y la vida seguía, debía hacerlo.

Junto a la salida del cementerio, sentado sobre una roca, el criado que Albert le había pedido que se llevara con ella la estaba esperando. El hombre se puso en pie de un brinco al verla, arreglando sus ropas, tomando una postura mucho más adecuada.

—¿Todo bien, milady?

Lilian esbozó una media sonrisa.

—Podemos volver a casa. Siento haber tardado tanto…

El hombre negó de inmediato, haciendo un ademán con la mano para invitarla a montar en su caballo y regresar al hogar cuanto antes.

Mientras avanzaban de vuelta, la joven Stratford pudo sentir las miradas fugaces del criado, un ligero gesto de preocupación, un dulce toque de comprensión.

A primera vista, aquel hombre parecía hecho de discreción; observaba todo como si temiera en cualquier momento ser reprendido por su mera presencia. Su rostro, de facciones suaves, con un aura de dignidad silenciosa, revelaba más experiencias que

años y una modestia digna de quien ha estado sirviendo a otros toda su existencia.

Durante el trayecto no habían hablado nada. Lilian sintió que aquello debía cambiar.

—¿Cómo os llamáis?

—Joseph Molesley, mi señora —dijo, esbozando una sonrisa fugaz, pero apartando la mirada de nuevo con presteza.

—Molesley… gracias por acompañarme. Imagino que mi esposo os ha hecho una buena faena al obligaros a venir conmigo.

Pero el hombre negó de inmediato, apresuradamente.

—Oh, no, mi señora, haría cualquier cosa por lord Albert. Es un placer.

Lilian rio.

—¿Qué dirían los demás si os escuchan lamerle las botas así a vuestro señor?

El hombre rio también, presionando los labios después, intentando contener aquel sonido. La joven Stratford suspiró.

—Podéis reír, podemos bromear. Aunque sea la esposa de vuestro señor, vengo de un mundo mucho más humilde que él. Comprendo muchos de vuestros pesares.

Molesley dudó un momento, pero, quizás tentado por saber que aquello no era una de esas oportunidades comunes, se inclinó bajando un poco la voz.

—Antes de servir a lord Albert, estuve años sirviendo a vuestra suegra. Dejadme decir que ha sido un cambio de lo más agradable.

Lilian chasqueó la lengua.

—Eso lo puedo creer ciegamente —respondió.

—Además, gracias a la amabilidad de lady Catherine, mis hijos han podido estudiar y tienen trabajos alejados de este mundo. Nunca podré darle las gracias lo suficiente.

—¿Conoció a lady Catherine?

Molesley asintió.

—Era una dulzura de muchacha. Aunque lo negaré si lo habla con otros, mucho antes de que se casara con mi señor, lady Catherine fue quien me enseñó a bailar para mi esposa. La hizo tan feliz… —suspiró—. La conocí antes de casarse y después… Creo que nunca antes había conocido a una persona tan triste. Pobre niña. Cuando saltó del carruaje, yo…

Lilian tiró de las riendas de su yegua, haciendo así que se detuviera.

—¿Cómo que cuando saltó?

El hombre se detuvo también.

—Del carruaje, la noche de su muerte. Yo estaba con ellos allí. Por aquel entonces era el hombre de confianza de lord Albert, así que me encargó cuidar de Catherine durante el baile y… yo fui quien la vio con lord Ainsworth, quien avisó a milord de que estaba con ella. Creo que nunca antes le había visto tan enfadado. Hasta se enfadó conmigo por no haber detenido a lord Ainsworth antes de acercarse a ella —el hombre bajó la mirada con más que evidente vergüenza —. Dentro del carruaje, lord Albert no paraba de gritar, estaba enfadado y… repetía a lady Catherine que no podía… bueno… ¿qué importa? Ha pasado ya tanto.

—A mí me importa. El fantasma de lady Catherine ha estado viajando conmigo desde hace muchos meses. Vive pegado a Albert, le causa tanto dolor… Todo lo que tenga que ver con ella, con su historia y su verdad, me interesa mucho más de lo que podéis imaginar. Hablad, os lo suplico, ¿qué pasó en el carruaje aquella noche?

Molesley dudó, bamboleó la cabeza varias veces, pero, finalmente, habló.

—Al montar en el carruaje, como os decía, lord Albert estaba hecho una furia. Gritaba, decía que yo le había fallado, que Catherine le había fallado. Habían hablado muchas veces sobre que aquello podía pasar, que lord Ainsworth podía volver, y siempre

habían acordado que ella no hablaría con él sin milord presente. Pero lo hizo de todos modos. Lord Albert dijo que debían marcharse esa noche, sin decir nada a nadie, que Ainsworth les perdiera la pista y así intentar una vez más sacar a lady Catherine del pozo, pero… —Molesley presionó los labios, también las riendas del caballo—. Ella ya no le escuchaba. Solo… miraba por la ventana del carruaje y repetía algo una y otra vez.

—¿El qué?

—«Es culpa mía». Todavía puedo escucharlo. Lord Albert la agarró del brazo, le pidió que lo mirara, pero ella no lo hizo. Así que la dejó ir, me miró y dijo: «Habla con quien sea necesario, consigue que mañana pueda verme con Ainsworth. Si tengo que pelear con él, lo haré». Lord Albert quería un duelo a muerte con lord Ainsworth, algo clandestino que zanjara aquello para siempre. Yo no lo comprendí en su momento, pero Catherine sí. Miró a lord Albert, no dijo nada. Él habló de nuevo y dijo: «La única forma de que al fin puedas volver a ser tú es si ese hombre no habita este mundo. Que así sea entonces. Aunque mi piel esté en peligro por ello». Lady Catherine guardó silencio. Miró de nuevo al exterior y entonces dijo… «No». La puerta se abrió, ella saltó y… El resto es historia.

—Lady Catherine se suicidó para evitar un duelo entre Albert y Ainsworth.

—Lady Catherine eligió su muerte para evitar la de los dos hombres que la amaban. Los amó siempre, a ambos, aunque de formas tan distintas que parecían irreconciliables. Albert la amaba con la devoción tranquila de un hermano mayor, con ese amor que protege, que guarda, que ofrecería el sol entero para verla sonreír. Ainsworth, en cambio, la amaba como quien ama una fortuna: contaba cada gesto, cada palabra, como si fueran monedas que le pertenecieran, y estallaba en cólera ante la menor pérdida. Eran dos amores que no podían coexistir. Su destino, y el de ellos, estaba escrito desde el principio.

La joven Stratford sintió un nudo en el estómago. Aquella figura que lo había atormentado, aquella alma libre, aquella que muchos le habían dicho que era ese amor que Albert había perdido, era una pobre muchacha con la que el mundo había sido demasiado cruel. No, no el mundo. Era injusto quitar tal logro de los hombros de lord Ainsworth.

Lilian no podía imaginar el dolor que Albert había sentido, su culpa y su pesar, el enfado al saber cómo la historia estaba siendo retorcida, tenía ahora mucho más sentido. ¿Había forma alguna de poder quitarle de sus hombros aquella carga? Quizás no, pero iba a intentar regalarle la felicidad suficiente como para, al menos, hacerla más ligera.

—Buscaremos unas flores bonitas para lady Catherine. Vos la conocíais, ¿sabréis ayudarme con esta tarea? Le propondré a Albert plantarlas en Surrey, en nuestro jardín, una pequeña ofrenda para su memoria —estaba segura de que le gustaría.

Molesley sonrió, asintió.

—Maravilloso —Lilian suspiró, sacudiendo la cabeza despacio—. Cada vez resulta más imperioso partir. Empezar de nuevo. Lejos del pesar, de lord Ainsworth…

—Cuánta razón tenéis, milady. Esta mañana, cuando le he visto rondando por los terrenos de vuestro hogar, le he dicho…

Los ojos de la joven se abrieron; interrumpió aquellas palabras de golpe.

—¿Lord Ainsworth ha estado esta mañana cerca de nuestro hogar?

El hombre asintió.

—Le he dicho que se fuera, mi señora. Estoy seguro de que…

Pero Lilian no escuchó el final de aquellas palabras.

Tiró de las riendas de Muffin con firmeza, guiándola a volver a moverse ahora con rapidez más urgente. Necesitaba volver a casa. Necesitaba volver con él, hacerle saber aquella información.

Molesley entendió pronto; el trotar de su caballo sobre la tierra acompañó al de la yegua de inmediato.

Treinta Y Nueve



Lilian bajó de su caballo, acercándose de inmediato a un mozo que había aprovechado una pausa en su trabajo para comer lo que, a todas luces, era un buen pedazo de queso. El muchacho se limpió los labios, llevando ambas manos a la espalda para esconderlas.

—Mi señora.

—¿Dónde se encuentra mi esposo? —preguntó ella, aún tirando de *Muffin*, con voz acelerada y la evidente preocupación empapando cada palabra.

El muchacho frunció el ceño; titubeó, buscando una respuesta de la que carecía.

—Mi lord se marchó hace un rato, mi señora. No dio explicaciones.

—¿Se marchó? —Lilian frunció el ceño.

¿Marcharse? ¿Dónde? ¿Por qué? La joven Stratford miró de un lado a otro, buscando a otros de los trabajadores, ansiando dar con una respuesta. Sin embargo, ninguno de los hombres supo encontrar nada similar a una.

—Tendría quehaceres que no os comunicó, mi señora —dijo Molesley, empleando de nuevo ese tono que parecía temer ser reprendido por solo abrir la boca.

—No, si lord Ainsworth ha estado por aquí no me sentiré tranquila hasta que vea a Albert de nuevo. Convocad a todo el mundo, preguntad a todos, a las doncellas. Alguien debe saber a dónde ha ido. No quiero ver a nadie parado hasta que lo descubramos.

Los hombres asintieron.

El movimiento, las voces, llenaron de inmediato la casa. Los hombres entraron en esta, buscando a las doncellas que, en un principio, respondieron del mismo modo que ellos lo habían hecho. Nadie sabía nada; lord Albert se había marchado hacía un rato, sin más, anunciando que volvería más tarde.

No podía ser.

No podía ser.

No podía ser.

—¡Milady!

La voz de Molesley llamó su atención. A su lado, una de las doncellas, la más joven, se acercaba con lágrimas en los ojos, temblorosa como una hoja. Entre sollozos, repetía una y otra vez las mismas palabras.

—Lo lamento. Lo lamento. Lo lamento…

—¿Qué sucede? —preguntó Lilian, con el corazón latiendo acelerado.

—Esta doncella dice que sabe algo sobre lord Albert.

—¡Habla! ¡Te lo suplico! —exclamó, cogiéndola de los brazos con firmeza.

La muchacha presionó los labios, tragó duro.

—Un… un caballero apuesto… cuando… yo… Mi señora, yo… estaba trabajando aquí y… ese hombre me llamó. Me dijo que tenía una nota vuestra para lord Albert y… me dio unas monedas si yo… se la entregaba… y… y… y…

—Lord Ainsworth… —dijo, mirando a Molesley de nuevo. Volvió a la muchacha—. ¿Qué decía la nota? Por Dios, dime que leíste lo

que decía…

La joven negó.

El corazón de Lilian se olvidó de latir por un instante.

—Pero lord Albert dijo… leyó un poco de la nota… el lago…

Lilian no necesitó más; dejó ir a la muchacha, corriendo hacia Muffin, que seguía junto a uno de los árboles, acompañada por un mozo. Cogió las riendas, tiró de ella y montó con la soltura de quien siente la urgencia pegada a las botas.

—¡Montad y venid conmigo! ¡Ahora! —gritó en dirección a Molesley y a otro criado.

El hombre asintió y obedeció rápidamente.

Lilian cabalgaba a toda prisa rumbo al lago, aferrada a las riendas mientras el viento le arrancaba lágrimas de los ojos. El miedo le oprimía el pecho. Sentía el corazón desbocado, golpeando con fuerza como si quisiera advertirle de un desastre inminente. Apenas podía pensar con claridad; solo imaginaba a su marido allí, solo, creyendo que ella lo había citado, esperando su llegada y encontrándose con…

Cada latido parecía un recordatorio de que algo terrible podía haber ocurrido ya.

A medida que el bosque se abría ante ella y el reflejo del agua comenzaba a asomar entre los árboles, una única plegaria recorría su mente: que Albert siguiera con vida.

Solo eso.

No pediría nunca nada más.

Lilian contuvo el aliento al ver la escena junto a la orilla. Lord Ainsworth estaba arrodillado sobre Albert, sujetándolo por la nuca y hundiéndole la cabeza en el agua helada. El cuerpo de Albert, tumbado completamente boca abajo, se agitaba con desesperación, intentando zafarse sin éxito. Pataleaba, luchaba por su vida, pero cada intento parecía más débil que el anterior.

Quiso gritar, pero la voz no salió de su garganta.

Bajó del caballo casi sin sentir el suelo bajo sus pies y corrió hacia ellos, impulsada por el terror. Tenía que salvarle, tenía que quitárselo de encima, tenía que… A unos pasos de ambos, vio algo brillar: el bastón de su marido, caído en la tierra húmeda. Lo tomó sin pensar, con las manos temblorosas, y se abalanzó sobre Ainsworth.

Con un impulso nacido del pánico y la furia, alzó el bastón y descargó todas sus fuerzas contra la cabeza del hombre.

Una.

Dos.

Tres veces.

Los golpes resonaron entre los árboles, y Ainsworth se desplomó hacia un lado, sorprendido y aturdido, dejando ir a Albert, sin llegar a comprender, incluso tras verla, que era Lilian quien había hecho tal cosa. Ella no le prestó atención. Todo lo que importaba era Albert. Lo cogió con fuerza por los hombros y tiró de él para sacarlo del agua, agarrando su cuerpo con urgencia, buscando su rostro.

Por favor, no te vayas.

Quédate conmigo.

Albert tosió, jadeó, empapado, con los ojos muy abiertos por el susto y la falta de aire que toda aquella escena le había supuesto. Lilian lo sostuvo entre sus brazos, acercándolo a su pecho mientras le limpiaba el rostro con manos agitadas, aferrándose a él, sintiendo su cuerpo, buscando convencerse de que había llegado a tiempo.

—Estoy aquí. Albert, estoy aquí —murmuró, con voz quebrada, acercándose todavía más a él, besando su frente varias veces—. Ya está, estoy aquí… —repitió.

Y entonces la sintió. Débil, temblorosa, la mano de su esposo se colocó contra su espalda y se agarró a su vestido.

—Lilian…

La joven Stratford besó su frente una vez más; su pulgar le acarició la mejilla.

Solo un gruñido, el sonido de la tierra bajo los pies, hizo que levantara la vista de nuevo. Lord Ainsworth se levantaba, con una brecha en la frente que teñía su rostro de un tono carmesí brillante. Lilian ladeó el rostro y cogió de nuevo el bastón del suelo. Lo levantó, encarando a aquel hombre, usando toda la templanza que quedaba en su interior para sujetar aquella improvisada arma con fuerza.

Quizás era pequeña.

Quizás parecía frágil.

Pero si tenía que morir luchando, lo haría una y mil veces.

Lord Ainsworth avanzó un paso, tambaleándose, como si a su cerebro le costara recordar cómo se daba un paso tras aquellos golpes. Sus ojos, antes fríos como el mármol, ardían ahora con una furia que no parecía siquiera humana.

—Apártate, Lilian —gruñó—. No sabes lo que haces.

La joven Stratford apretó el bastón, sintiendo cómo la madera temblaba fruto de la tensión y ese miedo subyacente que aquel momento le provocaba.

—No.

El siguiente paso del hombre hizo que Lilian moviera el bastón con decisión.

—¡Ni un paso más!

Ainsworth tensó la mandíbula.

—Maldita niñata estúpida e insolente. Si es lo que quieres, te mandaré a ti también a los brazos de tus padres.

Aquellas palabras cayeron sobre Lilian como un cubo de agua helada, pero no la quebraron. Al contrario, con cuidado acomodó a Albert sobre la tierra, sintiendo cómo este intentaba frenarla, pero careciendo de las fuerzas para ello. Se puso en pie, colocándose frente a él, dispuesta a defenderle aunque aquello fuese lo último que pudiera hacer.

Levantó el bastón, marcando distancia con Ainsworth.

—No eres digno de tener a mi familia en tus labios.

Ainsworth dio otro paso y esbozó una media sonrisa.

—Tus padres murieron porque eran débiles. Igual que tú.

Lilian no pensó.

No podía permitirse pensar.

En aquel momento solo existía una cosa: Ainsworth, frente a ella, dispuesto a llegar hasta el final con aquella amenaza. No dudó y cargó hacia él. El bastón trazó un arco en el aire, y aunque Ainsworth alzó el brazo para detener el golpe, la madera chocó contra su antebrazo con un crujido sordo.

Ainsworth gruñó, retrocediendo apenas un paso.

Lilian tembló, sorprendida de haberlo logrado, pero sin tiempo para asimilarlo.

—Tienes más coraje del que esperaba…

Y entonces, fue él quien se abalanzó sobre ella. Ainsworth estiró el brazo y, aunque se llevó un golpe nuevo por tal insensatez, consiguió agarrarla del pelo, tirando de ella y acercándola por completo a su cuerpo. Con la mano libre la agarró del cuello, sin dudar esta vez, apretando con fuerza.

—Lástima que no te servirá de nada —completó así sus palabras de antes.

La mano en su pelo se movió también al cuello, sujetándola con fuerza, apretando sin duda alguna, con la determinación clara de dejarla sin aire. Sonreía como un sádico; el hombre que tenía ante sus ojos tenía pintada en sus labios una sonrisa que nadie podría considerar digna de un cuerdo. Movió la mirada y buscó a Albert, que, sin fuerzas, intentaba arrastrarse por la tierra para llegar a ellos.

Ainsworth rio.

—Fíjate, Albert. Otra mujer que amas muriendo por tu culpa. Poético… ¿No te parece?

Bam.

Del mismo modo en que había visto a Ainsworth hacer aquella noche en el baile, enfrentándose a Albert, Lilian imitó sus malas artes y el bastón descendió en un golpe limpio y certero contra la rodilla del lord. El impacto resonó como un chasquido hueco. Ainsworth soltó un grito de dolor; la pierna cedió bajo su peso y liberó a su presa.

De nuevo, Lilian no se permitió dudar.

No podía.

No debía.

Antes de que Ainsworth pudiera recuperar el equilibrio, volvió a golpearlo en el brazo, en el costado y en cualquier parte de su ser que quedara a su alcance. No se detuvo; esta vez no quedó contenta con tres golpes, sino que siguió hasta que Ainsworth cayó de espaldas contra el suelo, maldiciendo e intentando incorporarse.

Se abalanzó sobre él. El bastón chocó contra su pecho, obligándolo a permanecer inmóvil, aprovechando el momento para subirse sobre él, colocando una rodilla a cada lado de su torso tembloroso. El hombre forcejeó, pero Lilian, impulsada por un temblor que no sabía si era miedo o coraje, colocó el bastón contra su garganta.

Y apretó.

—No. Ni Catherine murió por culpa de Albert ni yo tampoco.

La voz le tembló, pero sus manos no.

El relinchar de unos caballos.

Pasos apresurados.

Molesley y el otro criado aparecieron en la escena, acercándose a ellos y lanzándose de inmediato a agarrar a lord Ainsworth para que no pudiera moverse de nuevo. Lilian se preguntó entonces qué hacer, pero finalmente se apartó. Con las piernas temblorosas se quitó de encima del lord, con la mirada aún puesta en él, sintiendo que aquel merecía un castigo peor que la muerte. Morir allí, ahora que lo iba a perder todo, era un final demasiado sencillo para un hombre tan vil.

Pagar las consecuencias.

Vivir años y años con el peso de aquella historia.

Jamás alcanzar sus ansiados deseos de grandeza.

Ese debía ser su final.

Lilian dejó ir el bastón; la madera golpeó la tierra alzando una fuerte polvareda. No prestó más atención a Ainsworth, ni dejó que su persona ocupara sus pensamientos un segundo más. Con paso decidido, dejó atrás a los hombres para ir hasta Albert, usando sus últimas fuerzas para ayudarlo a ponerse en pie, sintiendo cómo este le enmarcaba el rostro con ambas manos de inmediato.

—Lilian… Dios, Lilian… —susurró su nombre, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

La joven se movió despacio, buscando el amparo de los brazos de su esposo, escondiendo el rostro contra el pecho de este. Su calor y olor la envolvieron por completo, hicieron que el miedo se fuera y que sintiera que el mundo dejaba de girar con tanta fuerza.

Se aferró a su espalda. No pensaba dejarle ir nunca.

—Te lo dije —susurró, buscando su mirada una vez más—. Si el día de mañana no puedes caminar, yo seré tu bastón.

Cuarenta



La residencia de los Stratford se había convertido, en pocos meses, en escenario de traiciones, heridas y un dolor que ninguno quería seguir reviviendo. Esta certeza había dejado claras varias cosas: la primera de ellas, que su padre había tomado la decisión correcta al decidir que debían venderla; la segunda, que, por mucho que lo intentaran, nadie podía meterse en medio del amor de un Stratford.

La última noche en la residencia familiar, Lilian ya no sentía pena por marcharse. Aunque se había tomado su tiempo paseando por cada habitación, observando el precioso mural de flores que su esposo había pintado y disfrutando de los recuerdos, ya no sentía ese pesar en sus adentros, sino más bien el deseo de volar y conocer otras tierras.

Surrey los esperaba.

Quizás para siempre, quizás por unos meses.

Lo importante era que estaba junto a Albert; el resto era ruido de fondo.

Tras el altercado en el lago, las piezas de la vida de lord Ainsworth habían ido cayendo como cuando se colocan las fichas de un dominó en fila. Si las empujas con el dedo, una cadena empieza a formarse, una que termina con todas ellas esparcidas sobre la alfombra. Aunque lord Ainsworth intentó matizar lo sucedido,

usando sus palabras una vez más para retorcerlo, demasiados testigos dijeron lo contrario, y la máscara perfecta que había portado hasta el momento se resquebrajó.

La alta sociedad le dio pronto la espalda. Desde Bath empezaron los rumores, cartas con promesas vacías, mujeres con corazones rotos, hombres desplumados por falsos negocios. Lady Carrington mandó una carta a Lilian incluso, una en la que hablaba de lo avergonzada que estaba de haber permitido a aquel hombre acercarse a ella, a su casa. La joven Stratford no respondió a la misiva, ella también le daba la espalda a la alta sociedad, cansada de sus juegos y falsedades.

Aquella gente ya no podía ofrecer nada más que sombras.

La última noticia que llegó sobre lord Ainsworth en palabras de tía Lou, fue que había salido del país. Su padre estaba avergonzado, sus hermanos también. Decían que estaba camino a Francia, otros hablaban de Italia, pero en realidad daba igual. Lo importante era que estuviera lejos y que ya no supusiera una molestia para nadie.



Hawthorn Lodge se alzaba en las afueras de Shere, ligeramente retirada del camino principal y protegida por el abrazo natural de las hayas y los robles altos que parecían custodiarla desde hacía varias generaciones.

De proporciones elegantes, pero no desmesuradas, la residencia mostraba a primera vista una fachada de ladrillo rojizo suavizada por plantas trepadoras que, incluso llegado el otoño, conservaban un verde apagado hermoso. Sus ventanas altas dejaban entrar una luz clara que atravesaba los salones y habitaciones hasta perderse en los pasillos como una caricia, bañando con su luz unas paredes con muchos más años de los que su cuidada apariencia hacía creer. Fuera, un jardín cuidadosamente trazado se extendía hacia el sur. En

el oeste se encontraba el establo, una estructura sólida de madera oscurecida y piedra que pronto se convertiría en el hogar perfecto para *Muffin* y *Orion*.

Cuando Lilian descendió del carruaje, no pudo evitar sentirse abrumada por el lugar, por cómo su vida había cambiado en los últimos meses y por cómo sentía que lo iba a seguir haciendo muchos más. Aun así, al notar la mano de Albert deslizarse por su baja espalda y encontrarse con su dulce sonrisa, cualquier sentimiento adverso se disipó.

—Hogar dulce hogar —dijo.

Lilian rio, girando despacio hasta abrazarlo, acomodando la cabeza contra su pecho.

—Todavía no cantes victoria; queda mucho por hacer para considerarlo como tal —respondió con tono bromista, dándole un par de suaves palmaditas en el pecho que invitaban a adentrarse de una vez en su nuevo hogar.

Durante los días previos a su llegada, varios de los sirvientes habían viajado con sus pertenencias y los caballos para poder empezar a dar vida a la casa, así que, al cruzar el umbral de la puerta principal, la joven Stratford se percató de que aquel no era el lugar abandonado que había creado en su cabeza. Podía ver ya sus muebles dispuestos creando una visión familiar y cálida, algunas pinturas de Albert en el pasillo y el eco de pasos y voces ocupadas llenaba el ambiente con sonidos casis reconfortantes.

Lilian respiró tranquila de nuevo. Sintió paz.

Una de sus manos buscó la de su esposo, entrelazando los dedos, avanzando por el pasillo principal con la calma de quienes se saben con todo el tiempo del mundo para descubrir cada recoveco de esta. De hecho, Albert se encargó de empezar a familiarizarla con las estancias, avanzando por cada una de ellas hasta llegar al salón, deteniéndose frente a la doble puerta cerrada. Dejó el bastón a un

lado, apoyado en la madera, colocándose a espaldas de Lilian para cubrir sus ojos con ambas manos.

—¿Lista?

—Miedo me da lo que sea que estés tramando…

Un crujido, un suave chirrido; la puerta se abrió para ellos, pudiendo entrar juntos. La joven avanzó con cuidado, con una de las manos aferrada al brazo flexionado de su esposo, riendo ligeramente al notar cómo este tiraba de ella para guiarla en sus pasos. Se detuvieron de golpe, momento en el que notó un mordisco en sus adentros, fruto de la anticipación.

—¿Puedo verlo ya? —preguntó, divertida.

—No sea impaciente, señorita Stratford. Voy a mostrarle mi obra más preciada.

Lord Albert apartó las manos de los ojos de su amada, descubriendo ante ella cómo, en una de las paredes, colgaba un óleo que ya había visto antes. Era su retrato, ese que le había mostrado en Bath, ese que no era más que un boceto entonces. Lilian rio nerviosa y se acercó para poder observarlo más de cerca. Era ella, a cuerpo completo, con el cabello salvaje y los pétalos de nomeolvides enmarcando su figura de forma perfecta.

—Pero… ¿Cuándo lo has…?

Albert sonrió satisfecho.

—Cuando te mostré el boceto en Bath ya había empezado con el óleo hacía tiempo. Fue mi forma de sentirte cerca durante un tiempo, un presente que esperaba amansara tu enfado cuando volviéramos a encontrarnos —confesó, acercándose, acomodando las manos sobre la cintura de su amada para poder dejar un beso sobre su hombro. Después, acomodó el mentón sobre este, observando la pintura—. Está feo que yo lo diga, pero es precioso.

—Es perfecto —respondió ella, ladeando el rostro y besando la sien de su esposo—. Aunque, el próximo, debería mostrarnos a ambos juntos. Podemos ponerlo en la habitación.

El lord bamboleó la cabeza.

—Dibujarme a mí mismo no es uno de mis talentos, pero, si te hace feliz, estaré más que encantado de intentarlo —respondió. Ambos compartieron un beso lento.

—Y dime, ¿en esto has tenido ocupados a los criados o tienes más secretos para mí?

Albert sonrió con un toque de picardía.

—Cómo me conoces —respondió, volviendo a coger la mano de su esposa y tirando de ella para echar a andar juntos con rumbo marcado.

Una de las puertas del salón daba al exterior de la casa, a ese jardín que prometía ser el lugar en que Lilian disfrutaría de la mayoría de su tiempo en días tan cálidos como aquel. Todavía no era más que mucho verde y algunos árboles, también una fuente pequeña y un banco de piedra en el que poder acomodarse; sin embargo, su potencial gritaba por ser aprovechado de la mejor manera posible.

—Pedí a varios jardineros de confianza que se deshicieran de las malas hierbas, que lo limpiaran bien y se encargaran de que la tierra fuera lo más fértil posible. Quiero crear contigo un jardín hermoso, uno que sirva no solo para embellecer nuestro hogar, sino también para honrar la memoria de tu padre con una de sus grandes pasiones. Podemos… —el lord la dejó ir, colocándose frente a ella y señalando un rincón del jardín—. Tener narcisos, tulipanes, violetas… —dijo, cual niño ilusionado hablando de sus ansiados juguetes.

Lilian rio, se acercó a él para agarrarlo del brazo.

—No todas las flores nacen en todas partes, ni siquiera todas pueden convivir entre sí con tanta facilidad como crees —intentó bajarle a la tierra, pero Albert se negaba a ello.

—¿Tienes algo mejor que hacer que intentar conmigo que florezcan todas?

La joven sonrió; sus manos se deslizaron por el pecho de su esposo, ascendiendo hasta poder enmarcar su rostro con ellas. Deslizó los pulgares, trazando arcos lentos.

—Hay pocos planes mejores que se me ocurran —respondió, honesta.

Aún con uno de sus dedos acariciando la piel del lord, movió la cabeza y paseó la mirada por el jardín. Un suave suspiró brotó de sus labios.

—Tulipanes, narcisos, violetas…

—Nomeolvides —dijo él.

Lilian asintió.

—Nomeolvides… ¿Y qué flor plantaremos por ti?

Albert quedó pensativo; sus brazos rodearon el cuerpo de Lilian.

—Lirios, quizás. Es una flor que siempre encaja bien con los nomeolvides. Además, se asocia con la devoción, la serenidad, la elegancia y la belleza, cosas que me representan.

—¿Desde cuándo eres tú serenidad? —preguntó divertida, negando despacio.

El lord levantó los hombros, rozó con su nariz la de su esposa, haciendo con aquel sencillo gesto que cualquier otra queja muriera en la garganta. No, Albert no era un hombre sereno ni mucho menos, pero sí era capaz de hacer sentir a Lilian una serenidad que jamás ningún otro había conseguido provocarle. Quizás la lavanda sí era su flor después de todo.

La joven Stratford buscó la mirada de su esposo de nuevo.

—¿Qué flores le gustaban a Catherine?

Aquella pregunta cogió a Albert completamente desprevenido. Parpadeó, como si necesitara asegurarse de haber escuchado bien, y tras un titubeo que pareció prolongarse demasiado, no consiguió articular respuesta alguna.

—Del mismo modo que mi padre merece este tributo… —decidió explicar Lilian—. Creo que sería bonito tener para ella también ese

detalle.

Albert tragó saliva y volvió la mirada hacia el jardín. La brisa veraniega le arremolinó el cabello, dibujando una imagen preciosa para el deleite de Lilian.

—Catherine… —empezó, apenas en un murmullo—. Catherine adoraba los girasoles.

—¿Girasoles? —preguntó, curiosa.

—Sí, era una de las pocas cosas que conseguía hacerla feliz cuando ya… la habíamos perdido. De hecho, solía pintar muchos para ella. Creo que es la flor que me sale más bonita por eso. Me contó una vez que, un verano, cuando era niña, un agricultor plantó una hilera entera de girasoles cerca de donde vivía. Le encantaba ir a verlos, caminar entre ellos. Decía que, incluso en los días nublados, los girasoles le recordaban que siempre hay que buscar el sol: «Los girasoles no se inclinan por capricho, Albert. Lo hacen por la esperanza de que el amanecer les acaricie de nuevo» —una sonrisa cargada de nostalgia se pintó en sus labios.

Una de las manos de Lilian se acomodó sobre la nuca de Albert, dejando a sus dedos jugar con el pico de su cabello.

—Entonces, plantaremos girasoles —susurró.

Lilian no ansiaba aventuras, no ansiaba grandes viajes, grandes bailes ni historias que aceleraran su corazón por su dramatismo. Ansiaba eso: una vida. Sencilla, tranquila, junto a la persona que más amaba; a eso quería dedicar todos los años que le quedaran con los pies sobre aquella preciosa tierra.

Una vida llena de nomeolvides.

De lavanda.

Violeta, tulipanes, narcisos.

Y también de girasoles.

Cuarenta Y Uno



—¿Qué lees? —la voz de Albert llamó la atención de Lilian.

Sentada en la cama, ya con la ropa de dormir puesta, leía una misiva de Arthur y Daniel que había llegado aquella mañana. Ambos se habían enterado de lo sucedido y pedían que les hicieran saber cuando era apropiado poder visitarlos en su nueva residencia, asegurarse en persona de que estaban bien.

Respondería al día siguiente.

Al ver que su esposo se acercaba al lecho con una baraja de cartas en la mano, la joven Stratford se olvidó de las palabras de su hermano y las dejó sobre la mesita sin dedicarles un pensamiento más.

—Creo que la pregunta más importante ahora es, ¿qué haces tú con eso?

Albert sonrió y subió a la cama, acercándose a ella, tomando asiento a su lado.

—¿Recuerdas la primera noche que estuvimos juntos? De lo que hablamos…

Lilian enarcó una ceja.

—No recuerdo hablar de mucho contigo esa noche…

El lord rio y negó despacio.

—Me echaste las cartas y me leíste la mano. Era tu truco para conseguir la atención de los lords de tu interés en las fiestas. Me contaste que la mano derecha es complaciente y que protege más de la lectura a quien la posee. En cambio, la izquierda es más traicionera. Revela lo que uno es en el fondo. Dijiste que, si algún día te tenía la suficiente confianza, podrías leerla también —el lord le tendió las cartas a su esposa—. Sé que, en parte, todo lo que dijiste aquella noche era palabrería pero, por el amor que me tienes, ¿me echarías las cartas de nuevo? ¿Volverías a leer mi futuro ahora que todo ha cambiado tanto?

Lilian presionó los labios; una media sonrisa se dibujó de todos modos en estos. Para muchos era palabrería —seguramente lo era en el fondo—, pero para ella, la lectura de cartas y todas esas cosas que su tía le había enseñado de niña tenían algo importante que no podía juzgarse con racionalidad.

Que Albert quisiera algo así la hacía sentirse un poco menos tonta en ese aspecto.

Cogió las cartas, las barajó varias veces antes de colocar las cinco primeras boca abajo sobre la cama.

—Voy a hacer una tirada un poco diferente. Cinco cartas, cada una representando algo del presente y del futuro que se nos viene. La última vez te hablé del pasado, fue un factor importante. Ahora siento que… es algo que debemos dejar atrás.

El lord asintió.

—Presente —giró la primera de las cartas—. Es el rey de corazones. Esta carta te representa a ti tal y como eres ahora: un hombre que ha sufrido, pero cuyo corazón es noble y capaz de un amor profundo y constante. Esta carta simboliza que he elegido bien. Me dice que no eres perfecto, pero eres real, honesto en tus sentimientos y acciones. Y eso es más de lo que necesito. Lo nuestro no es ideal, es real —sonrió, girando después la segunda carta—. Cinco de tréboles. Los tréboles representan lo material, la estabilidad

y el mundo social. Esta carta indica que todavía hay obstáculos sociales que vas a tener que superar, incluso cuando hayamos llegado a ese punto que deseamos del futuro. Sin embargo, como ves, no es un trébol solitario; son cinco. Eso significa que, en esta batalla, nunca vas a estar solo.

Albert rio con ese toque chulesco que volvía loca a Lilian.

—¿Es tu forma de decirme que vamos a tener tres hijos?

La joven puso los ojos en blanco y giró la tercera de las cartas.

—Diez de corazones. Creo que esta ya te salió la última vez, pero ahora es distinta. Es una carta preciosa, representa la plenitud emocional, un hogar lleno de afecto, el final de un sufrimiento largo. De todas las cartas, es la que grita más fuerte que estamos destinados a una vida en común feliz —explicó. Giró la cuarta carta —. Reina de diamantes…

—Oh, déjame esa a mí —pidió Albert, llevando una mano al rostro de su esposa, acariciando despacio su mejilla—. Esta carta te representa a ti. Brillante, estratégica, elegante, fuerte. Una mujer capaz de levantar hogares del polvo, protectora de los suyos, con el corazón más cálido de toda Inglaterra, que brilla como ninguna otra —con mimo le acomodó un mechón de cabello tras la oreja—. No entiendo cómo alguien así está dispuesta a conformarse con un simple rey de corazones como yo, pero cada mañana, cuando me levante y la vea tumbada a mi lado, daré las gracias mil veces por que así sea.

Lilian ladeó el rostro; sus labios alcanzaron la muñeca de Albert, besándola despacio, deslizando la nariz después en una caricia que solo buscaba perderse en su aroma.

Finalmente, giró la última de las cartas.

—El futuro. As de corazones. Es una carta cargada de esperanza, ¿sabes? Augura un nuevo comienzo, un renacer, un hogar que empieza desde cero. Tras el dolor, la pérdida y los fantasmas, llega por fin un amanecer donde la luz del sol lo abraza y protege todo —

dijo. Después miró las cartas, hizo una suave mueca y levantó los hombros a la vez—. No está mal, mi lord. Las cartas le auguran un buen matrimonio, un futuro estable, un hogar cálido… Lo de los tres hijos creo que es fruto de sus fantasías, pero… puedo ver uno. Deseo ver uno.

Albert enmarcó el rostro de Lilian con sus manos, acercándose a ella y besando sus labios despacio. Al distanciarse, sin necesidad de decir palabra alguna, colocó la mano izquierda extendida sobre las de su esposa, mostrándole así las líneas que se dibujaban sobre ella.

Lilian observó la palma que Albert le ofrecía. La tomó con suavidad, como si fuera algo sagrado, y dejó que sus dedos recorrieran las líneas cálidas que se extendían en ella.

—Mira. Tu línea de la vida es larga. Muy larga —dijo, dibujándola con la yema del dedo desde el inicio bajo el pulgar hasta su curva profunda hacia la muñeca. Lilian deslizó después su dedo hacia la línea que cruzaba la palma de lado a lado—. Esta es tu línea de la cabeza. Es recta, firme, y se abre un poco al final. Eso dice que, aunque a veces piensas demasiado, siempre encuentras claridad. Incluso en el caos —su dedo avanzó hacia la línea del corazón. Sonrió al volver a buscar su mirada—. Esta es mi favorita. Una línea que apunta hacia arriba es una señal preciosa, Albert. Significa un corazón que no se cierra. Que ama incluso después de haber sido herido. Significa esperanza. Significa que siempre fuiste tú.

Aunque Albert buscó entrelazar los dedos con los de su esposa, esta negó. No había terminado todavía. Llevó su dedo al centro de la palma, donde convergían las tres líneas como un pequeño punto vivo.

—Aquí es donde se cruzan tu vida, tu mente y tu corazón. Y el cruce es muy claro. Diría que es hasta… perfecto. ¿Sabes qué significa?

El lord negó despacio.

—Que no estás hecho para la soledad, Albert. Nunca lo estuviste —despacio, Lilian se inclinó, dejando un beso en el centro de la mano. Al apartarse, vio como Albert la cerraba, como si quisiera capturar aquel gesto para siempre en su piel—. Esta es la mano del hombre al que amo, que por fin ha dejado de luchar contra la idea de ser feliz. Hecha para sostener la mía en cada vida que tengamos.

—¿Crees que vamos a amarnos más que solo una vida?

Lilian asintió.

—Un amor como el que sentimos no acaba ni cuando la muerte lo decide. Perdura en el tiempo, se extiende y lo conquista todo, haciendo que nos encontremos una y otra y otra vez —dijo, acariciando despacio su mano—. No es necesario que lo creas. Mi fe en nosotros es lo suficientemente grande como para acallar cualquiera de tus dudas.

Albert suspiró, se echó hacia delante, apoyando su frente contra la de su esposa.

—Te creo —dijo, moviendo la cabeza, rozando su nariz—. Y prometo buscarte en cada una de mis vidas, sin descansar hasta encontrarte.

La mano de Albert se deslizó por la cintura de Lilian, llegando a su baja espalda, curvando los dedos hasta poder presionar su cálida piel. Sus cuerpos se movieron, se buscaron el uno al otro hasta quedar completamente pegados, encontrándose sus labios en un beso intenso casi de inmediato. Cayeron juntos sobre el colchón; las cartas olvidadas, en un montón, se esparcieron golpeadas por el mover ansioso de sus brazos y piernas.

Caricias intensas.

Besos inflamados.

Las piernas de Lilian enmarcando el cuerpo ajeno.

Albert pronto perdió la camisa; la joven Stratford, el camisón. Las manos de su esposo se deslizaron por sus costados, dibujando su figura a la vez que sus labios se perdían en el filo de su rostro, en su

cuello, en sus hombros, encontrando acomodo perfecto en sus pechos. Un beso, un mordisco, el contacto excitante de su lengua.

Lilian gimoteó; sus dedos se curvaron, arañando la espalda de Albert. Fue entonces cuando él levantó la mirada, dejando a la vez un beso en el centro del pecho de su esposa.

—Somos tú y yo —dijo—. Siempre, tú y yo.

Una de sus manos descendió por el vientre de Lilian, buscando nuevo acomodo entre sus piernas, encontrando su intimidad lista para recibir sus caricias. No se hizo esperar: sus dedos se perdieron en ella, acariciaron y mimaron cada punto, despertando unas oleadas placenteras que arrancaron gemidos de sus labios entreabiertos.

Con firmeza, la tomó de la barbilla e hizo que levantara el rostro para poder observarse directamente, extendiendo el pulgar para acariciar su labio inferior. No hizo falta que lo pidiera, Lilian comprendió de inmediato que era lo que deseaba.

—Somos tú y yo —susurró con voz excitada, notando como los dedos de Albert se movían con más plenitud, alcanzando más profundidad—. Siempre, tú y yo.

Sus labios se fundieron en un nuevo beso, uno cortado por gemidos y jadeos cada vez más incontrolables. Las manos de Lilian buscaron los pantalones de Albert, deshaciéndose de ellos, reuniéndose de nuevo con esa perfecta desnudez de la que su esposo era dueño. Busco complacerle, regalarle el mismo placer que él otorgaba generosamente, pero el lord ya estaba deseoso de más y no aceptaba caricias como compensación.

Pronto lo sintió dentro.

Un movimiento de cadera fluido, un golpe seco.

Los dedos de Lilian se curvaron una vez más, se clavaron en su piel caliente, mientras su espalda se arqueaba buscando pegar sus pieles más, si es que eso era posible. Lo necesitaba. Ni el aire era bienvenido entre ellos.

Acompasados en una sinfonía perfecta, como lo hacían al bailar juntos, sus cuerpos fluyeron, se enredaron y se fundieron en una sola piel de forma perfecta. El aliento era compartido, el latir el corazón acompasado y el sudor que perlaba sus pieles descendía a la par por sus espaldas, trazando una imagen perfecta del deseo que sentían el uno por el otro.

Sobre la espalda torneada de Albert, marcas rojizas aparecían ahora, una prueba más del placer que solo juntos compartían. En el cuerpo de Lilian, allá donde los dedos de su esposo se posaban, círculos blancos se encontraban, fruto de la presión sobre una carne que le pertenecía tanto como la propia.

Eran uno.

En cuerpo y alma.

Eran ellos.

Siempre serían ellos.

Epílogo



Otoño.
Tres meses después.

Mi querido Arthur,

Últimamente te escribo mucho; espero nunca resultarte pesada. Pero es que echo de menos nuestras conversaciones, esas que solo un hermano puede comprender sin necesidad de demasiadas explicaciones, y no sabes cuánto deseo poder tenerte cerca para contarte en persona lo amable que está siendo la vida con nosotros ahora.

Tengo noticias: finalmente, hemos decidido quedarnos definitivamente a vivir en Surrey. Tras sopesarlo mucho y teniendo en cuenta lo felices que somos aquí y el amor que ya sentimos por esta casa, Albert y yo comprendimos que no podíamos marcharnos. Esta casa nos ha ofrecido más consuelo del que jamás imaginé que pudiera encontrarse entre paredes ajenas. En su jardín vive el recuerdo de nuestros padres, de Catherine, de

cada uno de vosotros... ¿Cómo voy a dejarlo atrás? ¿Cómo podría construir algo similar en otro lugar?

En cuanto a nosotros, Albert está bien, feliz. Puedes decirle a Daniel que la infusión que nos mandó ha sido mano de santo para su resfriado. Sigue trabajando en hacer arreglos para la casa, en buscar un quehacer que lo llene plenamente, pero la luz en su mirada me dice que su corazón está tan lleno como el mío. Su pierna sigue doliendo a veces, pero ya no le oigo hablar de operaciones ni de curas milagrosas, y eso me calma.

Hermano, le amo. Cada día más, con más fuerza.

Ahora entiendo por qué arriesgaste el mundo entero por amor tú también.

En cuanto a mí, los días son aburridos y plácidos. Desde que nos enteramos de la noticia de mi embarazo, Albert no permite que mueva un dedo y no escucha queja alguna. Yo le digo que es pronto, que apenas se me nota la tripa todavía y que, aunque lo hiciera, estoy embarazada, no impedida. Pero él no atiende a razones. En el fondo, sé que lo hace porque está ilusionado; este bebé es una alegría y bendición para ambos, a fin de cuentas. Mentiría si dijera que no estoy asustada, que no temo que pase lo mismo que la última vez, pero he decidido confiar en que, nuestro amor, es tan fuerte que no permitirá que eso pase.

Eso sí, si es niño se llamará Edward y, si es niña, Florence.

Albert ya se ha hecho a la idea.

En unas semanas viajaremos a Bath; deseo comunicar esta feliz noticia en persona tanto a nuestras hermanas como a tía Lou, cuya reacción imagino ya entre lágrimas y exclamaciones. Aprovecharemos ese mismo viaje para visitaros a ti y a Daniel después. Nada podría hacerme más feliz que abrazarte y compartir contigo esta felicidad que me llena.

Escríbeme cuando puedas, aunque solo sean unas líneas. Siempre he encontrado consuelo en tus cartas y, ahora más que nunca, necesito sentirte cerca y encontrar algo que me distraiga de todos esos quehaceres que mi amado esposo no me permite llevar a cabo.

Mientras esperamos a encontrarnos de nuevo, puedes empezar a pelear con Daniel sobre quién será el padrino de nuestra mayor alegría. Espero que tengáis una respuesta clara para cuando hablemos con una taza de té en vuestro hogar.

Con todo mi amor y mi afecto inquebrantable,

tu hermana, Lilian.

Acerca de la autora

Lidia Gavara (1994), psicóloga y titulada en magisterio, ha sido siempre una gran enamorada de la literatura. Su pasión por la escritura empezó a temprana edad, inspirada por grandes referentes como Jane Austen, Sally Rooney o E. M. Foster.

Escritora de novela romántica, *El deseo de ser perfectos* fue su novela debut. Una historia cargada de la mirada íntima de su autora. Su tercer libro, *Manos cálidas*, llega ahora como segunda parte de una bilogía cargada de romanticismo, secretos y seducción.

Otros títulos de Lidia Gavara



